TODO ES POSIBLE EN NUEVA YORK



CLAUDIA VELASCO

TODO ES POSIBLE EN NUEVA YORK

CLAUDIA VELASCO

«La vida no es fácil, para ninguno de nosotros. Pero... ¡qué importa! Hay que perseverar y, sobre todo, tener confianza en uno mismo. Hay que sentirse dotado para realizar alguna cosa y que esa cosa hay que alcanzarla, cueste lo que cueste».

MARIE CURIE

Premio Nobel de Física 1903

Premio Nobel de Química 1911

12 de septiembre de 1916. Lancashire, Inglaterra.

«Dulce et decorum est pro patria mori» («Dulce y honorable es morir por la patria»), exclamó con su voz de barítono el reverendo Wilkins y toda la capilla se estremeció, desde los muros a los arcos, a los suelos de mármol y a las personas que la abarrotaban, entre ellas Rose Bowes-Lyon, que sintió otra vez ese dolor profundo, constante e implacable destrozándola por dentro.

«Archie siempre fue un valiente, un niño sano, fuerte e intrépido, que volvía locas a sus niñeras y a sus tutores, que regaló alegría a sus amados padres, a sus hermanos, amigos y camaradas; y todos nosotros, todos los que en vida lo conocimos y adoramos, sabemos que murió siendo feliz, porque murió cumpliendo con su deber y defendiendo a su patria, y no hay mayor honor que entregar la vida por defender tu patria…»

Continuó diciendo aquel horrible individuo, y Rose sintió como Catherine, la hermana pequeña de Archie, estiraba la mano y apretaba la suya sin dejar de llorar.

—¿Por qué no se calla?, ¿por qué no se calla?, a mamá le va a dar algo, dile que se calle, por favor.

—Tranquila, cielo, ya queda menos.

La consoló mirando de reojo a la duquesa de Blackpool, la desconsolada madre de Archie, que apenas se podía mover por culpa de la ingente cantidad de láudano que su médico le llevaba suministrando desde hacía una semana. Desde que había llegado a terrible noticia de la muerte en combate de Archie, su primogénito, a los veintidós años, en la batalla del Somme, al norte de Francia.

—Ahora Archie está en el Olimpo de los héroes, en el cielo de los valientes… en…

Siguió el reverendo Wilkins, animado por el numeroso e ilustre público que abarrotaba la capilla familiar de los Blackpool en Lancashire, y Rose no pudo seguir oyéndolo más, cerró los ojos y dejó volar su mente, como solía hacer cuando no controlaba una

situación, cuando no podía oponer resistencia y cuando, evidentemente, no podía salir corriendo.

En seguida, se situó en la campiña, cogida a la mano de Archie, corriendo felices por el prado verde hasta el río, donde su árbol favorito los esperaba para acogerlos bajo su sombra y donde se podían pasar horas y horas charlando sobre todo lo que les interesaba a los dos: la poesía, la música, los caballos o la Medicina.

Lamentablemente, aquello no se iba a repetir porque Archie había decidido marcharse a la guerra por heroísmo, valentía y, también, por presión social, porque todos sus amigos de Cambridge se estaban alistando, porque todos sus iguales presumían de sus uniformes, porque la dichosa pluma blanca (símbolo de la cobardía de los hombres jóvenes que no luchaban por su patria) había aparecido en su correo más de una vez, y aquello lo había destrozado.

De ese modo y sin avisar, a los veinte años recién cumplidos, se había alistado en el RAMC, los Cuerpos Médicos del Ejército Real.

Su madre se había opuesto con todas sus fuerzas, , le había suplicado de rodillas que no abandonara la escuela de Medicina de Cambridge para jugarse la vida luchando contra los alemanes en el continente, pero tanto Archie como su propio padre, contralmirante en la reserva de la Armada Real, se habían negado en redondo a sus «histerismos». Ambos habían hecho oídos sordos a sus súplicas, a sus preocupaciones, a sus ojos absurdas, y habían partido juntos a defender la patria al otro lado del canal de la Mancha.

Una decisión que dos años después les había devuelto a Archie sin vida dentro de un humilde ataúd sellado, porque el lastimoso estado del cuerpo hacía imposible abrirlo, les habían jurado a su madre y a ella para que no intentaran ver el cadáver. Un féretro envuelto en la Union Jack y con una Medalla de Conducta Distinguida otorgada por el rey Jorge V pegada en el frontal.

—Amén…

Oyó de pronto a su alrededor y se dio cuenta de que el oficio funerario había acabado y que todo el mundo se había puesto de

pie, todos menos la duquesa de Blackpool a la que su marido, su hijo Stephen, el reverendo Wilkins y otras personas, arrastraban literalmente por el pasillo camino del cementerio familiar.

—Rose, querida, tenemos que hablar. Dentro de dos horas en la biblioteca, ¿te parece? —le susurró el padre de Archie acercándose a ella y ella se detuvo para mirarlo a los ojos, aunque fue su madre la que respondió.

—Por supuesto, Gregory, ahí estaremos.

El duque asintió, les hizo una venia, les dio la espalda y se adelantó para presidir la pequeña procesión que acompañaba el ataúd de Archie camino del panteón de los Blackpool.

Rose tragó saliva y sintió como su madre la sujetaba con fuerza por el codo, la guiaba también hasta allí y la situaba junto a la familia para que presenciara como enterraban al amor de su vida delante de sus propios ojos. Un último acto espeluznante que mandó al traste su flema y su decoro y que la hizo caer de rodillas en el césped sollozando.

—¿Cómo te sientes, querida?

El duque la recibió en la biblioteca dos horas después, acompañado por su administrador y su abogado, y Rose no alcanzó a responder porque, otra vez, estaba su madre allí contestando por ella.

—Está desolada, Gregory, es normal, solo tiene diecinueve años y está perdida, todos estamos perdidos, pobre Archie, yo…

—Estoy mejor, milord, muchas gracias —intervino mirando a su madre de reojo y se sentó en el sofá que le estaban ofreciendo—. ¿En qué puedo servirle?

—Tal vez no es el momento más oportuno para tratar estos asuntos, Rose, pero prefiero zanjar cuanto antes las cuestiones legales que se derivan de la trágica muerte de Archie. Espero que lo entiendas y me perdones por hacerte pasar por esto ahora, pero creo que es urgente que hablemos de tu situación.

—¿Qué situación?

—Usted era la prometida de lord Archivald, milady —intervino el abogado—, y él dejó unas instrucciones precisas y por escrito antes de alistarse. Instrucciones que la afectan a usted directamente.

—¿A qué se refiere?

—Archie modificó su testamento antes de viajar a Francia —susurró el duque—, le preocupaba tu situación en caso de fallecimiento en el frente.

—Desgraciadamente, ha sucedido lo peor y le queríamos hacer llegar su última voluntad, milady. —El que habló fue el administrador y Rose frunció el ceño, muy desconcertada, observando como le extendía unos papeles lacrados—. Lord Archivald, haciendo uso de la libre disposición de su patrimonio personal, la nombró su heredera y dispuso que, en caso de que él muriera en combate, se le entregara a usted la suma de cien mil libras.

—¿Disculpe?

—Solo quería cuidar de ti, Rose —respondió Blackpool, áspero.

—Nos dijo que usted quería estudiar Medicina y estaba decidido a…

—Siempre hablamos de que una vez casados yo iba a estudiar, pero…, pero no sabía nada de esto y no sé ni qué decir, yo…

—No tienes que decir nada, Rose, solo aceptar y firmar los documentos. Me gustaría resolver este asunto hoy.

—No tenía ni idea de que…

—Nos consta que tu madre sí lo sabía, querida. De hecho, fue ella la que le sugirió que velara por tu futuro y por eso él se empeñó en modificar el testamento.

—¿Madre?

La miró a la cara y Violet Bowes-Lyon, que llevaba todos los asuntos económicos de su familia desde el fallecimiento de su marido y que, como moderna mujer estadounidense, solía hablar de dinero con total desparpajo, le dedicó una mirada de soslayo antes de ignorarla para dirigirse directamente al duque.

—Más de dos años de compromiso, Gregory, sabes que si no se casaron, fue por culpa de la guerra. Tu hijo aplazó la boda para

alistarse y lo aceptamos sin rechistar, mi familia no dijo nada, pero dos años y tres meses de compromiso no se pueden zanjar solo con cien mil libras. Archie, que en paz descanse, era tu primogénito, Rose iba a ser duquesa.

—¡Madre! —Se puso de pie indignada, pero nadie le hizo caso y el duque se les acercó despacio.

—¿Qué propones, Violet?

—Antes de firmar nada, lo hablaré con mi abogado. Rose cumple diecinueve años en octubre, está rota de dolor y me costará encontrar otro compromiso satisfactorio para ella.

—¡Madre!

—Y no tenemos vivienda propia —continuó, desoyéndola, y Rose la miró con la boca abierta—, eso Archie lo sabía.

—Lo sé, Violet, sé que le pediste que además os comprara un piso en Belgravia, pero yo no se lo permití porque me pareció que cien mil libras era una herencia más suficiente para una prometida.

—¿Más que suficiente para una prometida? Te recuerdo que si Archie no hubiese aplazado la boda, llevaría un año casada con él. No es culpa suya que tu hijo tomara la peor de las decisiones.

—Está bien, está bien. —Gregory Howard levantó una mano empezando a desesperarse—. Acabo de enterrar a mi hijo, dame una tregua, Violet. Pídele a tu abogado que se ponga en contacto con los míos en Londres y reconsideraremos todo esto con más calma.

—Siempre manteniendo la premisa de que la herencia es personal e intransferible para lady Rose, no para usted o su familia, condesa viuda de Cullingworth —susurró el abogado y Violet lo miró parpadeando muy rápido.

—¿Disculpe?

—Es una de las condiciones impuestas por el testador.

—¡Jesucristo! Vamos, Rose.

Se puso de pie y le indicó la salida con la cabeza. Rose, que continuaba con la boca abierta, sin poder dar crédito a lo que estaban tratando en pleno duelo por Archie, se quedó clavada en la

alfombra y no se movió hasta que pudo reaccionar y mirar al duque de Blackpool a los ojos.

—Le agradezco muchísimo todo esto, excelencia, pero no puedo aceptarlo.

—Está conmocionada —opinó su madre sujetándola por el codo —. Vámonos, cielo, estás agotada, ya hablaremos de esto en casa.

—Era la voluntad de mi hijo y tengo que cumplirla, Rose. No me lo pongas más difícil.

—No me parece justo.

—Fuisteis novios desde niños, él te quería y quería lo mejor para ti. Si a él le parecía justo, a nosotros también.

—Pero es… es una fortuna.

—Entonces firma y todos en paz.

—Despídete, Rose —Insistió su madre.

—Mamá, por favor, déjame pensar.

—No hay nada que pensar, lady Rose —susurró el abogado—. La voluntad de lord Archie era clara, afortunadamente, su familia está dispuesta a cumplirla y usted no está en la mejor situación económica para rechazar nada.

—¿Cómo se atreve? —le increpó Violet Bowes-Lyon y el duque intervino conciliador.

—Disculpa a sir Richardson, Violet, disculpadlo las dos. No estamos aquí para ofender a nadie, yo solo pretendía resolver el testamento de mi hijo cuanto antes y pasar página, pero, si necesitáis tiempo, hablad con vuestros abogados y tendremos otra reunión en Londres.

—Muy bien, ya tendrás noticias nuestras, Gregory. Buenas tardes. Salgamos de aquí, hija.

Rose miró al abogado con el ceño fruncido, pensando en si habría sido capaz de dirigirse a ella en ese tono delante de Archie y, finalmente, movió la cabeza, miró al duque, le hizo una educada genuflexión y salió detrás de su madre cuadrando los hombros.

Caminaron solas, sin despedirse del resto de la familia, hasta la entrada del castillo Blackpool donde Barrow, el mayordomo, las

estaba esperando muy atento junto a la puerta principal. Le solicitaron un coche que las llevara a la estación de tren, él les anunció que ya estaba preparado, las acompañó a buscarlo, subieron y desaparecieron sin mirar atrás.

1

12 de diciembre de 1916. Alta mar. RMS Mauretania.

—Elizabeth Garrett Anderson consiguió su título de medicina en Inglaterra, en el año 1856. Tardó más que los hombres porque primero tuvo que estudiar enfermería y soportar que la expulsaran de la Facultad de Medicina por culpa de las quejas de sus propios compañeros. Luego, contrató tutores privados que la formaron en Anatomía y Fisiología y se presentó por libre para convertirse en doctora. Sin embargo, gracias a Dios, eso ya es agua pasada, estamos en el siglo XX y que, hoy por hoy, una mujer quiera ser médico no debería sorprender a nadie.

Soltó Rose en la mesa del capitán del RMS Mauretania, donde las habían invitado a cenar esa noche, y todo el mundo guardó silencio, todos, menos el doctor Benjamín Wingham, un médico estadounidense con el que había hecho muy buenas migas desde que habían zarpado de Liverpool hacía seis días.

—Brindo por eso, señorita Bowes-Lyon.

—Que yo sepa, a Elizabeth Garrett Anderson no la quiso contratar ningún hospital de prestigio y acabó atendiendo a cualquier desarrapado en la sala de estar de su casa —masculló una anciana a su derecha y Rose la miró.

—No es así, lady Fulton. La doctora Garrett Anderson, gracias al apoyo de su familia, fundó en 1866 el dispensario St. Mary´s, en Seymour Place, donde trabajó durante más de veinte años ofreciendo servicios de obstetricia. Ese dispensario, en 1872, se convirtió en el Nuevo Hospital para Mujeres y desde entonces trabaja sin cesar con personal, principalmente, femenino.

—¿Así que su hija se casa en Navidad, lady Euston?

Intervino su madre muy incómoda por los derroteros que había tomado la charla, y por su inusual protagonismo en la misma, y todo el mundo respiró con alivio, se miraron con una sonrisa y se

dedicaron a escuchar los detalles de la boda de la hija de esa señora con un rico empresario de Boston.

—En resumen, señorita Bowes-Lyon, ¿usted quiere trabajar con la doctora Garrett Anderson en el Nuevo Hospital para Mujeres? —le preguntó por lo bajo el doctor Wingham y Rose asintió.

—Ojalá eso fuera posible, doctor Wingham, primero tengo que formarme en condiciones porque, salvo unos cursos de auxiliar de enfermería y puericultura, poco más puedo ofrecer al hospital de la doctora Garrett Anderson.

—¿Va a estudiar medicina?

—Es mi gran sueño.

—No es tan difícil, la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York es excelente.

—Lo sé, doctor, pero ni siquiera sé cuánto tiempo nos quedaremos en los Estados Unidos…

De repente, se paralizó y la nube negra que la perseguía desde la muerte de Archie la envolvió enfriándole hasta la mismísima sangre. Guardó silencio y clavó los ojos en su plato haciendo un enorme esfuerzo por no echarse a llorar.

Desde hacía tres meses, vivía así, entre el llanto y la normalidad, jamás la alegría, porque desde hacía más de doce semanas no sonreía, ni se alegraba por absolutamente nada; mucho menos, por estar allí, en ese famoso trasatlántico de la Cunard White Star Line, camino de Nueva York, la ciudad natal de su madre, donde pensaban pasar una larga temporada viviendo a costa de su abuela Florence que las iba a acoger tras del desastre social y económico que había supuesto la terrible y prematura muerte de Archie en la guerra.

Para su familia, su pérdida se reducía a eso: a un cataclismo monetario inconmensurable, porque los Blackpool habían representado durante cuatro años la última tabla de salvación para su madre, que había perdido su estatus y todo su dinero desde que John, su primogénito y flamante conde de Cullingworth, tras la muerte de su padre hacía seis años, había contraído matrimonio con

una rica princesa de Liechtenstein que, nada más pisar Yorkshire, las había expulsado sin piedad de sus dominios.

John que, en un principio, se había resistido al enlace porque no soportaba a su futura consorte, salvo por su inmensa fortuna, después de una luna de miel de seis meses por medio mundo, había cedido como un corderito a los deseos de su caprichosa mujer y había puesto a su madre y a sus hermanas pequeñas de patitas en la calle. Con la asignación económica que lo obligaba la ley y la moral, pero con la que apenas podían sobrevivir en Londres o, al menos, eso decía su madre, cuyo único propósito desde entonces había sido «colocar» a sus dos hijas menores con los maridos más ricos del mercado.

«No se puede confiar en una nuera —solía repetir cuando se tomaba dos copas de más—, pero sí en una hija. Margaret y tú nunca me dejaréis en la calle, sois mi seguro de vida, Rose, y por eso lucho tanto por vosotras».

Gracias a ese empeño, había logrado casar hacía dos años a Margaret con un rico industrial del acero estadounidense llamado Peter Carnegie. Pete, como le gustaba que le llamaran, ya tenía treinta y seis años y fama de casanova cuando había aparecido en Inglaterra, era lo que se solía llamar un hueso duro de roer, sin embargo, se había enamorado perdidamente de la preciosa lady Margaret, la hija de un conde inglés con tanto glamur y encanto, que había decidido casarse con ella tan solo dos meses después de conocerla. Y se habían casado en Londres inmediatamente.

Desde entonces, Marge vivía en Pittsburgh reinando entre la alta sociedad local, estaba esperando su segundo hijo y, lamentablemente, apenas se acordaba del bienestar económico de su madre y su hermana pequeña. Eso consideraba su madre, aunque a Rose le constaba que, de vez en cuando, Peter Carnegie les hacía llegar un generoso cheque con el que poder pagar el alquiler de su coqueto pisito de Belgravia.

La jugada, por lo tanto, a ojos de Violet Bowes-Lyon, no le había salido tan redonda como ella había soñado, y, entonces, toda su

energía se había enfocado en su largo noviazgo con Archie Howard, futuro duque de Blackpool, al que conocía desde pequeño y al que creía, firmemente en su fuero interno, podría controlar.

Archie lo sabía y sus intenciones siempre se las había tomado con sentido del humor, porque apreciaba a Violet y porque la entendía muy bien. Él siempre había sido consciente de las circunstancias personales de su futura suegra, una rica heredera neoyorquina que había llegado al Reino Unido en 1886 con los baúles llenos de dólares para salvar el patrimonio de su flamante esposo, el encantador conde de Cullingworth. Un caballero inglés, tan atractivo como arruinado, que a punto había estado de lapidar también toda su fortuna antes de morir a los cincuenta y cuatro años.

Archie y Rose la comprendían, a veces era insoportable, porque parecía que solo le interesaba el dinero, pero entendían sus miedos y sus inseguridades. Sabían que había pasado muchos sinsabores por culpa de su marido, primero, y su primogénito, después, y ambos le habían prometido que en cuanto se casaran se iría a vivir con ellos a Blackpool y no volvería a pasar por un apuro financiero en lo que le restara de vida.

Lástima que todo se había esfumado de la noche a la mañana con la prematura muerte de Archie.

Ahogó un sollozo y se puso de pie, se disculpó con sus compañeros de mesa, que estaban tomando champán y charlando tan felices, como si en Europa no se estuviera librando una guerra espantosa, y decidió salir a dar un paseo por la cubierta de primera clase a pesar de que todo el mundo le advirtió que había nevado y hacía un frío de muerte.

Recogió su abrigo de piel del guardarropa, se puso los guantes y un gorro, también de piel, que le había regalado Catherine Howard para el viaje, y subió las escaleras hasta la cubierta, salió a la intemperie y el aire gélido le congeló los pulmones de inmediato, pero también le provocó una reacción muy saludable en la cara y en todo el torrente sanguíneo.

El cielo se había despejado y el barco se movía como un animal marino lento y seguro y, sin querer, pensó en el RMS Lusitania, el barco de pasajeros británico que los alemanes habían torpedeado en la costa sur de Irlanda en mayo de 1915 y en el que habían muerto mil doscientos pasajeros, ciento veintiocho de ellos estadounidenses.

Ni siquiera ese crimen había logrado que el presidente Woodrow Wilson declarara la guerra contra Alemania y apoyara a sus aliados en Europa, pero sí había conseguido que negociara con el gobierno alemán un acuerdo de no agresión contra embarcaciones civiles, lo que les estaba permitiendo a personas como ella viajar desde el Reino Unido a los Estados Unidos con alguna seguridad. Una circunstancia que no sabía si agradecía porque, en realidad, hubiese dado todo lo que tenía por haberse quedado en Inglaterra colaborando con la Cruz Roja o trabajando en cualquier cosa que la hiciera sentirse útil y, de paso, la ayudara a apaciguar un poco su dolor.

Estar ocupada era lo único que la liberaba de vez en cuando de pensar en Archie, en la guerra o en la maldita batalla del Somme, que se había dado por terminada el 18 de noviembre de 1916, setenta días después de que él muriera destrozado en una de sus trincheras.

Se sujetó a la barandilla helada y se echó a llorar. Un sollozo le desgarró el pecho y se dejó llevar porque estaba harta de tener que contenerse, de tener que simular que estaba bien, porque no lo estaba aunque su madre o sus amigas trataran de ignorarlo, y recordó aquellos primeros días de duelo en los que su vida se reducía a estar en la cama dormitando y llorando a partes iguales, sin que nadie la importunara.

Tras enterrar a Archie y salir de su casa hecha trocitos, había llegado a Londres y se había metido en la cama sin hablar con nadie. Sin comer, ni beber, solo se limitaba a llorar y a maldecir la guerra, a los alemanes y a todos los culpables de haberle arrebatado al amor de su vida, hasta que, dos semanas después, su madre y Anna, su doncella personal y su ángel de la guarda, la habían sacado a la

fuerza de la cama y la habían sumergido en una bañera de agua caliente con el camisón puesto, sin respetar sus súplicas y esquivando con pericia sus patadas y manotazos, y la habían obligado a vestirse y a peinarse, a salir de la habitación y a empezar a comer un poco.

Sin embargo, había continuado muda y sin recibir visitas, había seguido sumida en el dolor porque necesitaba estarlo. Necesitaba sufrir y padecer por Archie. Prefería sentir que se moría de la pena a no sentir nada y fue, entonces, cuando su madre había empezado a hablar del viaje a los Estados Unidos para que se recuperara. Algo que ella escuchaba como a lo lejos, como si no fuera con ella, y la había dejado hacer y tomar decisiones, también en el asunto relacionado con la herencia de Archie, cuyo dinero, finalmente, había sido transferido a su cuenta bancaria sin que ella interviniera u opinara al respecto.

Cuando algo dolía tanto, todo lo demás dejaba de tener importancia. De pronto alimentarse, asearse o relacionarse con el mundo eran asuntos nimios, asuntos que le sobraban y que la hacían ponerse furiosa, que la hacían romper cosas y estallar en llantos desatados que no entendía nadie, que asustaban a su entorno e, incluso, a su médico, el doctor Carpenter, que había sugerido un cambio de aires inmediato y unas gotas de láudano por las noches para que se calmara.

Al láudano se había negado en redondo, por supuesto, porque Archie le había explicado una vez que los efectos secundarios de esa droga habían convertido a muchas personas, especialmente a las mujeres, en seres dependientes, en entes alienados que no se recuperaban nunca, y había tenido que jurar al doctor que iba a comer y a salir a pasear por el parque si no la obligaba a tomárselo.

Como tenía palabra y solía cumplir con sus promesas, había vuelto a comer, a hablar con su madre y con algunas amistades, incluso con Catherine, la hermana pequeña de Archie, a la que había permitido ir a visitarla. Ella, que tenía dieciocho años y estaba preparando muy ilusionada su inminente boda con un miembro de la

familia real, había aparecido de luto en Belgravia cargando un precioso baúl de cuero con las iniciales de Archie grabadas.

La impresión de verlo la había hecho arrepentirse de inmediato de la visita, porque no se sentía preparada para enfrentarse a aquello, pero Cathy le había explicado que había «salvado» *in extremis* esas pertenencias que su hermano tenía en Cambridge, cuando su padre y Barrow le habían permitido acompañarlos para ayudar a vaciar las habitaciones de Archie en el Trinity College.

—Prácticamente, las he robado para ti, Rose, porque sé que mi hermano querría que tú las tuvieras.

Le había dicho entre lágrimas y a Rose no le había quedado más remedio que abrazarla y llorar con ella, muy agradecida por poder recuperar algunos recuerdos del amor de su vida.

Entre esos recuerdos: dos mudas de ropa, un uniforme de rugby, otro de remo, uno de sus relojes, un estuche portátil con instrumental médico, dos libros de Anatomía, uno de Farmacología y todas sus cartas. Las cuarenta y ocho cartas que ella le había escrito a diario desde que había empezado a estudiar en Cambridge y que él guardaba sujetas con sendas cintas de pelo que le había quitado a traición cuando lo había ido a visitar a la universidad.

Había sido tremendamente doloroso recibir sus cosas, pero ahora se alegraba muchísimo de tenerlas y agradecería toda su vida el precioso y generoso gesto que había tenido Catherine con ella porque, en ese momento, no lo sabía, pero pronto lo descubriría, aquellas pertenencias serían lo único y lo último que podría conservar de Archie.

Por desgracia, la vida había continuado para el resto del mundo, no se había detenido con su pérdida y su tristeza, y dos meses después del entierro de su prometido, cuando ya sabía que iba a viajar a Nueva York con su madre, habían aparecido en su casa dos caballeros sin invitación, pero con varios papeles que justificaban su inesperada presencia en la misma.

—Sentimos muchísimo venir sin previo aviso, milady, pero se hacía urgente tratar un último tema pendiente con usted.

Le había soltado sir Richardson, el abogado de los Blackpool, nada más entrar en su salón y, ella, que conocía perfectamente a los dos, había fruncido el ceño.

—¿Disculpen?

—Representamos a la familia de su excelencia, el honorable duque de Blackpool.

—Lo sé, pero supongo que buscan a mi madre. Ella no está, se ha ido a Yorkshire por el nacimiento de mi nuevo sobrino. Si quieren volver dentro de una semana… —Les había indicado amablemente la puerta, pero ambos habían negado con la cabeza.

—No es necesario hablar con la condesa viuda de Cullingworth, lady Rose, solo necesitamos tratar con usted.

—Yo creo que no, porque es ella quién se ocupa de… en fin, díganme ¿en qué puedo ayudarlos?

—¿Sabe usted quién soy yo, lady Rose? —había preguntado el segundo en discordia y ella había asentido.

—Por supuesto, sir Evans, hemos coincidido más de una vez en el castillo Blackpool.

—Exactamente, milady, soy amigo personal de la familia, pero, además, soy el presidente del Consejo de Administración del Patrimonio Blackpool.

—Muy bien, ¿qué necesita de mí?

—Su anillo de compromiso, milady. Un anillo de zafiro y diamantes de la Casa Garrard, propiedad de la familia Blackpool desde el año 1843 y que lord Archivald, que descanse en paz, le entregó aquí mismo, en su pedida de mano oficial el 20 de junio de 1914.

—¿Cómo dice? —Instintivamente se había sujetado la preciosa sortija y ese individuo la había señalado con el dedo.

—Precisamente, ese, milady. Nos gustaría llevárnoslo ahora mismo.

—No, no puede ser, era de Archie y él…

—En la práctica no pertenecía a lord Archivald, lady Rose. Ese anillo de compromiso, como le acabo de explicar, pertenece al patrimonio Blackpool desde el año 1843 y solo se le había «cedido» a milord para usted, su futura esposa, y futura duquesa de Blackpool, pero, una vez malogrado el compromiso, trágicamente para todos, debe volver a las manos de la familia Howard y debe ser de inmediato. El duque en persona me ha ordenado que no me marche de su casa sin él.

—Un momento.

Miró a Anna, que se había quedado junto a la puerta, y luego a Evans, que dio un paso hacia ella enseñándole una cajita de terciopelo negro.

—Nos han informado de su inminente marcha a los Estados Unidos con su familia materna, milady, y, obviamente, la sortija no puede salir del país, la compañía de seguros no lo permitiría, principalmente, porque la joya no le pertenece.

—Es lo único que me queda de Archie.

—Lo siento de veras, pero no se trata de una cuestión sentimental, lady Rose, es la ley. Supongo que lo entiende.

Y así se había hecho.

Tras unos minutos de desconcierto, había accedido, incapaz de montar un escándalo por el agravio y la humillación, porque, encima, habían tenido el mal gusto de esperar a que se lo quitara delante de ellos y se lo entregara hecha un mar de lágrimas antes de desaparecer dejándole una ristra de documentos legales que sellaban el «trámite».

El disgusto la había hecho tambalearse otra vez, a punto había estado de hacerla caer nuevamente en la negritud de la depresión, pero no lo había conseguido porque, al fin y al cabo, solo había perdido un objeto material sin mayor valor que el económico, y se había rehecho a tiempo de sujetar a su madre que, al enterarse de la vil afrenta, había montado en cólera, había reclamado explicaciones a través de sus abogados y había dejado en evidencia a los Blackpool contando en todos los salones de Londres, y de fuera

de Londres, su miserable proceder con una joven inocente que no había hecho nada. Nada, salvo perder trágicamente a su prometido en la guerra.

El escándalo había sido apoteósico, incluso lo habían recogido los periódicos, que se habían atrevido a poner en entredicho el honor del duque de Blackpool, un hombre sin corazón capaz de comportarse de esa manera tan poco compasiva con una «viuda del Somme».

Todos sus allegados se habían puesto de su parte y les habían mostrado su apoyo, en público y en privado. Sin embargo, Rose no había querido dar pábulo al conflicto, lo había ignorado y había impedido que su madre interpusiera una demanda legal contra la familia de Archie, a los que había llegado a considerar su propia familia. Le había costado mucho controlar su ira, pero lo había logrado, y había embarcado rumbo a Nueva York sin ningún rencor, sin ninguna cuenta pendiente, pensando que ya nada ni nadie le podría hacer más daño.

—¿Rose?

Su madre le habló por la espalda y ella salió de su ensimismamiento notando que estaba helada, se apartó de la barandilla y se giró para mirarla a los ojos.

—Vamos, entra, llevas una hora ahí, te vas a congelar.

—Estoy bien, me encanta el frío.

—Eres igual que tu padre. —Se acercó y observó con algo de desconfianza la masa de agua oscura que se extendía delante de ellas—. Le encantaba salir a cazar de madrugada en pleno mes de enero.

—A Archie también.

—A Archie le gustaba todo lo que te gustara a ti, incluido el frío.

—No siempre.

—Solo vivía para hacerte feliz, Rosie. —Estiró la mano y le acarició la mejilla con algo de congoja, aunque en seguida sonrió—. Vamos, preparo una buena taza de té en el camarote y jugamos una partidita de cartas, ¿quieres?

—¿No te vas a quedar al baile?

—No, esta noche estoy agotada y me apetece una velada tranquila de chicas. Si Anna sigue despierta seguro que se apunta a jugar al *rummy.*

—Me parece una idea estupenda, mamá.

—Muy bien, vamos.

Caminó hacia el interior del barco y Rose se detuvo un segundo para mirar el cielo estrellado. Respiró hondo despidiéndose de Archie, que seguro estaba cuidándola desde allí, y, de repente, vio sobre sus cabezas la típica lumbre de un cigarrillo encendido. Alguien estaba en la cubierta superior fumando entre las sombras, sin dejarse ver, y observándolas descaradamente, pensó, pero no hizo mayor caso, siguió a su madre dentro del RMS Mauretania y lo olvidó al instante.

2

6 de abril de 1917. Nueva York, Estados Unidos.

La enorme mansión de su nana, su abuela materna, la señora Florence Belmont, era de las más grandes y bonitas de la Quinta Avenida. Estaba enclavada en el corazón de Manhattan, lo que los neoyorquinos llamaban Upper East Side, y era una representación perfecta del éxito empresarial de su familia, grandes industriales del acero, los ferrocarriles o el petróleo, que formaban ese círculo conocido como los *Knickerbocker*, los neoyorquinos realmente nativos, los dueños del «dinero viejo» de la ciudad.

Cuando era pequeña, su abuelo John le había explicado muchas veces que se llamaba *Knickerbocker* a los verdaderos neoyorquinos (refiriéndose a los colonos europeos, no a los indígenas americanos) porque *Knickerbocker* era una palabra del siglo XVII que hacía referencia a un tipo de prenda, concretamente un pantalón enrollado justo hasta debajo de la rodilla, que utilizaban los primeros colonos holandeses que habían fundado la ciudad, la primigenia Nueva Ámsterdam, en 1625.

Si habías usado *Knickerbockers* o *Knickers*, habías sido de los primeros europeos en pisar la isla y, por lo tanto, eras un neoyorquino de pura cepa, fueras holandés o inglés, y eso se llevaba a mucha honra porque significaba que pertenecías a las doce o trece familias originales, las más poderosas de Manhattan, las que seguían reinando en Nueva York tres siglos después.

Se miró en el espejo del tocador y sonrió acordándose de su padre, lord William Bowes-Lyon, que siempre se había reído del desmedido orgullo patriótico de su abuelo John porque, para él, que había nacido en una familia inglesa que se remontaba al siglo VIII o IX, los neoyorquinos no eran más que unos novatos, una ciudad con menos historia que sus muebles del castillo de Cullingworth, pero, para Rose, por el contrario, era encantador y disfrutaba muchísimo escuchando esas historias de los padres fundadores. Aquellos

hombres y mujeres que habían decidido establecer junto al río Hudson el primer asentamiento holandés que, posteriormente, los ingleses habían conquistado y bautizado como Nueva York.

Le resultaba fascinante pensar en esas personas que habían cruzado mares y un océano para buscar nuevos horizontes, nuevas oportunidades, un futuro, y en el fondo se sentía muy orgullosa de ser medio neoyorquina, porque siempre había creído que su corazón se parecía más al de una aventurera británica del siglo XVII, que al de una noble inglesa del siglo VIII y por esa razón, principalmente, le encantaba pasar tiempo en Nueva York.

Observó a través del espejo su luminosa y acogedora habitación y, de inmediato, se sintió reconfortada porque allí, en América, al menos en casa de su abuela, las cosas siempre parecían más bonitas y acogedoras. Por supuesto, más nuevas y funcionales, y hacía calor. Incluso en medio del invierno más duro, la calefacción a vapor caldeaba todas las habitaciones y los pasillos, también los cuartos de baño, las escaleras, todos los rincones, y aquello no tenía precio.

En Inglaterra podías vivir en el mejor castillo o la mejor mansión de Yorkshire, residir en el Palacio de Buckingham o en una barriada de Londres, daba igual, en invierno siempre hacía un frío de muerte. Se te metía en los huesos porque había mucha humedad y las chimeneas o los braseros no llegaban a caldear más allá de una habitación, por lo tanto, cualquier inglés sabía valorar como era debido la llamada «calefacción central» de los americanos, y ella la primera, aunque se consideraba bastante resistente a las bajas temperaturas.

Cerró los ojos y dio gracias a Dios, una vez más, por estar allí, y no solo por lo confortable que era su residencia familiar, sino porque viajar a Manhattan justo después de la muerte de Archie le estaba salvando la vida.

Era perfectamente consciente de que se había bajado del barco enferma, pálida como un fantasma y tan escuálida que a su pobre abuela casi le había dado un vahído al verla, pero tan solo dos días después ya había empezado a comer con apetito y a trastear por la

casa con sus primos y con su tía Poppy, la única soltera de las hermanas Belmont que, también, con bastante mano izquierda, la había empezado a incluir en sus clubs de lectura, en sus reuniones de sufragistas o en sus comités de guerra, de esos que abundaban en todos los Estados Unidos de América, aunque su presidente siguiera sin declarar la guerra a Alemania.

Según todo el mundo, la mayoría de los estadounidenses estaban deseosos de que Woodrow Wilson diera al fin el paso y declarara la guerra a los alemanes. La neutralidad de la que hacía gala el presidente empezaba a desesperar incluso a sus votantes, a los que había prometido mantener al país alejado de un conflicto que él consideraba europeo, y tanto en las calles como en los centros de trabajo, en las fiestas o en cualquier reunión social, no se hablaba de otra cosa. De hecho, muchos jóvenes norteamericanos se habían alistado y seguían alistándose, como voluntarios, para luchar en el bando británico, las Potencias de la Entente, y estaban muriendo a diario en el Viejo Mundo. Una situación, desde todo punto de vista, insostenible.

Rose, ante eso, se estaba limitando solo a observar y a escuchar lo que se opinaba o se discutía a su alrededor, porque ya había pasado por ahí. Ya había vivido el exaltado ambiente prebélico de 1913 y 1914 en Inglaterra, cuando nadie hablaba más que de la guerra, cuando la prensa alentaba el fervor patriótico de los ciudadanos con grandes titulares y los apasionados jóvenes británicos habían empezado a reclamar a gritos su derecho a defender la patria contra Alemania y Austria-Hungría, y porque ya se había llevado más de un disgusto al tratar de explicar los verdaderos horrores del frente, la muerte en masa de miles y miles de hombres en la flor de la vida, incluido su prometido, y la vuelta a casa de otros miles de mutilados, enfermos o traumatizados.

Por comentar aquello en público, le habían soltado más de una impertinencia e, incluso, algún conocido se había atrevido a calificarla de «pacifista peligrosa», de cobarde, de estar conmocionada por la muerte de Archie. Muerte de la que tendría que

sentirse orgullosa en lugar de andar ensuciando la memoria de aquellos jóvenes héroes que habían perdido la vida cumpliendo con su deber.

Uno de esos exaltados había sido su propio cuñado, Peter Carnegie, al que habían visitado hacía tres meses en Pittsburgh para conocer a sus sobrinos y que, en su terreno, se había desvelado como un individuo obtuso, impertinente y hasta zafio con el que no se podía dialogar.

Su hermana había apoyado cada una de sus palabras y habían terminado discutiendo también. Margaret, antaño una sofisticada y desenvuelta chica londinense, parecía otra en aquella ciudad, no se podía tratar con ella, no tenía opiniones propias, solo hablaba por boca de Pete, aunque «se veía contenta y feliz», había opinado su madre tras la visita de una semana mientras Rose habían regresado a Nueva York jurando no volver a visitarla nunca más.

De vuelta en la ciudad, había decidido olvidar el episodio y había retomado con entusiasmo su trabajo en dos comités de guerra de Manhattan, uno en la iglesia San Juan Divino y otro laico dependiente del ayuntamiento de Nueva York. Ambos dirigidos por su tía Poppy y ambos dedicados a recaudar fondos para las viudas y los huérfanos de guerra, para comprar alimentos, medicinas, mantas o fabricar vendas para el frente. Una tarea que, combinaba con su trabajo como enfermera voluntaria en el Bellevue Hospital, donde gracias al doctor Wingham, al que no había dejado de ver desde que habían desembarcado en Nueva York hacía cuatro meses, estaba aprendiendo muchísimo.

El doctor, que era un hombre muy generoso, la había integrado en su equipo para echar una mano en el cuidado de los pacientes menos graves, pero, además (y más importante para ella) había mediado para conseguir que su madre la dejara asistir a la escuela de enfermería de la doctora Elizabeth Blackwell, la primera mujer licenciada en medicina de los Estados Unidos.

La doctora Balckwell y su hermana habían fundado en 1857 Enfermería para Mujeres y Niños de Nueva York. Una institución

donde se podía aprender enfermería, primeros auxilios, puericultura y asistir a conferencias sobre todo tipo de temas médicos relacionados con la mujer y la infancia, y ella, que era una recién llegada, había conseguido gracias al doctor Wingham matricularse en un curso para enfermeras y comadronas.

Por supuesto, su abuela había puesto el grito en el cielo cuando le había anunciado su propósito de estudiar y había intentado disuadirla de todas las formas posibles para que se olvidara de semejante locura. Incluso, había intentado prohibírselo de forma tajante, sin embargo, con el apoyo de su madre, de su tía, de Wingham y su esposa que había sido enfermera en su juventud, y conmovida por su frágil estado de ánimo tras la muerte de Archie, había cedido y había acabado consintiendo unos estudios que calificaba de «eventuales», para superar el duelo, pero Rose sabía fehacientemente que de eventuales no tenían nada, al contrario, estaba convencida de que se convertirían en el billete de ida perfecto para la Universidad de Siracusa, el centro donde había estudiado la doctora Elizabeth Blackwell y donde esperaba matricularse en la carrera de Medicina el siguiente otoño.

—Señorita Rose, tiene correo —le anunció una de las criadas de su abuela acercándole la bandejita de plata con las cartas.

Rose le sonrió, aunque Anna apareció de la nada y la increpó indignada.

—Nada de señorita, muchacha, ¿cuántas veces tendré que decirte que es LADY Rose? Milady si eres capaz de pronunciarlo bien.

—¡Anna, por el amor de Dios!

—Es que no entiendo que, llevando casi cuatro meses aquí, sigan sin aprender nada, es una vergüenza.

—Es igual, no tiene importancia. —Se puso de pie, se apartó del tocador y miró a la pobre Meg con una sonrisa—. No pasa nada, Meg, muchas gracias.

—Su señora abuela está en el saloncito con su señora madre, dicen que pase a despedirse de ellas si va a salir.

—Muy bien, Meg, ahora bajo a hablar con ellas, muchísimas gracias.

—De nada, milady —pronunció muy despacio con su marcado acento irlandés y se marchó.

Rose movió la cabeza y buscó con los ojos a Anna, que se había quedado quieta con su ropa recién planchada doblada sobre el antebrazo.

—No vuelvas a tratar así al personal de la abuela o tendremos un problema serio, Anna, ya sabes que no paran de quejarse de ti.

—Panda de burras, no entiendo cómo la señora Florence puede mantener a semejante ganado sirviendo en su casa. En Inglaterra jamás…

—Por enésima vez: no estamos en Inglaterra y aquí, en América, los títulos y el tratamiento importan un pepino, a ver si tú, después de cuatro meses, consigues entenderlo.

—Una lady es una lady aquí y en la Conchinchina.

—¡Jesucristo! Eres imposible

Miró la hora en el reloj Archie, su precioso y moderno reloj de pulsera que no se quitaba ni para ir a dormir, y abandonó la correspondencia sobre la mesita de té.

—Luego la leo, tengo prisa.

—Se lleva quejando semanas de que no llega el correo y ahora lo deja tirado.

—Me esperan en San Juan Divino dentro de una hora y aún tengo que recoger a mi tía en Washington Square. Ve pidiéndome un coche, por favor. —Cogió su bolso, el sombrero y salió al pasillo para bajar las escaleras, pero Anna la siguió y la detuvo enseñándole su ropa.

—He lavado y planchado el alivio de luto, ya puede empezar a ponerse alguno de estos vestidos que llevan siete meses acumulando polvo.

—Te lo agradezco muchísimo, Anna, pero aún no. Voy a despedirme de la abuela y de mamá. Pídeme ese coche, por favor.

Le acarició el brazo y bajó corriendo a la primera planta, llegó al rellano y giró muy rápido hacia el saloncito de su abuela, decidida a no entretenerse demasiado. Caminó por los suelos alfombrados y, antes de tocar la puerta y entrar, oyó con estupor cómo estaban hablando de ella en unos términos tan insólitos y embarazosos, que se quedó clavada en su sitio, empezando a sentirse realmente avergonzada.

—¿Qué no sabes si Rose está entera, Violet?, no me lo puedo creer.

—No se lo he preguntado, madre, no creo que sea necesario.

—¿Cómo que no?, habrá que saberlo de cara al futuro.

—Estamos en el siglo XX, no seas anticuada.

—Deberías saberlo, solo digo eso. Eres su madre.

—No creo que tenga ese problema con Rose.

—¿Ah no?, tú te acostaste con William una semana antes de la boda y Daisy con Bob la noche anterior, la única que consiguió llegar virgen al matrimonio fue Camelia. No me mires así, ¿crees que no lo sabía?

—Dios bendito.

—Todos hemos sido jóvenes, ya sabes a que me refiero, y Rose y Archie llevaban ennoviados toda la vida, lo más probable es que…

—¡No!, Archie respetaba y adoraba a Rose, era como su hermana, él no…

—Si era como su hermana, entonces doy gracias a Dios de que no llegaran a casarse.

—¿De qué habláis? —Rose, al fin, reaccionó, se arregló la chaqueta y entró en la salita de estar muy digna y de dos zancadas. Las observó entornando los ojos y las dos la miraron con total naturalidad.

—De ti, ¿de quién vamos a hablar? —soltó su abuela mirándola de arriba abajo—. ¿Cuándo te vas a poner un poco de color?, ya han pasado siete meses, Rosie. Le pedí a Anna que te preparara la ropa de primavera, ¿no la has visto?

—Sí, pero aún no estoy preparada para abandonar el luto, nana, muchas gracias. Me marcho, tenemos todo el día ocupado. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Voy a estar con la tía Poppy en San Juan Divino, volvemos juntas para la cena.

—Es viernes, esta noche cenamos en casa de los Rothschild. Le pediré a Elsie que os deje un consomé y unos emparedados de pavo en el comedor de diario. A menos que queráis venir con nosotras.

—Yo no e imagino que Poppy tampoco.

—Está bien, pero andad atentas y con cuidado, todo apunta a que hoy el presidente Wilson anunciará la declaración de guerra contra Alemania.

—Llevamos escuchando eso desde que llegamos.

—El Senado y el Congreso han aprobado la resolución, Rose, la suerte está echada —susurró su madre respirando hondo—. Ya no hay marcha atrás.

3

—Lo del canciller alemán ha sido la gota que ha colmado el vaso, y me alegro, porque no podíamos seguir pareciendo tibios o cobardes. Somos americanos, nosotros no evitamos el conflicto, lo resolvemos.

—Arthur Zimmerman es un impresentable, es inadmisible lo que ha hecho en nombre de su gobierno, pero nos ha puesto donde nos quería tener y no sé yo si eso me gusta demasiado —opinó el doctor Wingham dirigiéndose a su interlocutor, un venerable anciano que llevaba un rato intentado encontrar a alguien con quién discutir sobre la entrada de los Estados Unidos en la guerra, y Rose dejó lo que estaba haciendo y les prestó atención, aunque, en realidad, no se hablaba de otra cosa desde hacía una semana.

Ese hombre, Arthur Zimmerman, ministro alemán de relaciones exteriores, había prometido a México, a través de su embajada, una generosa ayuda económica si entraba en guerra contra los Estados Unidos. Se trataba de atacar a su vecino, recuperar teóricamente los territorios de Texas, Arizona y Nuevo México, que les habían arrebatado en el siglo XIX, y con eso intentar debilitar a los poderosos estadounidenses de cara a la Triple Alianza.

Una maniobra a la desesperada, opinaban muchos, que había destapado la inteligencia británica, había publicado la prensa y, finalmente, había confirmado el propio Zimmerman en un discurso el 29 de marzo. Algo tan inadmisible que se había convertido en la gota que colmó el vaso del presidente Wilson y su gobierno, y que había provocado la declaración oficial de guerra contra Alemania.

Todo el escándalo y la toma de decisiones se había producido en el plazo de ocho días, y la guerra se había acabado declarando, como bien había predicho su abuela, el viernes 6 de abril.

A partir de ese momento, hacía dos semanas, Gran Bretaña y sus aliados habían visto la luz al final del túnel, porque la potencia militar, naval y aérea estadounidense les iba a permitir (Dios mediante) avanzar como una apisonadora sobre la Triple Alianza y,

cómo no, Rose se alegraba muchísimo, aunque, en el fondo, pensaba como el doctor Wingham y muchas noches se preguntaba si los alemanes no los habrían manipulado y conducido exactamente hasta dónde los querían llevar. Algo que, si lo meditabas con calma, era una opción inquietante y muy perturbadora.

—Rose, por favor, hay que separar esa lana en ovillos, la ha traído un comerciarte de Brooklyn y está en bruto —le pidió su tía Poppy cogiéndola de la mano y llevándosela hasta unos sacos que habían donado.

—Nos va a venir de perlas, mucha gente puede hacer punto en su casa, y es muy bonita. —Rose asintió maravillada ante el preciado tesoro.

—Al menos es verde oliva, que es el color que necesitamos. Ponte con eso mientras yo voy a… ¡Finn Farrell, benditos sean los ojos que te ven! —exclamó, de repente, muy contenta, dejándola sola para ir a saludar a alguien.

Rose se inclinó sobre los fardos de lana pensando en si no sería necesario lavarla antes de hacer ovillos y entregarla a las voluntarias, aunque, seguramente, no había tiempo para eso.

—Rose, ven, acércate, te presento a Finn Farrell, un gran amigo de Boston. —La llamó su tía. Rose se enderezó y se giró hacia el recién llegado, un hombre joven y moreno, alto, de ojos color avellana y vestido de manera bastante informal, que la miró como si la conociera de algo, muy atento, hasta que Poppy se colocó entre los dos.

—Finn, esta es mi adorable sobrina Rose Bowes-Lyon, la hija pequeña de mi hermana Violet. Llegó de Londres hace cuatro meses.

—Encantada, señor Farrell.

—Lo mismo digo —susurró él ofreciéndole la mano.

—Llámalo Finn, cariño, no le gustan las formalidades.

—Lo intentaré.

—Veo que tenéis mucho trabajo aquí. —La ignoró de inmediato y giró escrutando los rincones del inmenso local que les había cedido

el ayuntamiento—. Ya me habían advertido que estabais desbordados, Poppy.

—Desde que declaramos la guerra, te lo podrás imaginar.

—¿Dónde puedo ser útil?

—No te preocupes, Finn, déjalo, tú tendrás cosas más importantes que hacer.

—Tengo un par de horas libres y nada más importante que hacer, dime qué necesitas.

—Bueno, si insistes, ayuda a Rose a vaciar esas cajas y a clasificar su contenido.

—Muy bien. —La miró a ella con las manos a la espalda y Rose le indicó con una venia los fardos de lana—. ¿Lana?

—Sí, lana que podrá convertirse en cientos de bufandas, guantes y gorros, que es lo que se nos ha pedido reiteradamente desde el gobierno —Afirmó Poppy y sonrió a los dos antes de volver a sus quehaceres.

El señor Farrell se inclinó levemente a modo de despedida y le pidió a Rose que le dijera por dónde podía empezar a trabajar, ella le señaló el lado opuesto al suyo y él se fue hasta allí sin mucha ceremonia y sin dedicarle ni una frase más.

Rose lo siguió con los ojos unos segundos, pensando inconscientemente en cuánto tardaría ese joven en ser reclutado para ir a luchar al frente francés, y luego se olvidó de él dedicándose a sacar la lana, sacudirla un poco, quitar la que estaba en peores condiciones y dividirla en pequeños montoncitos para repartir entre el voluntariado. Una tarea que hizo en completo silencio, sin querer importunar al señor Farrell, que parecía muy serio y taciturno, un poquito osco, muy diferente a los chicos americanos que ella conocía y con los que solía entablar conversación muy fácilmente, hasta que el doctor Wingham apareció por allí para despedirse.

—Vaya, Rose, qué gran cantidad de lana, ¿quién la ha traído?

—No lo sé, doctor, solo sé que viene de Brooklyn.

—Maravilloso, la gente es muy generosa. —Sonrió y, de pronto, descubrió a Farrell detrás de unas cajas—. Hombre, veo que ya has

conocido al doctor Farrell. Hola, Finn, al fin has venido a ver la nueva sede del comité.

—He venido en cuanto he podido, Ben. Es tal como me la habías descrito.

—¿Y ya te han puesto a trabajar?

—Tenía un par de horas libres. ¿Tú ya te vas?

—Sí, llevo toda la tarde aquí y mi mujer dice que quiere verme aunque sea a la hora de la cena. Os dejo. Rose, te veo el lunes en el hospital. Hasta luego.

—Hasta luego, doctor, buen fin de semana.

—Adiós.

Farrell siguió trabajando sin hacerle caso y ella lo observó con atención, considerando que si era médico, tal vez lo había visto en el hospital y por eso la había mirado como si la conociera cuando los habían presentado, sin embargo, siguió sin parecerle familiar, a pesar de lo cual se le acercó despacio para salir de la duda y, principalmente, porque no quería parecer desconsiderada o descortés.

—Disculpe, señor Farrell, ¿así que es usted médico?, ¿trabaja en el Bellevue Hospital?

—Así es.

—Caray, pues, no sé si ya nos habíamos visto allí, soy muy despistada y…

—No, no nos habíamos visto allí, acabo de volver a Nueva York tras pasar una temporada en Boston.

—Ah, bien, me alegro, no me hubiese gustado…

—¿Usted trabaja con Ben Wingham en el Bellevue? —La interrumpió y ella negó con la cabeza.

—No, bueno, no profesionalmente, ya me gustaría, solo soy voluntaria, aunque estoy estudiando y…

—¿Estudiando? ¿para qué?

—Para ser enfermera y comadrona.

—Ah. —Levantó la cabeza y la miró con sus ojos oscuros incrédulos— ¿Quiere trabajar de comadrona?

—Para empezar sí.

—¿Para empezar sí?

—Mi propósito es estudiar Medicina.

—Buen propósito.

—Eso creo yo también, doctor Farrell.

—Finn, puede llamarme Finn.

—Y… ¿Finn viene de…? —preguntó, a riesgo de parecer un poco impertinente, y él la miró con una media sonrisa.

—De Finn.

—Claro, disculpe, es que no lo había oído nunca.

—En gaélico es Fionn, como Fionn Mac Cumhaill, pero el inglés lo derivó en Finn.

—¿Fionn Mac Cumhaill?

—¿No sabe quién es Fionn Mac Cumhaill?

—Lo siento, pero no.

—Es un héroe de la mitología celta, cazador y guerrero, que luchó para proteger y mantener a la vieja Eire, la actual Irlanda, libre e independiente.

—Caray, qué interesante.

—¿Ha oído hablar de la Hermandad Feniana?

—Por supuesto —asintió cruzándose de brazos, percibiendo cómo se le tensaban los hombros, porque los miembros de la Hermandad Feniana, los conocidos como «fenianos», los irlandeses independentistas y republicanos, eran considerados por los ingleses como revolucionarios peligrosos, unos traidores a la corona y a la patria. Un tema prácticamente prohibido, y Finn Farrell sonrió.

—Imagino que sí. En fin, tomaron el nombre de Fionn Mac Cumhaill, también conocido como Finn Mac Cumaill o Finn McCool.

—Es la primera vez que lo oigo. Muchas gracias, es muy interesante. —Lo miró sin saber qué decir para rebajar la inesperada tensión de sus palabras y regresó a sus fardos de lana con la intención de no volver a preguntar a un estadounidense por su nombre, porque solían tener una historia larguísima y enrevesada

para explicarlos y aquello, a veces, como en esta ocasión, resultaba muy incómodo.

—Tengo que marcharme, señorita Rose, mi guardia en el hospital empieza en media hora —le dijo al cabo de un rato de silencio pertinaz, sin dirigirle ni una sola mirada, y Rose se volvió para mirarlo a los ojos y despedirse con la mejor de sus sonrisas.

—Claro, muchísimas gracias, doctor Farrell, me ha ayudado muchísimo.

—Ha sido un placer. Hasta luego.

—Hasta luego.

Caminó unos pasos, pero se detuvo, se quedó quieto, como si hubiese olvidado algo, y, finalmente, regresó para acercarse y mirarla desde su altura con una sonrisa de lo más condescendiente.

—Y no se preocupe por no conocer a Fionn Mac Cumhaill, señorita Bowes-Lyon, ningún británico reconocería su existencia.

—¿Disculpe?

—Hasta la próxima —respondió, le guiñó un ojo y despareció entre la gente caminando con sus andares seguros y enérgicos, dejándola con la palabra en la boca, tan desconcertada como ofendida, porque a ella no solían hablarle en ese tono. Menos aún, un individuo que ni siquiera la conocía.

4

Observó a través de la ventana el jardín que rodeaba el despacho del doctor Collins, el jefe de estudios de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, e intentó rezar para no parecer muy desesperada, pero no pudo y miró de soslayo, por debajo del sombrero, a su tía Poppy, que le sonrió, estiró la mano y apretó la suya con bastante energía.

—No tiene estudios reglados, Phillip, como la mayoría de las jóvenes pertenecientes a la alta aristocracia británica —susurró Poppy ante el silencio de ese hombre que revisaba una y otra vez la escasa documentación que había podido aportar para certificar sus estudios—. Lamentablemente, Rose no pudo estudiar en Eton, como han hecho todos los hombres de su familia, pero sí pudo recibir una educación exquisita en casa, con institutrices y tutores privados, y pasó dos años por la prestigiosa Academia de Señoritas de…

—¿Hizo un curso de auxiliar de enfermería y puericultura con el doctor Thomas Harrison de Londres? —La miró por encima de sus gafas y Rose asintió.

—Sí, en el St. Bartholomew's Hospital, doctor Collins. Cuando empezó la guerra.

—Además, estudiaba, casi a la par, la carrera de Medicina con su prometido. Se intercambiaban libros, preparaba con él sus exámenes y la llevó muchas veces como oyente a sus clases en Cambridge —apuntó Poppy intentando ayudar.

Rose se sintió fatal porque al jefe de estudios, seguramente, ese tipo de detalles le importaban poquísimo, y estrujó los dedos de su tía para que se callara.

—¿Y su prometido dónde ejerce?

—Murió en Francia hace ocho meses, doctor, en la batalla del Somme. Ejerció dos años en los Cuerpos Médicos del Ejército Real.

—Lo siento muchísimo —dijo sincero, dejando las gafas encima del escritorio y suavizó el tono de inmediato—. Un héroe y un orgullo

para toda la profesión, le doy mi más sentido pésame, señorita Bowes-Lyon.

—Muchas gracias.

Bajó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas, porque se sentía demasiado frágil para hablar de Archie en ese contexto, y fue Poppy la que tomó nuevamente el control de la conversación.

—Mi familia ha sido desde el siglo pasado una patrocinadora entusiasta de la Universidad de Nueva York, Phillip, y estaríamos muy orgullosos de que Rose pudiera matricularse aquí. Cuento también con el apoyo de dos miembros del consejo, mis buenos amigos Jake Van Doren y Arthur Rothschild para apoyar su ingreso el próximo otoño.

—Lo sé, Jake Van Doren me llamó ayer, pero, como le he explicado a él, tu sobrina tendrá que pasar por un examen de ingreso especial. Como bien dices, Poppy, la señorita Bowes-Lyon carece de estudios reglados, al menos, como los entendemos en los Estados Unidos, y tendrá que demostrar ante un tribunal que es apta para iniciar la carrera de Medicina en igualdad de condiciones que sus compañeros.

—Me parece perfecto, doctor, estaré encantada de pasar por los exámenes que ustedes estimen conveniente —intervino Rose muy sonriente y él asintió.

—Le pediré a mi asistente que le pase un temario, pero también me gustaría que me explicara por escrito la causa por la que quiere estudiar Medicina, sus motivaciones y todo lo que le parezca relevante que debamos conocer sobre usted.

—Por supuesto.

—Hoy es 4 de mayo, puedo retrasar su examen hasta el 26 de junio, tendrá menos de dos meses para prepararse, ¿podrá hacerlo?

—Al menos, lo intentaré, doctor.

—Muy bien.

Los tres se pusieron de pie y él se adelantó para pedirle a su secretaria que le buscara un temario. Rose miró a su tía y ella se acercó para abrazarla y darle un beso en la frente.

—Ya estás dentro, pequeña.

—No cantes victoria.

—Eres la más lista de la familia y los deslumbrarás. Habrá que empezar a pensar cómo se lo diremos a tu madre.

—Mejor, cuando apruebe el examen.

—Claro, aunque habrá que explicarle por qué no te vas con ella la próxima semana a Los Hamptons.

—Sabe que los comités de guerra me tienen atada a Manhattan.

—Eso es verdad, y yo te daré la cobertura necesaria.

—Gracias, tía, no sé cómo podré agradecerte todo lo que haces por mí.

—Pues, siendo feliz, cariño.

—No me lo puedo creer. —Dio un salto para abrazarla de nuevo y Poppy sonrió.

—Todo es posible en Nueva York, Rose, nunca te olvides de eso. Y, ahora, marchémonos, vamos a celebrarlo.

Se despidieron de la secretaria del doctor Collins, que le pasó un larguísimo temario y la instó a llevar su «carta de presentación» antes de dos días, y salieron de la Universidad de Nueva York para caminar por Washington Square muy animadas, sobre todo Rose, que tenía ganas de bailar y contar a todo el mundo que le iban a permitir presentarse a un examen de ingreso a la carrera de Medicina. Un sueño demasiado grande como para guardárselo, aunque era consciente de que lo mejor, si quería preservar su gran oportunidad y evitar que alguien se la estropeara, era callárselo todo hasta que su matrícula fuera un hecho consumado e irrevocable.

Se cogió del brazo de Poppy, sin poder creérselo todavía, y la siguió sin preguntar a dónde la llevaba aunque, cuando dejaron atrás la plaza y se adentraron en el Greenwich Village, se empezó a extrañar de que no fueran hacia Park Avenue.

—¿Puedo preguntar dónde vamos?

—No, no puedes. Dime una cosa. —La miró de reojo—. ¿Alguna vez has hablado seriamente con tu madre sobre la universidad?, lo digo porque siempre se lo toma como a broma y…

—Claro que sí, ella siempre ha sabido que quería estudiar y trabajar, que no pretendía quedarme en casa cuidando niños y organizando fiestas el resto de mi vida. Archie y yo le advertimos que, en cuanto nos casáramos, me iba a mudar a Cambridge con él para empezar la carrera.

—Está bien, es que estoy pensando en cómo se lo tomará a la hora de la verdad, porque conociendo a Violet, no me gustaría tenerla en tu contra y, menos, en la mía.

—A los veintiún años seré mayor de edad, tarde o temprano tendrá que dejarme hacer lo que quiera.

—Sí, pero… en fin… —suspiró—. Ojalá tu padre estuviera vivo, seguro que te apoyaría a muerte.

—¿Mi padre?, ¿tú crees? Todo el mundo dice que en el fondo era muy conservador.

—William Bowes-Lyon sería conservador, pero era el hombre más abierto, tolerante, educado y divertido que he conocido en toda mi vida.

—¿En serio?

—Sí. Era un dandi de los pies a la cabeza, un auténtico caballero, y no solo por su sangre azul o su parentesco con la reina Victoria, era así de forma natural. Encima, te divertías horrores con él. Siempre supo vivir la vida y disfrutarla, incluso a pesar de mi hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Que, cuando Violet lo conoció, sucumbió a sus encantos de tal manera que lo siguió al fin del mundo, estaba loca de amor por él y vivió a su manera durante algunos años. Fueron muy felices, pero, con el paso del tiempo, la estadounidense práctica y objetiva que llevaba dentro regresó a la superficie y empezó a controlarlo todo, a controlar el dinero y a intentar domesticarlo y, bueno, todo se volvió más oscuro, más tenso. No obstante, William nunca renunció a ser quién era y…

—Para ser justos —la interrumpió, movida por esa lealtad inquebrantable que la unía a su madre—, si mamá no hubiese sido

una controladora, el legado Cullingworth ahora no existiría.

—Y tienes razón, no voy a ser yo la que critique a mi hermana, que es una leona y una mujer muy inteligente, pero me gustaría que no olvidaras que tu padre, al que te pareces muchísimo, nunca dejó de sacar el máximo partido a la vida ni dejó de creer en sus sueños, ¿de acuerdo?, por eso sé que, si estuviera aquí, estaría apoyándote con tu carrera y se sentiría muy orgulloso de ti.

—Caray, muchas gracias.

—Tienes mucho de los dos, Rose. Eres fuerte, inteligente y practica como tu madre, pero, también, eres tolerante, divertida y encantadora como tu padre, tienes mucha suerte.

—Soy incapaz de verlo de esa manera, pero muchas gracias por decírmelo.

—A las mujeres no nos enseñan a valorarnos como es debido, querida, aprenderás a hacerlo con los años. Ya hemos llegado —le anunció de pronto, deteniéndose delante de un edificio muy moderno y elegante, típico del Greenwich Village, y Rose paró el paso y lo observó entornando los ojos.

—¿Vamos a alguna reunión con tus amigas sufragistas?

—No, creo que ha llegado la hora de hacerte partícipe de mi gran secreto, cielo.

—¿Tu gran secreto?, qué emocionante.

—Llevas casi cinco meses viviendo en Nueva York, me has demostrado de sobra que eres una mujer hecha y derecha y, sobre todo, de fiar, así que celebraremos tu futuro como doctora comiendo en mi casa.

—¿Tu casa?, ¿qué casa?

—¿Crees que con treinta y cinco años no tengo una casa propia?

—No entiendo nada.

—Oficialmente, vivo con mi madre, pero lo cierto es que tengo un apartamento precioso en el *Village* al que yo considero mi verdadero hogar. Vamos, sube conmigo, nos están esperando.

—Madre mía, esto sí que es una sorpresa.

—Solo una cosa. —Se detuvo en la escalera de la entrada y la miró a los ojos—. Tendrás que prometer que me guardarás el secreto.

—Te lo prometo, te doy mi palabra de honor.

—Muy bien, porque aquí solo traigo a las amistades más íntimas, a las personas que más me gustan o de más confianza, y, por supuesto, a mis amantes.

—¿Perdona? —Se atragantó y Poppy se echó a reír a carcajadas.

—Estamos en el siglo XX, Rose, las mujeres autosuficientes e independientes hacemos nuestra vida, aunque, en mi caso, mi madre crea que me he quedado soltera para cuidarla a ella en su senectud.

—Jesucristo…

—Ya te contaré todo con más detalle, ahora, subamos, he pedido que nos prepararan unas hamburguesas para almorzar.

La siguió entusiasmada y muy orgullosa de ella, que cada día la sorprendía con alguna novedad emocionante. Llegó a la segunda planta observando cómo sacaba de su bolsito una llave y abría ella misma la puerta de su apartamento.

—¡Ruby, ya estoy aquí!

Anunció su llegada haciéndola pasar a un recibidor muy coqueto, con las paredes forradas de terciopelo rojo oscuro y varias fotografías enmarcadas, y Rose se quitó el sombrero viendo aparecer por el pasillo a una mujer de raza negra vestida de uniforme, joven y guapísima, que recibió a su tía con una gran sonrisa.

—Ruby, querida, esta es mi sobrina Rose, ya te he hablado de ella. Rosie, esta es mi fiel Ruby.

—Bienvenida, señorita Rose.

—Muchas gracias, Ruby, encantada de conocerla.

—Igualmente, señorita… doña Poppy —se dirigió a su tía con un acento sureño muy marcado y Poppy se detuvo a mitad del gran salón para prestarle atención—. El señorito Gary llegó esta mañana, está durmiendo en su cuarto.

—¡Santísima Trinidad! Rose, ponte cómoda, Ruby te traerá algo de beber, vuelvo en seguida.

—Gracias.

—¡Gabriel, no vengo sola, así que ponte algo decente, por favor! —gritó perdiéndose por el pasillo.

Rose miró a Ruby con cara de pregunta, pero ella no dijo nada, se dio la vuelta y desapareció, así que se acercó a una de las ventanas para observar las vistas, que se limitaban al tráfico y al trasiego de gente con mucha prisa por las calles del *Village*.

Ya había estado otras veces allí, en el famoso Greenwich Village de Manhattan, un barrio muy de moda que le encantaba.

Nada más llegar a Nueva York, en todas las reuniones sociales a las que había asistido, le habían mencionado el barrio y le habían explicado que muchos burgueses ricos se estaban mudando allí, porque se podían encontrar pisos amplios, bien ventilados, con calefacción y agua caliente, pero también muchos intelectuales y gente relacionada con la cultura o la política, porque era muy chic y porque por sus calles se paseaba lo más vanguardista de la ciudad. Es decir, la flor y nata de Manhattan estaba poblando sus edificios de grandes ventanales y piedra rojiza, y su tía, al parecer, también había sucumbido a sus encantos.

—¿Una limonada, señorita?, la señora dice que usted no bebe apenas alcohol —le dijo Ruby apareciendo por su espalda y Rose se apartó de la ventana para responderle.

—Sí, muchas gracias, Ruby.

—¿Le gusta la casa?

—Sí, es muy bonita y confortable. Tiene muchas fotografías. —Le indicó las paredes cubiertas con fotografías de diversos tamaños y Rudy asintió orgullosa.

—Son retratos de los amigos que vienen a ver a la señora. Tiene un estudio fotográfico profesional ahí dentro, ¿sabe?, se lo instalaron antes de la guerra.

—Vaya, no sabía nada, le pediré que me lo enseñe. —Giró, admirándolo todo, hasta que se fijó en un piano de cola que estaba

al fondo de la gran habitación y caminó hacia él fascinada—. Un Steinway & Sons, qué maravilla.

—¿Toca usted el piano, señorita?

—Sí, bueno, hace mucho que no lo toco porque estoy de luto, pero sí, me encanta tocar el piano.

Llegó hasta el precioso instrumento, acarició su madera de la mejor calidad con mucho cuidado y luego se inclinó para admirar las innumerables fotografías, de todos los tamaños, que reposaban sobre él. Aquello era como una exposición de retratos, de personas muy sonrientes posando divertidas para la cámara, pero no había ninguna de la familia.

Se acercó más, intentando reconocer a alguien y localizó a alguna de sus amigas sufragistas luciendo sombreros estrafalarios o boas de plumas, a dos o tres amigos de la Quinta Avenida vestidos con cofia y mandil, a otros de punta en blanco fumando con boquillas largas o a sus esposas enseñando piernas por debajo del vestido, hasta que, de repente, sus ojos se posaron sobre la figura de un hombre joven, moreno y espigado, que no esperaba ver allí.

Parpadeó un poco incrédula y volvió a mirar con atención. No cabía ninguna duda, se trataba de él: el doctor Finn Farrell, con el que, gracias a Dios, no había vuelto a coincidir (desde que lo había conocido en el comité de guerra del ayuntamiento), posando en margas de camisa, con una copa de champán en una mano y una mujer muy guapa en la otra, sonriendo de oreja a oreja y derrochando atractivo y felicidad.

—Madre mía, sí que es guapa —farfulló un hombre a su espalda y Rose saltó y se giró hacia él con el ceño fruncido.

—No le hagas caso, Rose, es un zalamero, pero es inofensivo —dijo su tía, muerta de la risa, abrazándolo por la cintura—. Te presento a Gabriel Romano, uno de mis mejores amigos. Gary, te presento a mi encantadora sobrina, Rose.

—Es un honor, milady —la saludó él, que era moreno, alto y muy fuerte, haciendo una reverencia absurda, y Rose asintió dando un paso atrás.

—Encantada, señor Romano.

—Es la primera vez que conozco a alguien de la realeza, disculpe si no sé comportarme como es debido, milady.

—No soy de la realeza, ese término se reserva a la familia real, y tampoco hace falta que me llame milady, señor Romano, pero se agradece su esfuerzo.

—Aleluya, tiene carácter, se parece a ti, Poppy —soltó, sonriendo de forma muy honesta, con toda la cara, y abandonando de inmediato el tonito guasón, y Rose devolvió la sonrisa comprendiendo que solo intentaba ser simpático.

—Gary es actor y acaba de llegar de Los Ángeles, solo ha pasado a despedirse, mañana se marcha a Francia con el 15º Regimiento de la Guardia Nacional de Nueva York.

—Le deseo muchísima suerte en Europa, señor Romano.

—Ya sé que ha perdido a su novio, señorita Rose, pero le prometo que vengaremos su muerte, estos putos alemanes no nos ganarán la guerra. Disculpe mi lenguaje.

—Está usted disculpado.

—Su pérdida no será en vano, le doy mi palabra de honor.

—Muchas gracias —respondió muy conmovida y Poppy intervino dando una palmadita.

—Vamos, Ruby, sírvenos la comida, hay que celebrar la vida y el último día de Gary en casa.

—Así se habla, preciosa —Gary Romano se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Y vosotros dos podríais tutearos, en esta casa no existen las formalidades ¿Te parece bien, Rosie?

—Me parece perfecto.

5

Atender un parto era una aventura inquietante porque nunca sabías lo que iba a pasar, pero también era, seguramente, una de las experiencias más extraordinarias a la que podías asistir.

Rose Bowes-Lyon ya había estado en varios, en Londres mientras realizaba prácticas en el St. Bartholomew's Hospital, y siempre la había conmovido el maravilloso proceso, la resistencia que tenían esas madres que traían hijos al mundo en medio del dolor y la extenuación, a veces, en las peores condiciones sanitarias, en soledad o sin el más mínimo recurso económico, y que, al final, siempre, daba igual donde estuvieran o de donde procedieran, acababan abrazando a sus bebés diminutos y llorones con devoción.

La reacción era invariablemente la misma y ella, invariablemente, acababa llorando, sobre todo si se trataba de mujeres sin recursos a las que el simple hecho de ofrecer una mano, un poco de consuelo o una mantita para sus hijos, podía convertirse en un acto heroico que ellas agradecían hasta las lágrimas. Por eso era tan consciente de lo que se podía ayudar con un poco de atención y asistencia, con un poco de profesionalidad, y por eso se había ofrecido como voluntaria para asistir partos en las zonas más problemáticas o deprimidas de Nueva York, donde solo la pericia o la experiencia de una buena comadrona podía salvar la vida de una madre o de su recién nacido, como esa misma mañana en el Lower East Side, donde habían asistido a una madre adolescente que apenas hablaba inglés y que había dado a luz solo gracias a las manos expertas de la señora Tilly, su profesora en la escuela de enfermería de la doctora Balckwell.

La chiquilla, que se llamaba Greta, vivía en una habitación infecta de *Little Germany*, el barrio del Lower East Side donde se habían asentado muchísimos inmigrantes alemanes llegados a Nueva York a mediados del siglo XIX. Un asentamiento urbano donde las condiciones de salubridad y supervivencia, de por sí lamentables, habían empeorado notablemente desde el inicio de la guerra europea.

Los alemanes, desde 1914, eran considerados el enemigo aunque llevasen viviendo en los Estados Unidos varias generaciones y, por eso, ningún médico se adentraba en sus calles, ninguna persona «decente», le había advertido su profesora que era la única que se atrevía a seguir atendiendo a las parturientas indefensas de la zona, a pesar de lo cual, Rose se había apuntado a acompañarla sin pensárselo dos veces.

—Señoritas, tenéis la oportunidad de ayudar en un parto de verdad, ¿quién quiere venir conmigo? —había preguntado la señora Tilly a primera hora, colocándose en medio del aula, y Rose se había puesto de pie de un salto.

—Bien, Bowes-Lyon y usted, Ferrara, venid conmigo.

Y, de ese modo, María Ferrara y ella habían partido en una calesa camino de *Little Germany* y allí, tras superar la impresión de ver la pobreza, el hacinamiento y la suciedad del edificio donde vivía la joven paciente, la habían atendido con la mejor disposición y habían conseguido que diera a luz muy rápido porque ya llevaba muchas horas de parto.

—Normalmente, esperarán hasta el final para llamar a una comadrona —les había explicado la señora Tilly—. Si pueden evitar extraños en su casa, lo harán y serán las madres, las hermanas, las abuelas o las vecinas las que asistan el parto. Solo nos llamarán si el proceso se complica y creen que no pueden hacer nada por la madre, así que tenéis que actuar rápido y sin miramientos, no os entretengáis, ¿de acuerdo?

—Sí, señora Tilly.

—Vamos, poned agua a hervir y preparad té.

—¿Disculpe?

—Una taza de té nos vendrá bien a todas.

Había ordenado señalándoles su maletín y Rose había sacado de allí el té y había puesto agua a hervir mientras María Ferrara, que era una chica italoamericana muy lista, disponía todo lo necesario para recibir al recién nacido. Un chico que había nacido sanísimo y al

que su madre, que no tenía más de catorce años, había acunado con una ternura increíble.

Personalmente, había aprendido muchísimo más en esas tres horas de trabajo observando a su enérgica maestra, que había actuado con destreza, rapidez y profesionalidad, que en cinco meses de clases teóricas y, al final, había regresado a casa de su abuela fascinada, emocionada y satisfecha. También con la ropa sucia, lo que había provocado un ataque de ansiedad a Anna que, después de poner el grito en el cielo, la había obligado a darse un baño mientras le revisaba el pelo en busca de piojos.

—Gracias a Dios que no está su madre —protestaba escrutándola con ojo clínico—. Menudo disgusto si la ve así. Una dama no debería hacer estas cosas. Ir a ayudar a parir a una…, vaya, a saber qué le puede pasar por esos barrios asquerosos y repletos de ratas. Si su abuela…

—Calla ya, Anna, no seas pesada y búscame ropa limpia, por favor, tengo que volver a salir.

—¿Dónde va a ir ahora?

—Anna, por favor.

—Al menos, dígame dónde va o cuando vuelva milady no sabré qué decirle.

—Tengo que ir al Bellevue Hospital, he quedado con el doctor Wingham para que me deje unos apuntes y unos libros para estudiar.

—¡Por san Jorge! Va a enfermar de tanto estudiar.

—Tampoco es para tanto, Anna.

—Bueno, su excelencia dice que la deja hacer estas cosas solo para que se le pase lo de milord Archie, que en paz descanse, pero que pronto tendrá que volver a comportarse como una dama de su clase.

—¿Mi madre dice eso?

—Eso y más cosas, milady, porque, desde que pisamos esta ciudad, a usted se le ha ido la cabeza y se le ha dado demasiada libertad —soltó con sus aires de institutriz victoriana y la había

dejado con la palabra en la boca para llevarse su ropa sucia a hervir. Rose había parpadeado sorprendida, porque, a ella, su madre no le había dicho nada, sin embargo, había preferido no hacer conjeturas y menos discutir, tenía prisa y no podía entretenerse en minucias.

—¡Rose!, ¡ponte un delantal y ven aquí!

Oyó a su espalda entrando en el Bellevue y se giró hacia la voz del doctor Wingham que iba empujando una camilla a toda velocidad, hacia una sala de urgencias, mientras el hombre al que llevaba chillaba a todo pulmón.

Corrió detrás de él, fijándose en que lo acompañaban dos alumnos de Medicina en prácticas y una enfermera bastante veterana, entró en la sala y se puso un mandil descubriendo con horror que el pobre paciente tenía las dos piernas destrozadas. Se podían ver perfectamente las tibias y el peroné astillados, hechos trizas, los músculos y la piel desgarrados, las rodillas hechas puré, dio dos pasos y se colocó delante del médico esperando instrucciones.

—Traed el instrumental quirúrgico —ordenó él a la enfermera y luego miró a los dos futuros médicos—. Si vais a vomitar, mejor salid de aquí e id a buscar un anestesista ¡Vamos!

—Tranquilo, señor, en seguida le aliviaremos el dolor —atinó a decir Rose, cogiendo la mano del pobre desdichado y él la miró con ojos de desesperación—. ¿Qué le ha pasado?

—Se ha caído de una segunda planta, del edificio que están construyendo en la esquina —respondió el doctor Wingham—. Trabajan sin ninguna medida de seguridad y cada vez son más mayores por culpa de la guerra.

—Está bien, no pasa nada, lo ayudaremos, señor… ¿Cómo se llama usted, caballero?

—O’Hara.

—Muy bien, señor O’Hara, está en las mejores manos, ya verá cómo en seguida lo aliviaremos. Sé que le duele muchísimo, pero…

—Maldita sea… —exclamó Wingham al verse imposibilitado de hacer un torniquete en condiciones y Rose levantó una mano y se le acercó muy tranquila.

—Puedo hacerlo yo, he hecho muchos, en el St. Bartholomew era el pan de cada día.

Cogió una venda gruesa de una mesa, la puso justo por encima de la rodilla, se sacó un lápiz del bolsillo para utilizarlo como dispositivo de torsión, y lo hizo girar como le habían enseñado en Londres, consiguiendo parar de inmediato la hemorragia. Repitió la maniobra en la segunda pierna, respiró hondo satisfecha con el resultado, subió los ojos hacia Wingham, pero lo que se encontró fue al doctor Farrell, Finn Farrell, a un palmo de ella, observándola con el ceño fruncido y la morfina inyectable en una mano.

—Gracias, Rose, la artrosis a veces me juega malas pasadas —susurró Ben Wingham y luego se dirigió a Farrell—. Todo tuyo Finn, vamos, alivia a este pobre hombre, por favor.

Ella se apartó del paciente para observar como Farrell le inyectaba el opiáceo, que muchos médicos en la vieja Inglaterra rechazaban porque solía provocar adicción en algunos pacientes, y sintió aparecer por su derecha a otros médicos y enfermeras de quirófano dispuestos a ayudar en la intervención quirúrgica inevitable: una amputación doble por encima de las rodillas. Una medida extremadamente radical, pero que, seguramente, le iba a salvar la vida.

—Buen trabajo, señorita Bowes-Lyon —le dijo una hora después Finn Farrell entrando en el despacho del doctor Wingham, y ella levantó la cabeza de los libros y lo miró sin mucho interés.

—Muchas gracias, doctor Farrell. No fue nada. ¿Cómo está el señor O’Hara?

—¿Sabe su nombre?

—Lo primero que tiene que hacer una enfermera es preguntar el nombre a los pacientes, eso me enseñaron en el St. Bartholomew’s Hospital. De ese modo se les muestra respeto, se les hace sentir

más seguros, se comprueba su nivel de conciencia y, de paso, se les distrae.

—Perfecto. —Le regaló una media sonrisa y ella suspiró.

—Solo intento hacer lo correcto, doctor. —Cerró el libro, miró la hora en su reloj de pulsera y se puso de pie—. Entonces, ¿cómo está el señor O'Hara?

—Está estable, se recuperará, aunque no podrá volver a trabajar en la obra, lo que acabará arruinándole la vida, pero hemos llamado a su representante sindical para que le echen una mano, al menos durante la convalecencia.

—Vaya…

—Bonito reloj. —Le señaló la muñeca y ella lo acarició.

—Gracias, era de mi prometido.

—Con respecto al señor O'Hara, ¿podría hablar con alguien de su familia para intentar ayudarlo? No volverá a subirse a un andamio, tiene cinco hijos y dos se han ido a la guerra.

—Claro, hablaré con mi abuela o…

—No estoy pidiendo caridad, señorita, el señor Paddy O'Hara es oficial de primera y empleado de la Constructora Belmont. Trabaja para ustedes desde hace más de quince años.

—Yo no tengo ningún vínculo con las empresas de la familia de mi madre, pero me ocuparé personalmente de hablar con algún responsable.

—Su primo, Harrison Astor, es el único responsable de esta obra. —Le extendió un papel con los datos del señor O'Hara y el edificio dónde había sufrido el accidente, y Rose lo cogió y lo leyó con atención—. Lo habitual es que no aseguren a sus obreros, pero estoy seguro de que pueden ayudar si quieren.

—Muy bien, hablaré con Harrison, creo que lo veré esta misma noche en casa de mi abuela. Ahora, debería irme.

—Ben dice que está preparando su examen de ingreso a la Universidad de Nueva York. —Miró elocuentemente el escritorio.

—Eso intento, aunque es el 26 de junio y creo que tengo muy poco tiempo para estudiar.

—¿Y por qué quiere presentarse ahora?

—Como le expliqué cuando nos conocimos, doctor Farrell, mi propósito es estudiar Medicina y cuanto antes empiece mejor.

—Es verdad, me lo dijo, pero no creí que fuera en serio.

—Evidentemente, no me conoce, yo siempre voy en serio. Buenas tardes.

Cogió los libros y los apuntes que podía llevarse, lo miró fijamente y no dejó de hacerlo hasta que salió del despacho y abandonó el hospital blasfemando por lo bajo, convencida de que el tal Finn Farrell, aunque fuera un valioso médico del Bellevue y, al parecer, un muy buen amigo de su tía Poppy, era el individuo más impertinente con el que se había topado en toda su vida.

6

—Es un hombre extraordinario, lo que pasa es que no le caen muy bien los ingleses —explicó Poppy echándose a reír a carcajadas y Rose la miró ceñuda, incapaz de entender aquello como una gracia. Su tía estiró la mano y sujetó la suya—. Calma, cielo, no te lo tomes todo tan a pecho o te harás vieja muy pronto.

—Es imposible no tomarse a pecho algo semejante. Yo no juzgo a las personas por su raza, nacionalidad o procedencia, y, muchísimo menos, me dirijo a ellos como tu amigo Finn Farrell se dirige a mí. Tendrías que oírlo, no sé quién se cree que es para juzgarme y hablarme de manera tan condescendiente. Las dos veces que…

—Es irlandés ¿sabes?

—¿Irlandés?, ¿no era de Boston?

—Bueno, nació en Boston, pero su familia es irlandesa y a mucha honra para él.

—Sea de donde sea, o de donde quiera ser, esencialmente, es un maleducado y consigue sacarme de mis casillas. Solo espero que nunca me toque trabajar bajo sus órdenes en el hospital.

—Hay un prejuicio innato, y bastante justificado, de los irlandeses contra los británicos, supongo que lo sabes o lo habrás oído, e imagino que Finn no puede sustraerse a eso cuando habla contigo, que eres más inglesa que el té de las cinco. —Rose la miró entornando los ojos, empezando a indignarse de verdad, y Poppy la abanicó riéndose otra vez—. No te pongas así, cariño.

—Creía que los Estados Unidos era el paraíso de la tolerancia y la libertad, no de los prejuicios.

—Rose, por favor, es una broma.

—A lo mejor no entiendo muy bien vuestro sentido del humor.

—Debe ser eso. Venga, sonríe un poco, que estás en el *Met.*

Le indicó con su abanico el anfiteatro del Metropolitan Opera House, el *Viejo Met*, como lo llamaban los neoyorquinos, y Rose pudo comprobar con sorpresa que mucha de la gente, que estaba llenando sus butacas, miraba atentamente hacia su palco y las

saludaban con la mano antes de sentarse entre cuchicheos y comentarios.

Todo el mundo en Manhattan conocía a los Belmont y, esa noche, gran parte del clan se había reunido en los palcos de la familia para asistir a la representación benéfica de *Aida*, de Giuseppe Verdi. Una cita organizada por su abuela para colaborar en la compra de bonos de guerra, por lo tanto, la expectación era máxima, y Rose lamentó por un segundo aparecer allí, entre tanta seda y oropel, vestida con alivio de luto.

Se arregló un mechón suelto del pelo, que se le escapada de cuando en cuando del recogido que le había hecho Anna y que había sujetado con una inútil diadema de brillantes de su abuela, y recorrió el amplio auditorio con los ojos, saludando a algunas amistades, hasta que su mente voló y empezó a repasar mentalmente el temario de Anatomía, la única materia en la que se sentía segura de cara al examen que tenía que hacer dentro de cuatro días en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York.

Había estudiado bastantes asignaturas de Medicina con Archie, a él se le habían atragantado algunas materias al principio de la carrera, como la Histología o la Química, y las había repasado mil veces con ella, pero una cosa era estudiar por placer y para apoyar a tu novio, y otra muy distinta era memorizar un temario muy extenso para someterse a un tribunal de catedráticos de Medicina de Nueva York. La presión la estaba consumiendo, no lo podía negar, aunque, por supuesto, no pensaba rendirse y llevaba dos semanas encerrada en casa dedicando de diez a doce horas diarias en exclusiva al estudio, principalmente, a las Matemáticas y la Física, dos disciplinas de las que sabía muy poco.

Afortunadamente, una amiga de su tía Poppy, la señora Frances Wells, profesora de Ciencias en la Universidad de Vassar, la había socorrido con clases privadas y con mucho apoyo de apuntes y resúmenes que le estaban salvando la vida. Además, le había propuesto estudiar en su prestigiosa universidad, una de las

llamadas *Siete Escuelas Hermanas*, por tratarse de siete centros de estudios superiores fundados para mujeres, donde no le iban a poner ningún impedimento para matricularse.

Por desgracia, Vassar no impartía la carrera de medicina y, por lo tanto, en un principio quedaba descartada, sin embargo, no renunciaba del todo a su ofrecimiento porque, si no la aceptaban al primer intento en la Universidad de Nueva York, algo bastante probable según su propia madre, el siguiente paso, el más lógico, sería matricularse en Vassar, que ofrecía un curso preparatorio para aquellas jóvenes como ella, cuyo nivel de estudios no alcanzaba los requerimientos exigidos para un nivel universitario.

Esa alternativa, que no sabía que existía hasta que había conocido a la profesora Wells, le permitiría prepararse bien y de manera reglada para repetir una futura prueba de ingreso a la Facultad de Medicina y, por supuesto, la maravillosa posibilidad de no perder otro curso y poder vivir en un campus que estaba en Poughkeepsie, una localidad a cien kilómetros al norte de Manhattan. La posibilidad la tenía entusiasmada porque podría significar, por primera vez en su vida, gozar de independencia y mayor autonomía.

—¡Buenas tardes a todos! —saludó su madre entrando en el palco y Rose saltó y se volvió para observarla porque el tono empleado le sonó demasiado festivo, y ella la miró y le tiró un beso antes de estirar la mano y coger del brazo a su acompañante.

—Dicky se sentará con nosotros. Hay espacio, ¿no, mamá?

—Por supuesto —susurró su abuela señalándoles las dos butacas libres que tenía a su izquierda—, pero daos prisa porque esto está a punto de empezar.

—Rosie ¿te acuerdas de Richard Rothschild? —le preguntó a ella muy sonriente y Rose asintió mirando a ese hombre maduro y elegante que incluso las había visitado alguna vez en Londres.

—Claro, mamá, nos hemos visto muchas veces. Buenas tardes, señor Rothschild, ¿cómo está usted?

—Hola, Rose, preciosa, me alegro de verte tan bien.

—Venga, callaos todos, que ya empieza —ordenó su abuela a par que se apagaban las luces y el público empezaba a guardar silencio.

Rose miró a su tía y ella le señaló a Dicky Rothschild con el pulgar y abriendo mucho la boca. Rose movió la cabeza sin entender qué le quería decir, pero, antes de poder preguntar nada, la orquesta hizo sonar las primeras notas e inmediatamente se sustrajo oyendo la preciosa música de Verdi.

—Voy a salir un momento, ahora vuelvo.

Casi dos horas después, al empezar el Acto IV, y tras el animado intermedio donde todo el mundo se había saludado con todo el mundo, había bebido champán y había comentado la tragedia de la guerra, que seguía desangrando Europa, Poppy se le acercó al oído y le susurró que se marchaba y desapareció del palco sin más explicaciones. Algo sin mayor trascendencia hasta que. más de media hora después. su abuela buscó sus ojos y le pidió que saliera a buscarla y la trajera de vuelta con su familia.

—Tráela aquí, Rose, por favor, no quiero que la gente murmure cuando se enciendan las luces.

—Claro, nana. Permiso.

Se disculpó con su madre, con Dicky Rothschild, con su tía Camelia, su esposo y dos de sus primos, y salió del palco para intentar localizar a Poppy que poco podía estar haciendo dentro de un teatro salvo visitar el cuarto de baño de señoras.

Caminó hasta allí y entró saludando a las doncellas que atendían el tocador y las dos le dijeron que la señorita Belmont, a la que conocían perfectamente, no estaba allí. Salió desconcertada y recorrió los pasillos topándose solo con los acomodadores, bajó a la primera planta y nada. Volvió a subir pensando en que se estaba perdiendo el final de la ópera y, al llegar a la segunda planta, un ujier le indicó una puerta al final de un pasillo con la mano, pero sin abrir la boca. Rose se lo agradeció con una venia, se encaminó hasta allí, pero, antes de llegar, la puerta de abrió y de dentro salió Poppy arreglándose el vestido mientras un hombre bastante mayor le pellizcaba las nalgas.

—¡Rose! —exclamó al verla cerrándose a duras penas los botones de la pechera, y Rose dio un paso atrás y fijó los ojos en el caballero en cuestión, nada menos que el señor Jake Van Doren, marido de una prima de su madre y de Poppy, al que solían ver muchísimo porque era vecino de su abuela.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí?, ¿vosotros dos que hacéis aquí?

—Solo estábamos charlando, Rose —intervino Astor con tono paternalista dándoles la espalda, para largarse sin más—. Me vuelvo a mi palco.

—¿Poppy? —Rose miró a su tía y ella le sonrió.

—Ya sabes lo que hacíamos aquí, ya eres lo suficientemente mayor para saberlo, aunque no sé hasta qué punto. —Se arregló el pelo y luego le extendió la mano—. ¿Mi madre te ha mandado a buscarme? Volvamos antes de que le dé un ataque.

—¿Estás con Jake Van Doren? ¿Qué pasa con la prima Jill? ¿y con Gary Romano?

—No tengo ningún compromiso con Gary, solo es un buen amigo y, lo demás, es complicado, Rose, algún día te lo explicaré.

—Explícamelo ahora si no te importa.

—Llevo con Jake desde los dieciséis años. Es mi amante porque no me he podido casar con él, pero es la relación más larga que he tenido en toda mi vida. Estamos enamorados, Rose.

—Jesucristo.

—La vida es complicada, cariño, pero, como bien sabes, yo intento disfrutarla a mi manera.

—¿La prima Jill lo sabe?

—Lo sabe todo Manhattan, pero Jill lo ignora o hace que lo ignora, es demasiado egoísta para dejarlo libre.

Rose se cruzó de brazos intentando ser comprensiva, pero no pudo y movió la cabeza un poco escandalizada, sin poder decir nada adulto o indulgente, hasta que oyó los aplausos dentro de la sala y a los ujieres correr solícitos para abrir las puertas de los palcos.

—¿Me vas a guardar el secreto, Rose?, no quiero matar a mi madre de un infarto, menos en una gala del *Met*.

—Claro.

—Gracias, le diremos que estaba indispuesta.

Se revisó la ropa, cuadró los hombros y caminó hasta el palco de los Belmont saludando a la gente que salía en tromba a los pasillos. Rose la observó incrédula, sin poder entender que una mujer como su tía, su heroína, la reina de las causas sociales y la defensora a ultranza del feminismo, estuviera liada con un hombre casado que podía ser su padre y que, encima, era el marido de su prima, e intuyó que nunca podría entenderlo, así que respiró hondo y se fue a buscar a su abuela para volver a casa antes de que le diera patatús en público.

Dio un par de pasos, calibrando, además, que los amantes debían estar muy locos si no eran capaces de contener la lujuria y tenían que dar rienda suelta a su amor a escondidas en cualquier parte, como en el cuartucho de un teatro, en medio de una función benéfica y rodeados por la familia, y se pasó la mano por la cara reconociendo que esos ardores jamás los había experimentado con Archie. Tragó saliva, avanzó en medio de la gente, y entonces fue su madre la que la sujetó por un brazo.

—Rose, ¿dónde estabas?, te estábamos buscando.

—Salí a buscar a Poppy y me perdí el final de la obra, lo siento.

—No pasa nada, escucha… —Se la llevó a un rincón y le alisó el vestido antes de volverse y llamar a Dicky Rothschild para que se les acercara—. Quiero que sepas algo antes que nadie, Rose.

—¿Qué ha pasado?, ¿John y Marge están bien?

—Tus hermanos están perfectamente, hija, se trata de mí y es algo muy bueno, tan bueno que no puedo esperar para contarlo.

—¿No puedes decírmelo en casa?

—No, porque esta noche me voy a Newport con Dicky.

—Está bien. —Observó a su alrededor y localizó a Poppy acompañando a su abuela escaleras abajo, y su madre le sujetó la cara para que la mirara a los ojos.

—Me he comprometido con Dicky, Rose. Nos vamos a casar.

—¿En serio? —Observó a Dicky Rothschild, que era un elegante y espigado señor de unos sesenta años, y él le sonrió.

—Mañana mandaré un telegrama a tu hermano porque necesito que me dé su bendición, pero ya es un hecho. Me lo ha pedido esta noche, he dicho que sí y nos casaremos en Los Hampstons en cuanto hablen los abogados y tengamos todos los papeles en regla. ¿Qué te parece?, ¿te alegras por mí?

—Bueno… yo… por supuesto que sí, ¿cómo no me voy a alegrar por ti? —soltó al fin, sin saber qué decir porque ni se le había pasado por la cabeza que su madre, que obviamente era una mujer joven, guapa y llena de vida, tenía un pretendiente y, mucho menos, intenciones de volver a casarse, y la abrazó muy fuerte.

—Enhorabuena a los dos.

—Gracias, cielo, sabía que te alegrarías por mí.

—¿Lo sabe la abuela?

—No, tú eres la primera en saberlo y ni se te ocurra decirle nada, ¿de acuerdo? Aún hay muchas cosas que resolver y organizar. Hay muchas cosas en el aire y…

—¿Qué cosas?, ¿la aprobación de John? No permitirás que opine sobre esto también, ¿no?

—Por Dios, no. Tu hermano no me preocupa, seguro que se alegra muchísimo de que me case para ahorrarse mi asignación, se trata de la familia de Dicky.

—¿Ah, sí? —Observó al señor Rothschild de soslayo, recordando que, según ella sabía, estaba viudo desde hacía poco tiempo, y su madre le apretó las manos.

—No te inquietes, los abogados se ocuparán. Ahora nos vamos a celebrar al Waldorf, ¿te vienes con nosotros?

—Me gustaría, pero no puedo, estoy rendida y aún tengo mucho que estudiar.

—De acuerdo, ya lo celebraremos todos juntos a lo grande. Me tienes que ayudar a preparar la fiesta de compromiso y la boda, ¿lo prometes?

—Lo prometo.

—Muy bien, dile a tu abuela que vuelvo el lunes. —Le dio un beso fugaz en la mejilla y se cogió del brazo de su prometido —. Adiós, cielo.

Adiós, respondió siguiéndola con los ojos y se acordó de su padre, que seguro se alegraba de que Violet encontrara otra vez el amor, y de Archie, al que le habría hecho muchísima gracia ver a su madre en semejante tesitura.

Se le contrajo el pecho al pensar en él, le echaba terriblemente de menos, sobre todo, en momentos como ese. Entró en el palco para recoger su chal y su bolsito, miró hacia el escenario y el patio de butacas y comprobó que ya no había nadie, ni un alma, y decidió darse prisa para salir a la calle.

Bajó las escaleras a la carrera, pensando que aquella había sido la velada más rara de toda su vida, y llegó al vestíbulo viendo cómo todo el mundo había desaparecido y se estaba marchando en coches privados y públicos a una velocidad alarmante. Salió a la acera buscando el de su abuela y no lo encontró, tampoco el de sus tíos o el de su madre, y, de repente, se dio cuenta de que se habían olvidado de ella y la habían dejado tirada.

Maldita sea, masculló por lo bajo, declarando oficialmente ese día como el más raro desde que estaba en Nueva York, y giró calculando cuánto iba a tardar en llegar andando desde la 39 Oeste al 844 de la Quinta Avenida; en plena noche.

Se acercó al portero del teatro para que la ayudara a elegir la ruta más segura y él trató de explicarle que lo más seguro era contratar un coche, haciendo oídos sordos a sus argumentos, algo bastante exasperante que acabó cuando, de pronto, un hombre la llamó desde lejos y ella se volvió para mirarlo y descubrir que se trataba nada menos que del doctor Finn Farrell. El broche de oro perfecto para una noche memorable.

—Señorita Rose, ¿qué hace usted por aquí?

—Buenas noches, doctor, acabo de salir de la ópera. ¿Usted?

—He venido a recoger a unos amigos ¿Está usted bien?, hace mucho que no se la ve por el hospital.

—Estoy estudiando para mi examen de ingreso y el doctor Wingham me ha liberado por unos días de mis obligaciones.

—Entiendo y… ¿qué hace aquí? —La observó con atención y ella le sostuvo la mirada comprobando que iba vestido muy elegante.

—La señorita quiere ir andando a la Quinta con Park Avenue, señor —intervino el portero—. Le estaba intentando explicar que no es seguro para una dama ir paseando sola a estas horas.

—Tampoco será para tanto —bufó ella—. Estará a unos cuarenta minutos, incluso menos. Debería irme, adiós.

—¿Dónde está su cochero? —preguntó el doctor Farrell.

—Mi familia se ha marchado, me entretuve más de la cuenta dentro y, al parecer, se olvidaron de mí. —Él soltó una carcajada sin pizca de delicadeza y ella entornó los ojos—. ¿Le hace gracia?, porque a mí, ninguna.

—Tiene gracia, Rose, no puede negarlo. Espere un poco, voy a conseguirle un coche de alquiler.

—No, no hace falta… —Lo siguió hasta el borde de la acera y buscó sus ojos—. No llevo dinero para pagar un coche.

—¿No? —La escrutó haciendo que se sonrojara hasta las orejas y luego movió la cabeza—. No pasa nada.

—¿Cómo que…?

—¡Finn, ¿qué haces, amor?!

De la nada apareció una mujer pelirroja, muy guapa, seguida por un grupo de personas muy estrafalarias y ruidosas, y se acercó a él para abrazarlo y mirarla a ella con cara de asco.

—¿Tú quién eres, monina?

—Es Rose Bowes-Lyon, la sobrina inglesa de Poppy Belmont, se ha quedado sin transporte —contestó su amigo poniéndose en medio de la calle para llamar un coche—. Rose, esta es la señorita Dolores Murphy, acaba de verla actuar en *Aída*.

—¿No me diga? Un verdadero honor conocerla, señorita Murphy, me ha gustado muchísimo el montaje, ha sido…

—No te emociones tanto, bonita, solo soy del cuerpo de baile.

—Bueno, pero…

—Muy bien, ya tiene coche. Váyase a casa, Rose —interrumpió el médico y ella se despidió con una venia de la señorita Murphy antes de acercarse al coche de alquiler que Farrell había detenido y estaba pagando de su bolsillo mientras daba sus señas al cochero.

—Muchas gracias, doctor, le pagaré la carrera en cuanto…

—Súbase y la próxima vez no se despiste de su familia. Nueva York no es tan amable de noche y mucho menos con una chica tan guapa —le soltó tan fresco, abriendo la puerta y dejando que se subiera, y ella lo miró sin saber qué decir, hasta que él cerró la puertezuela y dio un golpe en el techo para indicar al cochero que se pusiera en marcha.

7

—¡Sus hijos no permitirán que te acerques a su herencia, así que evítame la deshonra y deja en paz a Dicky Rothschild antes de que todo Manhattan se entere de este despropósito! —gritó su abuela, su voz retumbó por toda la casa y Rose, que iba saliendo a la calle, se detuvo, volvió sobre sus pasos, se acercó a la salita y se quedó en el pasillo oyendo la tremenda discusión que estaba manteniendo con Violet.

—Madre, tengo cuarenta y ocho años, no estoy pidiendo tu permiso para casarme.

—Pues, al parecer, él sí ha pedido permiso a sus hijos, a su familia y a todos los consejos de administración de sus empresas y le han dicho que no, que con una viuda sin fortuna no se va a casar.

—Estamos decididos, Dicky dice…

—Está atado de pies y manos, Violet, da igual lo que te diga. NO se puede casar contigo, a ver si lo entiendes.

—A ver si lo entiendes tú: ¡No te necesito para esto!

—Violet, por favor.

Rose oyó la voz del abogado de su abuela y se preguntó si tenía que entrar e intervenir para apoyar a su madre, pero Anna apareció por su espalda y la sujetó por la cintura para que no se moviera.

—Tú no me hables, Herman, nadie te ha dado vela en este entierro.

—Soy el abogado de tu familia desde hace cuarenta años.

—De la familia Belmont, no de la mía. Te recuerdo que desde 1887 soy una Bowes-Lyon, condesa de Cullingworth para más señas, y ni tú ni mi madre ni ninguno de sus esbirros puede opinar, interferir o juzgar mis decisiones.

—¡Violet Margaret Belmont! —llamó su abuela a gritos, pero Violet no hizo caso y salió de la salita dando un portazo.

Rose y Anna dieron un paso atrás al verla tan furiosa y ella las miró sujetando las lágrimas y sin abrir la boca.

—Mamá… —Dudó un segundo sobre lo que debía hacer, pero, en seguida, reaccionó y la siguió corriendo, subió las escaleras detrás de ella y no le habló hasta que se encontraron a solas en su cuarto.

—No les hagas caso, se trata de tu vida, mamá, has hecho muy bien poniendo tus límites.

—Lo sé, Rose, pero la pura verdad es que Dicky está aterrorizado por la reacción de su familia y no sé… —Se enjugó una lágrima y se puso las manos en las caderas—. Estoy harta de que todo el mundo opine sobre mi vida. Soy una mujer de mediana edad y sin dinero, lo sé, pero eso no le da derecho a nadie, a nadie, a inmiscuirse en mi felicidad.

—Por supuesto.

—La familia de Dicky me considera una cazafortunas, mis amistades creen que mi primogénito me ha robado todo mi patrimonio, mis hermanas se compadecen de mí, mi hija mayor insiste en que me vuelva a Inglaterra, tu hermano en que me quede en Nueva York, y mi madre opina que soy la peor inversión de su vida.

—No le hagas caso, está mayor y alterada.

—Me acaba de decir que hace treinta años me dio una dote de un millón y medio de dólares como inversión, para que la multiplicara en Inglaterra y que, en lugar de eso, he vuelto a su casa sin un centavo, sin un marido y sin un pan que llevarme a la boca.

—Jesucristo. —Se sentó en la cama y se sujetó al dosel empezando a marearse.

—Y es verdad, me casé con tu padre, le di todo lo que tenía, incluida mi futura herencia, y no pude multiplicarla, sin embargo, nadie es capaz de valorar que después de treinta años de despilfarros por parte de William, el patrimonio Cullingworth está intacto gracias a mí, aunque se lo haya quedado tu hermano.

—Yo sí lo valoro y estoy segura de que mis hermanos también.

—Yo no tengo la culpa de que en el Reino Unido se acate el mayorazgo, eso no pude controlarlo por más que lo intenté. Vosotras tampoco recibisteis nada de la herencia familiar.

—Bueno, no le des más vueltas. —Se levantó, la abrazó y la obligó a sentarse—. ¿Quieres un té?

—No, gracias. Voy a ir a ver a Dicky, le voy a dar un ultimátum porque no aguanto más esta situación.

—¿Quieres que te acompañe?

—Estoy harta de ser la condesa viuda de Cullingworth, Rose, la pobre madre que vive de las migajas que le da su hijo por obligación, la mujer que aparece sola en sociedad o la hija a la que hay que dar asilo. Yo no nací para esto. —Se puso de pie de un salto, se alisó su bonito vestido de verano, buscó un sombrero y la miró cuadrando los hombros—. Si Dicky Rothschild no tiene los arrestos necesarios para enfrentarse a su familia y luchar por mí, me buscaré a otro. Ya es hora de que lo sepa.

—¿Voy contigo?

—No, tengo que hablar con él a solas —contestó completamente reestablecida del sofocón, abrió la puerta del dormitorio y desapareció por la escalera sin mirar a nadie, ni siquiera a Anna, que las estaba esperando en el rellano con cara de angustia.

—¿Debería acompañarla? —preguntó y Rose negó con la cabeza.

—No, Anna, tranquila, quiere ir sola.

—Su abuela se ha encerrado con el abogado en la biblioteca y las doncellas dicen que ha pedido una copita de absenta para tranquilizarse.

—¿Hay absenta en esta casa?

—Ya ve, a mí es que no me da ninguna pena. Pena mi señora, que no hace más que encontrarse con malas personas. —Suspiró y le entregó un monedero diminuto—. Tome, aquí tiene el dinero para que pague lo que debe y un poco más para que no vuelva a necesitar que un desconocido le alquile un coche.

—Muchas gracias, Anna. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Cuando hagan efectivo el cheque que me mandó el banco de Inglaterra te pagaré esto y nos iremos a comer juntas al hotel Astor, ¿te parece?

—Lo que usted quiera, mi niña, yo con usted al fin del mundo.

—Y yo contigo. Tengo que irme, ya se me ha hecho tarde.

—Lady Rose.

—¿Dime? —Se detuvo a mitad de la escalera y le prestó atención.

—¿Si su abuela nos pone de patitas en la calle, qué haremos?

—Cogeremos el dinero que me queda de Archie y nos buscaremos un pisito pequeño y modesto hasta que podamos volver a Londres. No te preocupes por eso.

Anna asintió con ojos de congoja y Rose le sonrió para tranquilizarla, aunque, en el fondo, le preocupaba tanto o más que a ella el futuro de las tres en Nueva York.

Salió a la calle sin despedirse de su abuela y enfiló hacia el Bellevue Hospital sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo a pesar del calor que hacía en Manhattan un 27 de junio.

El día anterior se había examinado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, después de siete semanas de intenso estudio, las dos últimas prácticamente aislada, y nadie le había preguntado aún cómo le habían salido los ejercicios, aunque ella había vuelto a casa muy esperanzada e ilusionada porque no había sido, ni de lejos, tan difícil como esperaba y porque creía firmemente que había podido demostrar de sobra sus conocimientos. Ahora solo tenía que esperar a que le dieran un aprobado y, con eso en la mano, podría solicitar a su banco de Londres el dinero necesario para sufragar la carísima matricula.

Una matrícula desorbitada.

Su padre le había dicho una vez, poco antes de fallecer, que el dinero no lo compraba todo, pero los años le estaban demostrando justo lo contrario.

El dinero lo compraba casi todo: la tranquilidad, los sueños, la independencia y, en su caso, los estudios universitarios. Ella lo sabía muy bien y gracias a Archie, que había intentado proteger su sueño dejándole una suma considerable de dinero, estaba a punto de conseguirlo, o no, porque si el desacuerdo entre su madre y su abuela por culpa de Dicky Rothschild se enconaba, Florence Belmont las acabaría echando a la calle y mandando directamente a la

indigencia, como se temía Anna, y entonces podría ir olvidándose para siempre de sus anhelos universitarios.

Detuvo el paso, cerró los ojos y rezó. Rezó porque su situación, ya de por sí precaria, en ese preciso momento, era peor que nunca. Estaban en un país extraño, no podían volver a Inglaterra por culpa de la guerra que hacía inviable el viaje en barco, y estaban solas, más solas que en Londres, donde, al menos, tenían casa propia gracias a que su madre había empleado parte de la herencia de Archie en comprar su piso de alquiler, y donde podían contar con algunas amistades o algún pariente lejano que les echara una mano. Por lo tanto, si llegaba a pasar lo peor, le tocaría usar el dinero que quedaba de Archie en otras cosas más urgentes que la Facultad de Medicina. Le tocaría tomar las riendas y hacerse responsable, le tocaría emplear su herencia en sobrevivir en Manhattan, no en estudiar, al menos hasta que las circunstancias mejoraran.

Retomó la caminata notando que el calor apretaba más de la cuenta y trató de animarse y no dramatizar. Poppy siempre le decía que tendía demasiado a la tragedia, como las damas francesas del siglo XIX, y que tenía que reírse más, ser más optimista, preocuparse menos y divertirse más. Aprovechar el momento, que era una actitud más saludable y «americana», y eso pretendía hacer, al menos ese día, el día después de su examen de ingreso a la Universidad. Un día *a priori* alegre y para sentirse satisfecha, no para sucumbir a las preocupaciones que encima no podía controlar.

—¿Doctor Farrell? —Entró deprisa en el hospital y subió corriendo al despacho del doctor Wingham, pero no lo encontró a él en su escritorio, sino a Finn Farrell, que estaba sentado, con la bata blanca y las gafas puestas, revisando unos expedientes.

—Señorita Bowes-Lyon, ¿cómo está?, ¿qué tal el examen de ayer?

—¿Cómo sabe que fue ayer?

—Me lo dijo usted aquí mismo hace siete semanas.

—Es cierto, disculpe y gracias por preguntar. No fue tan mal, pero prefiero no hacerme ilusiones.

—Hace bien, los de la NYU son unos tipos duros de roer.

—¿Usted estudió allí?

—No, yo fui a Harvard.

—Gran universidad. ¿Dónde está el doctor Wingham?

—¿No lo sabe?, ¿no se despidió de usted?

—Me temo que no, ¿se ha ido a alguna parte?

—A estas horas debe estar en un transporte de tropas de la Armada camino de Francia.

—Madre mía, no sabía nada. —Apoyó la mano en el respaldo de una silla y sintió como literalmente se le caía el alma a los pies—. ¿Lo han reclutado?

—A su edad, no, se presentó voluntario, su mujer y sus hijas no se lo perdonarán en la vida.

—No me extraña, es una noticia horrible.

—No es para tanto, el ejército estadounidense está bien equipado, bien entrenado y sabe lo que hace. Ben estará en la retaguardia con las unidades médicas y le irá bien.

—Archie, mi prometido, murió en septiembre pasado en la batalla del Somme, sirviendo en los Cuerpos Médicos del Ejército Real. En teoría, estaba en la retaguardia, no obstante, lo masacraron en una trinchera —soltó sin poder controlarse y miró a Farrell sintiéndose fatal—. Discúlpeme, lo siento, lo siento muchísimo, doctor, no quisiera parecer ser pesimista, pero…

—No se disculpe, Rose, y siento lo de su prometido. Poppy me había comentado que había caído en acto de servicio, pero no que fuera médico.

—Estaba estudiando Medicina en Cambridge, abandonó la carrera para alistarse voluntario. Solo tenía veintidós años.

—Maldita sea, lo siento de veras.

—Muchas gracias.

Ahogó un sollozo inoportuno y se puso una mano en el pecho para respirar mejor. Dio un paso atrás, queriendo que la tragara la tierra por el lapsus de descontrol y la falta de decoro delante de un

desconocido, y Farrell carraspeó igual de incómodo, aunque tuvo el detalle de cambiar de tema para distraerla.

—Ayer visité al señor O'Hara en su casa. Paddy O'Hara, ¿se acuerda de él?, me pidió que le mandara recuerdos.

—¿En serio?, qué amable, ¿cómo se encuentra?

—Se recupera bien y dice que nunca olvidará a la preciosa enfermera británica que cuidó de él en el hospital. Su mujer quiere conocerla —bromeó y Rose sonrió—, estaba un poco celosa, pero muy agradecida con usted.

—Ojalá hubiese podido hacer más.

—¿Habló con su primo sobre…?

—Sí, claro, el mismo día que usted me lo pidió y me aseguró que se iba a ocupar personalmente del caso. ¿No ha tenido noticias suyas?

—Me temo que no, y ya han pasado dos meses. Conociendo a Harrison Astor, creo que sería buena idea recordárselo y presionarlo un poco.

—¿Conoce usted a mi primo?

—Sí, coincidimos en Harvard.

—No lo sabía, y no se preocupe, hablaré con él y no lo dejaré en paz hasta que haga algo por el señor O'Hara.

—Muchas gracias.

—Faltaría más. —Miró la hora y se acordó del dinero que le había dejado Anna, rebuscó en su bolso y lo sacó—. En realidad, me alegro mucho de encontrarlo aquí, doctor, porque le he traído el importe del carruaje que me pagó la otra noche.

—No, Rose, no me ofenda con eso, fue una invitación.

—Pero…

—Escuche —la interrumpió—. ¿Habla usted algo de ruso?

—No, ¿por qué?

—Cuando no estoy aquí, trabajo para el gobierno en la isla de Ellis, ¿ha oído hablar de ella?

—Es donde está la aduana ¿no?

—Sí, además de ser la principal entrada de inmigrantes a los Estados Unidos.

—Claro, por supuesto, el barco suele atracar allí.

—Exacto, aunque a los europeos ricos de primera clase no se les controla, ni revisa, ni se les mantiene en cuarentena como a los inmigrantes pobres que llenan los camarotes de tercera clase.

—Eso he oído. —Se cruzó de brazos y esperó a que continuara.

—Trabajo en los Servicios Médicos de la isla y, desde que empezó la guerra, el flujo migratorio, lógicamente, ha disminuido de forma considerable, sin embargo, estamos recibiendo, además de prisioneros de guerra y espías enemigos, a muchos ciudadanos rusos que han conseguido huir de la revolución de febrero. En su mayoría son aristócratas y…

—Lo sé, me consta que muchos han conseguido llegar también a Londres.

—Poppy me ha dicho que su padre era pariente de los Romanov y he pensado que tal vez…

—El zar Nicolás Aleksándrovich Romanov está casado con Alix de Hesse-Darmstadt, hija de la princesa Alice Maud Mary, tercera hija de la reina Victoria, por ende, es prima tercera de mi padre. Eso es lo único que nos une a esa familia y al idioma ruso, para desgracia mía, porque me parece una lengua muy bonita.

—A mí me parece increíble que recuerde todo eso.

—Te lo repiten desde que naces. —Sonrió—. ¿Necesita ayuda con los inmigrantes rusos?

—Tengo a muchos en cuarentena y, además de aterrorizados, algunos están muy enfermos. Necesitamos a alguien, preferentemente con una mínima formación médica, para que me ayude a comunicarme con ellos. No encuentro a nadie dispuesto, salvo a algunos practicantes de la Pequeña Odessa y no me fio de ninguno.

—¿La Pequeña Odessa?

—El barrio ruso de Brooklyn.

—Entiendo. —Se quedó pensando—. Si son aristócratas, como usted dice, su segunda lengua es el francés, normalmente todos hablan francés y en eso sí puedo ayudarle, doctor.

—¿Habla usted francés?

—Mi institutriz francesa decía que mejor que el inglés —bromeó y Farrell la miró moviendo la cabeza.

—Perfecto y… ¿estaría dispuesta a ir a Ellis un día a la semana a partir de mañana?

—Por supuesto, no tengo nada mejor que hacer y me encantaría echar una mano.

—Me alegra oír eso porque, desde que el gobierno declaró la guerra, media profesión se está yendo al frente y estamos bajo mínimos en todo Nueva York. A los que seguimos aquí nos tocará arrimar el hombro más que nunca, Rose.

—Hasta que usted también nos abandone, doctor.

—Me presenté voluntario en abril y me declararon no apto, aunque me advirtieron que cuando empezaran a hacer falta hombres me llamarían igualmente.

—¡Doctor Farrell!

Uno de los alumnos de Medicina en prácticas entró sofocado por el calor y las prisas, y se asomó al despacho interrumpiendo la charla y agitando las manos.

—Tenemos tres heridos de los muelles, los tres por arma blanca. Parece una carnicería, doctor.

—Vamos allá. —Dio dos zancadas y se volvió hacia ella entornando los ojos—. ¿Dispuesta a echar esa mano, enfermera Bowes-Lyon?

—Siempre.

8

Salió al gran porche de madera que rodeaba la casa de verano de los Belmont en Los Hamptons y trató de aspirar un poco de aire fresco, aunque era tarea imposible con el calor y la humedad que reinaba esa mañana junto al mar. Una sensación incómoda y muy desagradable que la empujó a volver de inmediato a la habitación que les habían asignado en la segunda planta, pero no lo hizo, porque si osaba desaparecer otra vez de la vista de su abuela, podía arder Troya.

Se organizó la ropa, una falda de gasa azul y una blusa celeste de batista, que era lo único que podía soportar en días de calor como aquel, y se miró en el reflejo de una ventana para comprobar que, a pesar de los esfuerzos de Anna, el pelo recogido no lograba sujetar sus rizos más rebeldes, completamente descontrolados por la humedad, pero no trató de solucionarlo, porque era inútil.

Se volvió hacia la playa, cogió una sombrilla abandonada en el suelo, se descalzó y bajó las escaleras hasta la arena para caminar junto al mar, a ver si el agua lograba refrescarla un poco.

—¡Milady ¿dónde cree que va?! —gritó Anna que se materializó desde una ventana como una espía y Rose se volvió y se encogió de hombros.

—A pasear.

—Toda la familia está preparándose para la barbacoa.

—Lo sé, pero aún es temprano y quiero estar sola.

—Estar sola, estar sola, no necesita estar sola.

—Adiós, Anna. —Le dio la espada y siguió caminando hacia la orilla de esa inmensa playa, East Hampton, donde las mansiones más lujosas de Los Hamptons se erguían orgullosas frente al Océano Atlántico.

Su abuela adoraba ese sitio, los famosos Hamptons, una lengua de tierra al este de Long Island, a ciento cincuenta kilómetros de Manhattan, donde solía instalarse todos los veranos para alejarse, en teoría, del ruidoso Nueva York, descansar y tomar aire puro, aunque,

en realidad, se pasaba más de dos meses recibiendo amistades, organizando fiestas, veladas musicales, comidas, bailes o barbacoas. Una actividad social muy intensa que alternaba con las que ofrecían las demás familias neoyorquinas que tenía mansiones en la zona. Familias como los Rockefeller, los Stuyvesant, los Rothschild, los Astor o los Carnegie, a las que la unían no solo una sólida y larga amistad, sino también muchos lazos familiares.

Dos de sus hijas, Camelia y Daisy, estaban casadas con un Astor y un Stuyvesant respectivamente, y aquello llenaba la propiedad durante el verano de primos, tíos, tías y parientes comunes en un universo muy peculiar que parecía sacado de otro mundo.

El neoyorquino rico, en general, estaba emparentado con sus iguales. Los mismos que se reían del manido comportamiento endogámico de la aristocracia británica, se relacionaban y se casaban solo dentro de las diez o doce familias originales de Nueva York, los famosos *Knickerbocker*. Miraban mal a todos los demás y despotricaban contra los «nuevos ricos» que osaban asomarse a sus dominios. Entre esos dominios estaban Los Hamptons, que, según su abuela, habían fundado sus propios antepasados en el siglo XVI. Los primeros colonos ingleses que habían establecido en ese enclave, la orgullosa villa de Southampton.

Rose se distrajo elucubrando sobre lo que habrían pensado los primeros colonos que habían llegado a ese sitio tan lejano y caluroso, tan diferente de las playas frescas y verdes de la preciosa Britania, y se mojó los pies deseando estar allí, al otro lado del mar, en el Reino Unido, con Archie de la mano, mirándolo a los ojos, charlando tirados sobre la hierba perfecta y suave, riéndose de las mismas cosas, queriéndolo y sintiéndose querida, sobre todo, protegida.

Con Archie siempre se había sentido segura y protegida. Él había sido su vida y su hogar desde que tenía uso de razón, no conocía nada más, por eso, desde que él había muerto, todo el bienestar y la estabilidad de la que había gozado se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos. De la noche a la mañana, se había quedado sola, sola

de verdad, y el universo, al saberlo, había decidido ensañarse con ella.

Desde que él se había ido, todo había ido cuesta abajo, todo se había puesto en su contra. Todo, incluso la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, que hacía tres días le había anunciado su intención de no admitirla entre sus alumnos.

Al menos, habían tenido la deferencia de llamarla al despacho del doctor Collins para explicarle que, tanto la asamblea de profesores como el consejo de alumnos, habían vetado su incorporación a la carrera de Medicina, no por suspender su examen de ingreso o por su falta de capacidades intelectuales, sino porque su presencia la consideraban «poco conveniente» en una facultad repleta de estudiantes varones. Es decir, por ser mujer.

Una decisión arbitraria e injusta que la había enfurecido, primero, y devastado, después, dejándola fuera de juego casi al instante, porque, de repente, se había sentido superada y muy cansada, agotadísima de luchar sola contra el mundo, que era como se sentía sin Archie.

Sin Archie, sin el amor de su vida, sin su mejor amigo, ese al que no iba a volver a ver nunca más aunque a ella le costara tanto asimilarlo.

A veces fantaseaba con la idea de que solo estaba de vacaciones en Nueva York y que, cuando regresara a Londres, él estaría en el puerto esperándola con los brazos abiertos, con sus preciosos ojos azules sonrientes, dispuesto a explicarle con entusiasmo las mil cosas que había aprendido en la facultad, los paseos que había dado a caballo por la campiña, las fiestas a las que había tenido que ir sin ella, los compromisos en la Cámara de los Lores a los que su padre lo obligaba asistir.

Estar lejos de casa, haberse marchado de Londres al poco tiempo de su muerte, tras dos años viéndolo muy poco por culpa de la guerra, no había ayudado en nada a que asimilara su pérdida. El duelo era pura entelequia cuando estabas lejos de los sitios compartidos, de las personas que lo conocían, de su familia y

amigos, de todos aquellos que lo habían querido, lo echaban de menos y podían hacer palpable su pérdida, por eso, a veces, se despertaba sintiendo que todavía estaba vivo y que en cualquier momento iba a recibir una carta suya.

Se lo había comentado a su tía Poppy y ella le había explicado que era normal que sintiera esas cosas, porque llevaba meses sepultando el dolor detrás de mil actividades que no la dejaban pensar, y que aquello era contraproducente, que lo saludable era enfrentarse a la cruda realidad y asumir que Archie estaba muerto y no iba a volver, que nunca más le iba a escribir o iba a estar esperándola en Londres, y le había pedido que la acompañara a ver a un amigo suyo alienista, un médico psiquiatra, para que la ayudara a encarar el dolor y a pasar página de una vez por todas.

Lástima. Ella no estaba preparada para pasar página porque, en realidad, no se quería olvidar a Archie, no quería asumir que había muerto de verdad y la había dejado sola para siempre. No quería y no podía, porque la vida, la mayor parte del tiempo, era demasiado oscura para soportarla sin él.

—¿Qué haces aquí, peque?

Poppy le habló por su derecha y Rose se giró hacia ella y le sonrió.

—Al fin has llegado.

—Ven aquí. —Se acercó y la abrazó muy fuerte—. Me ha traído Jake, en cuanto regresemos a Manhattan habrá una reunión urgente de la junta directiva de la Universidad de Nueva York y exigirá que te admitan. No todo está perdido, Rosie.

—Gracias, pero no creo que funcione, el doctor Collins me mandó una carta diciéndome que me ayudaría a entrar en la Universidad de Siracusa si insistía en la Medicina, aunque me sugería continuar con los estudios de enfermería. Está claro que no darán su brazo a torcer.

— Jake Van Doren y Arthur Vanderbilt apoyan al cien por cien tu ingreso, los dos son miembros principales de la junta y, al final, los que ponen el dinero, así que tú no tires la toalla. Esto lo vamos a

arreglar y si no los sacaré en todos los periódicos del país. Están cometiendo un delito por discriminación de sexo y otro contra los derechos de acceso a la educación. No se irán de rositas.

—Tampoco pretendo convertir esto en una cruzada nacional, Poppy, yo solo quiero estudiar.

—Como mujer joven y moderna tienes una obligación moral de luchar por tus derechos y convertir esa lucha en una cruzada, Rose.

—De acuerdo, tienes razón.

—Está bien, no pensemos más en eso. Me encanta verte vestida como una chica de tu edad. —La admiró haciéndola girar— ¿Ya te han presentado a muchos pretendientes?

—¡No!

—¿Cómo qué no?, ya llevas tres días aquí. Los Hamptons son célebres por la cantidad de compromisos que se cierran en sus playas. —Le guiñó un ojo.

—Gracias a Dios, nadie me ha presentado a nadie.

—Genial, me alegro de que aún estén respetando tu espacio. En fin, voy a buscar algo de beber. ¿Está tu madre?

—Apenas se habla con la abuela, pero sí, está en su cuarto.

—OK.

—¿OK?

—*Oll Korrect*.

—¿Oll Korrect?

—*Oll Korrect* es una forma divertida y muy americana de decir *all correct*. Todo bien, todo en orden. Modernízate un poco, sobrina, el OK lo usan los jóvenes de este país desde el siglo pasado.

—Madre mía, no os cansáis de profanar la lengua de Shakespeare.

—No repitas eso en público.

Se echó a reír y le tiró un beso desapareciendo camino de la casa. Rose miró el cielo azul, donde el sol estaba llegando a su cenit y, de repente, localizó por el rabillo del ojo a su primo Harrison, que llevaba evitándola desde el mes de julio. No se lo pensó dos veces y

corrió hasta la terraza dónde estaba charlando con su mujer y unos amigos.

—Harry, disculpa, ¿podemos hablar? —le preguntó sonriendo a los demás y él la miró con cara de hastío, pero no le quedó más remedio que aceptar y acercarse a ella con un vaso de cerveza en la mano.

—Dime, primita.

—Se trata de lo que te he pedido ya tres veces.

—¡Caramba! ¿otra vez a vueltas con el obrero de la calle 25?

—El señor O'Hara, sí, Paddy O'Hara, ya han pasado cuatro meses desde su accidente y la empresa no ha hecho nada. Tiene más de cuarenta años, ha perdido las dos piernas y dos de sus hijos…

—Se han ido a la guerra —la interrumpió—, me lo sé de memoria.

—¿Entonces?

—Te voy a ser sincero, Rosie. —Se le acercó más y le habló en tono confidencial—. No eres de aquí, por eso perdono tu ingenuidad, porque es muy ingenuo pensar que la empresa se va a hacer responsable del accidente de un obrero. Si se me ocurriera ayudar a tu «paciente», detrás de él vendrían cien más reclamando lo mismo y eso sería inasumible para la constructora Belmont. Lo sabe tu amigo, su sindicato y todo el mundo, así que deja ya de darme la tabarra con el dichoso tema.

—Te doy la tabarra porque me aseguraste que te ibas a ocupar de él.

—Son frases hechas, Rose.

—¿Empeñar tu palabra es una frase hecha?

—¿Qué diantres estás diciendo? —Se puso rojo y entornó los ojos.

—Tú me prometiste, tres veces, que te ibas a ocupar personalmente del asunto. Las tres veces que hemos hablado del tema me has dado tu palabra y yo, pensando que eras un hombre de honor, he dado la mía a su vez al señor O'Hara. ¿Ahora qué quieres que le diga?, ¿que la constructora Belmont, la más grande

de Nueva York, no puede ayudar a un empleado que ha perdido sus dos piernas trabajando en uno de sus edificios?, ¿después de más de quince años de servicio?

—¿Te has vuelto socialista, Rose?

—¿Esa es tu explicación?

—Además de trabajar en el hospital, en los comités de guerra y en la isla de Ellis con Finn Farrell, ¿ahora te has vuelto socialista como él? —masculló alterado y ella se cruzó de brazos.

—¿Con quién tengo que hablar para que la constructora Belmont ayude al señor O'Hara?

—Tú no tienes que hablar con nadie, no eres más que una visita incómoda que ya lleva demasiado tiempo lejos de su país.

—¿Perdona? —Parpadeó estupefacta y él la señaló con el dedo.

—¿No querías estudiar?, pues vete a Vassar de una maldita vez y encuentra un buen marido, Rose. A mí déjame en paz.

—Está bien, lo hablaré con la abuela, seguro que ella es capaz de tomar una decisión tan sencilla.

—No me toques las narices o…

—¿O?

—¿Sabes qué? —Se le acercó para hacerla retroceder, pero ella no se movió—. Aléjate de Finn Farrell, solo digo eso. No creo que a la abuela o a tu madre les haga gracia saber que te pasas la vida confraternizando con un feniano socialista y republicano. Un terrorista que no dudaría un segundo en pegarte un tiro a ti o a tus hermanos.

—¡¿Qué coño estás diciendo, Harrison Astor?! —gritó Poppy apareciendo por su espalda y él saltó y la miró levantando las manos.

—Solo digo la verdad. Finn Farrell es un feniano peligroso, ha estado en la cárcel y tú deberías, si tuvieras dos dedos de frente, mantenerlo alejado de tu sobrina. Una aristócrata inglesa que no sabe ni lo que pasa en su país ni en qué mundo vive.

—¿No te cansas de decir tantas idioteces, Harrison?

—Idioteces o no, tengo razón y ya me he hartado de hacer la vista gorda. El que avisa, no es traidor. —Se volvió para regresar con su mujer y Poppy lo sujetó por el brazo.

—¿Qué insinúas?

—Que, si ella no se aparta de las malas hierbas que le presentas tú, ya me ocuparé yo.

—¿Ya te ocuparás tú de qué?, si no eres capaz de ocuparte ni de la empresa de la que se te ha hecho responsable.

—¡¿Qué?!

—Ya me has oído, todo el mundo lo ha oído.

—Vete a la mierda, Poppy.

—No me faltes al respeto, sigo siendo tu tía, Harrison, y, lo más importante para ti, sigo siendo consejera delegada en la constructora Belmont, así que cuidadito conmigo o haré que te manden de vuelta a alguna de las compañías de tu padre. Vamos, Rose.

La agarró de la mano y la metió dentro de la casa jurando en arameo. Rose la siguió sin oponer resistencia y sintiendo cómo retumbaban en su cabeza las cinco palabras que Harrison había pronunciado en relación con doctor Farrell: feniano, socialista, republicano, terrorista y cárcel.

—¿Por qué discutes con él, Rose? —Poppy interrumpió sus cavilaciones y ella se encogió de hombros.

—Le pedí que ayudara a un paciente del hospital, el señor O'Hara, que se cayó de uno de vuestros edificios en construcción y perdió las dos piernas. No puede trabajar y dos de sus hijos se han ido a la guerra, en su casa la situación es muy complicada. Se lo pedí hace meses y me aseguró que se ocuparía, me dio su palabra, pero no ha hecho nada y se indigna porque sigo insistiendo.

—¿Y por qué has recurrido a él?

—Porque es el responsable de la constructora Belmont, ¿no?

—En los papeles sí, pero en la práctica es un cero a la izquierda. Santo cielo, —respiró hondo—, debiste acudir a mí desde un principio, pero ya no importa. No te preocupes, en cuanto vuelva a

Manhattan lo resolveré, dame los datos del señor O'Hara y Bob Jameson, el gerente, se encargará de gestionar una indemnización o una pensión de invalidez.

—Llevaba quince años trabajando con vosotros.

—Me hago cargo, lo ayudaremos. No te preocupes.

—Muchísimas gracias.

—De nada, habla conmigo la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Lo haré, pero es que no sabía que tú estabas involucrada en los negocios de la familia.

—Gracias a que nunca me he casado, conservo intacta la herencia de mi padre y acciones en todas nuestras compañías, Rosie. Por supuesto que me ocupó de los negocios de la familia Belmont, entre otras cosas, porque tengo una silla en todos sus consejos de administración.

—Caray, nunca dejas de sorprenderme.

—Me encanta oír eso. Ahora vayamos a comer, me muero de hambre.

—¡Venga a jugar al béisbol con nosotros, enfermera B!

Le gritó Finn Farrell desde el patio central de la isla de Ellis, donde tenía a muchos niños y a dos empleados de la aduana organizados para empezar un partido de ese deporte tan americano, y ella le dijo no con el dedo.

—¡Vamos!, necesitamos un jugador más para tener dos equipos.

—Lo siento, pero no sé jugar.

—No es tan difícil, aprenderá con los chicos.

—No sé yo…

—Por favor, enfermera B —le rogó una de las niñas, llamándola como la llamaba todo el mundo por allí, porque su apellido se les hacía muy complicado de pronunciar, sobre todo a los refugiados rusos, y ella le sonrió.

—Lo siento, Sonya, pero es que no he jugado nunca.

—¿No ha jugado al críquet? —le preguntó el doctor Farrell acercándose a ella en mangas de camisa y con el bate de beisbol en una mano, y Rose se encogió de hombros.

—No, pero he visto muchos partidos.

—Estupendo, se parecen mucho. Usted póngase en la primera base y corra cuando yo se lo diga, así hasta completar una carrera. La guiaremos. En realidad, estos niños tampoco saben jugar al béisbol.

—De acuerdo, lo intentaré, pero tengo a dos parturientas en la enfermería.

—No se preocupe, se puede ir cuando la necesiten.

—Entonces, vamos allá.

—Así se habla. ¡Vamos, chicos! un aplauso para la enfermera B., que se apunta a jugar con nosotros.

Todos aplaudieron y Rose les hizo una pequeña reverencia antes de ponerse en su posición, dispuesta a aprender como los demás, como todos esos niños de diferentes nacionalidades que estaban pasando la cuarentena en la isla de Ellis.

El doctor Farrell ya le había explicado que el deporte estaba siendo una buena forma de integración para esos pequeños. Cuando salían de allí y se tenían que instalar con sus familias en barrios duros y deprimidos como Brooklyn, Queens, Harlem o el Bronx, el beisbol, el deporte nacional de los Estados Unidos, se jugaba en todas sus calles y si al menos entendías su dinámica, no te daban de lado, incluso si no hablabas muy bien inglés.

Como siempre, Farrell discurriendo con sentido común y visión de conjunto, pensó, mirándolo de reojo, observando lo fuerte y en forma que estaba, a pesar de lo cual seguía sin ser llamado a filas.

—¡Corra, Rose!

Oyó cómo el bateador mandaba la bola muy lejos y cómo Farrell le indicaba la siguiente base y salió disparada hasta allí y siguió corriendo hasta la tercera base y le dio tiempo a volver a lo que llamaban el *Home plate* justo a tiempo.

—¡Carrera limpia! —gritó uno de los funcionarios que actuaba como árbitro y todo el mundo se puso a saltar y a celebrar, incluida ella, que se emocionó tanto que, de repente, se pilló riéndose a carcajadas como no se reía desde hacía años.

—Vaya, vaya con la enfermera B —comentó Farrell observándola con las manos en las caderas—. Menudo *sprint*, Rose, ¿qué hacía en Inglaterra que no nos ha contado?

—¡Enfermera B! —gritó una de las auxiliares desde el pabellón y ella se giró para mirarla—. La señora Kominsky está coronando.

—Voy, voy. —Se volvió hacia el grupo—. Gracias, chicos, pero el deber me llama. Me lo he pasado genial. Gracias, doctor.

—Rose… —Él la siguió unos pasos y la acompañó hasta el edificio —. ¿Se va en el ferry de las tres?

—Sí, ¿por qué?, ¿necesita que me quede?

—No, pero necesito hablar con usted. ¿Quedamos a las tres en el muelle y volvemos juntos a Manhattan?

—Claro.

—Genial, hasta las tres. Si me necesita en el paritorio, avíseme. —Le guiñó un ojo y volvió con los niños—. ¡Vamos, todo el mundo a

su posición!

Rose entró en la enfermería pensando en por qué querría hablar con ella y se imaginó que, seguramente, tenía que ver con su ausencia en todos sus puestos de trabajo durante una semana, el tiempo que su abuela la había obligado a quedarse de vacaciones en Los Hamptons.

Por supuesto, no cobraba un sueldo ni tenía un contrato, solo ejercía de enfermera voluntaria, pero tenía un compromiso moral con el hospital y con la isla de Ellis, donde no cesaban de llegar inmigrantes, algunos prisioneros de guerra y muchos soldados estadounidenses heridos en Francia.

El trabajo allí, con los migrantes llegados de toda Europa, una Europa en guerra, era desolador por la pobreza y la indefensión de la mayoría de las personas que tenían que atender y que llegaban, asustadas y débiles, a un recinto donde se los clasificaba como al ganado y donde se les aplicaba un protocolo feroz que a ella ya le había acarreado más de un problema.

Más de una vez había acabado a gritos con alguno de esos implacables funcionarios carentes de toda humanidad y cultura, más ignorantes que la gran mayoría de esas personas a la que trataban como a la basura, y los había tenido que denunciar a sus superiores y se había quejado de ellos ante el alcalde de Nueva York, que era amigo de su familia, y con otros prohombres de la ciudad que, al final, se habían limitado a mirar para otro lado, argumentando que la isla de Ellis era responsabilidad del gobierno de los Estados Unidos, no de Nueva York.

Fuera como fuese, y aunque se estuviera granjeando más de un enemigo, allí había mucho trabajo que hacer y la necesitaban, y estar ocho días en Los Hamptons aburriéndose y pasando calor, incumpliendo con sus compromisos y con su trabajo, había sido espantoso, además de tenso, porque se había pasado una semana entera intentando ignorar a su primo Harrison que, cada vez que la veía, le lanzaba alguna indirecta desagradable, mientras, por otra

parte, intentaba mediar entre su madre y su abuela para que no acabaran matándose.

En resumen: habían sido las peores vacaciones de su vida y ahora, encima, su encargado directo, el doctor Finn Farrell, quería hablar con ella. A lo mejor había decidido suspenderla del servicio por su falta de formalidad y le iba a pedir que no volviera más a ninguno de sus puestos de trabajo o, peor aún, le iba a echar un rapapolvo importante por considerarla una irresponsable, y eso sí que no podría soportarlo.

—¿Un día duro? —le preguntó acercándose a ella en el puerto, a las tres de la tarde en punto delante del ferry, y Rose sonrió moviendo la cabeza.

—Un poco, pero hemos traído dos hermosos niños estadounidenses al mundo.

—Los he visto, están muy sanos. ¿Subimos? —Le indicó el barco con la cabeza y ella asintió y caminó delante de él hasta la proa, donde había asientos libres—. ¿Cómo va lo de su universidad?

—He descartado Vassar y tal vez me vaya a Siracusa, aunque me apetece muy poco tener que dejar Manhattan y mis actividades de aquí.

—¿Por qué ha descartado Vassar? —le preguntó sentándose frente a ella.

—Porque no hay Facultad de Medicina y porque según dos de mis primos allí solo se va para conseguir un buen marido.

—Ja —soltó sincero y ella abrió mucho los ojos.

—O sea, que es verdad.

—Bueno, todo el mundo sabe que los alumnos de Harvard o Yale presumen de ir buscar esposas ricas y cultas a la Universidad de Vassar, aunque me consta que también van muchas mujeres brillantes e independientes solo a estudiar.

—Caray. —Miró el mar, sintiendo la brisa marina en la cara y luego observó a Finn Farrell con atención.

Él también estaba contemplando el mar con sus enormes ojos color avellana, y se fijó en que tenía unas pestañas muy largas y espesas, y un pelo igualmente espeso y ondulado, castaño y muy bonito. Una camisa blanca de lino fuera de los pantalones marrones, una chaqueta deportiva en una mano y su maletín de médico en la otra.

Lo cierto es que era un hombre muy apuesto y elegante, aunque muy pocas veces se vestía con esmero, al contrario, siempre iba muy informal, a veces, hasta desordenado, precisamente por la naturaleza de su trabajo, consideró, y sintió ternura admirando sus preciosas manos de médico, sus uñas impolutas y perfectas, y sus largas piernas estiradas a diez centímetros de las suyas.

—Quería hablar con usted sobre lo que le dijo Harrison Astor sobre mí en Los Hamptons —soltó sin más preámbulo y ella dejó de espiar su barbilla partida y frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Poppy me lo ha contado todo con detalle y me pidió que me explicara con usted.

—No hace falta, doctor.

—Yo creo que sí. Trabajamos juntos, somos colegas, nos conocemos desde hace unos meses y no me importa aclarar algunos detalles de mi vida con usted. Sobre todo, si alguien ha osado decirle que sería capaz de pegarle un tiro.

—Jesucristo ¿No creerá usted que he dado crédito a semejante cosa?

—Bueno, cualquier otra persona lo haría.

—¿Por qué? —Se sentó mejor en el asiento y él respiró hondo.

—Pertenezco a la Hermandad Feniana estadounidense, creo en una Irlanda libre e independiente, por supuesto, soy republicano, Rose. No respeto a su rey, ni sus leyes y deploro al máximo la invasión del país de mis abuelos por parte de su ejército y las políticas arbitrarias y salvajes que su gobierno aplica en Irlanda.

—Está en su derecho.

—Claro que estoy en mi derecho. —Le clavó los ojos oscuros y ella se quedó muda—. Mi familia llegó a Boston procedente de Kerry hace dos generaciones, se forjó una vida y un futuro en este país. Un país que se liberó del yugo británico a sangre y fuego, por eso creo en la lucha armada y colaboro con ella. Desde muy joven he trabajado para la Hermandad Feniana, la irlandesa y la estadounidense, y hace un año y cinco meses estaba presente en el Alzamiento de Pascua, en Dublín. Supongo que habrá oído hablar de ello.

—Evidentemente.

—Fui para dar apoyo a mis camaradas y el 24 de abril de 1916 me pilló en la oficina central de Correos junto a Pádraig Pearse. Estaba a su espalda cuando leyó la proclamación de la república. —Tragó saliva y Rose percibió cómo se le humedecían los ojos—. Resistimos cinco días y, cuando empezó la masacre, pude dar asistencia médica a mis compañeros, aunque, desgraciadamente, murieron muchos. Finalmente, el ejército británico llegó con órdenes estrictas de destruirlo todo y bombardeó el centro de la ciudad, arrasó nuestro refugio y nos desalojó. Me detuvieron y me pasé casi dos meses en la cárcel de Kilmainham recibiendo el peor trato posible y viendo morir fusilados a quince de mis mejores amigos. A eso se refiere su primo cuando habla de que estuve en la cárcel. Sí, estuve en la cárcel por defender mis ideas. Soy feniano y republicano, y lucharé hasta la muerte por la independencia de Irlanda, pero, por supuesto, Rose, aunque usted o su familia sean aristócratas, ingleses y terratenientes, jamás les haría daño.

—Nunca lo he puesto en duda.

—Me alegro. —La observó con atención y le sonrió—. Siento haber sido tan directo, pero no hay otra forma de contarlo.

—Yo le agradezco su confianza, doctor.

Miró el puerto de Manhattan, dónde ya estaban atracando, y se puso de pie un poco conmocionada por el relato. Farrell hizo lo mismo y la acompañó hasta el pantalán.

—¿Le puedo hacer una pregunta personal, doctor? —Lo miró de soslayo llegando a la calle y él asintió.

—Por favor.

—¿Por haber estado en la cárcel lo han declarado no apto para ir a la guerra?

—Indirectamente, sí.

—¿Indirectamente?

—Durante mi paso por la cárcel de Kilmainham perdí el cuarenta por ciento de la audición de un oído y el veinticinco por ciento de la visión del ojo izquierdo, además de otras lesiones óseas que aún me dan problemas y…

—¿Por qué?, ¿contrajo alguna enfermedad?

—No, por el maltrato físico continuado —lo expresó como si le estuviera hablando del tiempo y ella dio un paso atrás percibiendo cómo se le abría un agujero enorme en el centro del estómago. Finn Farrell percibió el malestar y se le acercó para ofrecerle el brazo—. ¿Se encuentra mal?

—No es la primera vez que escucho relatos sobre la espantosa Kilmainham Gaol de Dublín, pero, si le soy sincera, nunca había sido capaz de creérmelos.

—Normal, el gobierno de su país procura que sus ciudadanos de bien no se crean lo que pasa realmente en Irlanda.

—Bendito sea Dios. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento tantísimo.

—Agradezco su solidaridad, Rose, pero no tiene que disculparse.

—Mi padre siempre decía que lo habíamos hecho todo mal en el norte. En Irlanda, en Escocia, pero que era más fácil vivir mirando para otro lado.

—Me habría caído bien su padre. —Le sonrió rebajando la tensión y ella movió la cabeza.

—Era una persona estupenda, aunque también era conde, miembro de la Cámara de los Lores y primo segundo de la reina Victoria —bromeó con amargura—. Seguro que no le habría caído tan bien.

—Si era un buen tipo, seguro que me habría gustado. Mírenos a nosotros, ahora somos amigos y usted es una dama inglesa de alta cuna y yo solo un irlandés de Boston.

—Me honra con su amistad, doctor Farrell.

—Ay, Rose, a veces es tan formal que cuesta creer que solo tiene diecinueve años.

—Cumplo veinte en octubre.

—Bueno, entonces ya es muy mayor. —Le guiñó un ojo—. ¿Va a casa de su abuela?

—Sí, Anna iba a mandar un coche a recogerme.

—¿Anna?

—La doncella personal de mi madre.

—Muy bien, espero con usted hasta que la recojan.

—Muy amable. —Miró la calle llena de coches a motor y también coches a caballo, y suspiró—. Me siento un poco idiota. Creí que quería hablar conmigo para amonestarme o, incluso, para apartarme del servicio, y resulta que se trataba de algo muchísimo más importante.

—¿Por qué iba a hacer yo algo semejante?

—Porque he estado casi diez días fuera de Nueva York entre el viaje y la estancia en Los Hamptons y…

—Usted es enfermera voluntaria, Rose, y tiene derecho a no venir si no quiere, ya bastante hace por nosotros. Jamás se me ocurriría apartarla del servicio.

—Muchas gracias. No sé qué haría si no pudiera trabajar en el hospital o en la isla.

—Yo tampoco sabría qué hacer sin usted.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto, usted es mi mejor enfermera.

—Señorita Rose —interrumpió Wilson, el chófer de su abuela, acercándose sigiloso por su espalda, y ella saltó y lo saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, Wilson, ya voy.

—Muy bien, señorita.

—Gracias por la charla, doctor Farrell, mañana nos vemos.

—Gracias a usted, hasta mañana.

—¿Quiere que lo acerquemos a alguna parte?

—No, no hace falta, gracias. Adiós. —Le guiñó un ojo y le dio la espalda para desaparecer entre la gente.

Rose sintió ganas de alargar su compañía durante días y días, pero, de inmediato, recobró el sentido común y caminó hacia el coche con una sensación agridulce en el alma. Por una parte, la destrozaba saber por lo que había pasado en Irlanda, pero, por otra, se sentía muy afortunada y orgullosa de que lo hubiera compartido con ella.

Además, le había dicho que era su mejor enfermera y eso sí que no tenía precio.

10

—Deberías cortarte el pelo, Rose.

—¿Por qué? —preguntó a Sarah, una de las mejores amigas de su tía, y ella se echó a reír y se tiró en la *chaise longues* que Poppy tenía junto a los ventanales que daban a Greenwich Avenue.

—Estamos en el siglo XX, las chicas se liberan de las melenas pesadas y virginales, y se cortan el pelo a lo *garçon*. En París, es la última moda.

—En París creo que ahora mismo tienen otras cosas más urgentes de las que ocuparse.

—Eso es cierto, seguimos en guerra, aunque aquí se nos olvide —comentó Poppy entrando en el salón con una bandeja repleta de copas vacías.

—Le estaba diciendo a Rose que debería cortarse el pelo, tiene un color precioso y, a pesar del moño victoriano que nos lleva, se nota que lo tiene ondulado. Es perfecto para un bonito *gasçon*.

—Caray, gracias. —Se tocó su recogido y miró a su tía muerta de la risa—. No sabía que mi peinado era decimonónico.

—Cielo, eres preciosa y, lo más importante, muy joven, hasta con un repollo en la cabeza estarías guapa, pero ya es hora de modernizarse un poco, solo digo eso. ¿Tú qué opinas, Poppy?

—Opino que tiene que hacer lo que le apetezca.

—Si lo lleva siempre recogido tampoco lo luce. ¿Hasta dónde te llega ese precioso pelo rubio, Rosie?, ¿qué haces para lavarlo, dormir y…?

—Tiene a Anna, que se ocupa de esas cosas. Déjala en paz.

—La dejo en paz, pero si algún día quieres dar el paso y cortártelo, Rose, me avisas a mí y yo te llevo a mi peluquero, que es el mejor de Manhattan. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

—Perfecto. ¿A qué hora vienen los demás? —Se levantó y se dirigió a Poppy, olvidándose de ella de inmediato.

Rose agradeció que dejara de prestarle atención y se asomó a la ventana un poco inquieta, deseando que llegara una hora prudente para poder despedirse y volver a casa.

No estaba muy segura de por qué estaba allí, por qué había accedido a ir, pero la verdad es que no había podido negarse. Por las tardes no tenía trabajo y tampoco excusas de peso que le permitieran escabullirse; encima, su abuela había intervenido y la había obligado a salir a la calle para que «se aireara un poco y dejara de penar por la casa como un fantasma». Un alma en pena que hacía dos días había tenido que soportar el primer aniversario de la muerte de Archie.

Un año ya y el dolor seguía intacto.

La gente se atrevía a decirle a todas horas que el tiempo lo curaba todo y, seguramente, así sería, pero, de momento, la fórmula a ella no le funcionaba. Desde hacía semanas, a medida que se acercaba el 5 de septiembre, se había ido deslizando poco a poco a un abismo negro, al pozo de tristeza que seguramente la perseguiría toda su vida y por esa razón, se había presentado voluntaria para doblar turnos durante esa semana en la enfermería de la isla de Ellis. Lástima que un virulento brote de tifus había cerrado la isla a cal y canto hasta nuevo aviso, y como ella no se encontraba de servicio cuando habían decretado la cuarentena, la habían dejado en Manhattan y sin ocupación en el peor momento posible.

El destino seguía empeñado en jugar en su contra, o eso parecía, pero estaba segura de que esta vez no lograría desarmarla. Esta vez no, decidió, respirando hondo y viendo aparecer en ese mismo instante al doctor Finn Farrell por la calle.

Iba vestido de beige, con el sombrero puesto y sus andares enérgicos y, por una milésima de segundo, el corazón le dio un pequeño brinco. Se puso tensa por la sorpresa, se apartó de la ventana y se giró hacia su tía para preguntarle si él era uno de sus invitados, pero ella no le hizo caso porque estaba ocupada abriendo la puerta a otras cinco personas que llegaban a su velada literaria con libros y botellas de vino en la mano.

—¡Entrad, entrad y poneos cómodos!, ¿ya conocéis a mi sobrina Rose? Rosie, estos son Lily y Rupert Fiennes, Margaret Owen, Phil McMurray y Helen Pitt.

—Encantada.

—¡Eh, no cierres! —Oyó cómo gritaba Farrell corriendo por la escalera y observó cómo se colaba en el apartamento justo a tiempo para saludar a Poppy con un par de besos en la mejilla.

—Para una vez que llego puntual, Poppy —bromeó, sacándose el sombrero, se volvió hacia los invitados con una enorme sonrisa y, al verla a ella, se quedó quieto, entornó los ojos y dio un paso atrás.

—Enfermera B, no sabía que estaría aquí.

—Yo tampoco, doctor, ¿cómo está?

—Nada de formalidades en mi casa, por el amor de Dios —comentó Poppy mirándolos a los dos—. En el trabajo cómo queráis, pero aquí por el nombre de pila y de tú, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Farrell sin mucha emoción y se acercó a sus amigos para estrechar manos y repartir besos ignorándola de inmediato.

Ella miró a Poppy, que le hizo un gesto para que ayudara a Ruby con el bufé que estaba instalando junto al piano, y accedió encantada, porque, a pesar del tiempo que llevaba en Nueva York, no acababa de sentirse muy cómoda entre los amigos de su tía. Personas mayores que ella, con mucho más mundo y desparpajo, y que solían expresarse con demasiada soltura, empleando un lenguaje directo y a veces hasta soez, y que la mayor parte del tiempo ni siquiera comprendía, porque el acento de los neoyorquinos más moderno, con esas «o» convertidas en «aw» y las «a» en «o», era ininteligible para cualquier inglés.

—Me alegra verla fuera del trabajo, Rose —le susurró Finn Farrell por la espalda, mientras ella seguía repasando la cantidad de palabrejas neoyorquinas que no tenían ni pies ni cabeza, y dejó lo que estaba haciendo para prestarle atención.

—Lo mismo digo, doctor.

—Finn, llámeme, Finn, no sé cuántas veces se lo he dicho ya.

—No creo que pueda.

—En el trabajo podemos seguir siendo formales, pero ahora estamos en una reunión de amigos. ¿O me ve demasiado viejo para tutearme, Rose?

—¡No, por Dios!

—Tengo treinta años, igual soy un anciano para usted, pero yo me considero un jovenzuelo —bromeó y ella sonrió.

—¿Quiere beber algo, Finn?

—Un vaso de cerveza estaría bien, gracias. —Le guiñó un ojo y ella percibió como, sin venir a cuento, se había sonrojado hasta las orejas.

—¿Sabe cómo están las cosas en la isla?

—De momento se están arreglando bien, el ejército ha llevado agua, víveres y medicinas, y en la enfermería se organizan perfectamente. Eso me han dicho.

—Me alegro.

—Ya se sabe que el brote vino con el barco hospital que llegó el 31 de agosto procedente de Francia, y no me sorprende, porque el tifus se ha cebado en las trincheras desde 1914.

—El tifus, el escorbuto, la fiebre tifoidea, el cólera o la disentería.

—Exacto.

—Archie, mi prometido, estaba preocupadísimo, porque decía que en algunos regimientos estaban perdiendo más hombres por la enfermedad que por el fuego enemigo.

—Las condiciones son terribles.

—Sí… —Bajó la cabeza recordando lo desesperado que parecía Archie en su último permiso, cuando no podía ni comer ni dormir y solo hablaba de lo frustrante que era para los sanitarios intentar curar a los soldados que caían como moscas en las trincheras, en los barracones o en las enfermerías, y tragó saliva.

—¿Dónde vivía usted en Londres, Rose? —le preguntó para distraerla y sacarla del recuerdo, y ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Cuando nos mudamos a Londres, nos instalamos en Belgravia, cerca del Palacio de Buckingham

—¿Dónde vivía antes?

—En Cullingworth, Yorkshire, al norte de Inglaterra. Ahí está la casa familiar de los Bowes-Lyon.

—¿O sea que se crio en el campo?

—Sí, la familia de mi padre ha vivido en Yorkshire desde el siglo XI.

—Vaya.

—Lo sé, es mucho tiempo.

—¿Y prefiere Londres o Yorkshire?

—Me he acostumbrado a Londres, es una ciudad increíble, pero…

—Pero le gustaría volver a Cullingworth —afirmó con una sonrisa y Rose se encogió de hombros.

—Al morir mi padre, la propiedad pasó a mi hermano y cuando se casó pues…, tuvimos que dejarla, así que dudo mucho que vuelva a vivir allí, no obstante, no descarto volver a instalarme en Yorkshire, es un lugar precioso y…—Lo miró a los ojos y él frunció el ceño—. ¿Qué?

—¿No puede vivir en su casa?

—No es mi casa, es de mi hermano y su familia.

—De acuerdo, pero… en fin… —Sacudió la cabeza, resignado.

—¿Usted tiene mucha familia en Boston, Finn?

—Muchísima, además cientos de tíos y primos, tengo siete hermanos, nueve sobrinos, a mis dos padres y una abuela.

—¿Siete hermanos?, qué maravilla.

—Sí, bueno, conmigo somos ocho, una familia irlandesa tradicional.

—¿A qué se dedican?, ¿hay más médicos? —preguntó con auténtica curiosidad y él sonrió.

—Sí, claro. Mi padre es médico, mi hermano mayor también, el segundo es sacerdote, el tercero es abogado, el cuarto soy yo, la quinta es profesora, el sexto es médico, la séptima es monja y

también profesora, y la última es enfermera y se acaba de casar con su jefe, un cirujano del Hospital General de Massachusetts.

—Caray —soltó con sinceridad, calibrando que era la primera vez en su vida que escuchaba algo parecido, es decir, ocho hermanos de la misma familia con estudios y trabajo propio, y lo observó con un poquito más de admiración, si eso era posible.

—Tiene usted una familia muy interesante, doctor.

—Clase media estadounidense, Rose.

—¡Chicos! —gritó Poppy llamando la atención del grupo y todos se giraron hacia ella.

—Solo nos falta Jake, en cuanto llegue, empieza la timba.

—¿Timba?, creí que era una velada literaria. —Rose miró a Farrell con los ojos muy abiertos y él se echó a reír.

—Esa es Poppy Belmont.

—¿Se conocen desde hace mucho tiempo?

—¿Con Poppy?, tal vez desde hace unos seis o siete años, nos presentaron en Boston unos amigos comunes, los O'Callaghan de Washington Square, camaradas míos de la Hermandad Feniana estadounidense. ¿Los conoce?

—Sí, claro, su hija Virginia se casó con un pariente de mi padre, Henry Chetwode-Talbot, duque de Aylesbury.

—Exacto, pero enviudó en seguida y se volvió a casar, esta vez con un abogado irlandés muy prestigioso, Thomas Kavanagh. Vive con él en Dublín, aunque ahora están en Nueva York porque la guerra los pilló de vacaciones aquí y no quisieron arriesgarse a cruzar el Atlántico con sus hijos.

—¿Virginia está en Manhattan?, no lo sabía.

—¡Ya estoy aquí!, perdonad el retraso —exclamó Jake Van Doren, irrumpiendo en el salón con su vozarrón de barítono.

Rose observó con un poco de reparo cómo Poppy saltaba y lo abrazaba para darle un beso en los labios. Una situación completamente anómala, muy violenta para ella, porque hacía solo dos noches había estado cenando con él y con su esposa, la prima Jill, en casa de su abuela.

—Rosie, qué bien que estés aquí, tengo algo importante que decirte. —La localizó con la mirada y se fue directo hacia ella, saludó a Finn Farrell palmoteándole la espalda y luego le clavó sus enormes ojos azules—. Vengo de la Universidad de Nueva York. Se había convocado un consejo extraordinario y, tras muchas presiones, Phillip Collins y el decano Ted Wellington me han confesado que no te aceptaron en la Facultad de Medicina por cortesía hacia tu abuela.

—¡¿Qué!? —bramó Poppy y Rose dio un paso atrás.

—Lo que oís. Florence Belmont les pidió expresamente que no te admitieran, les extendió un generoso cheque para las obras de la nueva biblioteca, y ellos no pudieron negarse.

—¡¿Cómo has podido?! —Entró en la salita de su abuela, tras cruzar la ciudad en el veloz coche Jake Van Doren, y Florence, que estaba con dos de sus amigas preparándose para salir, la miró con cara de inocente y la boca abierta.

—¿Qué te pasa, Rose?

—¿Que qué me pasa?, ¿creías que no iba a enterarme?

—No le hables así a tu nana, cariño —le soltó una de esas señoras perfumadas y cubiertas de perlas, y Rose la hizo callar levantando un dedo.

—Esto no va con usted, señora Morris, le rogaría que nos dejara a solas.

—No hace falta —tranquilizó Florence a sus amigas con una mano—. No sé qué te pasa ahora, Rosie, pero no tengo tiempo para averiguarlo. Nos están esperando.

—¿Te lo pidió mi madre? —Se cruzó en su camino y ella levantó la barbilla—. ¿Ella te pidió que me dejaras fuera de la Facultad de Medicina?

—¿Que hice qué?

—No me insultes negándolo, abuela, el doctor Phillip Collins y el decano Ted Wellington lo han confesado todo hoy en una reunión del consejo de la universidad, te delataron sin pensárselo dos veces. A estas horas, ya lo sabrá todo Nueva York.

—Solo quiero lo mejor para ti, cielo, eres muy joven y no sabes lo que quieres. Solo intento protegerte.

—¿Protegerme?, ¿de qué?, ¿de tener un futuro?

—Tu futuro está junto a un hombre de buena familia que cuide de ti, te dé la vida que mereces y te quiera, no matándote a trabajar como… como… como una cualquiera.

—¿Una cualquiera?, ¿querer formarme y construir algo por mí misma me convierte en una cualquiera?

—Basta, Rose, no voy a consentir que me reproches nada.

—Y yo no voy a consentir que te inmiscuyas en mi vida ni en mis decisiones.

—Algún día me lo agradecerás. No sabes lo que quieres.

—Sé exactamente lo que quiero, no te he pedido ayuda para conseguirlo y no tienes ningún derecho a actuar a mis espaldas, mucho menos, después de todo el esfuerzo que…

—Mira, Rose, afortunadamente, tienes la belleza, la juventud y el pedigrí necesarios para conseguir al mejor partido de Nueva York, y eso es lo que vamos a hacer. Fin de la discusión.

—¡No!, no podéis decidir por mí, ¿qué te crees?

—Lo que creo, jovencita —subió el tono y la señaló con el dedo —, es que se terminaron las tonterías, la libertad y la manga ancha. Vives en mi casa y mientras estés bajo mi techo, se acabaron los estudios, las ambiciones absurdas y, por supuesto, el trabajo de voluntaria en esas pocilgas inmundas en las que te empeñas en meterte. Una dama no necesita ensuciarse las manos.

—¿Lo habéis decidido entre mi madre y tú?

—Tu madre anda demasiado ocupada en sus propias quimeras infantiles como para ocuparse de ti.

—Mi madre sabe que…

—Lo que ella sabe tan bien como yo, es que no tienes dinero, ni nadie que te respalde, y que tu única salida es un gran matrimonio con una gran fortuna de Nueva York. Ya ha pasado un año desde la muerte de Archie Howard, ya está bien de permitírtelo todo para que la superaras, ya es más que suficiente. Ha llegado el momento de

volver a la realidad, de volver a comportarte como corresponde a una dama de tu clase y eso es lo que vas a hacer.

—No.

—Se acabó la discusión. Apártate, Rose. —La esquivó cimbreando su vestido de noche y salió de la salita rodeada por su cohorte de señoras insufribles que, antes de salir al pasillo, le dedicaron su repertorio entero de miradas de desprecio.

Rose respiró hondo intentando conservar la calma, porque sabía que su única baza era mantenerse serena y con la cabeza fría, por eso había evitado que Poppy interviniera en la discusión, y evaluó lo que iba a hacer porque era perfectamente consciente de que lo que hiciera a partir de ese momento no solo le iba afectar a ella, sino también a su madre y a Anna.

Decidió que su dignidad, su amor propio y su vocación estaban por encima de los caprichos de su abuela, que era muy capaz de encerrarla en casa bajo llave, se alisó la falda y salió al pasillo con una decisión tomada. Llegó a la escalera y se encontró con Anna.

—¿Qué ha pasado?, ¿por qué tanta bulla? —le indicó la calle, dónde Poppy estaba discutiendo acaloradamente con su madre, y Rose la cogió de un brazo y tiró de ella hacia su cuarto.

—Ya te contaré. ¿Dónde está mamá?

—En Newport con el señor Rothschild, vuelve el martes.

—Muy bien, ven conmigo y ayúdame a recoger mis cosas, por favor.

—¿Dónde piensa ir, milady?, ¿se va de vacaciones?

—No, me voy a vivir a otra parte.

—¡¿Cómo?!, ¡¿con quién?!

—Me voy a quedar en un apartamento que tiene la tía Poppy en Greenwich Village.

—No se puede ir así por las buenas, milady, su madre me matará si…

—No hará nada, Anna, ya hablaré yo con ella. Lo único que importa ahora es que no puedo continuar ni un segundo más aquí. ¿Lo entiendes?

—¿Recogemos todo? —preguntó Poppy entrando como un vendaval en la habitación y Rose la miró y asintió muy tranquila.

—Me parece perfecto, voy a buscar a Susy para que nos ayude.

—¿De verdad se va, milady? —insistió Anna viendo cómo sacaba su baúl del vestidor y Poppy la tranquilizó.

—Sí, pero se va conmigo, Anna, no te preocupes por eso, yo cuidaré de Rose.

—Ah no, si ella se va, yo me voy con ella. Yo no la dejo sola ni con usted, señorita Belmont.

—Estupendo, serás bienvenida en mi casa, Anna, hay sitio para todas.

11

—Te vamos a hacer una reducción, Billy, dolerá un poco, pero te recolocaremos el hombro en un segundo y, además, puedes sujetar la mano de la enfermera B si quieres. Verdad, ¿Rose?

—Por supuesto, doctor. Billy, mírame.

Sujetó la mano del pequeñajo, que tenía ocho años y se había dislocado el hombro jugando al béisbol, y él la miró con la cara bañada en lágrimas y temblando entero. Rose le acarició el pelo y le sonrió para tranquilizarlo, sin dejar de observar de reojo cómo el doctor Finn Farrell le palpaba el brazo con mucha delicadeza antes de situarlo en un ángulo de 90º, sujetarlo por la muñeca y tirar de él con un movimiento brusco y preciso, perfecto, que le permitió colocar el húmero en su lugar en menos de un segundo.

—¡Mamá! —gritó Billy Smith acurrucándose en su pecho y Rose lo abrazó muy fuerte mirando a Farrell.

—Precioso, doctor.

—Aplique un vendaje fuerte, por favor.

—Claro.

Se concentró en vendar al niño y él cogió la tablilla para escribir el informe.

—Las luxaciones son el pan de cada día, Rose, la próxima vez, con un adulto, me ayudará a practicar la reducción. ¿De cuerdo?

—Caray, sería estupendo.

—La enfermera B te pondrá un cabestrillo, Billy, mientras tanto, voy a llamar a tu madre.

—¿A que ya no te duele tanto, Billy? —Lo distrajo Rose limpiándole la cara con una gasa.

—Me sigue doliendo.

—Poco a poco se te irá pasando, y piensa en lo que vas a presumir con tus amigos cuando te vean con un cabestrillo.

Levantó los ojos muy satisfecha con el trabajo y se encontró con la madre de Billy, que se había acercado para ocuparse de su hijo, y con Finn Farrell que le hizo un gesto hacia la puerta principal de la

sala de curas del Bellevue Hospital, donde estaba su propia madre, tan elegante como siempre, observando con mucha atención lo que estaba haciendo.

Santo cielo, masculló, recordando, de pronto, que ya estaban a miércoles y que, por lo tanto, Violet había regresado de Newport la noche anterior, y tragó saliva pensando en la que se le venía encima.

—Muchas gracias, doctor, muchísimas gracias y muchas gracias, señorita —agradeció la señora Smith llorando y Rose le sonrió y le acarició el brazo.

—De nada, señora Smith, se pondrá bien en seguida.

—No te saques el cabestrillo, Billy —susurró el doctor Farrell revolviéndole el pelo—. Nos vemos dentro de quince días y procura portarte bien ¿Lo prometes?

—Lo prometo, doctor.

—Muy bien. Adiós.

Rose también se despidió y luego se entretuvo unos segundos en ordenar el material médico, intentando retrasar el inevitable encuentro con su madre, hasta que ella se le plantó al lado con cara de pregunta.

—¿Rose?

—Hola, mamá. Ya veo que has vuelto de Newport.

—Anoche y no estabas donde te había dejado.

—Mira, yo…

—¿No me presentas? —la interrumpió mirando a Farrell.

—Claro, este es el doctor Finn Farrell. Doctor, esta es mi madre, lady Violet Bowes-Lyon.

—Al fin le conozco, doctor, pasa usted más tiempo con mi hija que cualquiera de nosotros.

—Encantado, señora Bowles-Lyon —saludó él muy educado, pero ignorando el tratamiento, y le regaló la mejor de sus sonrisas—. Lamento mucho si le parece que abusamos demasiado de los servicios de su eficiente hija.

—Ya, ya…

Se giró para escrutar con atención la sala de curas y Rose miró de soslayo a Finn Farrell, que le guiñó un ojo antes de sentarse en su escritorio y abandonarla a su suerte.

—¿Puedes salir a comer?

—No, mamá, tengo turno hasta las dos.

—No se preocupe, Rose, vaya con su madre, solo falta una hora y media para que acabe su turno y ya ve que estamos teniendo un día tranquilo.

—Preferiría acabar mi turno, doctor.

—Ya has oído al médico, Rose, no seas tiquismiquis. Tú y yo tenemos mucho de lo que hablar.

—Jesucristo.

Caminó hacia su taquilla blasfemando por lo bajo, se sacó la cofia y la bata, las metió dentro de mala manera, recogió el bolso y el sombrero y regresó a la sala de curas donde Violet estaba de cháchara con Farrell.

—¿Nos vamos, madre?

—Por supuesto. Adiós, doctor, encantada de conocerlo —se despidió de él, que le hizo una venia, y la sacó al pasillo cogiéndola por el brazo, sin abrir la boca, hasta que salieron del hospital—. Es mucho más guapo y joven de lo que me imaginaba.

—¿Cómo dices?

—Farrell. Ya me habían advertido de que era un rompecorazones, pero no me figuraba que fuera tan descaradamente atractivo.

—¡Mamá!

—Nada de mamá, ya somos adultas, ¿no? Te has atrevido a dejar la casa de tu abuela sin permiso de nadie, así que no finjamos ahora que te escandalizas por todo.

—Santo cielo.

—Es guapo, brillante y encantador, eso dice todo el mundo, pero también dicen que ya ha roto dos compromisos matrimoniales, o sea que, en la práctica, es un verdadero peligro.

—¿Será posible?

Se detuvo en la acera y se le puso delante con las manos en las caderas, muy ofendida por esos comentarios superficiales y frívolos sobre su jefe, y Violet la miró entornando los ojos.

—Todo el mundo lo dice, Rose.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Es para que lo tengas en cuenta.

—El doctor Farrell y yo somos compañeros, es mi jefe, me enseña muchísimo, aprendo muchísimo de él. Es un gran médico, lo considero un amigo y lo que haga o deje de hacer fuera del hospital, en su pasado, en el presente o en su futuro, me trae sin cuidado.

—¡Santísima trinidad!, ¿por qué te pones así?

—¿Has venido a reñirme?, de acuerdo, pero deja al doctor Farrell al margen.

—No creo que estés en condiciones ahora mismo de enfrentarte a tu madre, jovencita, así que modera ese tono.

—Muy bien, di lo que tengas que decir, pero debes saber que, digas lo que digas, no pienso volver a casa de la abuela.

—¿Disculpa?

—Ha superado todos los límites del respeto y no pienso someterme a sus decisiones arbitrarias e injustas.

—Madre mía, eres igual de intensa que tu padre. —La cogió de la mano y se la llevó al coche de Dicky Rothschild, que las estaba esperando a una manzana del hospital.

Rose lo reconoció en seguida porque las había llevado a la ópera y a Los Hamptons en verano, y se le acercó de mala gana, aunque, al llegar, se dio cuenta de que solo estaba el chófer.

—Llévenos al Delmonico’s, Geller, por favor, tenemos reserva dentro de veinte minutos.

—Por supuesto, milady.

Rose se subió al vehículo refunfuñando, más por tener que abandonar su puesto de trabajo que por la regañina que le iba a caer, y se concentró en el denso tráfico neoyorquino, tan parecido al de Londres pero, a la vez, tan diferente.

—Sé lo que hizo tu abuela y juro por Dios que yo no sabía nada, hija.

—Lo sé, me lo dijo ella misma.

—¿Entonces por qué estás tan enfadada conmigo?

—Primero, por presentarte en mi trabajo así, sin avisar, por sacarme de allí dejándome como una persona informal y porque… —movió la cabeza y le clavó los ojos—, porque, en el fondo, sé que estás de acuerdo con tu madre y que prefieres verme en fiestas buscando marido antes que encerrada en una universidad estudiando.

—Pertenezco a una sociedad y a una generación en la que se valora la seguridad y la dignidad que te proporciona un buen matrimonio, Rose, y es lo que he buscado siempre para vosotros tres, también para tu hermano, pero nunca me he opuesto a tus deseos. Sé lo que quieres, sé que pensabas hacerlo una vez casada con Archie y no seré yo la que ahora te corte las alas.

—¿Lo dices en serio?

—Comprenderás que yo sueño con verte casada y feliz, rodeada de comodidades, pero no hay prisa, Rose. Archie murió hace un año y sé lo unidos que estabais, y lo que has sufrido y sigues sufriendo por él, no te voy a obligar a aceptar un marido en este momento y, mucho menos, me voy a oponer a que estudies Medicina. Es lo que quieres hacer desde que tienes diez años.

— Delmonico's, milady —anunció el chófer a la par que un solícito portero abría la portezuela del coche.

Rose se quedó quieta, emocionada, observando con un nudo en la garganta como su madre, que era la mujer más guapa y elegante del mundo, se bajaba del coche con sus andares de princesa.

—Mamá —la llamó bajándose a su vez del vehículo. Ella se detuvo antes de entrar en el restaurante y la miró. Rose dio dos pasos y la abrazó muy fuerte, un gesto poco habitual entre ellas, pero que era lo único que podía hacer para manifestar lo que sentía al oírla hablar de ese modo—. Muchas gracias, mamá.

—No llores y no me des las gracias aún, todavía tenemos que hablar de tu espantada de casa de la abuela.

—Sea como sea, gracias por apoyarme.

—Vamos dentro.

La cogió de la mano y entraron al Delmonico's, el restaurante más antiguo de Nueva York, en loor de multitudes porque bastó con que Violet Bowes-Lyon, condesa viuda de Cullingworth, pisara el comedor principal para que todo el mundo se levantara para saludarla, los camareros corrieran a su encuentro y el *maître* se desviviera en atenderla

—Tráiganos lo de siempre, Pierre, y un vaso de vino blanco para mí, mi hija beberá agua. Gracias.

—Por supuesto, milady —respondió el *maître* solícito y desapareció.

—Poppy me ha contado que te han ofrecido cobrar un salario en el Bellevue Hospital, ¿es cierto?

—Sí, el doctor Farrell dice que superó con creces las horas de voluntariado, que ya es momento de que cobre un sueldo como enfermera.

—Tu padre se revolverá en su tumba, y tu abuela Elizabeth ni te cuento.

—La abuela Elizabeth araba los campos de trigo de Cullingworth.

—Por diversión, no por un jornal.

—Pero respetaba el trabajo duro y el esfuerzo. En todo caso, no te preocupes, no podré aceptar el trabajo si me voy a Siracusa.

—¿Quieres mudarte a Siracusa?

—La Universidad de Siracusa me ha aceptado en Medicina, mamá, podré empezar en octubre.

—Enhorabuena, pero ¿cuándo pensabas consultarlo conmigo?, sigues siendo menor de edad y necesitas, que yo sepa, de mi autorización para hacer cualquier tipo de gestión oficial.

—Iba a pedir tu autorización para matricularme, aún no he sellado los documentos de la matricula.

—¿Y qué piensas hacer con tu abuela?

—No volveré a verla hasta que se disculpe conmigo.

—Pues espera sentada, aún no ha nacido quien haya recibido una disculpa de Florence Belmont.

—Peor para ella, yo, por mi parte, no perdonaré fácilmente que haya maquinado a mis espaldas para perjudicarme de manera tan vil. Es inadmisible.

—Completamente inadmisible.

—¿Lo has hablado con ella?

—Claro, esta mañana, y le he explicado unas cuantas cosas, como que con mis hijos no transijo. No pienso permitir que intente gobernar tu vida como hace con los demás, por ahí sí que no paso, así que imagino que me echará a la calle esta misma noche o mañana o cuando le venga bien —soltó sin más.

Rose se sintió fatal, estiró la mano y le acarició el brazo. Violet dejó la copa de vino en la mesa y la miró fijamente, muy seria, hasta que de repente le cambió la cara, se le iluminaron los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—Me he casado con Dicky, Rose.

—¡¿Qué?! —exclamó y su madre le hizo un gesto para que bajara el tono.

—Aún no lo sabe nadie, así que silencio, por favor.

—¿Cuándo ha sido?

—Este fin de semana en Newport, solo estaban cuatro amigos y nuestros abogados. Ha sido precioso.

—Es maravilloso, mamá. Enhorabuena.

—Gracias, cielo. Esta noche iremos juntos a ver a mi madre y recogeré mis cosas. ¡Dios santo!, qué ganas tengo de restregárselo por la cara.

—¿Qué ha pasado con sus hijos?

—Dicky se plantó firme e impuso su deseo, también firmamos un acuerdo prematrimonial satisfactorio para todos. Ellos tenían miedo por el dinero que pertenecía a su madre, pero sus abogados lo han protegido. Las capitulaciones son interminables.

—¿Estás contenta?

—Muy contenta, cariño, y lo celebraremos a lo grande en nuestra nueva casa de Park Avenue. Te encantará, llevaba cerrada dos años, pero la abrimos hace un mes y ya es un hogar. Estaremos muy bien allí, Anna reinará como a ella le gusta y tú tendrás una habitación enorme… ¿qué pasa?

La miró muy atenta y Rose apoyó la espalda en el respaldo de la silla, pensando que aquella era una noticia maravillosa, lo único bueno que les había pasado en años, pero que no tenía nada que ver con ella.

—Estoy muy feliz e ilusionada por los dos, mamá, creo que Dicky te adora y te hará muy dichosa, pero yo no…

—Dónde está mi hogar está el tuyo, Rose, sigues siendo mi hija y los dos estamos deseando que te instales con nosotros.

—Bueno.

—Me consta que Poppy te quiere muchísimo, que cuida muy bien de ti, pero su piso de soltera no es el lugar más adecuado para una chica de tu edad, allí no podrás estudiar, ni…

—Me voy a Siracusa, solo vendré en vacaciones.

—¿Tú no querías estudiar en la Universidad de Nueva York?

—Sí, pero…

—Estudiarás Medicina en la Universidad de Nueva York, Rose, te doy mi palabra de honor.

—Como no seas capaz de hacer un milagro.

—A lo mejor yo no soy capaz, pero Dicky, sí.

—¿Qué quieres decir?

—El rector de la Universidad de Nueva York es íntimo amigo de Dicky y a las cuatro de la tarde nos espera a los tres en su despacho. No saldremos de allí hasta que arregle este despropósito.

—¿En serio?

—¿Te he mentido yo alguna vez, hija mía?

12

—Rose, Rose, Rose… ¡Mírame, Rose! —Finn Farrell se puso delante de ella y la tuteó por primera vez en su vida, a la par que la sujetaba por los brazos para evitar que abofeteara a esa pandilla de insolentes.

Tres funcionarios de la isla de Ellis, muy felices de que se apartara del servicio, que no habían dudado en silbar de forma obscena y decirle groserías cuando había acudido a la isla para despedirse de sus compañeros y pacientes.

—Eso, Rose, mejor calladita que estás más guapa.

—Calla, Louis, tengamos la fiesta en paz.

Farrell se volvió hacia ellos y les hizo un gesto con la cabeza, dejándola a ella fuera de su campo visual.

—Esto no va contigo, Doc, sino con la señoritinga esta que no ha traído más que problemas a la isla.

—Qué se vuelva a Londres y nos deje en paz de una puta vez —se mofó otro escupiendo al suelo—. No es de los nuestros y no la queremos cerca.

—No me voy a molestar en explicaros que la enfermera Bowes-Lyon ha trabajado gratis salvando vidas y trayendo niños al mundo aquí, porque sois incapaces de valorarlo, pero sí os voy a exigir respeto. Ni delante de mí ni a mis espaldas le volvéis a faltar al respeto o tendremos un problema serio. ¿Está claro?

—Esto no va contigo, Doc —repitió el primero.

—Habrá trabajado gratis, pero también nos ha puteado a base de bien con denuncias y acusaciones falsas.

—De falsas nada. Sois unos impresentables indignos de representar al gobierno de los Estados Unidos —espetó ella apartándose de Farrell para mirarlos a los ojos.

—Calla, zorra asquero…

El doctor Farrell, de repente, dio un paso al frente y le hizo callar de un puñetazo; antes de darse cuenta, el tipejo estaba en el suelo con la nariz rota. Rose ahogó un grito y retrocedió de un salto.

—¡Doc! —se quejaron los tres, pero él los ignoró y se giró hacia ella.

—Vamos, Rose, andando.

Le señaló la salida hacia el muelle y ella, con las rodillas temblorosas, lo siguió a la carrera intentando caminar a su ritmo, hasta que llegaron al ferry y él se fue directo a uno de los oficiales de policía que estaba supervisando la salida y entrada de funcionarios en el recinto.

—Bob, quiero fuera de mi guardia a O'Connelly, Murphy y Stone. Acabo de pegar a uno por insultar a una de mis enfermeras y no los quiero cerca, ¿de acuerdo? Mi servicio, mis reglas, y esa gentuza lo más lejos posible.

—¿Qué? —El sargento Doyle parpadeó perplejo y le dedicó a ella una mirada de duda—. ¿Qué ha pasado?

—Ya me has oído.

—Oye, Doc, son funcionarios del ministerio del Interior, tú no puedes…

—De acuerdo, hablaré con el responsable. Mientras tanto, en mi hospital que no entren. Soy el director y mi autoridad se respeta o pediré al ejército entre aquí e imponga su disciplina. ¿Te parece?

—No, tranquilo, Doc, voy a tomar cartas en el asunto.

—Perfecto, hasta mañana. Rose. —Le hizo un gesto hacia el ferry —. Sube al barco.

La seguía tratando de tú y ella, muy conmovida, lo observó con agradecimiento, muy atenta a sus ojos color avellana y a su porte de caballero andante serio y heroico, hasta que él la tuvo que coger por el brazo y hacerla subir al ferry antes de que zarpara.

—Siento mucho lo sucedido, doctor.

—Finn, llámame, Finn, por el amor de Dios. —Se desplomó en un asiento a su lado y estiró las piernas palpándose la mano izquierda con cuidado, como si le doliera mucho, y ella, en un impulso puramente profesional, se la arrebató y se la revisó con atención, percibiendo su calor y la suavidad de esos dedos largos y tan bonitos que tenía.

—No debí venir a despedirme, no sé cómo he podido ser tan imprudente. ¿A quién le importa que no pueda seguir viniendo por aquí? Salvo a los internos, a pocos funcionarios le caigo bien.

—Eso no es verdad, solo caes mal a los que has denunciado.

—Se lo tenían merecido. —Levantó la cabeza, sin soltarle la mano, y se perdió en sus ojos oscuros, enormes y tan intensos.

Una vez, cuando era pequeña, una ayudante de cocina de Cullingworth le había contado que los irlandeses eran dueños de los ojos más profundos del mundo, porque guardaban en ellos la magia y antigüedad de su tierra, la tristeza de su historia y la fortaleza de sus almas católicas. Un comentario que la señora Bates, el ama de llaves, había calificado como una tontería inapropiada para la hija de un conde inglés protestante, tras lo cual, le había prohibido hablar con ella o con cualquier otro niño de la casa.

Rose no supo muy bien por qué se estaba acordando de eso allí, diez años después, cruzando la bahía superior de Nueva York camino de Manhattan, pero tuvo que reconocer que Holly, aquella ayudante de cocina que aún trabajaba en Cullingworth, tenía toda la razón, porque los preciosos ojos irlandeses de Finn Farrell eran los más profundos y mágicos que había visto en toda su vida.

—Rose —susurró él y ella volvió al presente y le soltó la mano.

—Creo que no se ha roto nada, doctor, pero los nudillos le dolerán unos cuantos días.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno, siento mucho que se haya visto envuelto en todo esto por mi culpa, pero sí, estoy bien. Muchas gracias, por cierto.

—No ha sido culpa tuya, aunque me tranquiliza saber que no vas a volver por aquí.

—Sé que he sido un incordio, al final, suelo serlo en todas partes. —Sonrió y apoyó la espalda en la butaca para disfrutar del paisaje de Manhattan frente a sus ojos.

—Eres mi mejor enfermera, pero sí, a veces te has convertido en un problema, Rose. Hay que saber callarse por el bien común.

—El bien común está en intentar que gentuza como O'Connelly, Murphy y Stone no vuelvan a acercarse a ningún inmigrante.

—De acuerdo, no seré yo quién te lleve la contraria. —La miró de reojo y le sonrió—. De todas maneras, gracias por los servicios prestados, mucha gente te echará de menos en Ellis.

—Muchas gracias a usted por la oportunidad, doctor, si no me hubiese invitado, yo jamás…

—¡Santa madre de Dios!, ¿algún maldito día vas a dignarte a tutearme, Rose?

—Lo siento, es que me resulta muy raro.

—Por el nombre y de tú, esas son las reglas o dejaré de hablar contigo.

—De acuerdo… —Se puso de pie para bajar en el puerto—. Sigues siendo mi jefe en el Bellevue, pero haré el esfuerzo. Ya lo estoy haciendo, ¿lo ves?

—Madre mía.

Se echó a reír, la siguió hasta el pantalán y después hasta la calle donde cogieron un coche de alquiler, un taxi, como los llamaba todo el mundo, para ir juntos hasta Greenwich Village, a casa de su tía Poppy, que había organizado una pequeña fiesta para celebrar su ingreso en la Universidad de Nueva York el 8 de octubre, el mismo día de su veinte cumpleaños.

Solo faltaban dos días para el inicio del curso y estaba muy nerviosa, porque empezar, al fin, el sueño que llevabas esperando años y años era abrumador, pero, también, estaba muy feliz e ilusionada, y, sobre todo, agradecida con Dios y con Dicky Rothschild, su flamante padrastro, por propiciar el milagro.

Dicky y su familia eran de las personas más influyentes de Nueva York, estaban por encima del bien y del mal y en cuanto se había presentado con ella en el despacho del rector de la Universidad de Nueva York y le había pedido que rectificaran de inmediato su decisión de dejarla fuera de la Facultad de Medicina, ese señor, un poco intimidado, había accedido y le había ofrecido una plaza. Una plaza por otra parte merecida, porque ella había aprobado el

examen de ingreso como todos los demás y no le estaban regalando nada.

La enmienda pública a los deseos de su abuela a punto había estado de convertirla en la paria oficial de la familia, pero la sorpresiva boda de su madre con Dicky Rothschild lo había suavizado todo, había dejado su drama universitario en quinto lugar y nadie más había vuelto a mencionarlo.

De repente, su abuela no cabía en sí de gozo, estaba exultante por esta nueva alianza con una de sus familias «favoritas» de Manhattan, y todo eran parabienes y planes para organizar carísimos festejos que, afortunadamente, gracias al sentido común de Dicky, se iban a posponer para después de la guerra. Sin embargo, en casa de los Belmont, desde hacía tres semanas, no se dejaban de recibir visitas a las que contar con pelos y señales la boda secreta de Violet, condesa viuda de Cullingworth, ahora flamante millonaria y nueva anfitriona de lujo de la ciudad.

Rose observaba todo eso desde la distancia y, aunque se alegraba muchísimo por su madre, pretendía seguir manteniéndose al margen porque sus prioridades seguían navegando muy lejos de todo aquello.

—O sea, ¿que ya es definitivo que te quedas con Poppy en el *Village*? —preguntó Finn desde su derecha y ella asintió y le prestó atención.

—Sí, mi madre ha cedido, al fin y al cabo, querrá estar a solas con su marido. Necesitan espacio, y a mí el apartamento de mi tía me queda al lado de la facultad.

—¿Y cuando termine la guerra te vas a volver sola a Londres?

—Primero intentaré acabar la carrera y, luego, ya veremos.

—Pero ¿te gustaría volver a vivir a Inglaterra?

—No lo sé, creo que sí, mi casa está allí, mis amigos y… —Cayó en la cuenta de que desde la muerte de Archie prácticamente no tenía a nadie en el Reino Unido y suspiró—. No lo sé, sin Archie no me veo allí y creo que echaría mucho de menos Nueva York. Ya decidiré cuando llegue el momento.

—OK.

Soltó con esa expresión «moderna y americana» que gustaba tanto a Poppy, y giró la cabeza para seguir contemplando el tráfico. Rose lo recorrió con los ojos porque le encantaba observarlo cuando no se daba cuenta, y continuó así hasta que llegaron a Greenwich Avenue y les tocó bajarse del vehículo.

—¡Eh ¿cómo está mi sobrina favorita?! —la recibió Poppy abriendo la puerta ella misma y la abrazó muy fuerte—. Estoy tan orgullosa de ti, Rosie… ¡Atentos todos! —gritó llevándola de la mano hasta el salón—. Saludad a Rose Elizabeth Bowes-Lyon, próxima estudiante de Medicina, próxima doctora titulada por la Universidad de Nueva York. La primera mujer de su familia, y de la mía, en cursar estudios superiores.

—¡Bravo!

Exclamó todo el mundo aplaudiendo y ella se volvió hacia Finn Farrell que se había quedado en el pasillo observando la escena con su maletín de médico en una mano y una gran sonrisa en la cara.

—Vamos a celebrarlo a lo grande porque el lunes también es su vigésimo cumpleaños. Todos a beber. ¡Ruby, saca la comida, por favor!

—¿Ya te has aburrido de tu fiesta? —Tres horas después, tras muchos brindis y felicitaciones, incluso algo de baile y bastante jolgorio, Finn Farrell la encontró sentada en la escalera de incendios del edificio, donde se había escondido para tomar un poco de aire fresco en silencio, y apoyó las manos en el alfeizar de la ventana para hablarle—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, gracias, es que estoy algo mareada, me he tomado dos copas de champán y no tengo costumbre.

—Tu madre y tu padrastro se han ido sin poder despedirse de ti.

—Caray, lo siento. Mañana ceno con ellos, así que…

—¿En qué piensas aquí sola?

—Pues, en que todo el mundo da por hecho que acabaré la carrera y seré médico, en que siento un poco de vértigo ante unas expectativas tan grandes y en Archie, por supuesto.

—Seguro que estaría orgulloso de ti.

—Creo que sí, ojalá estuviera aquí. En fin… —Se pasó la mano por la cara sin detenerse a pensar demasiado en Archie, porque no quería echarse a llorar delante de él, y tragó saliva—. ¿Cómo te va a ti, doctor?

—Bastante bien, pero tengo que marcharme, mañana madrugo.

—Claro, muchas gracias por venir y otra vez mil gracias por lo de…

—Quería darte mi regalo. —La interrumpió y se apartó de la ventana haciéndole un gesto para que entrara en la habitación. Rose obedeció y se le puso delante viendo cómo le extendía un estuche de cuero marrón muy bonito.

—No tenías que regalarme nada, Finn, ya has hecho bastante por mí.

—Mis padres me regalaron uno igual cuando empecé la carrera. Espero que te guste.

Se lo entregó y ella lo sujetó con sumo cuidado sin atreverse a abrirlo, hasta que él le señaló el cierre, lo tocó y pudo descubrir que dentro había un instrumento maravilloso.

—¿Un estetoscopio?, ¿para mí?

—Sí, señora, un artilugio imprescindible para cualquier…

—Finn… —Lo interrumpió echándose a llorar y sin poder contenerse, porque estaba demasiado emocionada y agradecida, superó la distancia que los separaba y lo abrazó. Lo abrazó muy fuerte, aferrándose a su pecho con los ojos cerrados, y él devolvió tímidamente el abrazo hasta que ella se apartó un poco, lo miró a la cara y le sonrió.

Quiso decirle muchas cosas, porque tenía mil palabras de agradecimiento para a él. Por su trabajo, por confiar en ella y darle todas las oportunidades, por defenderla, por considerarla su mejor enfermera y por enseñarle tantas cosas, pero fue incapaz de

articular palabra y lo siguió mirando a los ojos en silencio, desde muy cerca, hasta que un impulso irreflexivo la empujó más hacia él, muy levemente, pero de forma tan atrevida que él reaccionó poniéndose tenso y apartándola con mucha delicadeza.

—Es tardísimo y tengo que irme, Rose.

—Por supuesto y muchísimas gracias. Este es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—Me alegro de que te guste. Buenas noches.

Se volvió hacia la puerta incómodo y Rose dio gracias a Dios de que estuvieran en penumbra, porque sintió que estaba roja como un tomate, y se despidió tratando de parecer natural.

—Nos vemos el lunes, doctor. Muchas gracias por todo.

—De acuerdo y buena suerte en tu primer día de clase.

Desapareció por el pasillo muy rápido y ella se puso en cuclillas para intentar calmar los nervios porque no sabía qué había pasado ahí, cómo había llegado a ese punto y qué la había empujado a ponerlo en semejante compromiso, y se quiso morir, más avergonzada de lo que recordaba haber estado en toda su vida.

13

—Doctor, doctor, doctor Farrell… ¿Doctor?

—¡Finn! —Lo llamó su hermano y él volvió a la realidad y lo miró poniéndose de pie. Brian, vestido con su impecable sotana, se le acercó y le pegó un gran abrazo.

—¿Qué pasa, hombre?, la hermana Mary llevaba un rato llamándote.

—Lo siento, hermana, estoy un poco disperso.

Se disculpó con la religiosa, que se ocupaba del dispensario que Brian había instalado en su parroquia, y luego palmoteó los brazos de su hermano con mucho afecto.

—Te veo estupendamente, tío, qué bien vives.

—No puedo decir lo mismo de ti, pareces agotado. Mamá dice que te has pasado doce horas seguidas durmiendo.

—Sí, necesitaba venir a Boston para reponer fuerzas.

—Lo sé, por eso te agradezco aún más que vengas a pasar consulta con la señora O'Gormáin, ya sabes que no se deja atender por ningún otro médico.

—Para eso estamos.

—Estupendo, pasa y luego te invito a comer. Tenemos *fish&chips* al estilo bostoniano en la residencia.

Lo condujo a la pequeña consulta que tenían junto a la escuela parroquial y Finn entró saludando en gaélico a la anciana señora O'Gormáin y a su hija Maeve, que le respondieron en el mismo idioma.

—¿Cómo está, Moira?, ¿qué tal le han ido las infusiones de espino para la circulación?

—Son muy amargas, doctor.

—Pero ¿le sientan bien? —preguntó a su hija, que también era una señora de bastante edad, y ella asintió—. Muy bien, vamos a hacer un chequeo completo para comprobar cómo van las cosas.

Brian abandonó la consulta y él se dedicó a reconocer a Moira O'Gormáin con calma mientras ella parloteaba mezclando el inglés

con el gaélico y se quejaba de todo, incluida su hija y sus nietos, hasta que puso la mente en blanco y realizó su trabajo de forma automática porque, gracias a Dios, esa ancianita irlandesa tan quejumbrosa estaba más sana que una manzana.

El gaélico, que su madre se había empeñado en proteger y mantener dentro de la familia, le había sido siempre muy útil para tratar a pacientes irlandeses como la señora O'Gormáin. En Boston, que era la región estadounidense con mayor población irlandesa del país, incluso por encima de Filadelfia y Nueva York, podías encontrar familias irlandesas asentadas desde el siglo XVI, XVII y XVIII, a generaciones enteras llegadas a mediados del siglo XIX, y, también, a muchos emigrantes más recientes. Por lo tanto, manejarse medianamente bien en su lengua materna siempre había sido una ventaja.

La misma ventaja que lo había empujado a trabajar para el gobierno de los Estados Unidos como médico en la isla de Ellis.

Solicitar un puesto de trabajo en el paso de inmigrantes más importante del país le había parecido un deber, sobre todo, después de visitar las instalaciones y comprobar de primera mano las carencias a las que se enfrentaban todos los recién llegados, entre ellos, muchísimos irlandeses pobres y analfabetos que solo hablaban gaélico.

De repente, su mente voló hacia Rose Bowes-Lyon, que gracias a su francés fluido había hecho su misma función, pero con los internos llegados de Rusia o centro Europa y, sin querer, sonrió, porque había sido increíble verla trabajar con esas personas, verla tomar nota de sus necesidades, de sus nombres, explicarles el papeleo o ayudarles a rellenar los documentos necesarios para entrar en los Estados Unidos. Había sido asombroso; una chica joven, tan elegante y delicada, tan ajena *a priori* a ese ambiente duro y desolador, había demostrado de sobra a todo el mundo, el primero a él, que era más fuerte que la mayoría de los voluntarios y profesionales que trabajaban allí. Más fuerte y más compasiva, que era algo muy difícil de encontrar, especialmente, en la isla de Ellis.

—¿Cómo la ve, doctor? —le preguntó Maeve y él movió la cabeza y se puso de pie intentando quitarse la imagen de Rose de la cabeza.

—La veo estupendamente. Seguirá con las infusiones de espino, que no vienen mal, y con los cuidados normales. Que tome leche a diario y salga a pasear. ¿Sale a caminar por el parque, señora O'Gormáin?

—Cuando estos me llevan, que nunca me quieren llevar.

—No mientas, mamá, te llevamos al parque todos los días.

—Bueno, pórtese bien, cuídese y cuando vuelva a Boston, nos veremos otra vez.

—Dios me lo bendiga, doctor —Le dijo ella acariciándole la cara. Maeve le regaló una cajita de cartón con galletas caseras de avena y él se lo agradeció antes de volverse para organizar su maletín y lavarse las manos.

—¿Ya está? —Brian se asomó a la salita unos minutos después.

—Sí, a menos que tengas más pacientes.

—A nadie más, del resto se pueden ocupar papá y Kevin. Vamos a comer que me muero de hambre.

El padre Brian, que era el segundo de los Farrell, por lo tanto, su hermano mayor, lo sujetó por el cuello y se lo llevó directo a la casa parroquial donde, las dos religiosas que cuidaban de él y de su compañero, el padre Murphy, les estaban esperando para servirles un maravilloso *fish&chips* que Finn olió con placer nada más pisar el umbral de la puerta.

—¡Santa madre de Dios! Cuánto echaba de menos su comida, hermana Theresa.

—Eso te pasa por vivir tan lejos —le contestó ella tocándole el brazo—. Sentaos ya antes de que se enfríe.

—Muchas gracias, es usted la mejor.

—¿No comes bien en Nueva York? —lo interrogó Brian sentándose frente a él— ¿No tenías una casera que cocinaba para los solteros?

—Sí, pero nunca llego a tiempo para la cena, con el éxodo de compañeros por culpa de la guerra, estoy casi solo en el hospital y en la isla, con lo cual como poco y mal.

—No deberías, si tú no te cuidas y no comes bien y te matas a trabajar, cualquier día caes enfermo y no podrás cumplir con nadie.

—Lo sé. ¿Se siguen alistando muchos de tus feligreses?

—Sí, al menos el cuarenta por ciento de los chicos menores de veinticinco años. Llevamos dos meses oficiando funerales a diario.

—Es una puñetera carnicería, y no solo por el fuego enemigo, también por el tifus, el escorbuto, la fiebre tifoidea, el cólera o la disentería —lo recitó igual que lo había hecho Rose hacía muy poco, y se pasó la mano por la cara intentando olvidarse de ella y centrarse en la comida y en su hermano, al que no veía desde hacía meses.

—Al menos, han acabado las batallas del Isonzo, muchos chicos italoamericanos pelearon voluntarios allí.

—Los refugiados rusos que están entrando en Ellis están aterrados por lo que se avecina en Rusia. Dicen que la proclamación de la república nos acabará afectando a todos porque influirá muchísimo en la guerra. Yo no sé qué va a pasar, pero brindo por la república.

—Brindemos por la Santa República de Irlanda. —Brian levantó el vaso de vino y le sonrió, aunque en seguida se puso serio—. ¿Han vuelto tus pesadillas con la cárcel?

—De vez en cuando, ¿por qué?

—Porque es evidente que duermes poco y no solo es por el trabajo.

—No se trata de Kilmainham, es por otras cosas.

—¿No estarás pensando en volver a Irlanda?

—No, creo que ahora mismo soy más útil trabajando desde aquí.

—Me alegra oír eso porque una de las grandes angustias de mamá es que te dé por volver a Dublín.

—Ya le he dicho que esté tranquila.

—Éamon de Valera le escribió hace unos días diciendo que pretende venir a los Estados Unidos en cuanto sea seguro viajar y estamos pensando en preparar un gran recibimiento para agradecer lo que hizo por ti. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto, pero creo aún tardará un poco en poder viajar.

Sonrió, tomando un bocado de su bacalao y pensó en Éamon, hijo de un primo de su madre, nacido en Nueva York y un feniano célebre. Uno de los líderes del Alzamiento de Pascua con el que, sin embargo, no había compartido resistencia porque De La Valera se había atrincherado con el tercer batallón en la panificadora de Boland, al sureste de Dublín, y no en la Oficina Central de Correos, y tampoco en la cárcel, porque a él no lo habían llevado a Kilmainham como a los demás cabecillas, a pesar de lo cual, había sido clave para su supervivencia.

A Éamon, por ser ciudadano estadounidense, y gracias a que Gran Bretaña en ese preciso momento no quería ofender a los Estados Unidos, más bien todo lo contrario porque buscaba su apoyo en la guerra, le habían conmutado la pena de muerte por la cadena perpetua y, desde su celda en Dartmoor, había movido cielo y tierra para que el cónsul americano en Dublín lo buscara a él y lo rescatara de Kilmainham.

Una vez detenido e ingresado en la cárcel de Kilmainham, nadie se había molestado en identificarlo, salvo verbalmente, y cuando alegaba que era estadounidense más se ensañaban con él, así que, tras casi tres semanas de malos tratos y humillaciones, había optado por callarse y aceptar su destino. Un destino que pasaba por un juicio sumarísimo y el fusilamiento, como los demás, o su traslado a una temible cárcel en Gales para cumplir una cadena perpetua.

Y lo cierto es que, en aquellos momentos, enfermo y herido, le daba igual lo que pasara con él, incluso la muerte le había parecido justa y dulce, hasta que una buena mañana Dios se había acordado de Finn Farrell de Boston y había aparecido el cónsul de los Estados Unidos en la cárcel con las pruebas que acreditaban su nacionalidad

y su participación en el Alzamiento de Pascua dentro del estricto cumplimiento de su deber como médico. Lo había sacado de Kilmainham en menos de seis horas.

El milagro lo había obrado Éamon de Valera, que, a pesar de su penosa situación personal, no se había olvidado de su pariente americano y había conseguido movilizar a sus compatriotas para que le salvaran la vida.

Éamon, el cónsul, su familia, sus camaradas, todos habían conseguido rescatarlo del infierno y jamás podría agradecerlo suficientemente, aunque, a veces, cuando las pesadillas volvían y lo atormentaban en la comodidad de su dormitorio de Nueva York o de Boston, llegaba a sentirse culpable de estar allí, a salvo, mientras muchos compañeros habían muerto o seguían sufriendo en las cárceles de Irlanda o el Reino Unido.

—Hay que celebrar lo de la amnistía, la libertad de Éamon y que vuelve a la política, que es donde se arreglan las cosas. —Estaba comentado Brian y él lo miró a los ojos y asintió—. Aunque hay mucha gente que está en su contra y hablan de su mal proceder durante el Alzamiento. ¿Tú has oído algo, Finn?

—Sí, tiene muchos detractores y muchos críticos, aunque muy pocos estaban presentes en Dublín.

—Eso es cierto. —Le sirvió más vino y cambió de tema radicalmente—. Mare ha bautizado a su segundo hijo.

—¿Aquí?

—Sí, aunque lo bautizó el padre Murphy, que es muy amigo de sus padres.

Finn asintió, pensando en su exnovia, con la que había llegado a estar prometido hasta que ella, hacía cinco años, le había dado un ultimátum para casarse, y sonrió mirando a Brian, que lo estaba observando con suspicacia.

—¿Qué?

—¿Quién es ella?

—¿Quién?

—¿Ella o ellas?, que tú siempre las has tenido a pares.

—¿Es ese lenguaje para un cura, Brian?

—¿Quién es?

—No es nadie. ¿Puedo repetir *fish and chips*?

—Claro, le pediré a la hermana Theresa que…

—¿Queréis repetir? —La monja se materializó en el comedor con más comida y Finn le guiñó un ojo.

—Es usted un ángel, hermana.

—No seas zalamero, Finn James Farrell, que te conozco desde que ibas en pantalón corto.

La sujetó para darle un beso en la mejilla y ella se marchó protestando, aunque sabía que en el fondo los adoraba, a todos los Farrell, que habían sido alumnos suyos en el Colegio de la Iglesia de St. Joseph, en pleno corazón de Beacon Hill, donde se habían criado y donde ahora Brian ejercía como párroco auxiliar.

La siguió con los ojos y luego se concentró en la comida, oyendo cómo su hermano lo ponía al día de las cuitas familiares, de las novedades de sus amistades, de su iglesia, hasta que perdió el hilo y volvió a sumergirse en el recuerdo de Rose Bowes-Lyon. En sus ojos dorados, porque eran de un color miel intenso, en sus andares enérgicos, en su cara preciosa, su pelo rubio perfectamente recogido, sus manos suaves, la contundencia y la educación con la que siempre se expresaba. Su sonrisa, que era igual que un abrazo… y, sin querer, cerró los ojos, se movió incómodo y dejó los cubiertos encima del plato.

—¿Te acuerdas de la chica del barco? —interrumpió a su hermano y él entornó los ojos.

—¿La melancólica jovencita inglesa del RMS Lusitania? —Finn asintió—. Claro, decías que se paseaba como un fantasma por la cubierta de primera clase.

—Esa misma.

—¿Qué pasa con ella?

—La he conocido, resultó ser sobrina de mi amiga Poppy Belmont.

—¿En serio?, qué casualidad, ¿te reconoció del viaje?

—No, ni siquiera coincidimos en el RMS Lusitania, yo iba en segunda clase y ella… en fin… no hemos hablado de eso, pero, con los meses, nos hemos hecho muy amigos. Es una enfermera excepcional, trabaja como voluntaria en el Bellevue y me ha ayudado muchísimo en la enfermería de la isla de Ellis.

—Vaya, qué sorpresa, según tú parecía la típica niña privilegiada y rica, rodeada de lujos y comodidades, no calza mucho con eso de ser una gran enfermera.

—Es una niña bien, su padre era conde y su madre es hermana de Poppy, por lo tanto, es miembro de una de las familias más poderosas de Nueva York, no me equivoqué en eso, pero sí en todo lo demás.

—¿A qué te refieres?

—A que su familia será rica, pero ella no y eso la ha convertido en una de las personas más compasivas, trabajadoras y agradables que conozco.

—¿Si fuera rica no sería tan agradable, compasiva y trabajadora?, eso suena muy injusto y, sobre todo, muy prejuicioso, hermano.

—Tienes razón, supongo que Rose sería exactamente igual aunque tuviera miles de millones de dólares en el banco.

—¿Rose? —lo parafraseó frunciendo el ceño y Finn se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que nos hemos hecho amigos.

—¿Y te has enterado de por qué paseaba sola, como un fantasma melancólico, por el barco?

—Sí, su prometido murió hace poco más de un año en la batalla del Somme, era estudiante de Medicina en Cambridge y, según Poppy, llevaban juntos toda la vida. Al parecer, aplazaron su boda para que él se alistara en los Cuerpos Médicos del Ejército Real y, finalmente, lo mataron en una trinchera. Solo tenía veintidós años.

—Virgen santísima.

—Por eso la trajeron a los Estados Unidos, para que se repusiera de la pérdida, y ella lo ha hecho trabajando duro como enfermera voluntaria. Es una chica muy fuerte, muy firme y muy inteligente,

hace diez días ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York.

—¿Estáis enamorados?

—¿Qué?, ¡no!

—Es una pregunta lógica, Finn, nunca te había oído hablar así de una mujer.

—Es una niña, acaba de cumplir veinte años.

—A su edad la mayoría de mis feligresas están casadas y con hijos, nuestra madre y hermanas, también.

—Bueno, déjalo, solo era un comentario.

—No creo, creo que necesitabas hablarme de ella y me parece muy bien, agradezco tu confianza.

—No necesitaba hablarte de ella, me he acordado de ella y…

—Muy bien, perfecto.

—Es muy diferente a todas las chicas que conozco y supongo que me tiene un poco impresionado.

—¿Solo impresionado?

—Jamás me acercaría a Rose Bowes-Lyon con otra intención que no fuera la puramente amistosa o profesional.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, ¿te recuerdo cómo suelen acabar mis relaciones sentimentales? No me gustaría fastidiarla con ella también.

—Si tú lo dices.

—Además, ella representa en sí misma todo aquello contra lo que yo he luchado toda mi vida.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Es inglesa, aristócrata, su rica familia terrateniente y conservadora lleva siglos ocupando nuestras tierras y legislando contra nosotros en la Cámara de los Lores, es diametralmente opuesta a mí.

—¿La descartas *a priori* porque das por hecho que es unionista?, ¿se lo has preguntado?

—No es necesario preguntar sobre sus ideas políticas a la hija de un conde inglés.

—¡Santa madre de Dios! —Brian se levantó de un salto y tiró la servilleta encima de la mesa, se paseó por el comedor con las manos en las caderas y después de unos segundos se giró y buscó sus ojos—. ¿Te das cuenta de lo intransigente e intolerante que suenas, Finn? Escucha. —Levantó una mano para acallar sus protestas—. Está bien que tu paso por la cárcel de Dublín te ha cambiado y te ha convertido en otro hombre, es comprensible, pero no debes olvidar que tu lucha por Irlanda es contra las instituciones, no contra las personas. Mucho menos, contra una persona inocente como la señorita Bowes-Lyon, de la que me acabas de decir que es, prácticamente, perfecta.

—Es protestante.

—Vaya, entonces mandémosla a la hoguera.

—¿Os traigo café?

La hermana Theresa entró sin llamar y Brian asintió buscando su pipa en un aparador junto a la ventana. Finn, que de pronto se sintió tan extremista como María Tudor, se puso de pie y se acercó a su hermano viendo de reojo como la religiosa los dejaba a solas otra vez.

—¿Sabes lo que te pasa, Finn? —le dijo sin darle opción a defenderse—. Estás muerto de miedo, te lo vi en cuanto entraste por esa puerta.

—¿Miedo yo?, ¿a qué?

—No sé, piénsalo y me lo cuentas. Igual a perder el dominio de una situación potencialmente «amorosa» por primera vez en tu vida.

—Tío, en serio, esta charla se está yendo de madre.

—Te conozco y sé de lo que hablo.

—El único temor que puedo tener con respecto a Rose es a hacerle daño. Su situación es muy vulnerable. —Por un segundo, volvió a la casa de Poppy cuando hacía doce días le había regalado un estetoscopio y ella lo había abrazado y se le había acercado con intención de besarlo, y sintió un escalofrío por todo el cuerpo—. Ha perdido a su novio de una forma trágica, es evidente que sigue

enamorada de él, su familia no la ha apoyado lo suficiente y seguro que se siente muy sola en Nueva York.

—No te hace ningún caso.

—¿Cómo dices?

—¿El problema real es que tú no le gustas y todo el discursito sobre que es protestante, inglesa y aristócrata es una simple e infantil justificación?

—¡Brian! —bufó un poco ofendido y él se echó a reír.

—Si no es eso, entonces deja que ella decida por sí sola y tú deja ya de comportante como un crío de quince años.

—Madre mía. —Le dio un empujón en el hombro y Brian lo agarró por el cuello para llevarlo de vuelta a la mesa.

—Llevo toda la vida oyendo vuestros dramas sentimentales, creía que al casar a la última hermana todo se había acabado, pero, por lo que veo, no ha hecho más que empezar. Pensaba que eras un tío más duro, Finn.

—Y yo.

—¿Sabes lo que solía decir el abuelo Sean? —le preguntó viendo como la hermana Theresa les traía el café, y Finn negó con la cabeza—. Que el amor era para los valientes.

14

Sujetó la moderna pluma estilográfica que le había regalado Poppy y tomó algunas notas, aunque estaba empezando a desesperar y no sabía cuánto tiempo más podría permanecer sentada.

Respiró hondo y se acomodó mejor en la silla, miró de reojo a Miriam, la otra alumna de primero de Medicina, a la que también ignoraban descaradamente en las clases, y ella puso los ojos en blanco antes de taparse la cara con las dos manos porque lo que estaba ocurriendo en el aula de anatomía del profesor Hess comenzaba a ser patético.

Rose cerró su libro, la última edición de *Anatomía: descriptiva y quirúrgica. Anatomía del cuerpo humano y Anatomía de Gray: descriptiva y aplicada*, que Archie había utilizado en Cambridge, y levantó la mano. Los pocos compañeros de su alrededor ahogaron unas risitas y el profesor Hess, que estaba intentando desde hacía veinte minutos que Robert Collins metiera las manos en el cadáver que tenía sobre la mesa, la miró por encima de las gafas.

—¿Tiene algo que aportar, señorita Bowes-Lyon?

—Puedo encontrar el vasto lateral, medial e intermedio, y también el recto femoral.

—¿Está segura?

—Tampoco es tan complicado —respondió, viendo como Robert Collins aprovechaba la coyuntura para salir corriendo del aula tapándose la nariz—. Se ve que el compañero no soporta el olor del formol.

—¿Alguien más puede venir aquí y señalar lo que he pedido?

Hess la ignoró y miró con atención al resto de alumnos varones, pero ninguno levantó la mano, solo lo hizo Miriam, así que, ante la cruda realidad, no le quedó más remedio que asentir y llamar a Rose a la mesa.

—Venga aquí y póngase unos guantes quirúrgicos.

Ella bajó corriendo, cogió los guantes de encima de una mesa y se los puso delante del cadáver, se acercó a la pierna, la palpó y deslizó los dedos por la sección de la parte delantera del muslo hasta localizar los cuatro músculos con total calma. Hess se inclinó para comprobar que no se había equivocado y, a la par, dos chicos más se levantaron y salieron huyendo de la clase que, efectivamente, apestaba a formol.

—Ahora el bíceps femoral —le susurró casi en el oído y Rose bajó hacia la rodilla y lo tocó—. ¿El sóleo?… perfecto. ¿Dónde ha aprendido a hacer esto?

—Asistí a algunas clases de anatomía aplicada en Cambridge, doctor.

—Muy bien. Señorita Friedman, ahora baje usted y demuéstreme lo que ha aprendido.

Miriam se levantó como un rayo y también bajó corriendo hasta la mesa de anatomía para deslumbrarlo con sus habilitades. Rose le sonrió y, después de quitarse los guantes, se lavó las manos y volvió a su sitio satisfecha, mirando con los ojos entornados a los cuatro compañeros que aún continuaban vivos y sin vomitar en el pequeño anfiteatro, y que eran de esos que se reían de ellas y las trataban como si fueran lo peor y más despreciable del universo.

Desgraciadamente, la guerra se había llevado a muchos estudiantes universitarios estadounidenses a Europa, algunos seguían luchando en Francia, otros habían regresado a Nueva York heridos y otros habían muerto, así que la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York tenía bastantes menos alumnos de lo habitual y, de los pocos que quedaban, más de la mitad ni siquiera querían ser médicos. El ambiente era bastante desagradable a veces, aunque, gracias a Dios, tenía a Miriam Friedman, hija de un cirujano cardiovascular muy conocido de Manhattan, que se había convertido en su mejor amiga y su apoyo desde que se habían encontrado por primera vez en la puerta del campus.

Miriam tenía dieciocho años y era brillante, muy inteligente y divertida, y tenía un hermano mayor, David, que estaba acabando la

carrera y que además de ayudarlas con la bibliografía y las dudas, las «protegía» a su manera del resto de alumnos y profesores hostiles que no acababan de asimilar la presencia de dos chicas jóvenes en sus aulas, con lo cual, su vida universitaria no estaba transcurriendo nada mal, estaba aprendiendo muchísimo, le encantaba estudiar y, lo mejor de todo, se lo estaba pasando muy bien con Miriam, con la que tenía muchísimas cosas en común.

Con ella podía hablar de todo lo que le interesaba sin que se asustara o la tachara de aburrida (como sus primas), era inquieta y una insaciable lectora de libros, todo lo quería aprender y todo le apasionaba, igual que a ella, por lo tanto, se había convertido en su primera amiga de verdad desde que había llegado a los Estados Unidos. En realidad, en la segunda, porque al doctor Farrell lo seguía considerando su primer gran amigo de Nueva York aunque hacía más de un mes que no sabía nada de él.

Exactamente, cinco semanas.

Después de la fiesta en casa de Poppy y de que le regalara su primer estetoscopio, Finn Farrell se había esfumado de la faz de la tierra. Por supuesto, ella se culpaba todos los días de haberlo espantado, porque había sido muy imprudente e infantil acercarse tanto a él, que solo pretendía ser amable con ella, y esa culpa la llevaría como una losa el resto de su vida, aunque en su defensa podía alegar que no lo había hecho a propósito.

Jamás nunca se había acercado a un hombre que no fuera Archie, y con él había sido fácil porque lo conocía desde siempre, y tampoco había pretendido hacerlo con el doctor Farrell, pero, esa noche, la última que se habían visto, a ella la cabeza no le regía muy bien. Estaba emocionada y muy agradecida con él por haberla defendido delante de los insolentes funcionarios de la isla de Ellis; por despedirse de ese trabajo, que había sido una de las mejores experiencias de su vida; por hablar siempre con ella con confianza y en igualdad de condiciones. Por ser cómo era, porque era un ser humano extraordinario, y, por supuesto, por su maravilloso regalo.

Todo ese coctel, más las dos copas de champán que se había bebido, le habían nublado la razón, estaba clarísimo, y había avanzado más de lo decentemente aceptable, y eso, al final, le había costado muy caro porque él se había desvanecido de la noche a la mañana, y ella lo echaba mucho de menos, casi tanto como a Archie.

Sin querer, se había acostumbrado a verlo todos los días el Bellevue Hospital, y tres mañanas más a la semana en la isla de Ellis, y, de repente, nada. El doctor Benjamín Wingham, que había regresado de Francia sano y salvo para retomar su vida en Nueva York, había aparecido un día para hacerse cargo en exclusiva de las urgencias del Bellevue y le había explicado que Farrell no volvería más por allí, al menos, no durante una larga temporada, porque necesitaba ocuparse a tiempo completo de los servicios médicos de la isla de Ellis, donde había poco personal y donde cada vez atendían más heridos de guerra trasladados desde Europa.

Poppy, por su parte, tampoco lo había invitado a su apartamento, donde a diario celebraba algún tipo de reunión social, aunque sí le había contado que se lo había encontrado en casa de unos amigos comunes y él le había comentado que se marchaba unos días a Boston para ver a su familia.

—Rose ¿te vienes a comer a casa? —Miriam le habló recogiendo sus libros y ella la observó un poco desconcertada, miró la hora, luego comprobó que todo el mundo había dejado el aula de anatomía y se puso de pie—. ¿Estás bien?, ¿no te habrás mareado tú también con el formol?

—No, no es eso, solo me he distraído un poco. Se me ha ido el santo al cielo.

—¿Entonces te vienes?, así podemos repasar juntas el examen de Latín.

—Muchas gracias, pero no puedo, he prometido a mi madre ir a comer con ella a Park Avenue.

—¿Y después?

—Tengo que ir al hospital.

—Es cierto. Qué lástima, sé de alguien que se disgustará muchísimo.

Salieron del aula y caminaron en silencio por los pasillos repletos de estudiantes vestidos con traje y corbata, hasta que Rose buscó sus ojos intentando descifrar a quién podría disgustar tanto.

—Disculpa, Miriam, ¿me había comprometido a ir a tu casa?, no lo recuerdo y a lo mejor estoy siendo descortés.

—No, no te preocupes, no es eso, se trata de mi hermano.

—¿David?

—Sí, le juré que haría todo lo posible por llevarte a casa.

—¿Por qué? —preguntó un poco desconcertada.

Miriam se encogió de hombros sonrojándose un poco. Rose la miró atenta, esperando una respuesta sencilla, rogando a Dios porque ese comentario no estuviera insinuando nada de índole personal, y su amiga volvió a encogerse de hombros.

—Está muy interesado por ti, eso es todo, pero no le digas que te lo he comentado, por favor.

—Es muy amable por su parte, pero sabes que yo no…

—Lo sé, lo sé, se lo he dicho mil veces. Vamos.

Reanudaron el paso y Rose tragó saliva lamentando de antemano que una amistad como la suya se pudiera estropear por asuntos de naturaleza romántica, que era lo que parecía estar pasando, y se sintió fatal, como solía sentirse siempre que alguien se le acercaba con esas intenciones. Salió al jardín con un pellizco en el estómago y cuando levantó los ojos lo vio de inmediato, en realidad, fue lo único que vio: la espigada y familiar figura del doctor Finn Farrell a pocos metros de distancia.

Se detuvo en seco y el corazón le dio un vuelco en el pecho, el pulso se le aceleró y una alegría inusitada le subió por todo el cuerpo.

—¿Rose? —preguntó Miriam, pero ella no le hizo caso y caminó directa hacia su amigo, sonriendo de oreja a oreja, hasta que llegó hasta él y le tocó la espalda con ganas de darle un abrazo, aunque,

obviamente, no podía dárselo. Él se giró hacia ella despacio y le clavó sus profundos ojos color avellana sonriendo también.

—Rose Bowes-Lyon —susurró con su cadencia tan característica y ella no pudo contenerse y volvió a tocarlo, pero esta vez levemente en el brazo.

—Madre mía, hace cinco minutos estaba acordándome de ti. Qué sorpresa tan agradable.

—Lo mismo digo. —Le sostuvo la mirada hasta que Miriam apareció a su lado.

—¿Rose?

—Miriam, te presento a mi amigo, el doctor Finn Farrell, te he hablado mucho de él. Finn, esta es mi amiga Miriam Friedman. Somos las dos únicas alumnas femeninas de primero de Medicina.

—Encantado, señorita Friedman.

—Igualmente, doctor. Rose habla maravillas de usted.

—No será para tanto.

—Tendría que oírla —soltó y Rose la miró con los ojos abiertos como platos—. Es un placer conocerlo al fin, pero es tarde y debería irme. Rose ¿te acompaño hasta Waverly?

—Sí, claro. —Miró al médico e impedida de poder abrazarlo, abrazó sus libros con más fuerza—. Me ha encantado verte, Finn, espero que no vuelva a pasar tanto tiempo hasta que…

—¿Adónde vas?

—A buscar un coche para ir a casa de mi madre.

—¿No tienes cinco minutos para mí?

—¿No estás ocupado? —Miró elocuentemente los edificios de la universidad y él movió la cabeza.

—He venido a verte a ti, Rose. Benjamín Wingham me sopló tus horarios.

—Muy bien, yo me voy —intervino Miriam mirándolos indistintamente—. Hasta pronto, doctor. Mañana te veo, Rose.

—Adiós —balbuceó sin entender nada y Finn Farrell le indicó Washington Square con la cabeza.

—No me mires así. —Sonrió y la sacó a la calle—. ¿Qué creías que estaba haciendo aquí?

—No sé, di por hecho que vendrías a ver a alguien, pero no a mí.

—¿No te parece bien?

—No, no, claro que me parece bien, me alegro muchísimo de verte, solo estoy sorprendida. Muchas gracias por venir. —Se detuvo y buscó sus ojos—. Han pasado cinco semanas desde la última vez que nos vimos y tenía muchísimas ganas de saber de ti, Finn. El doctor Wingham me contó que estabas muy ocupado en Ellis con la avalancha de heridos de guerra y Poppy que te habías marchado unos días a Boston.

—Ambas cosas son ciertas, pero hablemos de ti. ¿Qué tal las clases? —Reanudaron el paso y ella suspiró.

—Muy bien y he tenido la suerte de coincidir con Miriam, que es una chica estupenda. Su padre es cirujano cardiovascular ¿sabes?, en su familia hay muchos médicos, su madre se formó en Austria, aunque ahora no ejerce, y su hermano mayor está unos cursos por delante de nosotras. Con ella, todo ha sido más sencillo y las clases son muy interesantes. Hoy, por primera vez, el doctor Hess, el catedrático de anatomía, me ha permitido tocar un cadáver, aunque solo porque ninguno de los chicos quería hacerlo, fue increíble. Lo cierto es que llevo un poco de adelanto con respecto a los demás, por todo lo que estudié con Archie y eso me facilita las cosas, a pesar de lo cual se me ha atascado un poco el Latín, sin embargo… —De pronto se calló, dándose cuenta de que no paraba de hablar y lo miró de reojo, comprobando que él la estaba escuchando muy atento.

—¿Sin embargo? —preguntó.

—Parezco un loro, lo siento.

—De eso nada, sigue hablando, ¿qué pasa con el Latín?

—Que no entiendo por qué nos obligan a estudiarlo, no me gusta, pero la madre de Miriam ha prometido ayudarme.

—El Latín es fundamental en la medicina, ya lo habrás comprobado, está presente en todos los términos anatómicos, en los

nombres de muchas enfermedades, en…

—Lo sé, soy consciente, pero…

—Además, organiza la mente, enriquece el lenguaje y te hace más sabio, al menos, eso dice mi padre —bromeó y Rose asintió—. ¿Qué tal con tus compañeros y profesores?

—Hay de todo, no son demasiado amables, pero tengo a Miriam y ella a mí.

—¿Cómo que no son demasiado amables? —Se detuvo—. ¿Ha pasado algo?, ¿te han faltado el respeto de alguna manera?

—No, no ha pasado nada, solo es una sensación.

—Si alguna vez…

—No te preocupes. Ahora, háblame de ti, ¿qué tal tu familia?

—La familia bien, gracias, fui a conocer a mi nueva sobrina y aproveché de descansar un poco.

—¿Una niña?, ¿cómo se llama?

—Mary Anne Fermanagh, es la primera hija de mi hermana pequeña.

—Enhorabuena.

—Gracias. He pasado unos días en familia y descansando muchísimo. Necesitaba un respiro, ya sabes que ha sido un año muy duro, pero… en fin… mira, Rose…

—¿Necesitas que vuelva a la isla de Ellis?

—¿Qué?

—No puedo con todo, porque tengo mucho que estudiar, pero sí puedo dejar el hospital en favor de la isla. En realidad, me encantaría volver, mucho más si tenéis una avalancha en la enfermería.

—No, gracias, tú sigue con tu plan inicial y concéntrate en la facultad y en las horas de voluntariado en el Bellevue, que ya es más que suficiente.

—¿Estás seguro?, puedo hacerlo, incluso en fin de semana. Me gustaría echar una mano.

—Muchas gracias, pero, no, si en un futuro te necesito, te lo pediré.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

Cruzaron la plaza, llegaron a Waverly y enfilaron por la Quinta Avenida sin detenerse a buscar un taxi, distraídos con la charla y el reencuentro, y con esa facilidad que tenían ambos para conectar aislándose del resto del mundo, al menos así se sentía Rose, hasta que se detuvieron delante de una librería para comentar los libros de medicina que ofrecían en el escaparate y Finn Farrell carraspeó y la miró a los ojos.

—He pensado que podríamos empezar a vernos más, Rose.

—¿A qué te refieres?

—No sé, podríamos ir al teatro, a comer, a pasear por algunas zonas de Nueva York que aún no conozcas, incluso, me gustaría invitarte a cenar.

—Claro… —Lo observó sin entender mucho a qué venía eso, pero, fuera como fuera, le pareció perfecto.

—¿Debería pedirle autorización a tu madre?

—¿A mi madre? ¿por qué?

—¡Santa madre de Dios! —exclamó una mujer muy chillona y se les acercó haciendo grandes aspavientos, llegó hasta Finn Farrell y lo abrazó de una manera muy descarada.

Rose, que al principio se asustó por los gritos, se apartó de un salto, aunque en seguida se relajó al ver que se trataba de esa chica tan guapa, la pelirroja de la ópera, la señorita Dolores Murphy, a la que seguía un hombre moreno, de mediana estatura, un poco vulgar, pero muy trajeado.

—¡Hace mucho que no te veía, doctorcito, ¿cómo estás, vida mía?!

—Hola, Dolores, ¿qué tal estás? ¿Te acuerdas de la señorita Bowes-Lyon? —Se la quitó de encima y le señaló a Rose.

—No —respondió de forma muy brusca y le acarició la pechera de la camisa ante la mirada un poco disgustada de su acompañante —. Estamos en el Music Hall de Broadway, en la calle 63, ¿cuándo vas a venir a vernos? Todas te echamos de menos, Finn.

—Tengo muchísimo trabajo, pero buscaré algún hueco. ¿El doctor Mills ya no os visita?

—Sí, pero no es tan enrollado ni tan guapo como tú.

—Ya basta —le ordenó su amigo cogiéndola por el brazo—. Buenas tardes, Doc.

—Hola, Pete, te veo bien.

—Gracias, Doc. Vamos, Dolores ¿no ves que el doctor está acompañado?

—¿Acompañado? —Se giró hacia Rose y la miró por primera vez con algo de atención, la escrutó de arriba abajo, provocando que ella se sintiera bastante incómoda y finalmente, tras unos segundos de silencio, se echó a reír a carcajadas—. ¿La sobrinita de Poppy? Qué grande eres, Doc, primero te trajinas a la tía y ahora a la sobrina, eres insaciable, corazón —comentó entre risas.

Rose miró a Finn Farrell con cara de interrogación, esperando que se explicara o desmintiera a su amiga, pero él no hizo nada, así que no necesitó oír nada más. Se apartó del grupo y les indicó la calle.

—Debería irme, se me ha hecho tardísimo.

—Rose… —Él la siguió, pero ella, gracias a Dios, ya había conseguido detener un coche y subirse muy rápido—. Rose, espera, Rose…

Ni siquiera lo miró, porque, de repente, se sentía muy avergonzada por haber llegado a sentir algo especial por él, y decepcionada por ser tan idiota, pero, sobre todo, furiosa con los dos, con él y con Poppy, por haberle ocultado que habían estado juntos o que, a lo mejor, hasta seguían estando juntos, y llegó a casa de su madre al borde de las lágrimas.

—Milady ¿qué le pasa? —Anna le dio la bienvenida en ese enorme y recargado recibidor, y Rose se le acercó y le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué le han hecho?

—Nada, Anna, solo estoy cansada. ¿Cómo estás tú?

—A mí no me engaña, la conozco mejor que su madre.

—Echo mucho de menos a Archie, me hace mucha falta. Eso es lo que me pasa.

—¡Rosie! —Poppy se asomó al pasillo y la saludó con la mano. Rose entregó el abrigo y el sombrero a Anna, y la miró frunciendo el ceño—. Me ha dado tiempo a venir a comer con vosotras y menos mal, porque la cocinera ha hecho…

—¿Podemos hablar a solas? —le respondió seca y su tía asintió levantando las cejas.

—Claro, ¿pasa algo?

No abrió la boca y caminó por el pasillo buscando una habitación vacía, encontró una biblioteca que, al parecer, no visitaba nadie, y la invitó a entrar cerrando la puerta.

—¿Qué pasa, Rosie?

—¿Tú y Finn Farrell sois amantes?

—¡Dios bendito!, ¿de dónde sacas eso?

—Solo responde, por favor.

—No somos amantes, pero sí tuvimos una aventura hace unos seis años, cuando vino a vivir a Nueva York.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —La voz apenas le salió del disgusto que le empezó a subir por el pecho y Poppy se le acercó.

—¿Estás enamorada de Finn, Rose?

—Contéstame, por favor: ¿por qué no me lo habías contado?

—Porque no tuvo ninguna importancia. Él era un chico espectacularmente guapo de veintipocos, yo estaba en medio de una crisis con Jake y, simplemente, pasó. No llegó a ninguna parte.

—¿Cuánto duró?

—No fuimos novios, ni amantes, solo hubo una aventura fugaz. En estos tiempos una noche loca no significa nada, cariño, nada, solo fue un encuentro sin importancia entre dos amigos adultos y solteros. ¿Quién te lo ha dicho?, ¿ha sido él?

—Ya me hubiese gustado que me lo hubiese dicho él o, mucho mejor, que me lo hubieses contado tú, pero no ha sido así. Ha sido una amiga suya.

—Vaya…

—Hay días en que siento que todo el mundo hace y sabe cosas que yo no sé, y no las sé porque me las ocultan, lo que es bastante injusto.

—Yo jamás te oculto nada, si no te hablé de lo que pasó con Finn Farrell hace seis años es porque no tuvo ninguna importancia. Ni siquiera me acordaba, solo sé que pasó hace años y que no volvimos a hablar del tema porque a ninguno de los dos nos afectó. La prueba es que seguimos siendo amigos.

—¿Jake lo sabe?

—No lo sé, seguramente, sí, siempre le he hablado de mis aventuras, pero no recuerdo si lo tratamos. Como te acabo de decir, no significó nada para nadie.

—Jesucristo. —Se pasó la mano por la cara y Poppy se le acercó y le acarició la espalda.

—Siento mucho que te enteraras así y que te afectara tanto, Rose, tú sabes que te quiero y que jamás te haría daño. Somos tía y sobrina, pero, además, somos amigas, no me gustaría que esto afectara a nuestra relación, ni a la tuya con Finn.

—Ya se me pasará.

—¿Estás enamorada de él?

—¡No!, no se trata de eso, se trata de… no sé… —Se paseó por la habitación intentando explicarse—. No es fácil asimilar todo esto que hacéis: las relaciones extramatrimoniales, las aventuras, las relaciones sexuales que no tienen importancia…

—El mundo está cambiando, Rose —la interrumpió—. Las personas adultas ya no necesitan casarse para disfrutar de la intimidad, la monogamia está pasada de moda. Afortunadamente, hemos aprendido que la vida y el sexo van de la mano, que son algo natural que debemos disfrutar sin dramas, ni ataduras ni culpas. Ya sé que tú aún eres joven, que vienes de una sociedad victoriana cerrada y opresora, que ni siquiera te han hablado del placer y las relaciones sexuales, que…

—Sé perfectamente lo que son las relaciones sexuales y el placer, gracias.

—Leer libros no ayuda, cielo, hablo de la vida real.

—¿De verdad crees que Archie y yo, después de cuatro años de noviazgo y dos de compromiso, no nos acostábamos juntos? —soltó sin pensar, más por defenderse que por otra cosa, pero no se arrepintió solo por el placer de ver la cara de asombro de su tía.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—No estoy cuestionando las relaciones íntimas o lo que hagan las personas adultas en el ejercicio de su libertad —argumentó, intentando volver al tema inicial—. Se trata de que, aún y a pesar de que el mundo esté cambiando, no entiendo que os lo toméis todo a la ligera, sin dar trascendencia a nada, porque para mí, desde mi mentalidad «victoriana», compartir intimidad con otro ser humano sigue siendo importante.

—¿Qué hacéis encerradas aquí?

Su madre entró en la biblioteca sin llamar y las observó muy atenta. Anna también entró, escrutándolas con ojos suspicaces porque, seguramente, había escuchado toda la conversación desde detrás de la puerta, y fue Poppy la que respondió.

—Nada, temas de los nuestros, del comité de guerra. ¿Ya está la comida?

—Hace diez minutos. Hola, hija, ¿qué tal estás?

—Bien, mamá. Muerta de hambre.

—Entonces a comer. Vamos.

15

Thanksgiving, Acción de Gracias, último jueves de noviembre, uno de los días más significativos en el calendario de los Estados Unidos desde 1789, cuando el presidente George Washington consiguió un acuerdo unánime en el Congreso para celebrar un día nacional destinado a «dar gracias y a la oración pública».

Una gran fiesta familiar que recordaba el otoño de 1621, cuando después de una buena cosecha, el gobernador de Plymouth, William Bradford, había decidido organizar una celebración de tres días a la que había invitado a algunos nativos para intercambiar y compartir con ellos sus viandas, y una de las fechas más importantes para su abuela, la señora Florence Belmont, de soltera Bradford, que solía reunir alrededor de su mesa a toda su familia, a sus amigos y conocidos, y a la que había que asistir con invitación previa, como la que Rose tenía delante, sobre su escritorio, aunque ni se había molestado en abrirla.

La cogió, admirando la calidad del papel y su color, que era de un salmón muy bonito, y pensó en William Bradford, ese gobernador del asentamiento de Plymouth, en la futura Massachusetts, que había viajado en el Mayflower hasta América procedente Austerfield, en Yorkshire, y que su abuela juraba que era antepasado suyo.

Nadie era capaz de rebatir sus cacareados orígenes, menos Rose, aunque sí, alguna vez, se había detenido a pensar que tal vez el señor William Bradford, que había nacido en Yorkshire, al final sí podía ser pariente suyo, pero más bien por la línea paterna y no la materna.

Sonrió solo imaginando el enfado en el que podía estallar su abuela si osaba comentarle tal cosa, y abandonó la invitación sobre la mesa, porque no pensaba asistir a su cena ni por las buenas ni por las malas.

Más de dos meses después de descubrir sus maniobras egoístas para apartarla de la universidad y de dejar su casa, seguían sin

hablarse. Su nana no era de las que pedía disculpas o daba un paso atrás, y ella seguía demasiado dolida como para olvidarse de la ofensa, por lo tanto, continuaban en el mismo punto.

Sus cuatro hijas: Camelia, Violet, Daisy y Poppy, por muy independientes, fuertes y mayores que fueran, de alguna u otra manera, le rendían pleitesía y acababan aceptando sus desaires o sus decisiones arbitrarias. Las cuatro, incluso la moderna Poppy, le perdonaban todo y se olvidaban de las barbaridades más grandes cometidas por su madre en cuestión de minutos; sus nietos, también, solo ella había sido capaz de revelarse y no comulgar con su soberbia, por eso, al parecer y según Anna, despotricaba a sus espaldas diciendo que no llevaba su sangre, sino solo la pedante y azul de su padre. Algo que a Rose hacía muchísima gracia.

Fuese como fuese, con sangre azul o no, ella no olvidaría tan pronto, ni haría la vista gorda como los demás, y sabía que le iba a costar muchísimo esfuerzo perdonarla, sobre todo, si no mostraba ni una pizca de arrepentimiento.

En resumen: no tenía intención alguna de visitar su casa, ni siquiera en Acción de Gracias.

Miró la hora decidiendo dejar de pensar en su abuela y se concentró en el libro de Fisiología. Tenía mucho que estudiar y le estaba costando más de la cuenta, y no precisamente por culpa de la señora Florence Belmont, sino por la de Finn Farrell y Poppy que hacía dos días habían puesto su mundo patas arriba.

De alguna forma inexplicable, él encarnaba desde hacía un tiempo una figura masculina heroica y deslumbrante que la tenía subyugada, no iba a negar eso, y Poppy, por su parte, personificaba casi todo lo que tenía en Nueva York. Ambos, en conjunto, constituían lo más importante de su vida, por lo tanto, enterarse por una tercera persona, que habían sido algo más que amigos una «noche loca» le había hecho muchísimo daño. Tener que asimilar que un día se habían gustado, se habían besado, tocado y habían compartido intimidad… una noche o dos o las que fuera, apenas

podía soportarlo y se sentía muy mal. Muy mal, porque los celos la estaban atormentando y la sensación era espantosa.

Los celos eran la peor respuesta, lo sabía, representaban el sentimiento más egoísta que existía.

Jamás los había experimentado con anterioridad porque, antes de llegar a los Estados Unidos, solo le importaba de verdad Archie y con él nunca se había sentido insegura o excluida, y descubrirlos a los veinte años y motivados por dos personas tan fundamentales en su vida, era aterrador. Aterrador e indignante, lamentable, espantoso, patético y absurdo, y no quería sentirse así. No quería, como tampoco quería estropear su relación con ninguno de los dos.

No dejaba de repetirse que ella no era nadie para juzgar ni menos condenar lo que había pasado entre Poppy y Finn, por mucho que le doliera. Lo que pasara entre ellos no era asunto suyo, no era de su incumbencia, lo único que era de su incumbencia y la atormentaba era no haberlo sabido antes por boca de su tía, que solía contarle sus intimidades más rocambolescas.

Eso la había destrozado. No haberlo sabido a través de ella la había devastado y había querido matarlos a los dos, aunque lo que más la estaba martirizando, y en eso tenía que ser sincera, era imaginar a Finn Farrell con la gran Poppy Belmont, que era una de las mujeres más deslumbrantes que conocía.

Él, por supuesto, tendría sus aventuras, sus relaciones e, incluso, sus compromisos. De su vida personal no sabía absolutamente nada, aunque en su cabeza siempre lo había imaginado como inaccesible, como parte exclusiva de su vida y no de la de otras mujeres. Una utopía infantil de la que no había sido consciente hasta hacía dos días, cuando la señorita Dolores Murphy había destapado la caja de Pandora y, entonces, Rose Bowles-Lyon había sentido, literalmente, como el suelo se había licuado bajo sus pies.

—Rosie —la llamó Poppy por su espalda y ella se dio cuenta de que llevaba un buen rato con los codos apoyados en la mesa, tapándose la cara con las dos manos.

—Dime.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada. —Giró y le sonrió—. Llevo muchas horas estudiando.

—¿Todo sigue bien entre nosotras?

—Claro, no te preocupes.

—Me alegro mucho. Me voy a casa de mi madre, ¿segura que no quieres venir?

—Segurísima, gracias.

—Finn ha llamado dos veces. Ha dejado el número de teléfono de su casera y de la isla de Ellis para que le devuelvas las llamadas.

—Muy bien. —Le dio la espalda y abrió los libros.

—No te alejes de él por una tontería, cariño.

—No lo haré. Feliz Acción de Gracias.

—Gracias, pero, por favor, antes de irme me gustaría que me contestaras a una pregunta que no me ha dejado dormir en toda la noche.

—¿De qué se trata?

Se volvió para mirarla otra vez, Poppy se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar.

—¿Es verdad lo que me dijiste sobre Archie y tú?, ya sabes, lo de…

—¿Qué dormíamos juntos?, sí, es verdad, ¿por qué iba a mentir sobre algo así?

—No lo sé, no dudo de tu palabra, cielo, es que me ha extrañado muchísimo, porque siempre…

—No pasó desde siempre, solo a partir de la guerra.

De repente, su mente voló al primer permiso de Archie en septiembre de 1915, cuando había aparecido en Lancashire más ansioso e inquieto de lo normal, apesadumbrado y muy triste, y se estremeció porque ese había sido el momento en que los dos, que habían hecho la promesa de reservarse hasta el matrimonio, habían decidido dejarse llevar y quererse como una pareja adulta. La mejor decisión que habían tomado en toda su vida.

—Tenía doce años cuando ya llamaba «novio» a Archie Howard, nos pasamos toda la vida juntos, estábamos prometidos y nos queríamos, fue el paso más natural en medio de la tragedia que él estaba viviendo en Francia.

—Por supuesto. Me alegro mucho por los dos.

—Yo también, porque un año después estaba muerto.

—Madre mía, Rosie. —Se acercó y le besó la cabeza—. La vida es muy injusta. Como dice Jake, es una mala pécora, por eso hay que aprovechar cuando las cosas vienen de cara y disfrutarla.

—Tiene razón.

—En fin, tengo que irme, ¿estarás bien?

—Perfectamente.

—Genial, me marcho y no estudies tanto o te saldrán arrugas —bromeó y se marchó dejando la puerta abierta.

Rose hizo amago de levantarse para cerrarla, pero desistió acordándose de que se quedaba sola en el piso, sola con Ruby, que era muy silenciosa y no solía molestarla. Cogió su libreta de apuntes y se inclinó nuevamente sobre sus libros.

—Rose.

Al cabo de unos minutos sintió otra voz por la espalda, pero esta vez era la de un hombre, y se puso tensa al reconocer que era la de Finn Farrell.

—Siento mucho venir sin avisar, pero no me has dejado más alternativa.

—¿Qué haces aquí?

—Poppy y Ruby me han dejado entrar.

—¿Necesitas algo? —Se puso de pie y lo observó cruzándose de brazos, él entró en la biblioteca y dejó el sombrero en un perchero.

—Solo hablar contigo y me vas a escuchar, porque he abandonado una guardia para venir hasta aquí.

—Caray, tiene que ser importante. ¿De qué se trata?

—No nos insultemos simulando que no ha pasado nada, Rose, porque no tengo mucho tiempo para explicarme.

—No sé de qué me hablas.

—¿Hace dos días?, ¿Dolores Murphy?, ¿la revelación sobre Poppy y yo que te empujó a dejarme tirado en plena calle?

—Ya he hablado con mi tía sobre el particular, no tengo nada más que decir.

—Pues yo sí, que soy parte interesada. —Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sin quitarle los ojos de encima, ella entornó los suyos y no abrió la boca—. ¿Qué es lo que te ha molestado tanto, Rose?

—Enterarme de vuestra relación por una tercera persona.

—No fue una relación, fue una noche de fiesta con muchos amigos, entre ellos, Dolores Murphy.

—Mira, sinceramente, no me interesa nada oír esto y tengo muchísimo que estudiar, así que…

—¿Sabes cuándo te vi por primera vez?

—En el comité de guerra del ayuntamiento, ¿por qué?

—Porque no fue allí, la primera vez que te vi fue en Liverpool, en la cubierta del RMS Lusitania, el 6 de diciembre de 1916.

—¿Cómo dices?

—Ibas con tu madre y esa señora de mediana edad tan seria que no te dejaba ni a sol ni a sombra, ahora sé que se llama Anna. Llevabas un abrigo y un gorro de piel blancos. Te presté atención, como todos los hombres que se cruzaban en tu camino, y te seguí y te observé el resto de la travesía hasta Nueva York porque me intrigaba tu silencio, tu tristeza y tu ausencia, y porque me parecías, y me sigues pareciendo, la chica más preciosa que he visto en toda mi vida.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque si hubieses viajado con nosotras tarde o temprano hubiésemos coincidido. El doctor Wingham…

—Yo viajaba en segunda clase, después de pasar por la cárcel de Dublín y un largo periodo de recuperación entre Kerry y Birmingham, jamás hubiésemos coincidido.

—No puede ser —repitió y se apoyó en el borde del escritorio.

—Cuando atracamos en Nueva York yo me fui directamente a Boston con mi familia, sin embargo, en cuanto regresé a Manhattan, me encontré contigo en el ayuntamiento, trabajando con mi vieja amiga Poppy Belmont, que resultó ser tu tía, y, desde entonces, apenas he podido separarme de ti. Y nos hicimos amigos, y juro por Dios que nunca, jamás, quise ocultarte nada, nada relacionado con Poppy, simplemente no te lo dije porque ni lo recordaba ni significó nada para mí, ni para ella. Si Dolores no llega a bromear la otra tarde con eso, a lo mejor hubiésemos pasado el resto de nuestra vida sin mencionarlo. Lo que quiero que entiendas es que no fue nada personal, Rose, simplemente, para nosotros no sucedió y espero que a partir de hoy para ti tampoco.

—¿Por qué no me dijiste lo RMS Lusitania?

—Me abochornaba un poco reconocer que estuve espiándote durante los diez días que duró el viaje.

—Jesucristo. —Respiró hondo y lo miró a los ojos— ¿Hay algo más que debería saber?

—Que hace dos días a punto estuve de pedirte una cita.

—¿Una cita?

—Una oportunidad para pasar más tiempo juntos.

—Lo hablamos y dije que me parecía bien.

—¿Entiendes lo que quiero decirte, Rose? —Se le acercó y ella, instintivamente, saltó y se puso a una distancia prudencial.

—Sé que sigues enamorada de tu prometido, no aspiro a que te olvides de Archie o pases página en este momento, pero, si existe alguna posibilidad, por mínima que sea, de que algún día, al fin, te sientas preparada para una nueva relación sentimental, me sentiría muy honrado de que fuera conmigo. —Lo miró intentando asimilar sus palabras con algo de cordura y educación, porque, de repente, no se sentía ni muy cuerda ni muy educada, más bien todo lo contrario, y él continuó hablando.

«Hace poco, mi hermano Brian me preguntó qué sentía por ti y mi respuesta fue la que me llevo repitiendo desde hace meses: que tú y yo somos diametralmente opuestos, que tú encarnas todo

aquello que no entiendo y que, incluso, he combatido. Es decir, eres inglesa, aristócrata y protestante. Además, tu familia es rica y, seguramente, jamás aceptarían a un humilde médico de Boston como yo rondándote, pero, al verbalizarlo, me di cuenta de que solo eran palabras vacías, porque si algo he aprendido de ti este último año, Rose, es a no tener prejuicios, ni a clasificar a las personas por su origen o procedencia; ni a dar por hecho lo que en realidad es relativo, porque tú me has abierto los ojos y me has enseñado a ver la vida de otra manera. —Se calló al ver que estaba llorando y buscó un pañuelo para ponérselo en las manos—. No tienes que decir nada, ¿de acuerdo?, solo necesitaba decírtelo hoy, porque después de la otra tarde en la Quinta Avenida, cuando en un segundo comprendí que podía perderte para siempre, supe que había llegado la hora de ser sincero contigo, pero tú no tienes que decir nada. No necesito una respuesta ahora, ni dentro de un mes, no es necesario, no…»

—Es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida —susurró entre sollozos y él le sujetó la mano.

—La verdad siempre es bonita, eso dice mi abuela —soltó para relajarla y ella le sonrió con ganas de darle un abrazo, sin embargo, antes de hacer nada de lo que pudiera arrepentirse, empujada por la emoción del momento, le cogió las dos manos y lo miró a los ojos.

—Estoy segura de que siempre querré a Archie porque, como dice mi madre, el amor perfecto es el aquel que se pierde y vive en el recuerdo, sin embargo, también estoy segura de que si algún día estuviera preparada para empezar de nuevo, el elegido serías tú, sin ninguna duda serías tú, Finn.

—Con eso me vale. —Sonrió guiñándole un ojo.

—Dicho esto, si puedes darme un poco de tiempo y tener paciencia, yo…

—Te esperaré el tiempo que haga falta, Rose.

—Gracias, porque tampoco quisiera perderte. —Saltó y le dio un abrazo, ese abrazo que llevaba reprimiendo un montón de meses, y cerró los ojos aferrándose a su cuerpo, sintiéndose como en casa,

tan a gusto, tan completa, que no se pudo separar del él hasta que él la apartó para mirarla a los ojos.

—Solo hay algo por lo que no puedo seguir esperando, Rose.

—¿Qué?

—Necesito besarte.

Estiró la mano y la sujetó por la nuca, la acercó y pegó sus labios a los suyos, disfrutando del aliento de ella, del calor que desprendían sus bocas, hasta que la besó despacito y entonces Rose pensó que se disolvía en el tiempo y el espacio, porque aquel era el beso más dulce y a la vez más apasionado que le habían dado jamás. Y abrió la boca y se dejó llevar por su lengua exquisita y experta, vehemente y caliente, deliciosa, hasta que tuvieron que separarse para poder respirar.

—No te imaginas cuánto tiempo llevaba esperando por esto, enfermera B. —le dijo acariciándole la cara.

Rose asintió muy seria, sin poder desviar los ojos de su boca, pensando con convicción que nunca más podría separarse de ella, ni de él, ni de todo lo que Finn Farrell representaba.

Dio un paso al frente sin hablar, lo acercó y lo volvió a besar, aceptando que aquello era el fin de una era y el comienzo de otra, no cabía ninguna duda, y dio gracias a Dios por el milagro.

16

—Sean, Brian, Kevin, Caitlín, Michael, Mary y Erin —susurró poniendo cara a todos los hermanos de Finn, esos hermanos de los que tanto habían hablado antes de su viaje a Boston, y los observó con atención intentando no equivocarse porque no quería confundirlos y parecer descortés, aunque iba a ser un poco difícil; no solo se trataba de ellos, también de sus respectivas parejas y sus hijos. Un montón de niños bulliciosos repartidos en mesas auxiliares por todo el salón.

Se sentó mejor en la silla que le habían asignado junto al cabeza de familia, el doctor Sean Farrell, y luego se entretuvo admirando la enorme mesa que estaba preparada para cobijar con holgura al menos a dieciséis personas y que, ese día en particular, domingo de Pascua, lucía sus mejores galas y una ingente cantidad de comida.

Era increíble el trabajo que habían hecho Mary, la madre de Finn, sus hijas y Peggy, su asistenta, pensó, y volvió a preguntar si podía echar una mano, pero se negaron en redondo y no le quedó más remedio que permanecer quieta intentando seguir las conversaciones de su alrededor mientras, desde la cabecera contraria a la suya, la abuela Caitlín no le quitaba los ojos de encima.

La dama, originaria de Dingle, en el condado irlandés de Kerry, era la abuela materna de la familia y no se había dirigido a ella ni una sola vez en inglés, como le había pedido expresamente Finn, al contrario, no hacía más que soltar palabras incomprensibles en gaélico y con el ceño fruncido, lo que la hacía suponer que no estaba muy contenta con su presencia en la casa, sin embargo, no pensaba tenérselo en cuenta y le sonrió con amabilidad.

—Es una pena que no te alojes con nosotros, Rose —le dijo Mary, la dueña de casa, sirviéndole un vaso de agua—, puedes ver que tenemos un montón de espacio.

—Un hotel es siempre tan frío —opinó Katie, la mujer de Sean, el hermano mayor.

—Lo sé, pero es que he venido a Boston con mi tía y ella ya había reservado habitaciones en el Lenox Hotel.

—¿Y dónde se ha quedado ahora?

—¿Poppy?, pues, tenía un compromiso en el Museo Isabella Stewart Gardner.

—¿Conoce a la señora Gardner? —preguntó Meg, otra de las cuñadas, y Rose asintió.

—Sí, es muy amiga de mi abuela, nació en Nueva York y se conocen de toda la vida.

—Ah… —Valoraron, mirándola con auténtica curiosidad, y fue la señora Farrell la que zanjó el tema acariciándole el hombro.

—Bueno, la próxima vez, si quieres, puedes quedarte con nosotros, Rose.

—Muchas gracias, señora Farrell, es usted muy amable.

—¿Vas a asistir a la ponencia de Finn en Harvard? —interrogó el doctor Farrell y ella asintió.

—Sí, claro, además tengo muchas ganas de conocer el campus.

—El Cambridge americano —musitó él con una sonrisa—, nos podrás contar si de verdad se parece al inglés.

—¿Conoces la universidad de Cambridge, Rose? —preguntó una de las sobrinas mayores.

—Sí, es un sitio muy interesante y tiene la mejor escuela de Medicina del Reino Unido.

—¿Has pensado en qué área clínica te vas a especializar? —El doctor Farrell la miró de soslayo—. Finn dice que la obstetricia se te da muy bien.

—Bueno, aún es pronto para decidir, pero es una especialidad que me interesa y…

—¿Tu vestido es de París? —otra vez Siobhan, la sobrina, interrumpió mirándola con sus enormes ojos azules.

—No, me temo que no, Siobhan. —Se miró el sencillo vestido que llevaba puesto—. Es de Nueva York.

—Me encanta tu acento.

—Y a mí el tuyo.

—¿Es verdad que tu padre era conde?, ¿vivías en un castillo?

Esta vez fue Arlene, una pequeña de doce años, la que se le puso delante muy interesada, pero su tío Brian, el sacerdote de la familia, la apartó de su lado y le indicó la mesa de los niños.

—Ya basta, chicas, dejemos respirar a Rose, bastante tiene con conocernos a todos de golpe.

Las dos se marcharon refunfuñando y Rose sonrió a Brian, el hermano favorito de Finn, que era un hombre muy simpático y cariñoso, viendo cómo se sentaba frente a ella.

—Lo siento, Rose, sé que parecemos una especie de tribu salvaje. No estamos acostumbrados a que Finn traiga a su novia a una comida de Pascua.

—No pasa nada, no me importa —respondió tragando saliva, porque no estaba muy segura si podía afirmar en público que eran novios, y sonrió aceptando que, con lo que habían estado haciendo los últimos dos días, seguro que ya podía llamarlo su novio sin temor a equivocarse.

—Eh, hola, forastera. —Finn entró en el comedor charlando con su cuñado, Connor Fermanagh, el marido de Erin, su hermana pequeña, que era cirujano en el Hospital General de Massachusetts, y se le sentó al lado cogiéndole la mano—. ¿Estás bien?

—Perfectamente.

Lo miró perdiéndose en sus ojazos oscuros, que ahora sabía que eran como los de su madre, y él le sonrió y le besó la mano provocando que se le erizaran los vellos de la nuca.

—Brian, bendice la mesa, por favor —pidió el doctor Farrell.

Todos guardaron silencio, por primera vez en horas, y oyeron respetuosamente como Brian bendecía los alimentos. Un segundo de paz que, en seguida, se rompió para empezar a servir la comida y reanudar las charlas donde las habían dejado.

Rose observó el espectáculo con una sensación de bienestar muy grande, porque nunca había estado con una familia así de numerosa y revoltosa, tan unida y abierta, porque todo el mundo hablaba con libertad y se manifestaba sin pedir permiso o esperar su turno, como

pasaba en la suya, y se imaginó cómo sería aquella casa cuándo todos eran pequeños. Ocho niños pequeños, todos muy seguidos, en aquella enorme mesa hablando y opinando sin que nadie les diera en la espalda con una vara para que se enderezaran o les pusiera catorce cubiertos delante para obligarlos a utilizarlos todos bien y sin titubear.

Volvió a pensar en que habían tenido una infancia muy diferente y miró a Finn con ternura, con todo ese amor que él le despertaba y al que venía dando rienda suelta desde hacía cuatro meses, desde que se habían besado por primera vez en casa de Poppy.

Desde ese día, el 22 de noviembre de 1917, no podía dejar de besarlo y abrazarlo. Era como una fiebre, y, al fin, había entendido eso que tanto la había escandalizado con respecto a Poppy: el ardor desatado que te podía provocar el hombre que te gustaba y del que apenas te podías separar.

Como había visto a Poppy hacer una vez en el *Met*, ella también había acabado besándolo escondida en cualquier habitación del Bellevue, a dos pasos de la gente, o en un rincón de un teatro, o en la calle, o en cualquiera de esas fiestas o veladas a las que habían empezado a asistir como pareja.

Era incombustible y si no estaba con él, lo añoraba a todas horas. Eso jamás le había pasado con Archie, con el que había tenido un amor más sosegado e infantil, más adolescente, algo muy diferente al que podía experimentar con un hombre adulto y apasionado como Finn Farrell, que era capaz de deshacerla solo con mirarla desde el otro lado de la sala de urgencias del hospital o desde una mesa que compartían con más personas, o cuando pasaba por su lado y se atrevía a rozarle la mano con los dedos.

Esos momentos la volvían completamente loca y era la primera en buscar un espacio a solas para verlo, tocarlo y comérselo a besos, porque esa era la sensación, quería devorarlo y por eso, seguramente, una vez superados los cuatro meses juntos, había provocado que en Boston, en su primera visita a la ciudad para

acompañarlo a un congreso en Harvard, él subiera a su habitación del hotel para quedarse con ella.

—Te quiero, *mo cuishle*[1] y porque te quiero, es hora de que me vaya —le había susurrado en el oído antes de abandonarla en el vestíbulo del Lenox Hotel, tras horas enseñándole la ciudad, sin dejar de besarse y de mirarse a los ojos, y ella, de pronto, había comprendido que ya era suficiente de tantos remilgos y lo había cogido de la mano para llevárselo a su suite.

—Hoy te quedas conmigo, doctor Farrell, no quiero dormir sola.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la honorable lady Bowes-Lyon?

—Solo soy una chica normal que está deseando pasar la noche con su novio —había contestado sin ningún apuro, sin ninguna vergüenza, porque, con él, nunca sentía pudor, más bien todo lo contrario, y se le había acercado coqueta, sacándose el sombrero, y lo había abrazado y besado sin permitirle dar un paso atrás.

—No me hagas esto, Rose, por favor.

—No soy virgen.

—¿Qué?

—En serio, me acosté dos veces con Archie, no se puede decir que tenga mucha experiencia, porque no fue muy… en fin…, pero puedes estar seguro de que no vas a mancillar mi honor —había bromeado.

Él había sonreído con cara de duda, pero no le había permitido recular y lo había metido en el ascensor sin dejar de besarlo hasta que habían llegado a su suite y habían entrado arrancándose la ropa a manotazos, con mucha urgencia, como si se fuera a acabar el mundo o los fueran a pillar, aunque estaban totalmente solos en esa elegante habitación que Poppy le había reservado junto a la que ella compartía con Jake Van Doren.

—¿Estás segura? —había preguntado deteniéndose para sujetarle la cara y mirarla a los ojos, y ella había asentido muy sonriente.

—Claro que estoy segura, sé lo que quiero y lo quiero contigo, cariño… ¿eh? ¿No quieres lo mismo?

—Sabes que sí, pero…

—Entonces nada. Ven aquí, Finn Farrell.

Y lo había empujado sobre la cama como una mujer de mundo, porque estaba decidida a tener un noviazgo adulto con un hombre adulto, y lo había acabado de desnudar con sus propias manos, descubriendo que tenía un cuerpo precioso, fuerte y fibroso, muy calentito y suave, tan viril.

—Me encanta —susurró acariciando la cruz de oro diminuta que llevaba colgada al cuello, y él sonrió—. Es monísima, nunca te la había visto.

—Cuando te bautices, te regalaré una.

—Muy gracioso.

Y entonces se había perdido besando su piel, y las cicatrices que tenía en el hombro, y una en el pecho, mientras él le deshacía el recogido y dejaba libre su pelo largo, y le arrancaba el vestido con manos expertas, el corpiño y la ropa interior, y la dejaba completamente desnuda antes acomodarse encima de ella erecto y dispuesto a hacerle el amor por primera vez.

—Te amo, mi amor —había murmurado sobre su boca y él la había besado acariciándole los pechos, y las caderas, despacito, haciendo que se disolviera de deseo, y había ronroneando palabras de amor en su oído antes de penetrarla y hacerla sonreír con la sorpresa, porque aquello no se había parecido en nada a su primera vez con Archie. Una primera vez torpe y apresurada, entre dos chicos tensos e inexpertos que había fracasado desde el principio.

Tal como había soñado, con Finn todo había sido diferente, había sido perfecto, natural, como si su cuerpo lo hubiese estado esperando toda su vida, y lo había amado entregándose por completo, una y otra vez, ya había perdido la cuenta, y así dos días hasta esa mañana de domingo de Pascua, cuando habían tenido que abandonar la habitación del hotel para ir a conocer a sus padres.

De pronto, sintió que el calor le subía otra vez por las piernas y tomó un sorbo de agua recordando donde estaban y que tenía que

empezar a moderar la lujuria o no podría vivir en paz, y él, como si le leyese el pensamiento, se le acercó y le besó la oreja.

—Nos iremos en seguida, *mo cuishle.* No puedo desearte más.

—Lo mismo digo.

—Eres muy traviesa, enfermera B., ¿lo sabes?

—Mira quién fue a hablar.

—¡Muy bien, salgamos a jugar el partido! —anunció el doctor Farrell a la par que todo el mundo abandonaba la mesa para salir a la calle, donde había otras familias de Beacon Hill dispuestas a jugar un partidillo de beisbol después de la copiosa comida de Pascua.

Rose los siguió de la mano de Finn, encantada de ver el espectáculo, hasta que notó que la mayoría de las mujeres se habían quedado en el comedor.

—Voy a ayudar a recoger la mesa. Ahora vuelvo.

—No, no, tú juegas en nuestro equipo.

—Que no, Finn, que no me han dejado hacer nada y…

—¿Sabe jugar? —preguntó Michael Farrell señalándola con el dedo y Finn asintió.

—Como una inglesa, pero tiene un buen sprint.

—¡Finn! —Le dio un empujón en el hombro.

—A mí me vale. Vamos, Rose, ponte en la primera base —decidió Michael.

Se animó a jugar con el equipo Farrell entre los vítores y los aplausos de todo el mundo, como en la isla de Ellis hacía meses, y disfrutó de las carreras y del partido muerta de la risa, hasta que el juego empezó a ser demasiado intenso y acabaron discutiendo con los contrarios a gritos y se armó una tremenda trifulca que ni Brian consiguió apaciguar. Momento en que Finn la cogió de la mano y la sacó del centro de la disputa llevándola de vuelta a la casa, aunque antes se detuvo y la miró a los ojos.

—Quiero casarme contigo, Rose, no sé cuándo, ni cómo, pero en un futuro nuestros hijos estarán jugando ahí mismo, con todos sus primos y sus tíos y…

—Cariño… —Se acercó y le acarició la cara.

—Ya te dije que no tengo prisa, te esperaré el tiempo que haga falta, en serio, tengo mucha paciencia. Solo te estoy anunciando cómo va a ser tu futuro.

—No puedo imaginarme un futuro mejor.

—Estupendo, apuntado queda.

—Gracias. —Lo abrazó muy fuerte y él le besó el pelo acunándola contra su pecho.

—¿Qué tal si cuando acabe la carrera?

—Trato hecho.

—¿No es demasiado tiempo?

—No, me parece perfecto. Total, mientras tanto seguirás acostándote conmigo ¿no?

—¡Finn!

17

26 de agosto de 1920. Nueva York. Estados Unidos.

Dos años y cuatro meses después.

—Muy bien, Vivian, la señorita Bowes-Lyon te atenderá, estás en buenas manos.

Rose observó al doctor Robinson queriendo abofetearlo porque, otra vez, estaba ninguneándola delante de una paciente, y contó hasta diez mirando de reojo a Miriam, otra de sus damnificadas, a la que también llamaba «señorita» en el hospital, aunque a sus compañeros varones los podía denominar «doctor» sin ningún problema, como solía ocurrir cuando acababas el tercer año de carrera y, además de seguir asistiendo a clases en la universidad, pasabas a ser alumno en prácticas del Bellevue Hospital.

—Quiero un médico —protestó el padre de la paciente y Robinson le habló con calma.

—Todos estos jóvenes son médicos, señor Phillips, o en vías de serlo. Trabajan aquí y están perfectamente capacitados para suturar la herida de su hija.

—Ella no —señaló a Rose con un dedo y ella se calló y esperó a que Robinson respondiera.

—Ella es la doctora Bowes-Lyon, está en prácticas y se lo aseguro, señor Phillips, nadie tiene más delicadeza a la hora de coser a un niño. Vamos, los demás, seguidme.

Miriam la miró poniendo los ojos en blanco y la dejó sola en la sala de curas con Vivien Phillips y su padre que continuó mascullando protestas por lo bajo, a la par que vigilaba su trabajo como si supiera hacerlo o como si entendiera algo.

Se tragó el mal humor mirando los ojos claros de esa niñita tan guapa, que no tenía ni seis años y había llegado a urgencias con un corte muy feo en un brazo, y llamó a la enfermera para que le acercara la mesa de suturas. Se sentó junto a la camilla, frente a

ella, y se dedicó coser la herida con mucho cuidado, muy concentrada, aunque sin dejar de hablarle y de hacerle preguntas para distraerla, hasta que acabó el trabajo y se puso de pie para dejar que se marchara.

—Cuídate mucho, Vivian, y procura que no se te ensucie la venda. Hay que cambiarla todos los días, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, señorita —le dijo el padre y desapareció.

Rose miró a la enfermera, a la que conocía desde sus tiempos de voluntaria, y ella movió la cabeza muerta de la risa.

—Te traeré una tarta de regalo la primera vez que un paciente te llame doctora, Rose.

—Muchas gracias, Iris.

—Un paciente, uno de tus colegas o alguna de las enfermeras, no te preocupes.

Se echó a reír y Rose se despidió de ella sin poder rebatirle nada, porque era cierto que no solo Robinson se olvidaba de su nuevo estatus profesional, o los pacientes, también lo hacían descaradamente otros colegas y muchas enfermeras o auxiliares que no se sentían nada cómodas trabajando con una mujer.

—¡Rose! —la llamó la telefonista de urgencias, indicándole que tenía una llamada y ella miró la hora y corrió a contestar.

—¿Finn? —Llegó al mostrador y cogió el auricular con un poco de ansiedad.

—Hola, doctora, ¿cómo vas?

—Muy bien, ¿dónde estás?, dime, por favor, que me vas a esperar.

—No, cielo, no puedo, por eso llamo para des…--- me…

—¿Finn? —preguntó otra vez oyendo cómo se entrecortaba la comunicación, y él continuó hablando.

—¿Rose?

—Sigo aquí, pero salgo ahora, cojo un taxi y en nada estoy en la Gran Central. Tú espérame en el andén.

—A nadie le duele más que a mí no poder despedirme de ti, *mo cuishle* … ---… tarde y, adem…--- no deberías el…--- Bellevue. Nos

vemos dentro…--- semana.

—No, por favor… ¿Finn? —Se le contrajo el pecho y dio la espalda a la gente, porque empezó a enfurecerse por culpa de ese invento horroroso al que llamaban «el mejor medio de comunicación del mundo», y volvió a gritar—. ¡No puedes irte así!

—Yo…--- pero…--- ¿Rose?, ¿te portarás bien sin mí?

—¿Y tú sin mí?

Oyó un clic en el oído que la hizo saltar y luego un *peeee* continuado que anunciaba que había perdido la llamada para siempre, como el 60 % de las veces. Miró el auricular y luego se lo entregó a María muy decepcionada.

—Menuda pesadilla.

—Lo sé, guapa, lo que tengas que decir, tendrá que ser en persona. ¿Cuándo vuelve?

—Dentro de diez días, tiene un congreso en Harvard.

—Qué congreso más largo.

—También pasará por Boston para ver a su familia.

—Pues a tener paciencia.

—Qué remedio. Muchas gracias, María.

Se despidió de ella y corrió por los pasillos para encontrar a su grupo que había continuado con la visita de todas las mañanas a cargo del doctor Robinson, el coordinador de los alumnos en prácticas.

Maldita sea, blasfemó arreglándose la bata y voló por las instalaciones hasta que los encontró al final de un pasillo, visitando a los pacientes de traumatología. Se les acercó con sigilo y descubrió que era la «señorita» Miriam la que estaba explicando la complicada fractura que tenía el paciente de la cama 221.

Dio un paso atrás y trató de hacerse invisible porque no tenía ganas de más jarana, no después de perder la última oportunidad que había tenido para despedirse de Finn que se iba a cuatrocientos treinta y cinco kilómetros de distancia para participar en un congreso sobre la gripe española en su *alma mater*, la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard.

Desgraciadamente, la víspera tampoco se había podido despedir de él por culpa de una indisposición de su abuela, que la había retenido en su casa de la Quinta Avenida hasta muy tarde, y aquello la partía en dos, porque no le gustaba nada que se marchara de viaje sin decirle adiós.

Odiaba reconocerlo, pero, desde que estaban juntos, se había vuelto muy sentimental y dependiente, y llevaba muy mal que se fuera de Nueva York, pero peor llevaba que se fuera sin un abrazo o un beso, sin una última palabra de despedida. Incluso, si podía, lo solía acompañar al tren, aunque en esta ocasión todo se había complicado y puesto en su contra y, finalmente, ni el puñetero teléfono había funcionado en condiciones, así que no le quedaba más remedio que aguantarse y dejar de lloriquear.

—Doctor Gennaro, explíquenos la fractura abierta del señor Smithson —ordenó el doctor Robinson.

—¿Estás bien? —Miriam se le acercó por la derecha con cara de pregunta.

—Sí, solo es que me entretuve en urgencias y no pude ir a la Grand Central a despedirme de Finn.

—Bueno, ya volverá. ¿Te dejó los apuntes de su ponencia?

—Sí, la secretaria de la isla de Ellis la mecanografió con varias copias, tengo dos en mi casa.

—Genial, guárdame una, por favor.

—Claro.

Miró la hora y calculó que su tren ya estaría saliendo. Cerró los ojos y pidió a Dios que lo protegiera, aunque sabía que iba a estar perfectamente bien en Harvard, donde, además, iba a poder explayarse sobre una de sus últimas pasiones: la llamada «gripe española». Una pandemia de gripe que había aparecido en marzo de 1918 en Kansas y que había llegado a Europa en agosto del mismo año acompañando a las tropas de soldados estadounidenses que habían desembarcado en Brest para apoyar a sus aliados en la Gran Guerra.

La enfermedad, a la que se había bautizado como «gripe española» solo porque la prensa en España había sido la única en toda Europa en hacerse eco de su existencia y de su extrema virulencia, era devastadora. Entre marzo de 1918 y abril de 1920 se calculaba que había matado entre veinte y cuarenta millones de personas, lo que la había convertido en una de las pandemias más mortíferas de la historia de la humanidad.

La Gran Guerra, que a su vez había arrojado un balance de entre nueve y diez millones de muertos, y unos veinte millones de soldados heridos, había sido el vehículo conductor perfecto para el virus que se había expandido por el planeta a sus anchas, llegando también a la isla de Ellis, donde Finn Farrell y su equipo habían conseguido documentar meticulosamente los síntomas, el desarrollo y el comportamiento del influenzavirus tipo A H1N1 , el virus de la «gripe española» o «trancazo», capaz de atacar lo mismo a niños y ancianos, jóvenes y adultos con buena salud, y también a animales como perros y gatos.

En resumen: 1918 se había convertido en el peor año para la salud mundial, pero también había sido el gran año de la paz, porque el 11 de noviembre de 1918 se había anunciado el final de esa Gran Guerra que tanto dolor había dejado tras cuatro años, tres meses y catorce días de duración.

Rose había celebrado la rendición de las Potencias Centrales como todos sus amigos y conocidos, con botellas de champán y fiestas del final de la guerra, pero, en privado, había llorado muchísimo por Archie y por todos los chicos jóvenes e idealistas como él, que habían perdido la vida en pro de los intereses de unos pocos políticos que, desde sus despachos calientes y seguros, los habían mandado directamente a la muerte sin pensar jamás en las consecuencias.

Por desgracia, esas muertes se habían documentado y olvidado en los libros de historia y, casi dos años después, en los Estados Unidos, por ejemplo, ya ni se acordaban de la Europa devastada por el conflicto y solo se hablaba de una cosa: la Decimonovena

Enmienda, la que iba a otorgar el voto a la mujer, porque estipulaba que ningún estado de los Estados Unidos de América, ni el gobierno federal, podían denegar a un ciudadano el derecho al voto a causa de su sexo.

El 18 de agosto de 1920 Tennessee había sido el último de los treinta y seis estados necesarios para asegurar la ratificación de la Decimonovena Enmienda, y todo estaba dispuesto para que fuera fue adoptada oficialmente el 26 de agosto de 1920, es decir, ese mismo jueves, día en el que ella estaba tan afligida por no haberse podido despedir de Finn.

—Friedman y Bowes-Lyon, moved al señor Lewis para que podamos examinar su columna vertebral —les pidió Robinson seco, buscando la complicidad en el resto de sus estudiantes, porque era una idea de lo más descabellada poner a dos alumnas, de menos de cincuenta kilos, en el aprieto de tener que girar en la cama a un señor inválido que pesaba más de ciento cincuenta, y sonrió burlón —. ¡Vamos!

Rose lo observó unos segundos en silencio, luego hizo un repaso a sus ocho compañeros, todos chicos fuertes, altos e incluso deportistas en muy buena forma, y movió la cabeza con resignación porque sabía que el único afán de su profesor era humillarlas y no pensaba darle el gusto. Se acercó a la cama y le indicó a Miriam dónde se tenía que poner.

—Con su permiso, señor Lewis.

Una mano en el hombro, otra debajo de las rodillas, adelantar un pie en el sentido del movimiento y empujar, ella por delante y Miriam por la espalda. En cuestión de un minuto tenían al señor Lewis de lado y posteriormente bocabajo ante la mirada entre sorprendida y enfadada de Robinson.

—Las enfermeras de este hospital y del St. Bartholomew's Hospital de Londres me enseñaron bien, doctor. ¿Necesita algo más?

Él parpadeó indignado porque la broma le había salido mal, pero se recompuso y terminó la exploración y la ronda matinal sin volver a dirigirles la palabra. Una verdadera bendición.

—¡Rose!

Al final de la mañana, acabando la jornada y con mil cosas que hacer, salió corriendo al vestíbulo principal del Bellevue con la intención de irse, pero María, la telefonista, la detuvo enseñándole un papel.

—Tu madre te ha llamado cuatro veces, dice que la llames o vayas directamente a casa de tu abuela, que es urgente.

—Iba para allá. —Leyó la nota que ponía exactamente lo que le acababa de decir y le sonrió—. Muchas gracias, hasta mañana.

Corrió otra vez llamando a un taxi que la llevara al 844 de la Quinta Avenida para ver a su abuela, que desde hacía un año solo dejaba que ella la examinara y supervisara su estado de salud y, sin querer, sonrió porque hacía tres años eso hubiese sido imposible.

Florence Belmont había hecho todo lo inimaginable para conseguir que no estudiara Medicina, pero solo había bastado una vez para convencerla de que sabía perfectamente lo que hacía y, además, que no se le daba nada mal.

Todo había sucedido en casa de su madre, en Park Avenue, durante una cena informal a la que había asistido su nana de forma excepcional y donde ambas se habían encontrado por primera vez cara a cara tras dos años. Ninguna de las dos había dado el brazo a torcer después del incidente con la Universidad de Nueva York y llevaban meses sin dirigirse la palabra, incluso esa noche apenas se habían saludado, pero, cuando a su abuela le había dado un vahído y había caído redonda al suelo, Rose había sido la única en reaccionar con calma.

En un segundo la había asistido y había evitado que perdiera la conciencia. Le había tomado la tensión de forma manual, el pulso y la temperatura y, finalmente, había determinado que solo se trataba de una bajada de tensión. Un malestar que resolvió dándole sorbitos de agua fresca hasta que se recompuso, tras lo cual le sugirió no beber alcohol y comer algo de fruta.

Esa intervención mínima había bastado para que su abuela claudicara y le diera un abrazo a modo de disculpa, y ella, por supuesto, la había aceptado, y desde ese momento habían vuelto a verse con normalidad. Obviamente, aún no era médico y no podía atenderla como tal, pero en colaboración con el doctor McMurray, su médico de cabecera, estaba ayudando a supervisar su dieta y sus medicinas, y la examinaba cuando hacía falta y no quería que McMurray la tocara, porque esa era su última manía, que su doctor de siempre no la viera en paños menores ni la auscultara porque para eso tenía una nieta doctora que podía hacerlo.

—¡Rose!

Su madre salió a recibirla muy agitada al vestíbulo y ella la miró mientras se quitaba el sombrero y comprobaba que no estaba sola porque, a su espalda, Anna la seguía con la misma cara de congoja.

—¿Qué hacéis las dos aquí?, ¿qué le pasa a la abuela?

—A la abuela no le pasa nada, cariño, sígueme.

La agarró de una mano y se la llevó a la salita de su abuela, donde estaba su nana de pie y aparentemente muy bien, y también Poppy paseándose nerviosa. Las miró a las dos sin entender qué estaba pasando, aunque intuyó que se trataba de algo grave porque no eran horas ni estaba previsto que se encontraran todas allí, y oyó como su madre cerraba la puerta antes de volver a hablar.

—Hija, Catherine Sajonia-Coburgo-Gotha te ha mandado cuatro telegramas urgentes.

—¿Catherine Sajonia-Coburgo-Gotha? —preguntó sin situarse y su madre la miró fijamente hasta que cayó en que se trataba de Catherine Howard, la hermana pequeña de Archie— ¿Qué ha pasado?

—Yo también he recibido uno de parte de sir Richardson, el abogado de los Blackpool.

Extendió la mano y le puso los cuatro telegramas cerrados a su alcance, Rose los cogió, observó los ojos llorosos de Violet y también de Anna, y empezó a sentir cómo se le contraía el pecho, abrió el primer telegrama y leyó:

Rose, tienes que venir urgentemente a Inglaterra. Grandes noticias. Responde, por favor.

Pasó al siguiente telegrama sin entender qué gran noticia la podía hacer ir a ella a Inglaterra, y menos que gran noticia relacionada con esa familia, y lo abrió de un tirón.

Tienes un billete pagado en la Cunard Line para ti y tu doncella. Viaja en seguida, te lo ruego.

Siguió sin comprender el galimatías y miró a su madre de reojo. Abrió el tercer telegrama y el corazón se le paralizó.

Archie está vivo. Ha aparecido en Boves, cerca de Amiens. Ha estado herido, perdió la memoria, pero se ha recuperado y mis padres lo traen a casa.

Con dedos temblorosos rasgó el último papel y se puso una mano en la boca sintiendo como las lágrimas le mojaban la cara.

Vuelve a casa, Rose, tienes que estar aquí. Te esperamos. Confirma viaje y te recojo en Liverpool. Con amor, Catherine.

Tomó una bocanada de aire sin creerse lo que estaba pasando y miró a su familia. Todas ellas avanzaron con las manos levantadas para confortarla, pero no lo suficientemente rápido, porque, de repente, se le nubló la vista, sintió un pitido en los oídos y se desmayó.

18

—Localiza a Finn, por favor, es lo único que te pido. —Cogió las manos de Poppy en el pantalán del puerto, a dos pasos de la rambla de entrada al RSM Mauretania, y ella asintió, la agarró por el cuello y la abrazó muy fuerte—. Poppy, —la apartó clavándole los ojos—, explícale lo que pasa, dile que he hecho todo lo posible por avisarle, dile que…

—Se lo explicaré todo, cariño, tranquila. Tú ve y haz lo que tengas que hacer.

—Toma. —Sacó del bolso la carta que le había escrito a toda prisa la noche anterior, mientras su madre y Anna preparaban el precipitado viaje a Inglaterra, y se la puso en una mano—. Entrégasela y dile que le mantendré informado, ¿de acuerdo?, que odio irme sin hablar antes con él, dile que…

Se echó a llorar y su tía volvió a abrazarla con tanta congoja como la suya, luego le acarició el pelo, que ahora lo llevaba corto y a la moda, y forzó una sonrisa.

—Archie se impresionará de ver en la preciosa y fuerte mujer en la que te has convertido, Rosie.

—Si hace falta ¿irás a Boston a buscar a Finn?

—Por supuesto.

—¿Cuidarás de él?, ¿eh?... por favor, no lo dejes solo. Prométeme que cuidarás de él.

—Te lo prometo, pero vuelve pronto. No olvides que en Nueva York te estaremos esperando

—¡Rose!

Su madre la llamó con la mano desde la escalerilla, después de supervisar a los mozos que se habían ocupado de su inmenso equipaje, y Rose asintió, abrazó otra vez a Poppy y subió corriendo al trasatlántico sin mirar atrás, sin querer ver el puerto de Nueva York, ni Manhattan, ni la cercana isla de Ellis donde se dejaba una vida entera, y el corazón, y todo lo que le importaba en el mundo.

Entró en los pasillos de primera clase saludando sin ningún entusiasmo a los oficiales, las camareras y los mayordomos de las *suites*, encontró la suya, se metió dentro y se encerró en su habitación oyendo las sirenas de los barcos, la algarabía de los pasajeros despidiéndose de sus familiares y amigos, y toda aquella festiva ceremonia de partida, sentada en la cama, abrazada a una almohada y sin entender cómo diantres iba asimilar todo aquello, cómo diantres iba a gestionarlo y cómo diantres iba a salir del embrollo, porque aún quería a Archie y estaba deseando verlo, pero también estaba enamorada de Finn Farrell y no sabía si sería capaz de renunciar a él.

Se deslizó sobre el edredón de plumas, que olía a violetas, pensó cerrando los ojos y se acurrucó en la cama intentando centrarse en Archie, que había sobrevivido cuatro años solo y sin memoria en Francia, alejado de todo lo que conocía, de su familia, sus amigos y de ella, y rogó al cielo porque alguien hubiese cuidado de él y lo hubiese ayudado a subsistir con algo de dignidad. Había oído muchas historias de soldados británicos heridos y perdidos por los devastados campos franceses que habían sido asistidos y escondidos por campesinos de buena voluntad, y de otros sin tan buena voluntad que los habían usado y maltratado hasta la saciedad, e imaginarse a Archie en semejante tesitura le revolvió el estómago y se tuvo que levantar para buscar el lavabo y vomitar.

Llevaba así treinta y seis horas, vomitando, serenándose y volviendo a vomitar. Desde que le habían entregado los telegramas de Catherine todo se había vuelto oscuro, todo se había precipitado como en un mal sueño.

Su madre, como siempre, había decidido veloz una respuesta al requerimiento de Catherine y había tomado las riendas de la situación con pulso firme. En cuestión de horas tenía los billetes para ella y su marido en el RSM Mauretania; porque no pensaba dejarla ir sola a Inglaterra, le aseguró sin darle más opciones; los baúles fuera de los armarios para preparar el equipaje y a Anna corriendo por la casa para salir de Nueva York de inmediato, y así había sido. En

apenas treinta y seis horas estaban zarpando rumbo a Liverpool sin que ella hubiese podido reaccionar y, lo peor de todo, sin poder contactar con Finn, al que había mandado un millón de telegramas a la Universidad de Harvard, a su hotel, a casa de sus padres y a la parroquia de Brian en Beacon Hill.

Por alguna circunstancia superior que no conseguía comprender, no había respondido, ni dado señales de vida, y había tenido que salir de Nueva York sin comunicarse con él. Eso la iba a atormentar el resto de su vida, lo sabía, como también sabía que Finn no se iba a tomar nada bien que corriera al encuentro de Archie sin pensárselo dos veces.

—Respeto la memoria de Archie —solía decir—, pero eso no quita que su flamante armadura me provoque celos, Rose. Es humano.

Lo comentaba en tono de broma, pero ella sabía que no era tan en broma.

Desde que se habían besado por primera vez en casa de Poppy, hacía dos años y ocho meses, habían prometido ir despacio y conocerse mejor antes de pasar a un siguiente nivel de compromiso. De ese modo, habían estado cuatro meses tranquilos y tomándoselo con calma, incluso siendo precavidos y cogiendo distancia, pero el amor, como siempre, había ignorado sus propósitos y, de repente, había irrumpido con furia, se había colado por todas las rendijas aplastando sus precauciones y ambos habían empezado a dejarse llevar, a disfrutar, y cuando ella se había dado cuenta, ya estaba viviendo la historia de amor más hermosa e intensa de su vida.

Archie había sido su mejor amigo, su compañero, su novio adolescente, su prometido adolescente, y Finn Farrell era otra cosa. Él era un hombre. Un hombre enamorado que la hacía sentir la mujer más importante del mundo, porque era generoso, cariñoso y apasionado. También era valiente, impetuoso, a veces beligerante y muy vehemente, divertido, brillante y con mucho sentido del humor. Encarnaba en sí mismo todo lo que ella podía admirar de una persona, de un compañero de vida, de su amante, porque, además,

compartían una intimidad alegre y preciosa que la había convertido en la chica más feliz, deseada y completa que pisaba la tierra.

Por esas razones y muchas más, la torturaba tanto salir de Nueva York sin despedirse de él, sin mirarlo a los ojos y sin explicarle por qué tenía que ir a Inglaterra a encontrarse con Archie. Le rompía el corazón imaginar su reacción cuando se enterara por una carta o por boca de Poppy que Archie Howard estaba vivo y esperándola en Lancashire. Se le rompía el alma porque lo conocía demasiado bien, y por un segundo empezó a calibrar de verdad lo que estaba pasando, se miró en el espejo y se preguntó si aún estaba a tiempo de volver a tierra para ir a buscarlo.

—¿Rose —llamó su madre entrando en su camarote. Ella saltó, se limpió la cara y abrió la puerta del cuarto de baño para saludarla.

—Estoy aquí.

—Te has perdido la salida del puerto, es una lástima, porque Nueva York no se puede ver más bonita desde alta mar.

—Lo sé.

—¿Qué te pasa, hija? Es lógico que el primer impacto te haya conmocionado, que Archie esté vivo es una noticia impactante, pero ya deberías empezar a alegrarte. Tu prometido está vivo y de vuelta en casa, vamos a su encuentro y al fin podréis estar juntos.

—No es tan sencillo, mamá.

—¿Qué no es tan sencillo?, lo has llorado durante cuatro años.

—Sí, pero…

—¿Te preocupa la boda? No hay ninguna prisa, nos tomaremos todo el tiempo que queramos e, incluso, renegociaremos las condiciones. Ahora soy una Rothschild, Dicky viene con nosotras y los Blackpool no volverán a humillarnos. Esta vez te darás cuenta de la gran diferencia que existe entre ser una viuda sola o una mujer casada con un marido respetable. Esa gente no volverá a faltarnos al respeto, Rose, nunca más, e incluso exigiré disculpas públicas por lo que te hicieron.

—No necesito renegociar nada, ni…

—En cuanto Archie y tú os reencontréis, todo irá bien, siempre os habéis adorado, cariño. Ya lo verás.

—No diré nada hasta hablar con él.

—¿Te preocupa la universidad?, porque él era el primero que quería que estudiaras. Seguro que puedes hacer los últimos dos años de la carrera y la residencia en Cambridge. Podréis estudiar juntos.

—Mira, yo…

Se le puso delante calibrando las consecuencias que podría acarrear que se sincerara con ella en ese momento y le hablara de su relación con Finn, y se cruzó de brazos incómoda. Suspiró, buscando las palabras adecuadas y la miró a los ojos. Violet, que aún llevaba su sombrero *cloche* puesto, la observó parpadeando muy rápido, como intentando leer su alma, y entonces, Rose decidió que lo correcto era explicarse. Hizo amago de abrir la boca, pero no pudo, porque Anna se colocó entre las dos y la miró a ella con las cejas levantadas.

—¿Cuándo le va a contar a su madre lo que le pasa, milady? Ya es hora de que se sincere con ella.

—¿De qué estás hablando, Anna? —Violet la miró con el ceño fruncido.

—Yo no diré nada, excelencia, como no lo he hecho hasta ahora, pero ya que vamos en un barco de vuelta a casa, creo que lady Rose debería hablar con usted. Solo digo eso.

—Anna —Rose la regañó y ella se apartó para deshacer el equipaje.

—Es su madre, hable claro, porque todo el mundo sabe lo que pasa menos ella.

—¿A qué se refiere, Rose?

—A que tengo novio, mamá, llevo dos años y ocho meses viéndome con el doctor Finn Farrell.

—¡¿Qué?!, creí que eso era solo un rumor malintencionado propagado por tus primos.

—¿Mis primos?

—Sí, milady, su primo Harrison, ese monstruito maleducado, se lo va contando a todo el mundo —masculló Anna—. Se burla de usted y le ha dicho hasta a su abuela que iba a acabar muy mal por culpa de ese médico feniano.

—No me lo puedo creer. —Un calor furioso le subió por todo el cuerpo y tuvo ganas de descuartizar a Harrison, ese idiota impresentable que se la tenía jurada desde el asunto con el señor O'Hara. Apuntó mentalmente ir a buscarlo y a pedirle explicaciones en cuanto regresara a Manhattan y miró de reojo a su madre, que se había desplomado en un sofá sacándose el sombrero—. ¿Mamá?

—¿O sea que es verdad?, ¿te has prometido con él?

—No, aún no nos hemos prometido formalmente, aunque hemos acordado que el mismo día que yo acabe la carrera nos casaremos.

—Eso no puede ser, Rose, tienes un compromiso con Archie.

—Archie, a todos los efectos y desgraciadamente, había muerto en la batalla del Somme, no tenía ningún compromiso con él cuando conocí y me enamoré de Finn.

—¿Enamorada?, Dios bendito.

—Sí, enamorada, no sé por qué te extraña tanto.

—Te saca al menos diez años y dicen que ya ha roto dos compromisos matrimoniales. No es de fiar, te lo advertí el mismo día que me lo presentaste en el Bellevue.

—Rompió un compromiso matrimonial a los veinticuatro años, cuando su entonces novia trató de impedir que se marchara a trabajar a Nueva York obligándolo a casarse, y a los veintiséis un corto noviazgo con una joven de Manhattan que no llegó a prosperar. No hay más, salvo muchas historias sin fundamento, como las que tienen la mayoría de los hombres de su edad.

—¿Y su familia?, no sabemos nada de él.

—Su familia es de Boston, de origen irlandés y residentes en Beacon Hill. Su padre es médico, su madre ama de casa, tiene siete hermanos, todos profesionales con carreras respetables. Personas trabajadoras de clase media que, las tres veces que los he visitado, me han recibido con los brazos abiertos.

—¿Has conocido a su familia?

—Claro, por eso viajó tres veces a Boston con la señorita Poppy —bufó Anna.

—Exactamente. Y la diferencia de edad es de once años, como en gran parte de las parejas que conozco, empezando por la tuya con Dicky, mamá.

—Madre mía, madre mía. —Violet empezó a hiperventilar y ella se acercó tranquilamente, quitó la funda a uno de cojines, se arrodilló a su lado y se la puso en las manos para que respirara dentro.

—Siento mucho ponerte en esta situación, pero Anna tiene razón, no podía seguir ocultándolo más.

—No podemos anular un compromiso matrimonial de tantos años con los Blackpool, Rose, las cosas no funcionan así en Inglaterra, vuestras capitulaciones las firmó el rey. Aunque en la práctica Archie estaba muerto, no aceptarán…

—¿Y si en estos años me hubiese casado con otro?

—No sé, no habría marcha atrás, pero no es el caso y tendremos que discutirlo con ellos.

—Con Archie presente será más fácil.

—No lo sabemos, él querrá recuperarte.

—Por eso necesito verlo y hablar con él, ver lo que aún sentimos el uno por el otro y actuar en consecuencia.

—Como usted bien dice, excelencia, todo se resolverá en cuanto se vean —auguró Anna—. No hay dos personas que se hayan querido más. Milord y milady han nacido para estar juntos y, en cuanto se reencuentren, lo que haya pasado en estos últimos cuatro años será historia.

Rose se giró y la miró a los ojos, incapaz de rebatirla, y se sentó en el suelo restregándose la cara con las dos manos.

19

—¿Podrá pasarse esta noche por la cena de la Facultad de Medicina, doctor Farrell? —Lo abordó otra vez esa joven tan persistente, la señorita McGowan, y Finn interrumpió su charla con el doctor Robertson, un virólogo británico muy afamado, que estaba en Harvard solo para asistir al congreso sobre la «gripe española», y la miró un poco disgustado.

—Ya le he dicho que no, señorita McGowan, tengo otros compromisos, pero mucha gracias.

—He pensado que, si al final tiene unos minutos libres, se podría pasar al menos a los postres. Puede traer a su esposa, si quiere —soltó con la intención clarísima de indagar sobre su vida privada y Finn se detuvo y la miró de frente.

—Mi prometida no ha podido venir y yo no podré pasarme a los postres. Muchas gracias. Buenas tardes.

La dejó con la boca abierta en medio del pasillo, pero no le importó, porque desde que había llegado a Harvard no había hecho más que perseguirlo y agobiarlo con folletos e invitaciones de su Departamento de Relaciones Públicas, y la ignoró para continuar su charla con Robertson mientras caminaban hacia el vestíbulo principal del Memorial Hall, donde estaban celebrando algunas sesiones de su congreso.

Una cita académica excepcional, que había abierto con su ponencia sobre el Influenzavirus tipo A H1N1, y que lo tenía desde hacía tres días inmerso en seminarios, coloquios, mesas redondas y, lo mejor de todo, en interminables y enriquecedoras conversaciones con colegas llegados desde todos los rincones de los Estados Unidos y también desde algunos países europeos.

—Me han dicho que su novia es inglesa, doctor —comentó Robertson mirándolo por encima de sus gafas y Finn asintió.

—Sí, de Cullingworth, en Yorkshire.

—¿Es la aristócrata británica que estudia medicina en la Universidad de Nueva York?

—Exacto.

—Sé quién es, me han hablado mucho de ella, al parecer, es una alumna excepcional.

—Lo es, a pesar del poco apoyo que recibe por parte de sus profesores y compañeros varones.

—Es muy curioso.

—Nada curioso, lamentablemente, sigue siendo muy habitual el trato despectivo que se prodiga a algunas estudiantes universitarias, especialmente, si osan estudiar Medicina.

—No me refiero a eso, me refiero a lo curioso que resulta que un republicano irlandés, un feniano declarado como usted, esté prometido con la hija de un noble inglés. En mi país, sería visto prácticamente como un escándalo.

—Gracias a Dios, no estamos en su país, sino en América y aquí esos prejuicios sobran, doctor Robertson.

—Amén —sentenció Andrew Robertson, que era uno de los grandes baluartes de la Universidad de Oxford, y sonrió a Finn de reojo.

Él le indicó la salida hacia los jardines del campus, levantó la cabeza y se encontró de bruces con Poppy Belmont.

—¿Poppy?

—Hola, querido.

—¿Qué haces en Harvard?, ¿va todo bien? —El corazón se le subió a la garganta, porque era obvio que si ella estaba allí era por algo gravísimo y se le acercó sin poder apartar los ojos de los suyos. Poppy sonrió y movió la cabeza.

—Va todo bien, bueno, todos estamos bien, pero necesito hablar contigo.

—¿Dónde está Rose?

—De eso se trata, ¿dónde podemos charlar?

—¿Qué pasa con Rose?

—¿No te han entregado ninguno de sus telegramas?, te ha mandado muchísimos al hotel.

—No me he molestado en recogerlos, apenas he pasado por allí… ¿Qué está pasando, Poppy?

—¡Doctor Farrell! —De la nada apareció un bedel corriendo, con una bandeja llena de telegramas cerrados y él lo miró ya totalmente descolocado—. Estos telegramas han estado llegando a la sala de profesores desde el jueves y nadie sabía cómo entregárselos, doctor.

—¿Cómo que nadie sabía cómo entregármelos?

Estiró el brazo para cogerlos, pero Poppy se adelantó y le sujetó la mano mirándolo a los ojos.

—Déjalo, olvídate de eso y hablemos. ¿Hay algún maldito sitio por aquí para tomar una copa?

Finn asintió, se despidió de Robertson sin ninguna ceremonia, cogió a Poppy del brazo y se la llevó a través de los jardines directamente a la taberna *Old Leprechaun*. Una famosa taberna irlandesa pegada al campus donde se solían reunir alumnos y profesores desde tiempos inmemoriales, y donde él había estado con Rose hacía menos de dos meses.

Buscó un reservado tranquilo, invitó a Poppy a sentarse y llamó al camarero con la mano, dándose cuenta de que llevaba al menos diez minutos sin respirar con normalidad, se sentó frente a su amiga y ella se quitó el sombrero antes de mirarlo a los ojos.

—Archie Howard está vivo —soltó sin paños calientes y luego miró al camarero con una sonrisa—. Dos *whiskys* dobles, por favor. Nos harán falta.

—¿Qué diantres…? —bufó, apoyando la espalda en el respaldo de su butaca y ella respiró hondo.

—Lo siento, no hay forma de contar esto sin hacer daño.

—¿Cómo que está vivo?, ¿de qué coño estás hablando?

—No tengo muchos detalles porque solo nos han informado a través de telegramas. Lo que se sabe hasta ahora es que sobrevivió, que estaba en Boves, cerca de Amiens, que perdió la memoria, pero que la ha recuperado y que a estas horas ya estará en su casa de Lancashire.

—¿Y Rose…? —preguntó, empezando a percibir cómo se le abría en pecho en canal y se sujetó con una mano al borde de la mesa. Poppy le clavó los ojos azules y negó con la cabeza.

—Zarpó ayer hacia Inglaterra.

—No puede ser… —soltó una carcajada nerviosa.

—Mi hermana lo decidió todo muy rápido, Rose estaba desbordada con las noticias y Violet, como siempre, actuó *motu proprio* y… en fin, ya sabes…, antes de darnos cuenta ya estaban a bordo del RSM Mauretania.

—No, no se puede haber ido sin mí, sin haberlo hablado conmigo al menos, ella no haría eso.

—Lo siento, Finn, estaba conmocionada, todo se precipitó y si lo piensas bien, es lo mejor para todo el mundo.

—¿Lo mejor para todo el mundo?, ¿a qué te refieres? ¿a Archie?, ¿a su madre?, porque, desde luego, para nosotros no.

—¿No creerás que ha ido para casarse con él?, ella te quiere a ti.

—No me querrá tanto si al primer aviso sale corriendo camino de Inglaterra.

—No seas injusto.

—Solo soy realista.

—Te recuerdo que su novio murió en una trinchera en Francia, que sufrió lo indecible por la pérdida y por todo lo que pasó después y, de repente, así, por las buenas, le avisan que está vivo y que vuelve a casa. ¿Cómo te lo tomarías tú? Cualquiera de nosotros iría corriendo al fin del mundo para averiguar qué está pasando.

—No sin mí, entiendo que quiera ir a ver qué está pasando, pero debió esperar a que yo pudiera acompañarla.

—Te mandó una docena de telegramas.

—¿Cuándo recibió la noticia?

—El jueves pasado.

—Hoy es domingo y ya lleva un día en alta mar. Mucha prisa se ha dado.

—No, no te voy a consentir que la juzgues y te cabrees con ella. Rose hizo lo imposible por contactar contigo y estoy segura de que,

si tú hubieses respondido, te hubiese esperado el tiempo que hubiera hecho falta antes de coger el barco. Sin embargo, no fue así. Tú no diste señales de vida y su madre, que es una impaciente, decidió por las dos. Eso es lo único que ha pasado y si tan ofendido te sientes, vuelve conmigo a Nueva York esta noche y mañana zarpemos juntos hacia el Reino Unido. Yo invito.

—No voy a perseguirla.

—Entonces calla y bébete esto.

Le puso el vaso de *whisky* en la mano y él lo miró y se lo tomó de un solo trago sintiendo cómo el calor del licor de malta le quemaba la garganta, la faringe y llegaba a expandirse por su torrente sanguíneo como un fuego reparador y reconfortante, aunque no lo suficiente, porque imaginarse a Rose, su Rose, camino de Londres para reencontrarse con el amor de su vida, era una visión demasiado insoportable como para encajarla solo con un poco de alcohol.

Dio un golpe en la mesa e hizo amago de levantarse, pero Poppy, que había sido su mayor cómplice, la mayor protectora de su relación con Rose, lo sujetó por el antebrazo y no le permitió moverse.

—¡No, amigo!, esta noche no te dejo solo, si quieres emborracharte, yo te acompañaré, no voy a abandonarte en las horas bajas. Rose me suplicó que cuidara de ti.

—Necesito estar solo y pensar.

—No, no necesitas pensar. Necesita asumir que ella ha ido a solucionar un problema y que en seguida volverá, porque ella te quiere y está enamorada de ti.

—¿Enamorada de mí? —se pasó la mano por la cara—. Archie ha vuelto, ya puedo darme por vencido.

—Archie fue su amor adolescente, Finn, su mejor amigo, casi un hermano, y lo tenía idealizado, pero lleva más de dos años contigo y he visto con mis propios ojos lo que siente por ti, lo que te admira y lo feliz que es a tu lado. Dale el beneficio de la duda o, al menos, un voto de confianza, por el amor de Dios.

La miró y asintió, intentando convencerse de eso, y una imagen de Rose feliz, riéndose a carcajadas, le llegó a la cabeza haciéndolo sonreír, porque no había una visión más hermosa en todo el universo que la de Rose Bowes-Lyon riéndose.

Por un segundo, percibió en la yema de los dedos el tacto de su piel de terciopelo, temblando de deseo o de placer, el sabor de su boca, de sus pechos, de su intimidad siempre generosa y dulce, de su ombligo diminuto, de sus besos apasionados, y se estremeció. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el pañuelo perfumado que le había regalado para que lo acompañara siempre, y lo olió pensando en que había tenido una idea prodigiosa con el gesto, porque igual era lo único que le quedaba de ella si no la volvía a ver.

—He visto a mi sobrina convertirse en una mujer adulta, segura y satisfecha —susurró Poppy pidiendo otros dos vasos de *whisky*—, y todo ha sido gracias a ti, Finn. Rose llegó a Nueva York destrozada y tú, no sé cómo, la recompusiste y la hiciste más fuerte.

—Yo no he hecho nada, ella es así.

—Es así, pero contigo es mejor y por eso sé que tú eres su hombre, el verdadero amor de su vida, y no habrá Archie Howard en el mundo que cambie eso. Toma… —Rebuscó en el bolso, sacó una carta y la deslizó por la mesa hacia él—. Te escribió esto antes de zarpar.

—Gracias.

La miró, la cogió, la hizo girar entre los dedos y, finalmente, volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿No vas a leerla?

—No.

—¿Por qué?

—No puedo.

—Al menos envíale un cable al barco, seguro que se alegra de…

—Dejaré a Rose el espacio que ahora necesita, Poppy.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Ella está volviendo a su mundo, a su país, a su gente, a Archie, y yo no pienso interponerme.

—Su mundo es este.

—No, amiga, su mundo es Inglaterra, sus amigos aristócratas, sus castillos y sus títulos, su tratamiento de lady y sus compromisos familiares, el té de la cinco y sus cenas con el rey, la Temporada y los veranos en la campiña. Ese es su mundo, aunque a nosotros se nos haya olvidado.

—Rose es medio americana y, hoy por hoy, es más neoyorquina que la estatua de la Libertad.

—Sea como sea, yo la quiero, por lo tanto, no seré yo el que la condicione, la presione o se lo ponga más difícil. —Levantó la vista pidiendo al camarero la botella de *whisky* entera y sonrió a Poppy Belmont con amargura—. Es muy doloroso, Poppy, pero creo que me toca dar un paso atrás y dejarla sola.

20

Olió la bufanda de Finn, que había sido lo único que había encontrado de él antes de coger el barco, y cerró los ojos aspirando su aroma tan personal, tan cálido y familiar, tan suyo, tan amado… y, de inmediato, abandonó la *suite* del RSM Mauretania y su mente la llevó a su pisito de soltero en Washington Square, donde tantas veces lo había observado dormir tranquilo, caminar desnudo por el cuarto, canturreando mientras leía el periódico, dándose un baño o, lo que más la había fascinado desde el principio, afeitándose delante de un espejo, porque nunca en su vida había visto a un hombre afeitarse solo.

Todos los hombres de su entorno, desde su padre, pasando por su hermano e, incluso, el propio Archie, solían contar con asistencia profesional para ese tipo de menesteres. Siempre había existido un ayuda de cámara que los afeitaba cada mañana con parsimonia antes de ayudarlos a vestirse. Por eso, espiar a Finn mientras se afeitaba solo, con el torso desnudo delante del espejo de su cuarto de baño, le resultaba tan fascinante, y solía esperar el momento con anhelo cada mañana que despertaba en su casa, aunque nunca se lo había dicho porque a veces le daba un poco de vergüenza ser tan infantil y conocer tan poco de la vida.

Por fortuna, no le importaba nada que tuviera tan poca experiencia en tantos ámbitos de la vida, de la «vida normal» subrayaba él, que se moría de la risa cuando le contaba su niñez rodeada de institutrices y doncellas para todo, o su juventud asistiendo a puestas de largo delante de los reyes en Buckingham Palace, o a fiestas de verano en los castillos más hermosos de Inglaterra, o a cacerías en las que solo actuaba como compañía de algún caballero, porque jamás la dejaban tocar un arma, o como montaba a horcajadas, escondida, porque a una dama no se le permitía semejante disparate; o como su niñera la hacía recitar desde los cuatro años su árbol genealógico y los títulos nobiliarios de todos sus antepasados.

Finn se lo tomaba a risa y la hacía repetir el linaje de tíos y tías a los que ni siquiera conocía y se volvía a reír cuando le explicaba el tratamiento correspondiente a cada título o las reglas básicas de protocolo, como cuándo y cómo hablar delante del rey, cómo y cuándo pedir el té, cómo tratar al servicio o, incluso, cómo caminar por la calle.

—Una dama camina recta y por el interior de la acera, no mueve los brazos mientras camina, ni come por la calle, ni juega con la sombrilla, ni habla en voz alta, ni se ríe a carcajadas, ni…

Le había explicado una mañana y él se había quedado mudo antes de echarse a reír sin parar hasta que se había levantado, la había abrazado y le había prometido que nunca más iba a tener que seguir ninguna regla estúpida que no quisiera seguir, y habían acabado haciendo el amor encima de la mesa del desayuno, tirando todo por el suelo, y Rose pensando que nunca había sido tan libre como en ese momento de su vida.

—Rose, ¿estás lista?

Su madre entró radiante en el camarote, vestida de lila y blanco, y Rose la miró a través del espejo del tocador, se levantó y asintió mirando su baúl preparado.

—Sí, ya está todo.

—Pasad, por favor.

Violet dejó entrar a los mozos del equipaje para que retiraran el baúl y lo llevaran a la zona de descarga, y luego la observó de arriba abajo.

—¿Estás nerviosa?

—No especialmente.

—Pues yo sí estoy nerviosa, me he levantado con un nudo raro en el estómago, será por culpa de Catherine —masculló y luego miró la hora—. Vamos, cielo, atracamos en quince minutos. Dicky y Anna ya están disfrutando de la entrada al puerto en la cubierta principal.

Rose respiró hondo, echó un último vistazo al camarote donde había pasado la mayor parte de los diez días que había durado la travesía y salió al pasillo pensando en Catherine, que el día anterior

les había mandado un cable de lo más críptico donde les pedía comprensión y mucho amor, algo que había puesto de los nervios a Anna y que su madre tampoco se había tomado muy bien, aunque ella, que conocía muy bien a Catherine Howard, ahora Sajonia-Coburgo-Gotha, había traducido como un giro más de su candoroso e infantil carácter.

Llegó a la cubierta principal del RSM Mauretania, donde los oficiales estaban despidiéndose personalmente de sus ilustres pasajeros, y se apoyó en la barandilla para admirar el puerto de Liverpool que, como todos los puertos, no era bonito ni acogedor, pero sí era inmenso e imponente, y, cómo no, pensó en Finn, que no le había mandado ni una sola línea al barco, a pesar de que Poppy y los demás sí lo habían hecho, y se le contrajo el estómago asumiendo que estaría muy enfadado y dolido con ella por lo que estaba haciendo.

—¡Rose!, ¡Rose! —Una embarazadísima Catherine se le acercó con los brazos abiertos en el muelle y Rose corrió y la abrazó muy fuerte, viendo que a su espalda traía un pequeño ejército de sirvientes.

—¡Dios mío!, estás preciosa, mírate. —Le tocó el pelo corto y ahogó un sollozo antes de mirar a su madre.

—Condesa, qué alegría verla. —Hizo una pequeña genuflexión y saludó a Violet con la ceremonia habitual.

—Ven aquí y dame un abrazo, Cath, qué guapa estás. Te presento a mi marido, Richard Rothschild, aunque todos le llamamos Dicky.

—Encantada, señor Rothschild, bienvenido a Inglaterra. Anna, ¿cómo estás? —Se acercó a saludar a Anna y luego ordenó a su séquito que se ocuparan del equipaje—. ¿Vamos a los coches?, aún tenemos un trecho hasta llegar a Blackpool y nos están esperando.

—¿Cómo está Archie? —preguntó Rose cogiéndola por el brazo, sintiendo, de repente, mucha ansiedad por verlo, y Catherine bajó la cabeza y se echó a llorar a borbotones, así que temiéndose lo peor,

detuvo el paso y la obligó a mirarla a la cara, aunque ella se resistía —. ¿Qué pasa, Cath?

—No, mi madre dijo que no te dijera nada hasta llegar al castillo.

—¿Qué está pasando, Catherine? —inquirió Violet muy seria y ella las miró sollozando y negó con la cabeza—. Sigue vivo, ¿no?

—Mamá, por el amor de Dios. —Rose la miró con los ojos muy abiertos y luego se acercó a su amiga y le acarició los brazos para serenarla—. Vamos, cariño, dinos qué está pasado, hemos cruzado un océano para…

—Ha perdido una pierna y parece otro, está muy cambiado.

—Jesucristo.

Rose sintió cómo literalmente se le caía el alma a los pies, pensando en un Archie inválido, cuando había sido el chico más ágil, deportista y activo que conocía, y le dolió el corazón, se sintió fatal por él y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero, de inmediato, se recompuso viendo, además, el semblante desolado de su madre, y trató de apaciguar las cosas.

—Es terrible, Cath, pero ha sobrevivido a una guerra y ha estado perdido durante cuatro años, supongo que podemos dar gracias a Dios de…

—Está casado, Rose, lo encontraron casado con una campesina francesa.

Oír aquello paralizó el tiempo y el espacio. Los oídos le pitaron y se mareó un poco, porque ni se le había pasado por la cabeza esa posibilidad, aunque llevaba diez días desmenuzando todas las opciones posibles en su reencuentro, y miró a su madre, descompuesta, pero también aliviada, muy aliviada, porque, egoístamente, esa novedad era un milagro más que llegaba para liberarla en el momento justo.

—¡¿Cómo que está casado?! —ladró Violet y Catherine volvió a echarse a llorar.

—Se casó con la hija de los campesinos que lo rescataron, ha vivido con ellos cuatro años y encima, encima… tiene un hijo que se

llama Pierre… ¡Pierre! A mi madre casi la mata del disgusto. Y ella…, la muchacha, vuelve a estar embarazada.

—De acuerdo, tranquilicémonos.

Rose las cogió a las dos y se las llevó hacia los coches, porque ya empezaban a llamar la atención de todo el puerto, y las metió en el primer vehículo pidiéndole a Dicky y a Anna que las siguieran en el segundo, se sentó junto a Catherine y le acarició la mano.

—Primero respira y serénate, Cath, ¿para cuándo está previsto tu parto?

—Dentro de dos meses.

—Muy bien, entonces estas emociones no son buenas, no queremos que des a luz antes de tiempo. ¿Me permites? —Le palpó la tripa y percibió que estaba tensa, pero aparentemente no eran contracciones—. Lo primero tu salud, ¿me oyes?, tranquila.

El resto del trayecto lo hicieron prácticamente en silencio. Gracias a Dios, Blackpool no estaba muy lejos de Liverpool y antes de dos horas estaban entrando por las puertas de la propiedad con una Catherine más relajada, dormitando, después de llorar y soltar frases inconexas sobre campesinas francesas pobres, bebés morenos, nombres inadecuados y monumentales peleas familiares que Rose escuchó sin intervenir, mirando de cuando en cuando a su madre, a la que nunca había visto tan desencajada, y procurando tranquilizarse también, porque, objetivamente, aquel escenario era funesto, pero lo era sobre todo para el pobre Archie, que llevaría días lidiando con su familia e intentando poner orden en su vida.

Durante el viaje rezó por él y pensó en Finn, en su amor, en su relación, en la universidad y en el hospital, en su bonita e intensa vida en Manhattan, en la suerte que ella sí había tenido, porque todo era posible en Nueva York, como solía decir Poppy, y, cuando finalmente llegaron a Blackpool y un lacayo corrió para abrirle la puerta del coche, lo único que tenía claro en la cabeza era que iba a resolver inmediatamente su situación con Archie. Por su parte, lo iba a liberar de cualquier compromiso, lo iba a tranquilizar y, después,

cuando todo estuviera claro, iba a volver a Liverpool e iba a coger el primer barco que la llevara de vuelta a casa.

—¡Dios santísimo!, mírate, Rosie, mírate. —El duque de Blackpool en persona, rodeado por sus sirvientes en perfecta formación, se le acercó solícito y le sujetó las dos manos antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla.

—Ya estás hecha toda una mujer.

—Una mujer deslumbrante —comentó Victoria, la duquesa, acercándose también para admirar su ropa, su pelo y todos los detalles de su vestimenta—. Preciosa, es evidente que Nueva York te ha sentado estupendamente, querida. ¡Violet!

Exclamó, descubriendo la presencia de su madre, y la saludó con grandes aspavientos, a ella y al elegante Dicky Rothschild, que se entregó a las presentaciones con su encanto habitual, sonriendo y contestando con su acento americano a las preguntas de rigor, hasta que Rose, inquieta, miró a su alrededor y a lo lejos divisó la figura de un hombre que caminaba con muletas hacia ellos.

Le faltaba una pierna, iba vestido con un pantalón sencillo y en mangas de camisa, y su ondulado pelo rubio brillaba como siempre, como antes, y las lágrimas le subieron a la garganta. Instantáneamente se olvidó de todos los demás, y de las buenas maneras, le entregó el bolso a Anna y corrió hacia él todo lo rápido que pudo, se le acercó llorando y, cuando lo tuvo a mano, saltó y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios —repetía entre sollozos, agarrada a su cuello, sin poder separarse de él, hasta que Archie la obligó a apartarse para mirarla a los ojos.

—Mi Rose, mi amada y dulce Rose.

—Esto es un milagro. —Ella le acarició la cara y las pestañas, comprobando que tenía muchas arruguitas alrededor de los ojos azules y él le besó los dedos—. No me puedo creer que esto esté ocurriendo, ¿de verdad no estoy soñando?

—No, cielo, es verdad.

—Madre mía, cuánto te he echado de menos.

Volvió a abrazarlo muy fuerte y él le acarició el pelo y la espalda esperando que se calmara, mucho rato, sin decir nada, y ella, de pronto, recordó lo que estaba pasando, lo soltó y le besó la mano mirándolo a los ojos.

—Sé que te has casado y que tienes un hijo, Cath no pudo callarse. No quiero que te preocupes por mí, estoy bien, lo entiendo, lo comprendo y no me estás haciendo daño. ¿De acuerdo? ¿Archie? Mírame, cariño.

Él tragó saliva, miró al cielo y se derrumbó, incluso se dobló en un quejido profundo, desgarrado, la cogió con el brazo libre, la estrujó contra su pecho y se echó a llorar.

—Sabía que estarías de mi parte, lo sabía, Rosie, por eso te quiero tanto —le susurró pegado a su oído y ella buscó sus ojos y le acarició el pelo, descubriendo que tenía una hendidura justo sobre la sien. Una cicatriz muy fea que evidenciaba una herida gravísima y mortal de necesitad. Se la acarició con la yema de los dedos y él sonrió.

—Era un tiro de gracia, pero lo hizo un crío alemán con muy mala puntería y erró de pleno.

—Jesucristo.

—La bala entró y salió, pero me provocó ceguera temporal y la dichosa pérdida de memoria de más de tres años, casi cuatro, a decir verdad.

—¿Te ha visto algún médico?

—Sí, mis padres me llevaron a un especialista nada más pisar Inglaterra, aunque ahora podrías tratarme tú. —Le pellizcó la mejilla y le sonrió con sus ojos claros tan bonitos—. Mi hermana dice que ya estás haciendo las prácticas en el Bellevue Hospital de Nueva York.

—Sí, al terminar tercero hemos empezado las prácticas como internos, ya te contaré.

—Mi doctora Bowes-Lyon.

—Cuando algún día, alguien en el hospital me llame doctora Bowes-Lyon y no señorita, te avisaré. —Se echó a reír y él movió la cabeza.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Yo sí que estoy muy orgullosa de ti. Mírate, todo un padre de familia.

—Con una pierna menos, pero sí.

—¿Para qué quieres dos piernas si tienes una muleta? — bromeó y volvió a abrazarlo—. Espero que a tu esposa no le importe que te abrace porque no pienso dejar de tocarte hasta que me convenza de que eres tú de verdad.

—No creo que le importe.

—¿Cómo se llama?

—Angelique.

—¿Está aquí o se quedó en Francia?

—Mis padres quería abandonarla en Francia, pero no lo consiguieron. Está arriba, en mi cuarto, todo esto la tiene un poco abrumada.

Miró elocuentemente a su alrededor y Rose giró hacia la casa donde todo el mundo seguía junto a los coches sin moverse, espiándolos descaradamente, y se quedó mirándolos hasta que alguien los invitó a entrar en el castillo y desaparecieron del jardín.

—¿Cómo que querían abandonarla en Francia? —Se volvió hacia Archie y él levantó las cejas.

—Con la ley en la mano, mi matrimonio es nulo, porque lo contraje en ausencia de mis facultades mentales plenas, más bien todo lo contrario, y sus abogados y ellos alegaron eso para pretender que cogiera mi petate y dejara a Angelique y a Pierre solos y a su suerte en Rennes.

—No me lo puedo creer.

—¿Por qué crees que te mandaron llamar tan rápido? Su intención es que tu familia reclame el compromiso adquirido y me case contigo.

—Yo nunca te pediría eso.

—Se lo dije, pero ellos insisten en que es la ley, que las capitulaciones las firmó el rey y que tu madre, que es una fiera, no va a permitir que no cumpla con mi palabra.

—Qué poco nos conocen a ti y a mí, Archie.

—Todo el mundo me ha dicho que mis padres no se comportaron muy bien contigo cuando creyeron que yo había muerto.

—Ya da igual, no hablemos de eso. Ahora tengo que contarte algo mucho más importante.

—¿No te habrás casado también?

—Aún no, pero estoy enamorada de un hombre increíble.

—¡Madre mía! Cath dice que había oído rumores en Londres.

—No sé cómo, porque lo sabe muy poca gente.

—¿Quién es el afortunado?

—Se llama Finn, Finn Farrell, es médico, de Boston y…

—¿Finn?, ¿cómo Finn Mac Cumaill?

—¿Sabes quién es Finn Mac Cumaill?

—Claro, tuvimos una niñera irlandesa, ¿no te acuerdas de la señora O'Reilly?, hablaba mucho de Finn Mac Cumaill y de los fenianos cuando no estaba mi madre delante.

—¿En serio?

Recordó someramente a esa mujer tan cariñosa, y él le hizo un gesto con la cabeza para caminar juntos hacia la casa.

—¿O sea que un americano irlandés?

—Bostoniano, irlandés, feniano y republicano. Participó en el Alzamiento de Pascua y estuvo detenido en Kilmainham.

—¡Ja! —soltó Archie muerto de la risa—. Me va a encantar ver la cara de mi padre cuando oiga eso.

—No tengo ningún interés en hablar de mi vida privada con tu padre. En todo caso, —paró el paso y buscó sus ojos—, quiero que sepas que, aunque Finn no estuviera en mi vida, yo, jamás, jamás, te hubiese reclamado matrimonio conociendo la existencia de Angelique.

—Lo sé, Rose, te conozco mejor que nadie en el mundo.

—Me alegro. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Perfecto, ahora ayúdame a subir a mi cuarto, quiero presentarte a mi preciosa mujer y a nuestro precioso hijo. Angelique

lleva todo el día inquieta, nerviosa por conocerte y por descubrir qué iba a pasar cuando llegaras, aunque yo ya le había advertido que no pasaría nada y que te alegrarías por nosotros.

—Me muero por conocerla, Archie.

—Y yo porque la conozcas, Rosie.

21

—Hicieron un gran trabajo.

Admiró con ojo profesional el corte perfecto debajo de la rótula y el aspecto inmejorable de la amputación que había dejado a Archie Howard sin la parte inferior de su pierna izquierda, y, luego, lo miró a los ojos. Él, que estaba sentado en el césped apoyado en su árbol de siempre, disfrutando de la soleada mañana de finales de agosto mientras su mujer y su hijo jugaban a muy corta distancia, asintió y se bajó el pantalón para ocultarla.

—Tuve suerte de que mi superior, el gran oficial médico Alec Waterhouse, estuviera cerca y pudiera operarme.

—¿Recuerdas algo de eso?

—Muy poco. Recuerdo que estábamos atendiendo a unos soldados heridos, que de pronto cayó fuego de contrabatería y poco más. Lo siguiente fue despertar en la enfermería mientras me ponían la escasa morfina disponible para cortarme la pierna.

—Madre mía, Archie.

Se puso la mano en el pecho, sintiendo en carne propia parte de ese dolor y él le pellizcó la mejilla y le sonrió indicándole con la cabeza al pequeño Pierre, que tenía dos años y corría tan feliz por el césped perfecto y cuidado del jardín.

—Tiene mucha energía, es incansable.

—Es precioso.

Rose lo observó con ternura, porque era cierto que Pierre era un pequeño guapísimo, morenito y de ojos oscuros como su madre, muy despierto y risueño, y desvió los ojos hacia ella, hacia Angelique, el ángel de la guarda y la esposa de Archie, una belleza francesa arrebatadora y muy agradable que se veía como pez fuera del agua en ese escenario.

—¿Cómo llegaste a conocer a Angelique?

—En plena batalla de Somme los alemanes alcanzaron nuestro emplazamiento en la retaguardia, arrasaron la enfermería, dónde me encontraba yo recuperándome de la amputación, y nos regalaron un

tiro de gracia a los más graves. Como te expliqué ayer, a mí me tocó un crío alemán sin puntería que me alcanzó la cabeza, pero que no logró matarme. Eso es lo último que recuerdo: cerrar los ojos, oyendo gritos en alemán y rogar a Dios porque acabara pronto, sin embargo, no acabó. Tiempo después desperté en Boves, que es un pueblecito cercano a Amiens, donde me habían trasladado el padre y el tío sacerdote de Angelique, que se dedicaban a rescatar soldados heridos por los campos arrasados del Somme.

—Caray.

—Sí, salvaron muchas vidas, aunque en mi caso apenas fui consciente porque tardé mucho tiempo en darme cuenta de que era un soldado inglés herido en la guerra.

—¿Recuerdas en qué pensabas?, ¿qué se te pasaba por la cabeza?

—Pensaba en sobrevivir, solo quería comer y beber y ponerme de pie, nada más, era todo muy básico, aunque a veces me venían imágenes inconexas de personas, lugares o animales. Hoy puedo traducir que te veía a ti, a mis hermanos, a los perros de mi madre, a Thor galopando por la campiña, Cambridge. No sé, era todo muy raro, como en sueños, y encima hablaba francés todo el tiempo, con lo cual no lograba situarme de verdad.

—Las clases de francés de *mademoiselle* Courtois al fin fueron útiles.

—Totalmente. —sonrió—. No sé qué mecanismo extraño me regía, porque no podía recordar mi nombre, ni de dónde venía, pero sí hablaba francés con fluidez. La mente humana es un misterio, Rose.

—¿No llevabas ninguna identificación?

—No, aunque el tío de Angelique escribió varias cartas al mando del Somme e incluso al Estado Mayor en Londres, describiéndome a mí y mi situación, fue imposible identificarme y, al final, ya con la guerra en su punto álgido, ni siquiera le respondían, así que me quedé en el limbo hasta hace unos seis meses, cuando empecé a tener recuerdos más concretos y empecé a comunicarme en inglés.

Un día escribí en inglés varias líneas y ese fue el principio del fin. Dos meses después, me encontré con un antiguo camarada de Cambridge en el pueblo, me reconoció, se acercó y me llamó por el nombre. Fue como una tormenta, Rose, una verdadera tempestad de sentimientos y recuerdos… y…

Se quedó en silencio, absorto en sus pensamientos y Rose lo observó sin intervenir, porque no quería agobiarlo, y se limitó a mirar sus ojos claros y las cicatrices de su cara, su cuerpo frágil, que parecía soportar el peso del universo entero sobre sus escasos veintiséis años.

—A saber a quién enterraron en mi tumba.

—¿Y cómo te llamaban Angelique y su familia?

—Pierre, por eso el pequeño se llama Pierre.

—Claro, tiene lógica.

—Tienes que ayudarme a traer un abogado independiente, Rosie —cambió de tema de forma radical y ella asintió—. Necesito un letrado ajeno a los Blackpool, tu padrastro me habló ayer del suyo en Londres, llámalo por mí y dile que necesito que venga a verme inmediatamente, por favor. Necesito que me proteja a mí y a mi familia.

—Por supuesto, en cuanto Dicky y mi madre vuelvan de su paseo a caballo, le pediré sus datos.

—Llámalo desde el pueblo, no desde aquí, ¿de acuerdo?

—¿Qué está pasando, Archie?

—Cuando Tony Cavendish, mi camarada de Cambridge, me encontró en Boves, escribió inmediatamente a mi familia con las novedades. Al principio, ellos no dieron mucho crédito a sus palabras, así que decidió venir hasta aquí para hablar con mi padre personalmente y fue solo entonces cuando envió a sir Richardson, el abogado de la familia, a reconocerme. El tipo llegó al pueblo, me identificó y llamó en seguida a mis padres con la filiación positiva y ellos, en lugar de alegrarse, cuando se enteraron de la situación familiar que yo tenía, le ordenaron sacarme a la fuerza de Francia, y sin Angelique, por supuesto.

—Madre mía.

—Me llenó la cabeza de argumentos. Alegó que en mi sano juicio jamás me hubiese casado con ella, que estaba comprometido contigo, que no era legal, que era un error y se atrevió a intimidarla a mis espaldas.

—No me extraña nada del tal Richardson.

—De nada sirvió que le explicara que lo que sentía por ella no había cambiado al recuperar la memoria, que seguía siendo la mujer que amaba, mi esposa y la madre de mi hijo, que…

—Te entiendo perfectamente. —Estiró la mano y acarició la suya para tranquilizarlo.

—Ante mi reacción, se personaron mis padres y trataron de comprar a mi familia política y, cuando eso tampoco funcionó, accedieron a traernos a los tres a casa, pero se pasaron todo el viaje recordándome mi compromiso contigo.

—Es inadmisible, Archie, no…

—Yo solo repetía que tú lo entenderías —la interrumpió—, que no me fallarías porque eres la chica más lista que conozco y porque sé que me quieres de verdad.

—Por supuesto.

—Tengo que casarme aquí o hacer oficial el matrimonio francés y reconocer a Pierre como mi heredero, Rose. Necesito proteger a mi familia porque no sé ni en qué situación legal se encuentran ahora mismo, y nadie de mi entorno quiere ayudarme, al contrario, solo repiten que mi boda es nula, que Angelique se casó conmigo aprovechándose de mi situación vulnerable, que el rey jamás dará legalidad a mi boda, que el niño puede que no sea ni mío, etc. Es urgente, muy urgente, que un abogado imparcial me informe y se ocupe de todo esto.

—Voy a ir a buscar a Dicky en seguida, le pediré a Jason que me ensille un caballo —Se levantó de un salto para correr hacia las caballerizas, pero Archie la sujetó.

—Angelique está aterrorizada, ya has visto cómo la ignoran y la ningunean, y yo, en esta maldita situación, —se señaló las piernas

con desesperación—, no me siento capaz de luchar contra ellos, estoy agotado, Rosie y…

—No te preocupes por eso, Archie —lo interrumpió, sonriendo—. Yo sí me siento capaz de luchar por ti y, además, será un placer enfrentarme a tu familia.

—Sólo tú puedes hacerlo.

—Pero… ¿estás seguro de querer quedarte aquí?

—¿Adónde voy a ir?, en Boves no tenemos futuro.

—A Nueva York, allí puedes acabar la carrera y criar a tu familia en la libertad de un país nuevo y lleno de oportunidades.

—Lo tendré en cuenta, pero antes quiero resolver mi situación legal, al fin y al cabo, yo nací y fui criado para heredar este maldito ducado, y mi hijo tiene unos derechos que no permitiré que se le arrebaten.

—Tienes toda la razón. Voy a buscar a Dicky, ahora vuelvo.

Le besó la cabeza, se despidió de Angelique y de Pierre con la mano y corrió hacia la casa con el corazón saltándole en el pecho, furiosa, con ganas de matar a alguien, pero, en el fondo, muy feliz de encontrarse allí, de haber viajado a Inglaterra para poder estar al lado de Archie cuando más la necesitaba.

Pasó por las caballerizas para pedir que le ensillaran un caballo, entró corriendo en la casa, confiando en que Catherine pudiera dejarle ropa de montar, pero, antes de pisar el primer peldaño de la escalera, Victoria Howard, la madre de Archie, la llamó por la espalda y le indicó la biblioteca con la cabeza.

—Tenemos que hablar, cariño, acompáñame, por favor.

—Ahora no puedo, lady Blackpool, quizá más tarde.

—No, Rose, por favor. No me hagas suplicar.

Se le acercó con ojos llorosos y ella se detuvo y se cruzó de brazos para oír lo que tuviera que decir, pero sin intenciones de acompañarla a ninguna parte.

—¿Qué tal estás viendo a Archie?

—Vivo, que ya es bastante.

—Me refiero a su salud, querida. Los médicos dicen que está desnutrido, que le faltan vitaminas y minerales, que tiene anemia y que por eso parece tan agotado. Lo cierto es que tiene ausencias y me asusta verlo tan frágil. No se parece en nada al Archie que conocíamos.

—La mayoría de los supervivientes de la guerra han regresado a casa en muy malas condiciones, agotados y débiles. Las ausencias son normales, porque el daño psicológico es incalculable. Además, Archie ha perdido una pierna, recibió un tiro en la cabeza y ha sufrido casi cuatro años de amnesia, le costará mucho volver a ser el mismo. Seguramente, nunca vuelva a serlo.

—No me digas lo que ya me dicen sus médicos, háblame como su prometida, Rose.

—Yo ya no soy su prometida, milady, Archie está casado con Angelique.

—Eso es una barbaridad, es…

—Es la verdad y si no quieren perder otra vez a su hijo, deberían empezar a apoyarlo, a aceptar a su familia y dejarlo vivir en paz.

—Esa mujer no encaja aquí, apenas sabe leer y escribir, sus padres son analfabetos, unos campesinos analfabetos. no traía ni ropa, ni zapatos. No sabe ni coger un tenedor… ¡Rose!

Rose, a la segunda frase, le dio la espalda para subir la escalera, pero lady Blackpool la siguió y la detuvo sujetándola por el brazo.

—Rosie, te queremos, has sido siempre una hija para nosotros, te hemos visto crecer, no nos falles ahora.

—¿Qué quiere de mí, duquesa?

—Qué reclames lo que es tuyo, es evidente que seguís enamorados.

—Archie, al que quiero y respeto, ha sufrido lo indecible y encontró el calor y el cuidado de esos campesinos analfabetos, como usted se atreve a llamarlos, en Francia. Gracias a ellos sobrevivió, gracias a Angelique se recuperó y gracias a todos ellos hoy lo tenemos ahí fuera tomando el sol. No sea tan mezquina, lady

Victoria, y acepte la decisión de su hijo, que es feliz con su mujer y su pequeño.

—¡¿Cómo te atreves a hablarme así?!

—¡¿Cómo se atreve usted a tratar así a Archie y a su nieto?! Es una vergüenza que no sea capaz ni de mirarlo a la cara.

—Está bien, está bien… —Contra todo pronóstico, la duquesa de Blackpool, en lugar de enviarla encadenada a la Torre de Londres, reculó y forzó una sonrisa beatífica antes de volver a buscar sus ojos —. Soy consciente de que sir Richardson y el duque no fueron muy generosos y amables contigo, querida. Sé que, tras el funeral de Archie, no se comportaron demasiado bien con vosotras, pero recuerda que yo estaba enferma de dolor durante aquellos días y que no intervine en ninguna de sus decisiones. No me culpes a mí de lo que pasó, no nos culpes a ninguno por fallarte o incluso ofenderte en medio de una situación tan dolorosa. Si hace falta, te pido perdón de rodillas, Rose, pero, por favor, te lo suplico, no nos des la espalda ahora y ayúdanos a recuperar a Archie, solo tú puedes hacer que entre en razón.

—Se comportaron de la peor forma posible, en el peor momento de mi vida, pero ahora no se trata de mí, se trata de Archie y su felicidad, y no seré yo la que se la arrebate. No soy tan egoísta ni tan mala persona.

La miró con todo el desprecio que pudo reunir y Victoria Howard dio un paso atrás, escandalizada, pero no le importó, la ignoró e hizo amago de subir las escaleras, sin embargo, la voz de su madre la detuvo desde el vestíbulo y ella la miró alegrándose de no tener que salir al campo a buscarlos.

—¡Hola a todos!, ya estamos de vuelta. Buenos días, Victoria, me muero por una taza de té, podría…

Rose se le acercó abriendo mucho los ojos y le cogió la mano viendo como la duquesa ni los miraba, ni respondía a su saludo, y se perdía dentro de la casa airada y blasfemando por lo bajo.

—Mamá, creo que ha llegado la hora de que nos vayamos. Aquí no pintamos nada, aunque yo me quedaré en el pueblo unos días

porque aún tengo que hacer algunas gestiones para Archie.

—¿De qué estás hablando?, Dicky y Gregory han hecho muy buenas migas y solo llevamos aquí veinticuatro horas.

—La duquesa no querrá verme durante una larga temporada.

—¿Por qué?, ¿qué le has hecho?

—Yo nada, ella me lo ha hecho a mí insinuando que me interponga entre Archie y su mujer y lo obligue a dejarla. ¿Dónde está Dicky?

—Madre mía, Rose…

—No quiero tu opinión, por favor, solo dime dónde está tu marido.

—En las caballerizas, mirando unos potrillos que quiere comprar.

—Genial, gracias. Ve preparando el equipaje.

—No teníamos previsto viajar a Londres tan pronto, queríamos…

—Tú hazme caso, por favor —la interrumpió, le dio un beso en la mejilla y voló de vuelta a las caballerizas para pedir a Dicky los datos de su abogado. Con algo de suerte, antes de media hora podría llamarlo desde el pueblo y pedirle que llegara a Lancashire al día siguiente.

Entró en los establos buscando a su padrastro con los ojos y, de repente, se sintió muy feliz, muy poderosa, porque al fin, tras años y años de buena educación y obediencia ciega, había plantado cara a la insufrible duquesa de Blackpool, la mujer más veleidosa y dominante con la que había tratado nunca.

22

—¡Lady Rose, qué alegría verla! —exclamó la señora Smith, la encargada de la estafeta de correos.

Rose le sonrió dejando sobre el mostrador una carta para Poppy, otra para el profesor Robertson del Bellevue Hospital, y unas líneas para enviar otro telegrama a Finn, y ya iban cuatro desde que había zarpado de Nueva York.

—Igualmente, señora Smith, ¿cómo está su marido?

—Anda, pero si ya habla como una americana.

—Creo que no, pero seguro que se me ha pegado un poquito del acento.

—¿Cuánto tiempo lleva ya en Nueva York, milady?

—Casi cuatro años. ¿Podría enviar este telegrama, por favor?

—Claro.

Le dio la espalda para llevar la nota al telegrafista y Rose giró para observar con atención la oficina de correos de Blackpool, ese pueblecito donde había pasado muchos veranos de su infancia y también de su adolescencia, porque desde los dieciséis años había pasado más tiempo allí que en Yorkshire.

—Mira, Jonathan, mira lady Rose que cambiada está, con el pelo corto y todo, parece una americana —comentó la señora Smith acercándose otra vez al mostrador acompañada por su marido, y Rose les sonrió con afecto, porque, en realidad, los conocía de toda la vida. Miró al señor Smith y él frunció el ceño.

—¿Cómo está, señor Smith?, lo veo muy bien.

—¿Qué tal en Nueva York, milady?, ¿es tan grande cómo cuentan?

—Mucho más, es una ciudad impresionante.

—No será más grande que Londres.

—Bueno, no sé yo. ¿Cómo están sus hijas?

—Todas casadas y criando. Lilibeth trabaja con nosotros los fines de semana.

—Me alegro, mándele recuerdos. ¿Cuánto le debo?

—No mucho. —Anotó el importe en un papel y se lo enseñó dejándolo sobre la mesa—. Entonces, ¿ahora la veremos más a menudo por aquí, milady?

—Solo unos días más, en cuanto pueda, me vuelvo a Nueva York, tengo trabajo y estudios con los que cumplir allí.

—¿No se queda con milord? Ya que gracias a Dios ha aparecido vivo, no nos harán esperar mucho más para celebrar una bonita boda, ¿no?

—¿Qué boda?, lord Archie contrajo matrimonio en Francia hace tres años, ha vuelto a casa con su esposa y su hijo. ¿No lo sabían?

—No…

Soltaron los dos con la boca abierta y Rose sonrió internamente porque sabía que decírselo a ellos era como contárselo a todo el pueblo de una vez, y cogió las monedas del cambio antes de girar hacia la puerta.

—Pues su excelencia le pidió al reverendo que fuera preparando la iglesia para…

—Seguro que es un error. Archie y su esposa, lady Angelique, ya están casados, a lo mejor se refería al bautizo de su próximo nieto que nacerá en noviembre.

—Será eso.

—Me alegra mucho haberlos visto, hasta luego.

Salió de la oficina de correos y buscó con los ojos a Dicky, que la había acompañado al pueblo para recoger a su abogado, el señor Mathew McAlley, el responsable de los asuntos de la familia Rothschild en el Reino Unido, que llegaba esa mañana en tren procedente de Londres.

Lo divisó al final de la calle, cerca del apeadero, y caminó hacia él viendo cómo estaba charlando muy animado con el doctor Morris y el reverendo Wilkins mientras se fumaba un cigarrillo y oía atento lo que le estaban contando. Rose se les acercó y saludó a sus acompañantes con una venia.

—Buenos días, caballeros.

—Milady, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias. Ya veo que han conocido a mi padrastro.

—Sí, sí, es fácil distinguir a un caballero foráneo en nuestras calles —comentó el reverendo Wilkins—, e imposible no acercarse a saludarlo.

—¿Qué tal en Nueva York, lady Rose? —le preguntó el doctor Morris—. Su padrastro nos estaba hablando de sus estudios de Medicina.

—Oh, sí, pues, muy bien, ya he pasado el ecuador de la carrera y hemos empezado las prácticas en el Bellevue Hospital de Manhattan.

—Prodigioso —soltó el reverendo realmente impresionado y Rose miró a Dicky y lo cogió del brazo.

—Si nos disculpan, caballeros, deberíamos acercarnos a la estación, el tren está a punto de llegar y…

—Claro, claro, buenos días. Disfrute de su estancia en Blackpool, señor Rothschild. Hasta luego, milady, salude a su madre de nuestra parte.

—Adiós, señores —se despidió Dicky tocándose el sombrero y luego la acompañó por la calle con su tranquilidad habitual.

—Me sorprende y me congratula conocer gente trabajadora en Inglaterra —bufó y Rose lo miró—. Llevo cuatro días tratando con nobles ociosos que preguntan cada dos horas: ¿y ahora qué hacemos? ¿Y ahora qué hacemos?, yo que tú trabajar, amigo.

—Es verdad. —Se echó a reír a carcajadas—. Un caballero no trabaja, ese es su lema.

—El de mi familia es: «El ojo del amo engorda el caballo».

—Me temo que un lord inglés no entenderá jamás el valor del trabajo, Dicky. —Le acarició el brazo.

—Y, de ese modo, han perdido patrimonios, títulos e inmensas fortunas familiares, por no arrimar el hombro como corresponde, y no lo digo por tu padre. —se detuvo con cara de disculpa y Rose sonrió.

—No te preocupes, Dicky, sé cómo era mi padre y sé que sin mi madre hubiese muerto en la indigencia. Era un hombre adorable, pero un completo desastre en la gestión de su patrimonio.

—Lo era, sí, y mira que era encantador William Bowes-Lyon, podría haber vendido arena en el desierto.

—¿A ti también te caía bien?

—Al principio, no, porque se había llevado a la chica más guapa de Nueva York, —le guiñó un ojo—, pero cuando lo llegabas a conocer bien, era imposible no sucumbir a su simpatía y su buena educación. Era un perfecto caballero.

—Lo sé.

Llegaron al apeadero y se encontraron una pizarra donde se anunciaba un retraso de diez minutos del tren procedente de Londres. Dicky señaló un banco junto a las vías y se sentaron allí en silencio. Él pensando en sus cosas, y ella en Archie, que no la había dejado marcharse de Blackpool, inquieto y preocupado por la situación de su familia.

A veces era desolador y angustioso comprobar lo frágil que se había vuelto, lo débil que estaba su salud física y mental, y solo por eso había accedido a quedarse en el castillo, para protegerlo de alguna manera, para hacerlo sentir seguro porque, según él, ella era la única persona en la que podía confiar. Afortunadamente, el duque tampoco había permitido que dejaran su casa tan pronto y la duquesa se había atrincherado en su dormitorio alegando que estaba indispuesta. Había desaparecido envuelta en sus vapores de láudano y eso había propiciado que ella pudiera ser más útil para Archie y Angelique, que era otra que penaba como un fantasma por los rincones.

—Dicky ¿qué harías tú con Archie?

—Sacarlo de ese castillo e ingresarlo en una casa de reposo —respondió sin dudarlo.

Rose, una vez más, agradeció el estilo directo, tan americano del marido de su madre. La misma personalidad de la que hacía gala Finn Farrell y que a ella cautivaba y deslumbraba tanto.

—No quiere ir a una casa de reposo, no quiere separarse de Angelique y Pierre, pero he pensado en llevarlos a Londres.

—Perfecto, mi familia tiene un edificio en Mayfair.

—Estaba pensando en nuestro piso de Belgravia, mi madre lo compró con parte del dinero que Archie me había dejado en herencia, con lo cual, moralmente hablando, es más suyo que mío.

—Violet habló con él de ese dinero y se negó en redondo a que lo restituyéramos. Dijo que era parte de la herencia de su abuela materna y que no encontraba mejor beneficiaria que tú. Así que olvídate de ese argumento para convencerlo de que se instale allí.

—Muy bien, no usaré ese argumento, pero tal vez pueda convencerlo de que es lo mejor para Angelique. Es más pequeño, es recogido y solo hay un ama de llaves y una doncella, se sentirá más a gusto, y, lo más importante, en Londres estarán lejos de su familia, al menos, hasta que se resuelva todo este asunto de su boda francesa. Yo me sentiría mejor sacándolos de aquí, así podría volver a Nueva York más tranquila.

—También podrían viajar contigo a Nueva York.

—Se lo he dicho, pero no quiere, no quiere marcharse de Inglaterra, ni renunciar a sus derechos o a los de su hijo por las presiones de su familia.

—Bueno, seguro que Mathew McAlley y su equipo lo ayudan a salir de este despropósito en seguida y, luego, ya decidirá.

—Dios te oiga, Dicky.

Cinco minutos después, Mathew McAlley y su asistente, Oliver Strand, descendieron del tren con sus maletines y sus trajes oscuros, y Rose intuyó de inmediato que estaban en buenas manos.

Ninguno de los dos tenía título nobiliario, ni familia de postín, ambos eran unos orgullosos burgueses de clase media, brillantes licenciados en Oxford, con una cartera de clientes deslumbrante y fama de despiadados, según Dicky Rothschild, que en el trayecto de camino a la casa los puso al día de la delicada situación de Archie, mientras Rose intentaba situarlos con respecto al duque de Blackpool y su forma de hacer las cosas.

Los dos, que aparentaban estar curtidos en batallas aún peores, tomaron nota de sus apuntes en silencio, hicieron algunas preguntas

y, cuando llegaron al castillo y se encontraron con Archie, se dirigieron a él como si lo conocieran de toda la vida.

—Estamos aquí para arbitrar entre su familia y usted, lord Blackpool, pero si no logramos un acuerdo satisfactorio, no dude de que usaremos todas las armas legales a nuestro alcance para protegerlo. Hemos venido a ayudarlo y a ofrecerle amparo legal, a usted, a su esposa y a su hijo, y no nos marcharemos de aquí sin una solución eficaz y rápida para ustedes ¿Podemos llamarlo, Archie, milord? —preguntó McAlley tras presentarse y Archie lo observó con ojos de alivio, se le acercó y le ofreció la mano.

—Por favor, se lo ruego, llámenme, Archie.

—Estupendo, ¿dónde podemos hablar?

—Si no les importa, vayamos al cenador del jardín, es el único sitio dónde no pueden escucharnos.

—Nos parece perfecto. ¿Tiene la documentación que le pedimos por teléfono?

—No me separo de ella. —Les entregó los papeles que se guardaba en la cinturilla de los pantalones y los dos asintieron.

—Muy bien, gracias.

—Rosie ¿puedes pedir que nos traigan algo de beber, por favor? Hace un poco de calor.

—Claro.

—Sí, es mejor que los dejemos a solas —apuntó Dicky despidiéndose con la mano y la acompañó hasta el recibidor del castillo antes de perderse por las escaleras para ir a buscar a Violet.

Rose le dijo adiós, bajó a las cocinas y localizó a la señora Hills, el ama de llaves, para pedirle que se ocupara de llevar algo de beber y unos refrigerios para Archie y sus invitados. Ella le contestó que lo hacía de inmediato, aprovechó para preguntarle por algunas preferencias culinarias de su padrastro, porque era evidente que no disfrutaba demasiado de la comida inglesa, y se entretuvo hablando con ella el tiempo suficiente para que Barrow, el mayordomo, apareciera en la zona del servicio, la pillara allí de cháchara y le dedicara una de sus célebres miradas de reprobación.

—Ya me voy, Barrow, solo han sido cinco minutos.

—No se trata de eso, milady, en realidad, la estaba buscando, su excelencia la espera en la biblioteca.

—¿A mí?, ¿está seguro?

Ni se molestó en responder, le lanzó otra de sus miradas elocuentes y le indicó la escalera. Ella se despidió de las chicas de la cocina y subió a toda prisa hasta el vestíbulo, caminó directa a la biblioteca y cuando abrió la puerta, se encontró con el duque y su abogado, el dichoso sir Richardson, de pie junto al escritorio principal.

—Pasa, pasa, Rose, llevamos un rato esperándote.

—¿Hay algún problema? —preguntó, oyendo como Barrow cerraba la puerta a su espalda y los dos le sonrieron.

—No, milady, solo queríamos hablar con usted —susurró Richardson.

—No sé de qué, yo no tengo nada que hablar con ustedes.

—Rose, siempre tan respondona, te pareces cada vez más a tu madre.

—¿Disculpe, milord?

—Es una broma, Rose, siéntate, por favor.

—Prefiero quedarme de pie.

—Ya hemos visto a los abogados londinenses que has traído para mi hijo.

—Archie me rogó que le buscara asistencia legal independiente.

—¿Y no podías consultarlo primero conmigo?

—No, milord, Archie cree que necesita ayuda para defender su situación y la de su esposa, precisamente, contra usted.

—No es su esposa, ese matrimonio es nulo —ladró Richardson—. Solo tiene un certificado parroquial sin valor legal en el Reino Unido. Ni siquiera aparece su nombre real en los papeles, es una burla absurda.

—Él se siente casado con ella y mantendrá su palabra de matrimonio, no sé por qué insisten en oponerse a sus deseos.

—Si no eres capaz de entenderlo, Rose, es que…

—Milady —lo interrumpió Richardson—, no queremos discutir con usted, solo queremos recordarle que su compromiso matrimonial con lord Archivald es sagrado, fue ratificado por su majestad, el rey Jorge V, el 20 de junio de 1914 y debería…

—¿Sagrado?, ¿y cómo es que se apresuraron tanto en quitarme el anillo de compromiso?

—Fueron las circunstancias, milady, lord Archibald, en teoría, había muerto y la joya pertenece al patrimonio Blackpool, teníamos que recuperarla. Seguro que lo entiende.

—Aunque hoy la hemos traído para ti.

El duque cogió el estuche con la sortija y se lo enseñó como quién enseña una muñeca a una niña de cinco años. Rose retrocedió con ganas de echarse a reír en sus caras, pero se contuvo y respiró hondo.

—Estupendo, ahora se la podrá dar a su nuera, seguro que Archie se alegra.

—No digas tonterías, esa mujer jamás tocará una sola joya de mi patrimonio, ni un penique, ni nada que represente a mi familia.

—Es la madre de su nieto.

—¡Maldita sea, Rose! No me obligues a recordarte tu compromiso con esta familia y tu dignidad como hija de un conde. Parece mentira que los Estados Unidos te haya transformado en una descastada sin principios, ni raíces, ni decoro, ni honor ninguno.

—Suficiente, yo me voy.

—Tiene una obligación legal con la familia Blackpool, lady Bowes-Lyon, y vamos a reclamarla legalmente. Si no cumple con su palabra y no se casa inmediatamente con lord Archibald, su familia se verá inmersa en el escándalo y el escarnio público, además de tener que pagar una cuantiosa multa por daños y perjuicios, porque…

—¿Cree que me importa, Richardson? Me importan un pimiento sus amenazas, haga lo que quiera.

—¡Rose! —Gregory Howard, el digno duque de Blackpool, dio dos zancadas y la detuvo antes de llegar a la puerta, ella lo miró a los ojos y se cruzó de brazos—. Te lo suplico, ya no por el compromiso

legal y las capitulaciones firmadas delante del rey, no, no apelo a eso, apelo a los años que hemos compartido, a nuestros lazos familiares, a nuestro pasado en común. Por el amor de Dios, Rose, no permitas que Archie arruine aún más su vida junto a una mujer que no está a su altura y que se casó con él siendo consciente de que no recordaba ni su nombre de pila.

—Milord, su hijo ama a su esposa y a su hijo, no le arrebate usted su derecho a ser feliz después de todo lo que ha sufrido. ¿No lo entiende?, a Archie le da igual en qué condiciones se casó con Angelique, él está enamorado de ella y eso no lo cambiará nadie, ni siquiera yo, que, por otra parte, jamás haría nada en su contra.

—Estás contribuyendo a que Archie acabe siendo un hombre desgraciado junto a la mujer equivocada, no sé si podrás vivir con eso sobre tu conciencia.

—Tengo la conciencia tranquila, milord. Él quiere a su mujer, da igual quién sea, están muy unidos, se adoran y no hay nada que usted pueda hacer. Ya se lo dije a la duquesa hace tres días, lo más sensato, si no quiere perder otra vez a su hijo, es respetar sus decisiones y, sobre todo, a su familia.

—¿No te das cuenta del daño que estás haciendo?

—¿Haría menos daño obligando a Archie a casarse conmigo?, ¿obligarlo a separarse de Angelique y de Pierre?

—El niño puede quedarse, nadie ha dicho nada en su contra, aunque legalmente no sea hijo suyo.

—Jesucristo.

—Cooperes o no, esa unión está muerta, no existe, y tengo la ley de mi parte para expulsar inmediatamente a esa mujer de mi propiedad. Tú decides si quieres abandonar a Archie a su suerte o ayudarlo a superar este desgraciado episodio con algo de dignidad.

—¿Será capaz de hacer algo semejante? —Los miró a los dos con la boca abierta.

—La hicimos venir para cumplir con su deber, lady Rose— intervino el abogado—. Esperamos, pacientemente, a que llegara para que nos ayudara a contener el problema, sin embargo, en cinco

días solo ha contribuido a empeorarlo, y entendemos que tendrá sus motivos, pero, si insiste en no comprender la gravedad de la situación, su excelencia se verá obligado a hacer lo que sea necesario para restablecer el orden en su familia.

—Buenas tardes, siento el retraso. —De pronto la puerta de la biblioteca se abrió de forma brusca y Rose se giró para ver entrar a su hermano con muchas prisas y vestido con ropa de viaje.

Frunció el ceño sin entender nada, porque hacía al menos cinco años que no veía a John, y él la miró de reojo entregando el sombrero a Barrow.

—Hola, Rose.

—Caray, qué sorpresa —respondió viendo cómo se le acercaba para darle un beso en la mejilla— ¿Qué haces aquí?, mamá no me ha dicho nada.

—Mamá no sabe nada, me ha llamado el duque. Buenas tardes, excelencia.

Extendió la mano para saludar a Blackpool, pero él se la apartó y le dio un abrazo muy afectuoso antes de dejar que saludara a Richardson.

—¿Ya habéis empezado sin mí?

—Me temo que sí, aunque no hemos conseguido nada.

—¿De qué estáis hablando? —Rose los observó a los tres con los ojos entornados y su hermano le sonrió.

—¿Por qué no nos dejan a solas, caballeros? Ya hablaré yo con mi hermana, si a usted le parece bien, milord.

—Por supuesto, luego nos vemos, John. ¿Has venido solo o has traído a la princesa?

—Solo, Alix se ha quedado en Yorkshire con los niños.

—Muy bien, ahora nos vemos.

El duque de Blackpool abandonó la biblioteca seguido por su esbirro, Rose abrió mucho los ojos y se dirigió a su hermano, que estaba muy cambiado, aunque su aspecto de impecable y atractivo caballero inglés había, incluso, mejorado con los años.

—¿Qué está pasando aquí, John?

—Estoy bien, gracias. ¿No preguntas por tus sobrinos?, ya tienes cuatro.

—Lo sé, mamá me mantiene informada.

—Me han dicho que se ha traído a Dicky Rothschild. Menudo pelotazo, el tío es la segunda fortuna de los Estados Unidos.

—No te hagas ilusiones, su acuerdo prematrimonial nos deja fuera a nosotros —contestó áspera y él le sonrió.

—No necesito sus dólares, hermanita, mi mujer está forrada, no cómo tu expresidiario socialista y republicano.

—¿Disculpa? —Se le atragantó la saliva y se le acercó despacio, sintiendo el impulso irreprimible de estrangularlo por mentar a Finn de ese modo, pero, obviamente, no hizo nada y esperó a que respondiera.

—Ya sé de qué va esto, Rosie. El primo Harrison me escribió hace dos años hablándome de tus amoríos, impúdicos amoríos, diría yo, con un estadounidense de origen irlandés, feniano y exdelincuente, para más señas, que estuvo preso en Kilmainham y con el que doy por hecho que ya te has encamado.

No supo cómo, pero antes de volver a abrir la boca, le cruzó la cara de un bofetón y John, como cuando era pequeño, se quedó desorientado y acariciándose la mejilla.

—i¿Cómo te atreves, mocosa…?!

—i¿Cómo te atreves tú, estúpido niñato?! —Se le puso delante y lo hizo retroceder hasta pegarlo contra el escritorio del duque, él se recompuso y la señaló con el dedo.

—No te doy una paliza porque eres mujer, pero me vas a oír, Rose. Me vas a oír y lo más importante, me vas a obedecer, porque no pienso fallar a los Blackpool. No vas a arrastrar mi apellido por el fango, no vas a avergonzarme ni un segundo más y vas a hacer lo que tengas que hacer.

—¿Ah sí?, ¿y qué tengo que hacer si puede saberse?

—Cumplir con la palabra dada y casarte con Archie.

—Archie ya está casado, no sé qué os pasa a todos, pero parecéis una pandilla de idiotas redomados. Te lo digo en serio.

—¿Eso has aprendido en Nueva York?, ¿a expresarte como una vulgar mujerzuela?

—¿Quieres otra torta, Johnny?, porque me encantaría abofetearte otra vez.

—Soy el cabeza de familia y tú me vas a obedecer. Fin de la historia.

—¿El cabeza de familia?, ¿ese mismo que dejó a su madre y a sus hermanas pequeñas en la calle porque su mujercita se lo pidió?

—Qué sabrás tú.

—Más que tú, seguro. Adiós y pasa a saludar a mamá antes de volver a Yorkshire con la «princesa» —esto último lo dijo con retintín, porque le parecía de lo más absurdo que Alix siguiera exigiendo que la trataran como princesa de Liechtenstein, y él trató de detenerla sin ningún resultado.

—Como salgas por esa puerta voy a hacer que arresten a tu feniano asqueroso, por aprovecharse de una mujer inglesa noble y…

—¿En qué siglo vives, John?

—¿Y tú?, ¿no te das cuenta en la precaria situación moral y económica en la que te colocas?

—Cállate ya, que das vergüenza. Soy mayor de edad, me importa poco o nada esa moral de la que hablas, gracias a Archie soy independiente económicamente y pronto podré ganarme la vida trabajando, no como tú.

—Trabajando y una mierda. ¿Dónde se ha visto a una Cullingworth trabajando?, ¿estás loca? Papá debe estar retorciéndose en su tumba.

—Papá lleva años retorciéndose en su tumba, pero de verte a ti y a la simple de tu mujer representando su casa, su título y su apellido.

—Insolente… hija del…

—De verdad, Johnny, ocúpate de tus asuntos, como siempre has hecho, y a mí me dejas en paz.

Abrió la puerta y se encontró al duque y a Richardson paseándose por el pasillo, a su madre y a Dicky con cara de sorpresa

y, al fondo, junto a la puerta principal, a Archie apoyado en su muleta.

Ignoró a todo el mundo porque no pensaba detenerse a discutir con nadie, principalmente, porque ya no respondía de lo que pudiera hacer, y se acercó a Archie muy segura, con una decisión meridianamente clara en la cabeza. Le acarició el brazo y lo miró a los ojos.

—No sé qué te han dicho los abogados, pero sea lo que sea, nos marchamos ahora mismo de aquí. Avisa a Angelique y a Pierre, nos vamos todos a Londres.

23

15 de octubre de 1920. Nueva York. Estados Unidos.

Ocho semanas fuera y ver Manhattan a su alcance la emocionó hasta las lágrimas. Estiró la mano y tocó la de Anna, mientras ella, bien sujeta a la barandilla del barco, el imponente RMS Olympic, miraba el paisaje un poco desolada. Se acercó y le besó la mejilla, porque era muy consciente de que dejar a su adorada lady Violet de viaje por Europa, sola con su marido y una doncella contratada a toda prisa en Londres, era una especie de sacrificio bíblico, y la abrazó por la cintura para intentar animarla.

—Anna, si quieres, puedes volver mañana mismo a Europa. Mi madre y Dicky estarán en París hasta finales de noviembre y a ti te encanta París.

—No pienso dejarla sola, milady, para eso he venido y, además, alguien tiene que hacerse cargo de la casa de Park Avenue.

—Ya hay personas a cargo de la casa de Park Avenue y yo me instaré con mi tía Poppy, como siempre.

—Pues no debería, ya que he venido con usted, debería quedarse en Park Avenue.

—Madre mía…

Movió la cabeza decidiendo no llevarle la contraria y a su izquierda divisó nítidamente la isla de Ellis y sus instalaciones. Respiró hondo y acarició la bufanda de Finn, que no se había quitado durante todo el viaje, y se preguntó si estaría esperándola en el puerto, como le había pedido en su última carta.

Desde que había salido de Nueva York hacía ya dos meses, le había mandado dieciséis telegramas y ocho cartas, y él no había respondido a ninguna. Ni un mísero telegrama de apoyo o de recordatorio de que seguía vivo, que la estaba esperando o que no quería volver a verla. Absolutamente nada, y por más que preguntaba a Poppy, ella se limitaba a decir que él le quería dar espacio y no agobiarla, y eso la desesperaba aún más.

No era normal que, en una situación como la suya, con un novio «resucitado», una familia feroz acosándola y una lucha sin cuartel por defender a Archie, él no reaccionara y mostrara un poco de solidaridad.

Desde el primer día, le había contado con pelos y señales lo que estaba pasando en Blackpool. Le había detallado discusiones y acciones en las que se había visto envuelta, incluso le había pedido consejo médico con respecto a Archie, pero él le había dado la callada por respuesta. En resumen: a punto de atracar en Nueva York, no sabía lo que se iba a encontrar cuando pisara Manhattan, no sabía si él la estaría esperando, si la había esperado, y aquello la llevaba atormentando desde el mismo día que había decidido despedirse de Archie y salir de Londres.

Cerró los ojos pensando en Archie, que había mejorado muchísimo lejos de su familia y apoyado de cerca por un equipo médico del St. Bartholomew's Hospital, especialistas en la llamada «neurosis de guerra» y en las minusvalías derivadas del conflicto, y rogó a Dios porque Angelique pudiera seguir manteniendo el férreo tratamiento y las terapias, porque, aunque era una chica muy fuerte y trabajadora, no hablaba inglés y en seguida se abrumaba con las responsabilidades, sobre todo si esas responsabilidades implicaban contacto social, algo que se le daba bastante mal y que Archie no ayudaba en absoluto a solventar.

Él continuaba con sus ausencias. Se pasaba horas en silencio y no quería ver a nadie. Sus días se dividían entre repasar sus libros de Medicina, leer el periódico, sentarse en el parque a jugar con Pierre u oír música en el gramófono que le había regalado Dicky, nada más, porque, según le habían explicado sus médicos, no podía con más.

Archie, como otros miles de soldados víctimas de la Gran Guerra, había sobrevivido a un trauma físico gravísimo, a una amputación y una conmoción cerebral severa. Aún tenía secuelas que no se habían tratado convenientemente en su momento y el trauma psicológico tras una amnesia de casi cuatro años (con un despertar nada

confortable) lo tenía devastado. No obstante, los doctores eran optimistas y les habían asegurado que poco a poco iba a recuperarse.

Lo importante había sido lograr rescatarlo a tiempo de una situación de estrés muy insana para alguien en su estado. La decisión de llevarlo a Londres, a pesar de la oposición del duque de Blackpool, su abogado y parte del servicio, que a punto habían estado de bloquear físicamente su salida del castillo, había sido crucial y, seguramente le iba a salvar la vida por segunda vez.

Afortunadamente, ese día, el de la abrupta salida de su casa, no habían estado solos, los habían ayudado sus abogados, McAlley y Strand, su madre, Dicky e, incluso, Anna que había volado preparando el equipaje mientras Gregory Howard y su propio hermano, un John Bowes-Lyon fuera de sí, habían intentado por todos los medios impedir que se marcharan.

Gracias a Dios, lo habían logrado, habían huido, pero aún se le erizaba la piel al recordar las amenazas y el miedo y la angustia que habían pasado hasta subirse al tren camino de Londres, y la de veces que se había preguntado qué hubiese sido de Archie y su familia si aquel célebre día, cuando se habían puesto el mundo por montera, hubiesen estado solos e indefensos frente un irreconocible y furioso duque de Blackpool.

—Ahí está la señorita Poppy —le anunció Anna sacándola de sus cavilaciones.

Rose se recompuso y saludó a su tía con la mano, sintiendo de pronto mariposas en el estómago, imaginando el interminable abrazo que le iba a dar a Finn antes de encerrarse con él un par de días en su piso de Washington Square. Solo dos días de vacaciones pegada a su cuerpo y disfrutando de su calor, que era lo único que necesitaba para recuperarse y superar el agotamiento que traía encima.

Se despidió de la tripulación y bajó corriendo hasta el muelle, esquivó a la gente que recibía a los pasajeros con grandes ramos de

flores y, cuando al fin localizó a Poppy, corrió un poco más para darle un abrazo entre lágrimas de alivio y felicidad.

—¡Madre mía! no sabes cuánto te he echado de menos, Poppy.

—Y nosotros a ti, cariño. Mírate, has adelgazado más todavía. Anna, —la miró a ella antes de darle un beso en la mejilla—, ¿no le habéis dado de comer?

—Comer, come, señorita Belmont, pero como se mete en tantos berenjenales, es normal que parezca un palillo.

—Ya, no puede evitarlo. Ahora que ha vuelto a casa, se recuperará. Vamos.

—¿Dónde está Finn?, ¿no ha venido?

La sujetó por el brazo para que la mirara a los ojos y su tía respiró hondo y negó con la cabeza. Rose se puso las manos en las caderas y bufó entre dolida y enfadada.

—No me lo puedo creer.

—Tenía guardia en el Bellevue y…

—¿Eso te dijo?, ¿Qué tenía guardia en el Bellevue?, ¿esa es su excusa?

—Rosie, no te precipites, ya tendréis tiempo de charlar tranquilos y limar asperezas.

—¿Qué asperezas?

—Rose…

—Está bien.

Entregó su bolso de mano a Anna, decidiendo que no pensaba esperar ni un minuto para limar nada, se cerró el abrigo y le dio un beso a cada una.

—¿Dónde va, milady?

—Voy al Bellevue, Anna, tú vete con la tía Poppy y luego os veo a las dos.

—Rosie, no hagas nada en caliente, ven a casa, nos tomamos un té y…

—No, gracias, no pienso esperar tomando un té a que mi novio se digne a decirme que ha roto conmigo.

—¿Qué estás diciendo?... ¿cielo?

La desoyó a ella y a Anna, que se puso a despotricar contra su falta de paciencia, salió corriendo del puerto y cogió el primer taxi libre que encontró y que la llevó serpenteando entre el atestado tráfico neoyorquino hasta el Bellevue Hospital, donde a esas horas, las cuatro de la tarde, el doctor Finn Farrell debía estar extraordinariamente ocupado si no había podido tomarse ni media hora para ir a recibir a su novia tras dos meses de ausencia.

Durante todo el trayecto, se repitió que no podía obligar a nadie a quererla y a apoyarla en cualquier circunstancia, que él estaba en su perfecto derecho a ignorarla, a querer permanecer ajeno a sus dramas personales con Archie o con su familia en Inglaterra. De aburrirse de todo ese lastre que ella cargaba y decidir romper unilateralmente su relación, pero, cuando se bajó del coche en el hospital y empezó a acercarse a la puerta principal, las buenas intenciones y la compresión empezaron a esfumarse y entró echando chispas por los ojos, queriendo matarlo por insensible, frío y mal amigo.

—Buenas tardes, enfermera Moore. —Se acercó al mostrador de urgencias y la encargada del turno la miró con la boca abierta.

—¡Señorita Bowes-Lyon, qué sorpresa! ¿Cuándo ha vuelto?

—Ahora mismo, ¿está el doctor Farrell de guardia?

—Creo que sí, pero no está en urgencias, seguramente está en su consulta.

—Muchas gracias, voy a subir a… —Le indicó las escaleras y ella asintió.

—Claro, suba. ¿Cuándo retoma las prácticas?

—El lunes sin falta, el doctor Robertson ya lo sabe. Hasta luego.

Le dijo adiós con la mano, saludó a otras personas del personal, que le dieron la bienvenida de forma muy cariñosa, y, al fin, llegó a la tercera planta donde Finn tenía su consulta y donde su asistente desde hacía dos años, la enfermera Geraldine Kelly, cortaba el paso a cualquiera que intentara pasar sin cita.

—Buenas tardes, Geraldine ¿está Finn?

—¡Rose, ya has vuelto!, qué alegría. No sabíamos nada.

—Sí, ahora mismo, ¿qué tal estás?, ¿tu familia?

—Todos bien, gracias.

—¿Y Finn?, ¿está con un paciente?

—No, está solo. Se ha encerrado a escribir informes, ha tenido una mañana muy ocupara en el quirófano.

—Muy bien, voy a entrar.

Bloqueó su intento de llamarlo para avisar que tenía visita, le sonrió y abrió la puerta, dio un paso dentro del despacho y Finn Farrell, que estaba sentado en su butaca mirando el cielo nublado desde una ventana, se giró hacia ella con cara de disgusto por la interrupción, pero, en cuanto la reconoció, se puso de pie de un salto.

—¿Por eso no podías ir al puerto?, ¿para quedarte aquí mirando por la ventana?

—Santo cielo, Rose, me has dado un susto de muerte.

—Buenas tardes.

—¿Estás bien? —Caminó hacia ella escrutándola de arriba abajo y ella retrocedió y echó un vistazo a la consulta cruzándose de brazos.

—¿Por qué no has respondido a ninguna de mis cartas, ni telegramas, ni te has dignado a ir a recogerme tras dos meses fuera de Nueva York? ¿Sabes, acaso, por lo he pasado?, ¿a lo que he tenido que enfrentarme en Inglaterra?

—He leído tus cartas.

—Genial, ¿entonces?

—Mira, yo…

—No me digas ahora que era para dejarme espacio y respetar mi libre albedrío, como repite Poppy a todas horas, porque esa es una excusa muy pobre, y muy deficiente para justificar que me hayas dejado tirada cuando más te necesitaba.

—Pues es justamente el motivo por el que me mantuve al margen. Siento mucho si te parece una mala excusa.

—Es pésima, Finn, y no te haces una idea la desazón y el desconcierto que me has provocado en uno de los momentos más complicados de mi vida.

—¿Complicado para ti?, ¿para mí no?

—¿Disculpa?

—Sé que te encanta salvar el mundo, Rose, sobre todo si ese mundo incluye a tu adorado Archie Howard. Que eres capaz de todo por hacer justicia y reclamar los derechos de todo bicho viviente, pero mientras tú te enfrentabas a ese mundo vuestro tan complejo, yo me quedaba aquí solo, como un imbécil, viendo como a ti te importaba un carajo lo que a mí me pudiera pasar si te ibas y me dejabas atrás.

—Jamás te he dejado atrás.

—Desde mi punto de vista, sí.

—He estado en constante comunicación contigo.

—¿Eso te parecía suficiente?, ¿suficiente después de salir corriendo al encuentro de tu prometido?

—¡Finn!

—¿Qué te hubiese parecido a ti si yo, al primer telegrama, hubiese salido corriendo al otro lado del mundo para ver a una antigua novia?

—Él apareció tras cuatro años dado por muerto. ¿Qué querías que hiciera?

—Tomar distancia, esperarme, hablarlo conmigo e ir juntos a resolver la papeleta, aunque, claro, supongo que primero tenías que verlo a él a solas y después decidir qué hacías conmigo.

—¡¿Qué?!

—Siento mucho que te lo hayas encontrado casado, por cierto. Imagino que habrá sido un palo considerable.

—Si después de dos años y medio juntos, de todo lo que hemos vivido y compartido, de todo lo que te he dicho mirándote a los ojos y por carta, aún crees que Archie significa algo para mí, o lo significaba cuando me dijeron que estaba vivo y tenía que ir a verlo, es que no merece la pena seguir hablando contigo, Finn.

—Haz lo que quieras, Rose. Yo sé cómo me he sentido y lo que he soportado estos dos últimos meses. Archie no es el único que sufre en este universo, ¿sabes?

Le sostuvo la mirada, sintiendo cómo las lágrimas le mojaban la cara, y se las limpió con la mano aceptando que él ya no estaba para ella, que por algún motivo, que no lograría comprender nunca, estaba tremendamente ofendido, y decidió darle la espalda y salir de allí.

—Es mejor que me vaya. Adiós, doctor.

—Me moriré preguntándome qué hubiese pasado si Archie Howard no hubiese estado casado cuando pisaste Lancashire —habló, haciendo que se detuviera a un paso de la puerta y ella se giró y lo miró a los ojos—. ¿Ya habrías celebrado tu boda? ¿Te habrías despedido alguna vez de mí?, ¿habría tenido que ver las fotos de tu matrimonio en los periódicos?

—¿Cómo te atreves a dudar de mi amor por ti, Finn?

—Contesta a mis preguntas, por favor, al menos me debes eso, una respuesta sincera. ¿Estarías ahora aquí, delante de mí, si Archie hubiese estado libre?

—¿No leíste la carta que le dejé a Poppy para ti antes de subirme al barco camino de Inglaterra?

No respondió, pero, imperceptiblemente, miró hacia su escritorio y Rose, que no solía perder de vista los detalles, se acercó de dos zancadas, escrutó la mesa y encontró su primera carta, la de la despedida, sujeta al marco de una foto de los dos. Una fotografía que les había hecho la propia Poppy en el estudio de su casa como regalo de navidad.

La cogió antes de que él pudiera reaccionar, comprobó que estaba cerrada, la rasgó de un tirón y leyó con voz firme:

«… Amor mío, no puedo esperarte más, ha sido imposible contactar contigo, pero debes saber que te llevo en mi corazón. Tu recuerdo será a lo que me aferre cuando tenga que enfrentarme a lo que me espera en Inglaterra.

Volveré en cuestión de días, solo voy para ver cómo está Archie, resolver las cuestiones pendientes entre nuestras familias y despedirme de él. Estoy segura de que se alegrará muchísimo de que haya hecho mi vida en Nueva York y contigo, que haya

encontrado el amor junto a un bostoniano maravilloso y fuerte como tú, que esté enamorada y que queramos casarnos. Que tengamos un futuro juntos.

Sé que me apoyará y querrá conocerte. Nos vemos pronto. Te amo con toda mi alma, Rose»

—No tengo nada más que añadir.

Tiró la carta encima del escritorio, caminó hacia la puerta, la abrió y salió sin mirar atrás.

24

—No está aquí. —Poppy lo recibió en la puerta de su casa y no lo invitó a entrar, así que dio por hecho que le estaba mintiendo y que era cosa de Rose que no lo dejara pasar.

—Poppy, por favor…

—Es en serio, ni siquiera la he visto, después de pisar el puerto e irse directamente al Bellevue, decidió instalarse en casa de su madre, en Park Avenue.

—¿Cómo que en casa de su madre?, ¿Violet no se quedaba de viaje por Europa?

—Ella y Dicky sí, pero Rose ha vuelto con Anna.

—¿O sea, que está con Anna?

—Sí, y ha sido Anna la que me ha llamado hace una hora para ponerme al día y avisarme de que estaba con ella y que la había metido en la cama después de darle una tisana doble.

—¿Qué clase de tisana doble?

—¿Eso es lo que te preocupa?, ¿qué hierba se ha tomado para dormir? —Lo miró indignada y él reculó y se metió las manos en los bolsillos.

Hacía ya dos horas que había discutido con Rose en su despacho y no había sido hasta ese momento, las seis de la tarde, cuando al fin había terminado la guardia, cuando al fin había conseguido salir del hospital para ir a buscarla, por lo tanto, se sentía bastante mal por todo lo ocurrido. De hecho, en ese preciso instante se sentía el tipo más miserable que pisaba la tierra. Miró a Poppy sin saber qué decir y ella entornó los ojos y se cruzó de brazos exactamente igual que su sobrina.

—No me puedo creer que no hayas leído la carta que fui expresamente a entregarte a Harvard y que encima te hayas permitido el lujo de dejar sola a Rose durante todo este tiempo solo por no querer leerla, por alimentar unos celos infundados y por puro y genuino egoísmo, Finn Farrell.

—Lo sé, es la estupidez más grande que he cometido en toda mi vida, pero…

—Pero nada, ahora mismo no me interesa lo que tengas que decir. Adiós.

—Poppy, por favor, tengo que verla y hablar con ella.

—Mucha suerte, tendrás que convencer primero a Anna.

—Por favor, ¿podrías llamarla y pedirle…?

—¿Yo?, ni lo sueñes, en este momento me arrepiento hasta de haberte presentado a mi sobrina, ¿sabes? No pienso cooperar, ni ayudar, ni hacer nada que te acerque otra vez a ella.

—He cometido un error, uno muy grave, soy consciente y necesito pedirle perdón y después, si no quiere volver a tratar conmigo, te doy mi palabra de honor, Poppy, me iré a Boston y no me volveréis a ver.

—Suerte con Anna.

—Poppy. —Sujetó la puerta para que no se la cerrara en las narices y ella bufó y lo señaló con el dedo.

—Se suponía que el adulto eras tú y que ibas a cuidar de ella. Confiaba en ti, Finn.

—Lo sé…

—Rose ha tenido que crecer demasiado rápido, la vida la ha tratado mal demasiadas veces y no necesita, encima, que el hombre al que quiere la juzgue, desconfíe de ella, la haga sufrir y la destroce. No es justo, Finn, y tú lo sabes. Ya ha pasado bastante, deja que siga su camino en paz. A lo mejor, a partir de ahora, tras esta última jugarreta del destino, puede empezar a disfrutar de la vida como una chica de su edad.

—Me retiraré, pero después de hablar una última vez con ella, te lo juro por Dios.

—Lo dicho: suerte con Anna. —Lo empujó por el pecho, lo sacó del umbral de la puerta y se la cerró en la cara.

Retrocedió por el rellano aceptando la derrota, porque todo era culpa suya y sabía que no había forma humana de reparar el desastre que había provocado, y bajó a la calle decidiendo ir hasta

Park Avenue y suplicar a Anna, de rodillas si hacía falta, que lo dejara ver a Rose solo cinco minutos.

Salió a la calle y caminó entre el atestado tráfico buscando un taxi, algo imposible un viernes lluvioso y por la tarde en Manhattan, y optó por enfilar la Quinta Avenida a pie, aunque llegar a la casa de los Rothschild desde allí le iba a llevar más de una hora andando.

Se cerró el abrigo, se caló el sombrero y echó a andar maldiciéndose, una vez más, por idiota y desconfiado, por haber puesto en duda las intenciones de la mujer que amaba simplemente por inseguridad, porque se había pasado años librando una batalla interna contra un fantasma, contra el gran Archie Howard. El tipo que siempre había sobrevolado su relación, porque Rose siempre lo tenía presente y porque él siempre le había tenido celos.

Aquella humana aunque demencial paranoia había permanecido dormida más de dos años, pero saber de pronto que el fantasma ya no estaba muerto, sino que existía y que estaba reclamando a Rose a su lado, lo había devastado, lo había destrozado y lo había convertido en ese hombre que le avergonzaba ser. Ese que había actuado por impulso, por egoísmo, por prejuicios, por pura y genuina estupidez, por algo que no lograba descifrar, pero que lo había cegado y solo le había permitido ver una cosa: A Rose abandonándolo para correr a los brazos de Archie.

Su carta de despedida no la había podido leer porque se sentía impedido de ver por escrito lo que él se imaginaba, es decir, que ella se había ido para no volver, y las siguientes las había leído como quién lee un periódico y no había sido capaz de entender nada, nada de lo que ella decía, aunque le repitiera una y otra vez que lo quería y lo echaba de menos.

Inmerso en su propio infierno privado, solo maquinaba ideas sueltas, como aquella de que Rose volvía a Nueva York porque Archie estaba casado, no por voluntad propia o porque de verdad quisiera estar con él y retomar su vida en América.

—Has perdido el norte y estoy muy preocupado —le había dicho su hermano Brian, que había aparecido en Nueva York por un

congreso y se lo había encontrado hundido y quejumbroso, cumpliendo como un autómata con sus obligaciones profesionales.

—Sé que Rose es una chica única. Todos la apreciamos, incluso mamá perdona que sea protestante y está loca por ella, pero no puedes condicionar tu vida o tu bienestar a las decisiones que ella tome, Finn.

—No condiciono nada.

—¿Cómo qué no?, apenas respiras desde que se marchó a Inglaterra. ¿Qué pretendes?, ¿paralizar tu mundo porque la chica que quieres no está contigo?

—Su prometido ha regresado de la tumba, ¿te haces una idea?

—Volverá a Nueva York.

—No sabes nada, Brian.

—Sé lo que ella me ha dicho muchas veces: que te ama y que eres el verdadero amor de su vida. Y eso sí que es prodigioso, porque tú eres un completo desastre, hermano —había bromeado Brian y había vuelto a Boston dejándolo sumergido en su depresión.

Pero no lo había perdido de vista, como tampoco lo habían hecho su madre o sus hermanas, Poppy o amigos como Ben Wingham, que se preciaba de conocer bien a Rose y que lo había tranquilizado muchas veces diciendo que Rose Bowes-Lyon no era ninguna frívola, sino todo lo contrario, y que pronto volvería para demostrar lo mucho que lo quería.

Jamás, en sus treinta y cuatro años de vida, había llegado a imaginar lo que una persona podía significar para otra. Se había criado en un hogar feliz, con unos abuelos y unos padres que se adoraban, tenía hermanos y hermanas felizmente casados, amigos enamorados y conocía a muchas parejas muy unidas. Incluso él, en algún momento de su vida, se había sentido especialmente bien junto a alguna chica (su primera novia, alguna en Nueva York y otra en Irlanda), pero nunca había llegado a soltar amarras y a entregarse como lo había hecho con Rose, que parecía como una parte más de su cuerpo y de su mente, porque había nacido para

estar con ella y ella con él y, seguramente, esa certeza le hacía sentir un terror irracional ante la posibilidad de perderla.

El miedo a perderla lo había empantanado todo e iba a llevarlo a perderla de verdad, y ese pensamiento tan ajeno a una persona como él, que se consideraba un hombre de ciencia sensato, seguro y estable, lo aterraba aún más, porque nunca había actuado así, ni se había sentido así, y necesitaba detenerlo ya.

Esa espiral de idiotez se iba a parar de inmediato, en ese mismo instante. Ya no le valían las excusas de que el amor volvía loco al más cuerdo y frágil al más fuerte. Esas historias de cuentos de hadas no servían para ellos, al contrario, les sobraban bastante.

Por lo tanto, necesitaba volver a ser el hombre que era, necesitaba volver a tomar las riendas de su vida, dejar de hacer daño a Rose y demostrarle no solo que la quería con toda su alma, sino que, además, podía volver a confiar en él porque nunca más, jamás, le iba volver a fallar ni a decepcionar ni a dejar sola ni a perder la perspectiva ni el sentido común.

—¿Cómo es que ha tardado tanto en venir? —le soltó Anna, abriendo personalmente la puerta del ático que los Rothschild tenían en ese elegante edificio de Park Avenue, y Finn, que estaba calado hasta los huesos después de caminar casi dos horas bajo la lluvia, la miró desconcertado.

—Me llamo Finn Farrell, vengo a…

—Sé quién es, caballero, ¿cómo no saberlo si lo he visto muchas veces con milady?

—Es cierto, pero aún no nos habían presentado oficialmente. Encantado, Anna.

—Madre mía. —Puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que entrara—. Pase, pero directo a la cocina porque no quiero que me encharque las alfombras.

—Gracias.

Entró en el recibidor y después la siguió hacia la zona del servicio sin entender absolutamente nada; iba preparado para el rechazo e,

incluso, los insultos, no para una bienvenida tan pacífica, y entró en la cocina sintiendo de inmediato el reconfortante calor de las estufas a vapor.

—Millie, este es el doctor Farrell, tráele unas toallas y prepárale un té. Doctor. —Le miró estirando la mano—. El abrigo y el sombrero. Están chorreando.

—Claro, muchas gracias.

Entregó sus cosas, incluido su maletín, y se acercó a uno de los radiadores para entrar en calor, observando de reojo cómo esa mujer inglesa tan seria y eficiente a la que Rose adoraba, desaparecía y regresaba con unos calcetines y unas pantuflas para estar en casa.

—Estas cosas son del señor Dicky, pero seguro que no le importa que se las deje.

—Muchísimas gracias, es usted muy amable, Anna. ¿Cómo está Rose?

—Dormida. Siéntese y abríguese, no queremos que coja una neumonía. ¿Cómo le gusta el té?, ¿tiene hambre?

—Con leche y sin azúcar, gracias, con eso será suficiente.

—Muy bien.

Se puso a trajinar en la cocina ayudada por la doncella, que lo miraba a él con auténtica curiosidad, colocó sus cosas junto al calor para que se secaran y, finalmente, mandó a la muchacha a su cuarto y se le sentó delante.

—No me ha contestado: ¿por qué ha tardado tanto en venir a ver a mi niña, doctor?

—Terminé mi guardia a las seis, fui a buscarla a casa de Poppy y luego me vive andando, no pude encontrar un taxi.

—¿No le gusta el Metro?

—Sí, pero… —La miró entornando los ojos, porque tenía una habilidad extraordinaria para hacer que los demás le dieran explicaciones, y respiró hondo—. Siento mucho haber tardado tanto, Anna, tampoco estaba seguro de que usted me dejara entrar, de hecho, Poppy…

—¿Cómo no iba a dejarlo entrar, si ella lo único que hace es echarlo de menos?

—Lo siento muchísimo, yo… —Se le encogió el corazón y se enjugó una lágrima, y ella se apoyó en el respaldo en la silla.

—No me venga con llantos, doctor, que en un hombre está muy feo. A mí no tiene que decirme nada, es a ella a la que tiene que pedirle perdón de rodillas, porque la pobrecita no hace más que repetir: «Finn esto, Finn lo otro», como si le debiera algo, cuando no le debe nada. En todo caso, usted le debe a ella mucho amor, porque ni en sus mejores sueños iba a conseguir que una dama como milady, criada en la mejor familia y con el mejor corazón, quiera quererlo a usted.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces ¿se va a portar como un caballero y va a besar el suelo por donde pisa?

—No hago otra cosa desde que la conozco.

—Eso parecía, aunque me ha decepcionado, doctor, con lo que le hizo estos últimos dos meses y esta tarde. Me ha decepcionado mucho. A mi niña no la hace llorar nadie.

—No volverá a pasar, he cometido un error muy grave, pero se lo compensaré el resto de mi vida si ella me lo permite.

—¿Me da su palabra de honor?

—Dada está, Anna.

—¿De qué parte de Irlanda es su familia? —preguntó poniéndose de pie y él se levantó también.

—Kerry, An Daingean.

—¿An Daingean?, ¿dónde está eso?

—Los ingleses la llaman Dingle, está en la costa atlántica de Irlanda.

—Los ingleses la llaman… —masculló—, no me venga aquí con sus ideas fenianas, aunque he de confesarle que mi madre era de Antrim, soy medio irlandesa, ¿sabe?

—No lo sabía.

—Ahora lo sabe, como también sabrá que los irlandeses somos de sangre caliente y poca paciencia. Con esto le quiero decir, doctor Finn Farrell, que lo dejaré entrar a velar el sueño de lady Rose hasta que despierte y pueda suplicarle perdón de rodillas, y que quede claro que lo hago por ella, porque sé que lo quiere y lo necesita, pero como yo me entere que vuelve a hacerla sufrir, por poco que sea, lo cortaré en trocitos, unos muy pequeñitos, y se los daré de comer a los cerdos. Está avisado.

Le indicó el pasillo con la cabeza y él la siguió sin rechistar, entendiendo que lo mejor era callarse y obedecer si no quería acabar de patitas en la calle, hasta que llegaron a una habitación que tenía la puerta entornada y lo dejó entrar indicándole que no hiciera ruido.

Él pasó con sigilo y en seguida localizó la enorme cama con dosel dónde dormía Rose muy tapada. Apenas se la percibía entre las sábanas y las mantas, pero, aún así, Anna se acercó y la tapó más, señalándole a él una *chaise longue* tapizada de terciopelo azul que estaba junto a la ventana.

Finn se desplomó en ella tapándose la cara con las dos manos, sintiéndose de repente muy cansado por culpa del calor, el té y la tensión que llevaba encima, y observó cómo Anna besaba a Rose en la cabeza y desaparecía dejándole claro que no se acercara a la cama. Algo un poco absurdo desde su punto de vista, porque llevaban dos años durmiendo juntos, pero no replicó, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, cerró un segundo los ojos y se durmió.

Cuando despertó ya era de día, la luz entraba a través de los visillos y calculó que alguien había descorrido las cortinas y lo había tapado, porque sintió el peso de una manta de lana encima.

Bostezó un poco dolorido, después de haber dormido sentado, como en sus tiempos de interno en el hospital General de Massachusetts, se incorporó, miró hacia la cama de Rose y se encontró con sus hermosos ojos dorados observándolo. Se sentó mejor y le sostuvo la mirada sin decir nada, ella tampoco, y

permanecieron así unos minutos eternos, hasta que optó por romper el hielo y hablar primero.

—Lo siento mucho, *mo cuishle*, no sé ni cómo puedo disculparme contigo. Creo que no existen palabras que puedan expresar cómo me duele haberte hecho daño. Yo te amo, más que a mí vida, mucho más que a mi vida, mi amor, tú lo representas todo para mí y estos sentimientos tan… tan inmensos… me han desbordado. Jamás había sentido lo que siento por ti, te lo he dicho muchas veces, pero esta vez es más concreto, más real, y, aunque no sirva de excusa, el miedo a perderte me ha hecho actuar como un miserable bastardo. —Ella siguió observándolo sin hablar y casi sin parpadear, envuelta en su elegante y preciosa colcha de raso color vainilla, y Finn tragó saliva, se levantó y se le acercó con precaución, llegó hasta la cama y se puso en cuclillas para mirarla de cerca—. Perdóname o échame a la calle, haz lo que quieras, pero dime algo, por favor.

—Tienes que caerle muy bien a Anna para que te dejara entrar hasta mi dormitorio.

—Es una mujer muy inteligente y sabe cuánto te quiero. —Sonrió, estiró la mano y cogió la suya—. También me ha dicho que me portara bien o me las vería con ella.

—Yo procuraría tener cuidado entonces.

—Cielo, sabes que yo jamás, en mi sano juicio, haría nada que te hiciera daño, pero que te fueras con Archie tan lejos y yo me quedara aquí solo, abandonado y frustrado, me volvió loco.

—Nadie te había abandonado, Finn.

—Ahora lo entiendo, pero…

—Has sido muy injusto conmigo.

—Lo sé.

—Archie es mi familia, no podía darle la espalda.

—Por supuesto, ahora puedo verlo, pero antes estaba ciego, no sé qué me pasó. Esa persona no era yo.

—¿Y ahora eres tú?

—Sí, y si me das otra oportunidad, podré demostrártelo.

—Madre mía, Finn. —Suspiró, le soltó la mano y se sentó en la cama, se restregó la cara y se organizó un poco el pelo revuelto antes de volver a mirarlo a los ojos.

Él, sin querer, contuvo la respiración siguiendo sus movimientos como hipnotizado, pensando, una vez más, que era la criatura más preciosa que había visto nunca y no volvió a respirar hasta que ella se puso el pelo detrás de las orejas y le sonrió.

—Ven aquí y dame un beso, doctor Farrell. No sabes cuánto te he echado de menos.

Lo sujetó por la manga de la camisa, lo acercó y lo hizo sentarse en la cama para abrazarlo primero muy fuerte y, luego, buscar sus labios con ansiedad. Finn le atrapó la boca y la besó acariciándole la espalda y la cintura, sintiendo sus pechos a través del fino algodón de su camisón, hasta que empezó a excitarse más de la cuenta y se separó de ella para mirarla a los ojos.

—No quiero recuperarte y acabar convertido en comida para cerdos el mismo día.

—¿Qué?

—Anna fue muy elocuente amenazándome, no quiero que me pille haciéndote el amor en casa de tu madre y…

—Jesucristo. —Se echó a reír y él no pudo resistirse y la sujetó por la nuca para besarla otra vez.

—Tienes la sonrisa más bonita del universo, doctora, y quiero despertar con ella cada día del resto de mi vida.

—Lo mismo digo, doctor.

—No, hablo en serio. Mírame, Rose. —Se puso de rodillas junto a la cama y le sujetó las manos mirándola a los ojos—. No he traído un anillo, porque mis probabilidades de verte eran escasas, y tampoco estamos cenando en un restaurante francés iluminado con velas, ni siquiera tengo un ramo de flores para ti, Rose, pero, aún y a pesar de la falta de romanticismo o grandiosidad del escenario, quiero pedirte formalmente que me hagas el honor de ser mi esposa. ¿Te casarás conmigo, *mo cuishle*?

—Por supuesto que sí, mi amor. —Se echó a llorar y se levantó para abrazarlo, pero él la detuvo para que le prestara atención.

—Quiero que nos casemos ahora, iremos al ayuntamiento y pediremos una licencia matrimonial esta misma mañana. Nada de esperar a que termines la carrera, puedes estudiar viviendo conmigo y, lo más importante, —le señaló la *chaise longue* con el pulgar—: no pienso volver a dormir en un sofá mientras tú duermes en la cama. ¿Qué me dices, *mo cuishle*?

—Pero…

—Nos casaremos por lo civil y, luego, cuando vuelva tu madre de Europa, celebraremos una gran boda en Boston y otra en Nueva York con nuestras familias y amigos. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

—Y a mí, pero lo primero es que se vista como la dama que es y este caballero la espere en el salón como corresponde —anunció Anna apareciendo en el dormitorio para mirarlos de arriba abajo con ojos de reprobación. Se acercó a ella y le extendió una bata.

—Vístase, ya le han preparado un baño, y usted, doctor Farrell, tiene la ropa seca y planchada en el cuarto de invitados del final del pasillo.

—¡Anna, nos vamos a casar! —gritó Rose saltando para abrazarla y Anna, que se deshacía de amor por ella, bajó la guardia y la abrazó con lágrimas en los ojos.

EPÍLOGO

7 de septiembre de 1923. Nueva York, Estados Unidos.

—Señorita, por favor, señorita…

—Doctora, ella es una doctora, la doctora Rose Farrell —puntualizó Emily Burns, su ayudante, una enfermera joven y con mucha energía que le habían asignado hacía un mes, y Rose la miró de reojo, le sonrió y luego enfocó toda su atención en esa jovencita de dieciocho años embarazada de gemelos, aunque, gracias a Dios, ese no era su primer parto.

—Como sea, necesito que me lo saque ya…

Se dobló del dolor y Rose le acarició la espalda y luego la hizo tenderse sobre la cama para explorarla y determinar, como había augurado la comadrona que la había atendido en su casa, que los bebés no iban a nacer sin ayuda.

—Muy bien, Molly, te haremos una cesárea y…

—¡¿Qué?!, a mí no me raja nadie.

—Es una intervención quirúrgica muy segura, Molly, no te rajaremos, te intervendremos para salvar la vida de los niños y, de paso, la tuya.

—¿Seguro que son dos?

—Sí, se escuchan dos latidos.

—Pues a mí no me tocan.

Hizo amago de bajarse de la camilla y Emily y una de las auxiliares la sujetaron con fuerza. Rose esperó con toda la calma del mundo a que se tranquilizara y miró la hora calculando que su colega, el doctor Evans, estaba aún en el quirófano y podría ocuparse de la cesárea antes de terminar su guardia

—¿Estás bien? —Miró a la paciente a los ojos—. No demasiado ¿verdad?, y podría empeorar, así que vamos a dejar de perder el tiempo y vamos a prepararte para la cesárea. Emily, llama a quirófano y dile al doctor Evans que le mando una paciente, por favor.

—Sí, doctora.

Salió corriendo y Rose volvió a intentar escuchar el ritmo cardiaco de los neonatos, que era regular, aunque su madre había roto aguas hacía ya ocho horas. Tomó otra vez el pulso y la presión de la señora O'Connor y se inquietó, porque los valores estaban disparados. Miró a la auxiliar para que se diera prisa con el preoperatorio y oyó regresar a Emily.

—El doctor Evans pregunta si usted va a estar en la cesárea.

—Sí, sí, por favor, yo lo asistiré.

—Muy bien.

Se marchó otra vez y Rose miró a Molly O'Connor, vio cómo se agarraba a los barrotes para aguantar el dolor y le tocó la frente con una sonrisa.

—No me separaré de ti hasta que todo haya terminado, ¿de acuerdo, Molly?

—Es usted muy guapa. —La jovencita le cogió la mano y le acarició la alianza—. ¿Está casada?

—Sí.

—¿Tiene niños?

—Sí, uno.

—¿Qué edad tiene?

—Casi dos años.

—¿Y qué hace trabajando aquí? —preguntó, como preguntaban el noventa y nueve por ciento de las personas que conocía, pero no se lo tuvo en cuenta y respiró hondo.

—No soy la única madre que trabaja. Vamos, respira hondo.

—¿En dos años no ha tenido más críos?

—No.

—¿Y cómo lo hace?, porque, a mí, mi Kevin me mira y me preña.

—Hay algunos métodos anticonceptivos disponibles, Molly.

Se volvió hacia los celadores que llegaban para trasladar a la paciente a la zona de cirugía y los siguió sin dejar de hablar a la paciente, a la que no le convenía nada estar tan asustada.

—Mi madre dice que hay que tener los hijos que Dios nos mande y yo ya tendré cuatro antes de los veinte.

—Bueno, ya hablaremos de eso cuando nazcan estos bebés, estés recuperada y vengas a verme para las revisiones, ¿de acuerdo?

—¿Me ayudará a no tener más?

—Lo intentaremos.

Le acarició el pelo para aliviar una nueva contracción y miró a Emily, que desde el otro lado de la camilla, la estaba observando muerta de la risa.

—¿Qué?

—Al párroco de su iglesia no le hará gracia que hable de anticonceptivos con sus feligresas.

—Como a él no le toca parir ni mantener a una ristra de niños, no tiene vela en este entierro.

Emily asintió sin dejar de reírse y entró con Molly al área prequirúrgica del doctor Evans mientras Rose pasaba a la zona de los cirujanos para cambiarse de bata y lavarse las manos.

Durante unos minutos, completó el protocolo de forma mecánica, hasta que, de repente, recordó dónde estaba y lo que estaba haciendo y, sin querer, sonrió porque aquello era lo que había soñado toda su vida.

Hacía exactamente tres meses se había graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, desde entonces ejercía oficialmente como médico residente en el Bellevue Hospital, y esa misma mañana, antes de empezar su guardia, había recitado entre lágrimas de emoción el juramento hipocrático delante no solo de sus profesores y compañeros, también delante de su marido, de su hijo y de toda su familia, y el sueño se había hecho realidad.

Ya era, a todos los efectos, médica de urgencias, la única doctora de urgencias de todo el hospital porque su compañera de batallas, la brillante Miriam Friedman, había decidido cambiar la locura del Bellevue por la placidez del Monte Sinaí, el prestigioso hospital

privado de Nueva York fundado en el año 1852 para la comunidad judía de Manhattan.

Miriam ejercía como médica de familia, pero también seguía estudiando para convertirse en cardióloga. Entretanto, Rose intentaba acabar su formación como cirujana de urgencias, a la par que sus superiores y su propia querencia no hacían más que llevarla hacia la atención primaria ginecológica y pediátrica, y al paritorio, porque a diario los partos y las cesáreas se multiplicaban de forma exponencial en el Bellevue Hospital.

La costumbre era que las madres dieran a luz en casa, sin embargo, las duras condiciones de algunos barrios, el hacinamiento o las propias campañas del gobierno para asegurar la atención a las parturientas y la supervivencia y el bienestar de los recién nacidos, estaban empujando a muchas mujeres a querer dar a luz en un hospital. Eso había multiplicado el trabajo; especialmente, el suyo.

Desde que había empezado a ayudar a las comadronas del St. Bartholomew's Hospital de Londres, pasando por su formación en la Escuela de Enfermería de la doctora Balckwell en Nueva York, llevaba a su espalda centenares de partos, había ayudado a traer al mundo a muchísimos niños, y algo le decía que ese sería su futuro profesional. No obstante, también le encantaba trabajar en las urgencias generales, sobre todo si Finn estaba a cargo de la guardia y le asignaba casos independientemente del sexo, la edad o la patología del paciente. Privilegios de estar casada con uno de los jefes de servicio del Bellevue Hospital.

Entró en el quirófano pensando en su amor, en su dulce, guapo, adorable y brillante amor y, sin querer, sonrió, porque no podían estar más enamorados ni ser más felices, ni vivir más unidos ni en mejor sintonía, y dio gracias a Dios, una vez más, por el milagro.

Tras reconciliarse en casa de su madre, después de pasar el peor día de su vida por culpa de sus celos infundados y, sobre todo, por la incomunicación, se habían casado inmediatamente.

Cuatro días después de que le propusiera matrimonio sin anillo y sin ninguna ceremonia, se habían dado el «sí quiero» en el

Ayuntamiento de Nueva York junto a otras muchísimas parejas en su misma situación, y lo habían celebrado con Anna, Poppy, el doctor Wingham, Miriam, Jake Van Doren y el padre Brian Farrell, que había viajado corriendo a Manhattan para ser testigo de la boda civil de su hermano favorito.

Un vestido color crema, un sombrero *cloche* adornado con flores naturales, unos zapatos de tacón y un ramo de violetas habían constituido su sencilla indumentaria de boda, y nunca se había sentido tan guapa, ni tan radiante, mucho más delante de su apuesto novio, un Finn Farrell, elegante e impecable con un traje oscuro, que había llorado con ella tras jurarle amor y lealtad y compañerismo eterno delante de un concejal amigo de Poppy y Jake Van Doren.

Había sido la boda más preciosa del mundo, nunca había sido tan feliz, sin embargo, solo un mes después, habían decidido repetir sus votos delante de su madre, de Dicky y de la familia de Finn en Boston, en la iglesia de Brian, y había sido precioso también.

A ella no le había importado nada casarse por el rito católico porque, estaba convencida, a Dios le daba igual de qué religión eras si obrabas de buena fe, y, cómo solía repetir Brian, protestantes o católicos, todos eran cristianos y eso era lo único importante.

Un par de meses después, ya instalados en un piso nuevo, soleado y muy bonito de Washington Square, habían recibido la siguiente mayor sorpresa de su vida: su primer embarazo.

Ninguno de los dos había planificado tener un bebé tan pronto, aunque Finn tenía treinta y cuatro años y ella ya veintitrés cuando se habían casado (edad más que suficiente para sus respectivas madres, y para el resto del mundo, para ser padres). La alegría había sido inmensa no solo para ellos, sino también para todos los que les querían. Sin embargo, después de los parabienes y las celebraciones, habían empezado las presiones para convencerla de que había llegado la hora de detener el mundo y dedicarse en exclusiva a lo que de «verdad» aspiraban todas las mujeres, es decir, a ser madre y esposa.

Afortunadamente, ella tenía las cosas claras y Finn también, y con su impagable apoyo, el de Miriam y el de algunos profesores y compañeros, había conseguido asistir a clases hasta el final del embarazo, que, gracias a Dios, había sido buenísimo, y cumplir con las prácticas en el hospital hasta ponerse de parto en la sala de urgencias, mientras suturaba la rodilla a un niño de doce años.

Romper aguas e iniciar el trabajo de parto había sido todo uno y la habían ingresado en la misma planta de maternidad donde trabajaba a diario, y Finn había asistido el parto y la había ayudado a dar a luz en muy pocas horas, demostrando que las Belmont eran buenas paridoras, como solía asegurar su abuela con orgullo, y así, en un suspiro, el pequeño Finn Brian Farrell había venido al mundo berrando muchísimo, el jueves 24 de noviembre de 1921, día de Acción de Gracias.

Tener un hijo había venido a completar su felicidad y el amor inconmensurable que compartían. Había sido y seguía siendo la mayor alegría de sus vidas, pero nunca, en ningún momento, había desviado la atención de sus proyectos, de sus propósitos, y convencida de que podía seguir adelante y combinar su faceta de madre con la de médico, había tenido que alzarse en armas otra vez para enfrentarse al mundo entero y defender su derecho a tener una vida propia.

Por supuesto, Finn, que era un padre maravilloso, un marido adorable y un compañero leal y muy combativo, se había puesto de su parte, y juntos habían logrado que volviera a la universidad y a trabajar al hospital un mes y medio después del nacimiento del bebé, lo que había supuesto un pequeño escándalo entre las mujeres de su familia, como su madre o su abuela, hasta que se les había puesto delante y les había recordado que tanto ellas como sus propias madres habían traído hijos al mundo y los habían dejado en manos de nodrizas y niñeras nada más nacer mientras se dedicaban a sus compromisos sociales y a sus innumerables obras benéficas.

—Vosotras dos y vuestras amigas y hermanas y todas las mujeres de vuestra clase, solo veis a vuestros hijos pequeños unos minutos

al día después de la hora del té. El resto del tiempo disfrutáis de la vida, de los viajes y de lo que os viene en gana, yo, al menos, saldré de casa para trabajar y cumplir con mi deber —les había soltado una tarde después de oír sus reproches.

Nunca más habían vuelto a criticarla, ni a mencionar el hecho de que Finn tuviera nodriza o pasara más tiempo con su padre que con ella, o con Anna que, después de treinta años de fiel servicio, había abandonado a Violet para instalarse con ellos y cuidar del bebé con todo ese inmenso amor que la caracterizaba.

La batalla había sido cruenta, a veces pensaba que en su vida nada había sido fácil, pero, al menos, en esta ocasión tenía al mejor compañero del mundo peleando con ella porque, estaba claro, sin el apoyo y la firmeza de Finn Farrell, que era un marido moderno, inteligente y comprensivo, nada hubiese sido posible.

—Doctora Farrell, cierra tú. Gracias. Hemos acabado, equipo —anunció de pronto el doctor Evans.

Rose regresó al presente y asintió cogiendo el instrumental de sutura para cerrar la cesárea de Molly O'Connell, que había tenido dos preciosos niños con buen peso que el pediatra y las enfermeras estaban atendiendo en una sala contigua.

Se esmeró en dejarle una cicatriz discreta, aunque iba a ser un poco difícil teniendo en cuenta el tamaño del corte vertical que había hecho Evans, acabó el trabajo y la dejó en manos de reanimación, salió al pasillo y se fue a la sala de espera para hablar con el padre de las criaturas, que no tenía más de veinte años.

—Todo ha ido bien, señor O'Connell, han sido dos niños preciosos y sanos, y su esposa se está recuperando en la sala postoperatoria.

—¿Qué quiere decir, señorita?

—Qué le hemos hecho una cesárea, una operación, pero que está perfecta y se recuperará pronto, solo necesitará unos días de descanso en el hospital. ¿De acuerdo?

—Si usted lo dice.

—Dentro de un rato, alguna enfermera le avisará para que pase a conocer a sus hijos. Y enhorabuena.

—Gracias, señorita —le dijo bastante desconcertado.

Rose lo dejó solo, volvió al pasillo y se encontró con una de las chicas de la centralita que la andaba buscando.

—Doctora Farrell, la han llamado por teléfono y le han dejado un mensaje.

—Muchas gracias, Betty.

—¿A qué hora se va?

—Enseguida, voy a entregar el informe y me marcho.

Caminó hacia los vestuarios pensando en ir a ver a Finn, que estaba pasando consulta en otra planta, pero desistió y leyó el papelito que contenía un mensaje de Catherine, la hermana de Archie, que estaba de vacaciones en Nueva York.

Calculó que iba a ser muy complicado quedar con ella en esa ocasión y pensó en Archie, que acababa de mudarse a vivir a Manhattan.

Gracias a sus estupendos abogados, McAlley y Strand, Archie Howard, hacía dos años, había llegado a un generoso acuerdo económico con su familia para que lo dejaran en paz. Había renunciado oficialmente a sus derechos sucesorios en favor de su hermano Stephen, y esa opción, que en un principio no había querido contemplar, al final le había regalado lo más importante que podía tenía un ser humando: la capacidad de decisión.

De ese modo, siguiendo los consejos de sus médicos y sus más allegados, empezando por ella misma, había decidido mudarse a los Estados Unidos con su mujer y sus tres hijos para iniciar una nueva vida lejos de Europa y los malos recuerdos. También lejos de la Medicina, porque en Londres había empezado a escribir como parte de su terapia y había acabado publicando artículos en periódicos de prestigio y, no solo eso, también había publicado su primer libro hablando de sus experiencias en la Gran Guerra.

Como escritor profesional les había visitado en Nueva York, en medio de una gira de promoción, y había conocido a Finn, con el que, por fortuna, había conectado. Había sido el inicio de una gran

amistad y el punto de inflexión que había necesitado para decidirse a dejar Inglaterra.

De su familia, los Blackpool de Lancashire, no habían vuelto a tener noticias, tampoco de su hermano John, que le había retirado la palabra para siempre.

Su madre, que vivía como una emperatriz idolatrada por Dicky Rothschild, solía recibir cartas suyas y, a veces, hasta algún telegrama (cosa que Rose achacaba a un interés puramente egoísta por parte de su hermano). Lo mismo ocurría con Margaret, su hermana, que seguía reinando en Pittsburgh junto a su marido, el impresentable Peter Carnegie que la mantenía prudentemente alejada de su familia, especialmente de su hermana pequeña, a la que consideraba una feminista perniciosa y muy peligrosa si había decidido estudiar y trabajar como médico, en lugar de buscarse un marido rico.

Por suerte, no tenía que ver ni tratar con ninguno de ellos. Hacía tiempo que se había liberado de toda aquella rancia sociedad que la había asfixiado y que había hecho todo lo posible por cortarle las alas. Ni siquiera compartía tiempo con sus primos Belmont de Nueva York, solo veía a su abuela y a su tía Poppy, a los demás miembros de su familia materna, los había extirpado con precisión quirúrgica de su vida, especialmente, cuando se habían puesto de parte de su primo Harrison Astor, al que se había enfrentado hacía tres años, al poco de volver de Inglaterra, en un restaurante de Manhattan.

—Hala, si es el chismoso oficial del reino —le había dicho acercándose a su reservado en el Delmonico's, donde se lo había encontrado cenando con sus amigos y su esnob mujercita.

—¿Qué dices, Rose? —Él la había mirado con su desprecio habitual.

—Que eres el tipo más cotilla que conozco, ¿sabes? Nunca hubiese podido imaginar que un hombre disfrutara tanto entrometiéndose en la vida de la gente.

—¿Qué tal en Londres?, me han dicho que Archie Howard te ha humillado casándose con otra.

—Lo dicho: el chismoso oficial del reino. Deberías tener cuidado, Harrison, porque el que la hace, la paga, y si tú chismorreas tanto sobre los demás, un buen día alguien lo hará sobre ti y te puede fastidiar la vida.

—¿Me estás amenazando, bonita?

—¿Yo?, no, la que te amenaza es la señorita Vanderbilt, Amanda Vanderbilt, para más señas, con la que te citas todos los martes en el Hotel Plaza. Su hermano estudia conmigo y dice que está que trina contigo, tus falsas promesas y tus mentiras.

La mesa entera ahogó un gritito de exclamación y Harrison se puso de pie rojo como un tomate, con ganas de estrangularla, pero no se atrevió a hacer nada porque Finn apareció por su espalda y se acobardó de inmediato, se sentó en su silla echando espuma por la boca, y Rose, sintiéndolo mucho por su mujer, pero muy satisfecha por el resultado, se despidió de la mesa y desapareció.

Desde aquel día, todos sus primos y tíos le habían retirado la palabra, nunca más la habían invitado a un evento, una cena o una barbacoa. Solo su abuela se había reído a carcajadas cuando se lo había contado, y su madre, y, por supuesto, Poppy que continuaba siendo el verso suelto de la familia Belmont.

—¡Hola, mi vida!

Corrió al ver que Anna había llevado al pequeño Finn a recogerla, dejó su maletín de médico en el suelo y abrió los brazos para dejar que se le acercara con sus pasitos inseguros y su preciosa y radiante sonrisa.

—¿Cómo estás, mi amor? —Lo cogió en brazos y se lo comió a besos mirando sus preciosos ojazos color avellana—. ¿Cómo es que eres tan guapo?, ¿eh?, si es que eres igual que papá.

—Papá.

—Eso es: papá. ¿Qué tal, Anna?, no me esperaba que vinierais hoy. —Se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Milady quiere que la lleve a Park Avenue y así vamos juntos.

—¿A Park Avenue?, ¿por qué?

—Dice que tiene fiebre y le duele el pecho, y que usted quedó en ir a visitarla.

—Caray, pues, se me había olvidado.

—¡Papá! —gritó Finn estirando los bracitos hacia su padre y él corrió también para cogerlo y hacerlo girar por el aire.

—Hola, *mo cuishle.* —Se acercó y le dio un beso en la boca—. Hola, Anna, ¿qué tal el día?

—Muy bien, doctor.

—¿Tú no tenías guardia hasta las nueve de la noche? —preguntó Rose sorprendida y acariciándole el pelo.

—Sí, pero Martin me debía unas horas y va a cubrirme. ¿Nos vamos?

—Tengo que ir a casa de mi madre, al parecer, está enferma.

—Ok, vayamos todos.

—¿En serio?

—Sí, así veo a Dicky, tiene unas entradas para el partido de los Red Sox que me quería regalar.

Asintió, sin ganas de oponer resistencia, buscaron un taxi y se fueron los cuatro juntos hasta la casa de su madre, charlando y jugando con Finn, que, era cierto, era idéntico a su padre, con sus ojos y su pelo oscuro y ondulado, y llegaron a Park Avenue en seguida. Subieron en el ascensor tranquilamente y cuando pisaron el rellano, se abrió la puerta y muchísimas personas gritaron ¡sorpresa!, rompiendo en aplausos y vítores de felicitación.

Finn le dio la mano y la hizo entrar al apartamento donde le tenían preparada una gran fiesta de graduación, con globos y tarta, comida, música y muchos amigos y gente querida, entre ellos Miriam, el doctor Wingham, Archie, Angelique o Catherine, que se acercaron para abrazarla.

—Muchas felicidades, doctora, eres un ejemplo para todos. No sabes lo orgulloso que estoy de ti —le susurró Archie al oído antes de permitir que se la llevaran para recibir más felicitaciones y abrazos, y regalos.

Hasta que vio a Poppy y se aferró a ella ya llorando por la emoción y la sorpresa, y a su madre, que lloraba también, e, incluso, a su abuela que le metió en el bolsillo de la chaqueta un abultado sobre con dinero.

—Te mereces todo lo bueno que te pase, Rosie, llevas en la sangre lo mejor de los Belmont y los Bradford. Estoy tan orgullosa de ser tu abuela, cariño.

—¿Y esto que es?

—Una ayudita para que te pienses eso de poner tu propia consulta.

—¡Que hable, que hable! —animaron todos muy achispados ya con los brindis y no se pudo negar, se acercó al piano, que estaba en altura, y se colocó delante intentando no llorar.

—Lo primero, es daros las gracias por organizar esto y gracias a todos por venir. Me emociona muchísimo tener a toda la gente que quiero conmigo en uno de los momentos más importantes de mi vida.

—¡Bravo!

—Hace siete años, mi madre decidió dejar Londres y traerme a su ciudad, a Nueva York, para empezar juntas una nueva vida y, gracias a mi abuela y a nuestra única, irrepetible y querida Anna, logramos hacerlo. La vida nunca había sido sencilla para nosotras y, al principio, aquí tampoco lo fue, sin embargo, gracias a personas como mi tía Poppy, que se empeñó en sacarme al mundo y obligarme a vivir, o a mi querido doctor Wingham, que me animó a trabajar en el hospital y a estudiar enfermería, volví a ver la luz y, lo más importante, volví a soñar. —Miró a Wingham, que estaba sujetando las lágrimas, y le sonrió—. Gracias a ellos recuperé la ilusión y gracias a ellos, también, conocí al que hoy es mi marido, el doctor Finn Farrell. —Todos aplaudieron y Finn le tiró un beso.

»Finn era muy diferente a todas las personas que yo había conocido en mi vida. Era un médico joven y brillante, yo lo veía guapísimo, —sonrió—, y también era muy hermético e, incluso, me miraba con desconfianza, pero, desde la primera vez que nos vimos,

empezó a trabajar por mí, primero de forma involuntaria, claro, y, después, de forma concreta llevándome a la isla de Ellis, enseñándome lo que era ejercer la medicina de verdad y confiando en mí. Desde que él entró en mi vida, no ha hecho más que apoyarme y luchar conmigo, también me ha regalado lo más importante y valioso que tengo, nuestro precioso hijo Finn. Por lo tanto, de justicia es reconocer que he llegado hasta aquí gracias a él. Gracias a todos los demás, pero, principalmente, gracias a él que ha apostado fuerte por mí desde el primer momento y que se ha mantenido a mi lado como un baluarte inexpugnable cuando todos los demás trataban de convencerme de que abandonara y me olvidara de la medicina. Gracias, mi amor, te quiero, *mo cuishle*. Gracias por dejarme compartir mi vida contigo.

Volvieron a aplaudir entre lágrimas y vítores, y Finn se le acercó, le dio un beso diciéndole te quiero sobre la boca y, luego, la abrazó por la cintura sin soltar al pequeño Finn que observaba todo lo que estaba pasando con una galleta en la mano.

—Ya acabo, lo prometo. Por último, también quería dar las gracias a Archie Howard, mi mejor amigo, mi hermano, por darme el primer impulso y por tener el detalle de volver de la tumba y estar ahora presente en mi vida. —Él le hizo una reverencia poniéndose una mano en el corazón—. Gracias, mamá, por ser tan luchadora y enseñarme tanto, gracias Dicky por hacerla tan feliz; gracias, Anna, por todo lo que haces por nosotros. Gracias, doctora Miriam Friedman, por tu ejemplo de perseverancia y amistad sincera, y gracias mi adorada Poppy por decirme una vez la frase más importante que me han dicho en toda mi vida:

«Todo es posible en Nueva York»

Claudia Velasco
Madrid, marzo, 2022

---

[1] En gaélico irlandés mi amor, mi querida, mi sangre